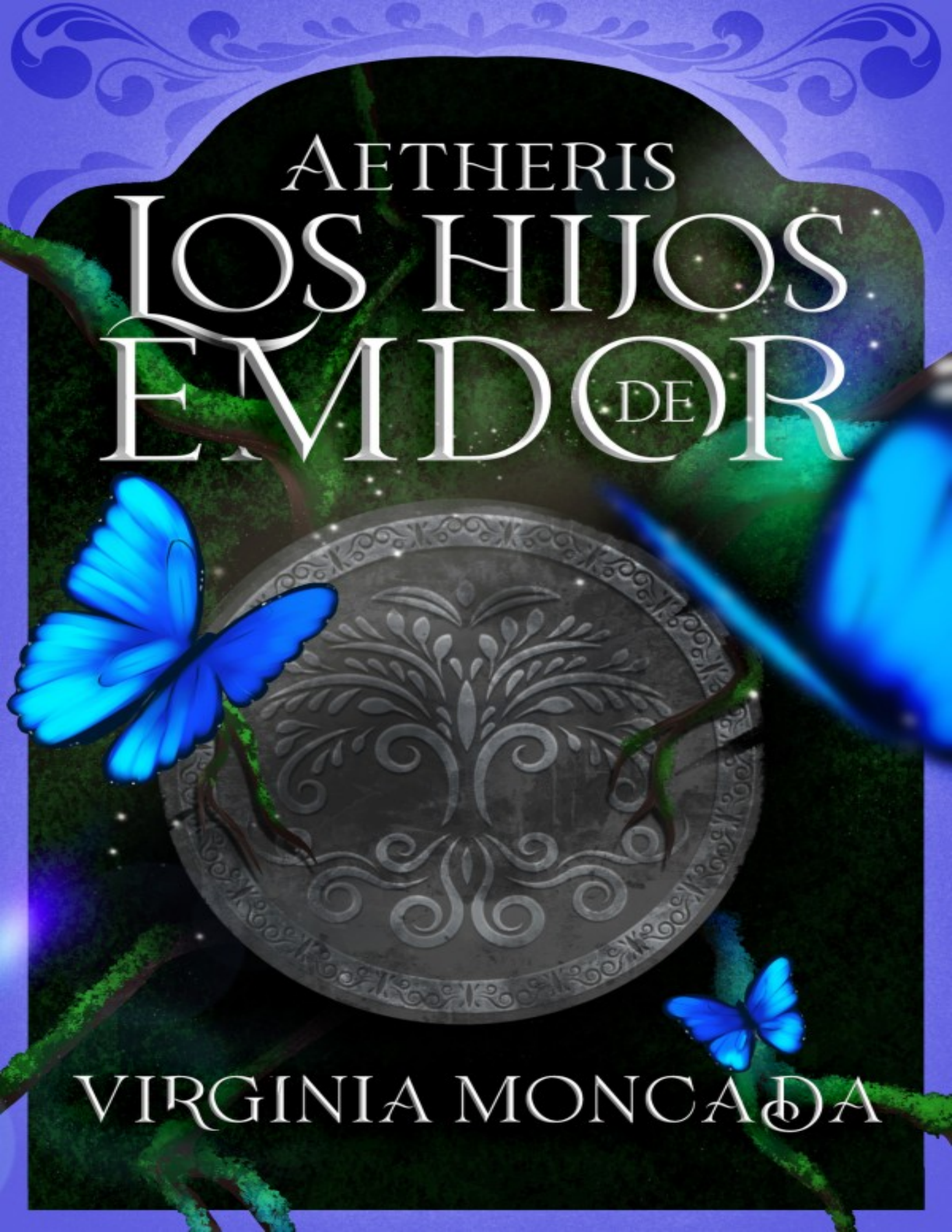
AETHERIS

LOS HIJOS DE EMDOR



VIRGINIA MONCADA

Los hijos de Emdor

Aetheris

CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Copyright © 2026, Virginia Moncada
Diseño de la cubierta: Virginia Moncada
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra protegida por derechos de autor. Tanto su contenido escrito como las ilustraciones han sido creadas por la autora y registradas como propiedad intelectual. Por lo tanto, su venta y reproducción sin la autorización de la autora queda estrictamente prohibida.

Por favor, sed conscientes de que este libro es de una autora autopublicada. Si lo leéis pirateado la autora no recibe ninguna regalía, y un autopublicado no tiene más apoyo que el de sus lectores.

Nota de Autor

Gracias por leer esta historia, que te llevará a un mundo que nunca habías visto y del que no querrás salir jamás.

Quiero mencionar que este libro es apto para mayores de 16 años ya que no lleva contenido explícito, **pero es muy posible que los próximos libros sí lo tengan**, por lo que, en sí, no recomiendo la saga para menores de 18.

Guía de pronunciación

Lobelia — Lo-bé-lia

Rhoan — Ró-an

Xyla — Si-lá

Adair — A-da-ír

Bedelia — Be-dé-lia

Aither — Ái-zer

Celyn — Cé-lin

Rodric — Ró-dric

Aron — Á-ron

Medi — Mé-di

Garran — Gá-rran

Caradoc — Cá-ra-doc

Macsen — Mác-sen

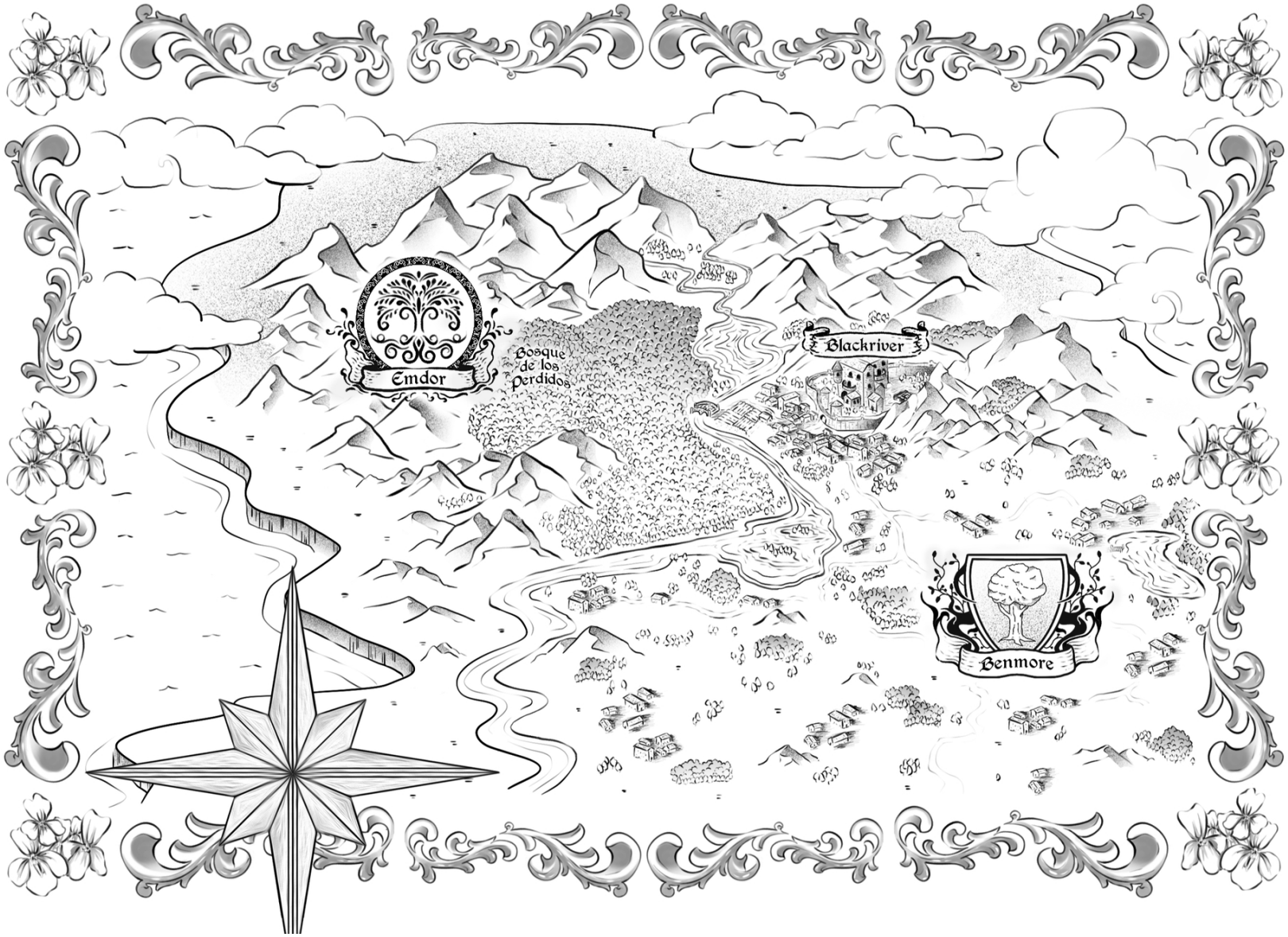
Emdor — Ém-dor

Aetheris — Ae-zé-ris

Sivgard — Sív-gard

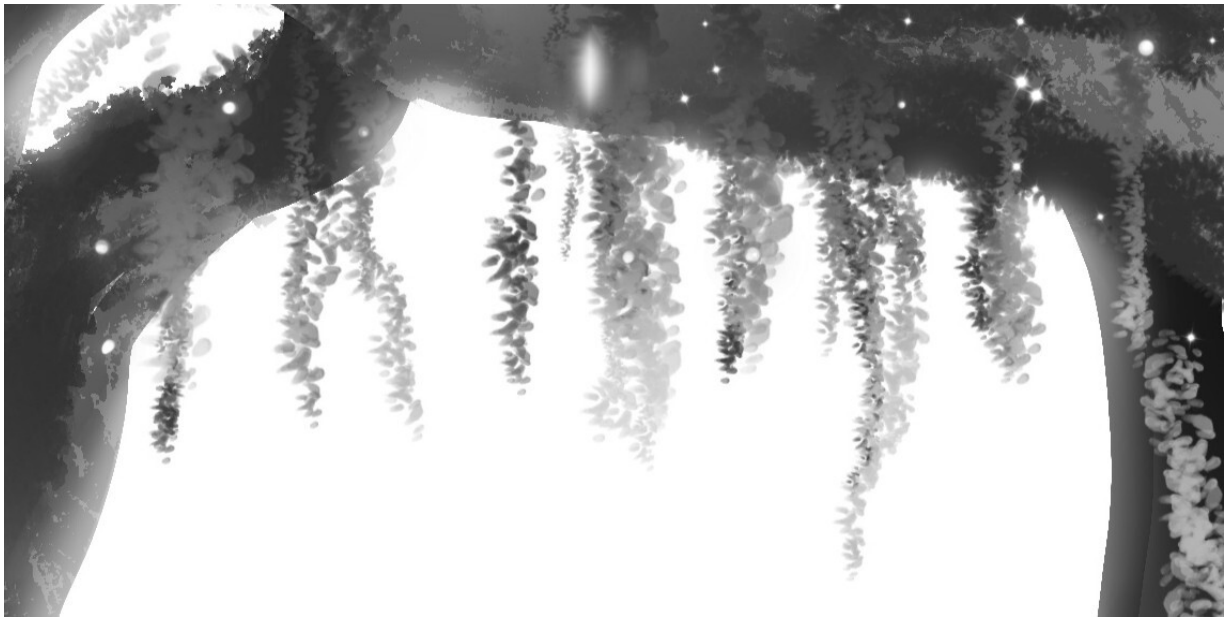
Druviel — Dru-viél

Nicolas — Ní-co-las


Emdor
Bosque de los perdidos
Blackriver
Benmore

A aquellos que pensáis que no sois escuchados, su llamada os espera.

Están entre nosotros.



PRÓLOGO

22 de Nevidia, año 1505.

Calendario opaniano.

Era el solsticio de invierno. El clima agresivo conllevaba que los animales salvajes en busca de comida se acercaran al pueblo de Blackriver, hogar de los duques de Benmore, debido a la poca presencia de personas en las calles.

Esa peligrosa noche, Joseph Benmore, señor del territorio, estaba de regreso de una laboriosa inspección en el Bosque de los Perdidos. Las nubes se habían reunido para persuadirles de regresar al castillo. Por ningún motivo debían pasar la noche a la intemperie, nadie sobrevivía en ese lugar. No obstante, antes de alcanzar las

áreas más seguras del bosque se detuvieron en seco. Desenvainaron sus espadas en un pestañeo. El viento se aquietó y el aire se sumió en un silencio místico. Unos ojos grises rebotaban de entre los árboles frente a ellos con la poca luz que ofrecían las antorchas.

—Mierda —gruñó sir Andreas en voz baja—. Son lobos, ¿qué hacemos, mi señor?

Reconocían esa mirada depredadora donde quiera que fueran. La cacería de lobos estaba prohibida en todo el territorio de Benmore desde hacía cientos de años. El duque evitaba encontrarse con ellos para no verse obligado a matarlos en defensa propia. Solo se veía uno pero sabían que atacaban en manada así que habría más acechándolos.

Joseph no parpadeaba, su experiencia en combate le había enseñado que al enemigo nunca se le debía subestimar ni dar la espalda. El lobo salió de los arbustos sin una pizca de miedo, sin verse siquiera el pelaje de su lomo erizado. Caminó con serenidad y miró a Joseph, solo a él. Era una mirada que no contenía rastros de hostilidad. Le hizo sentir un extraño escalofrío. De forma inesperada, su corazón le incitó a calmarse y a bajar el arma, como si sus instintos lo persuadieran igual que un hechizo.

—Bajad vuestras espadas —ordenó al escuadrón, sin perder de vista al animal.

—Mi señor, ¿me permite saber en qué piensa? —susurró sir Andreas.

No se arriesgaban a desviar la mirada por miedo a que el lobo pensara que bajaban la guardia.

—Sé que suena irracional pero confiad en mí —les pidió Joseph, no como duque sino como amigo—. No creo que este lobo quiera atacarnos.

Los caballeros guardaron silencio. Por más insólito que se escuchara, pensaban que podría tener algo de razón. Si la manada quisiera atacar ya lo habría hecho.

Cuando bajaron las espadas se pudo ver un leve movimiento de la cola del lobo. Algunos recordaron las historias de Emdor, una presencia divina que, según decían, se encontraba en alguna parte de ese místico lugar. Una fuerza más allá de lo conocido y creadora de toda vida, que reinaba sobre los cuatro elementos de la naturaleza. Un dios originario de una religión caída en la que la familia Benmore guardaba su ferviente fe en secreto, ya que estaba prohibida desde hacía un siglo. La iglesia del reino era opresora y quien se declarase creyente de la luz era condenado a la horca como pagano.

—¿Qué querrá? —preguntó sir Andreas, con sus manos temblorosas.

Joseph dio un paso adelante y el lobo les dio la espalda, en señal de querer que lo siguieran. ¿Un depredador dándoles la espalda? Eso sí que era sobrenatural.

—Ya lo descubriremos.

Envainó su espada, levantó los pies en una zancada sobre la espesa nieve y siguió al misterioso lobo. Los demás lo siguieron.

Unos minutos después se encontraban frente a una cueva alta y oscura. El lobo les echó una mirada una vez más y entró. Se detuvieron frente a la entrada con ganas de reír, nerviosos al no entender qué sucedía.

—¿Acaso hemos muerto y esta es la entrada al más allá? —bromeó uno de ellos.

—Si estuviera muerto no sentiría tanto frío en los cojones —respondió otro.

—Creo que tus cojones ya han cumplido suficiente su función, Blick —respondió Joseph—. Si los perdieras tu esposa no los extrañaría.

El hombre ya tenía seis hijos, aunque se escuchaba con frecuencia a su mujer quejarse de que solo planeaba tener cuatro. Sus hombres rieron ante el chiste. Había una inmensa confianza entre ellos e intentaban animarse para no perder contra el miedo. Joseph extendió una antorcha hacia la cueva dando más luz al interior. No tuvo éxito. Su profundidad era imposible de alcanzar desde allí y la oscuridad del mismo bosque no les ayudaba. El silencio de la naturaleza, a pesar de ser una buena señal para volver a casa, en ese momento les provocaba inquietud. Era tenebroso.

Al ver que no había otra opción, Joseph dio el primer paso y sir Andreas cogió su brazo, sin importar que fuese su señor. Siempre

admiró las agallas que tenía, tal vez eran necesarias para convertirse en el duque fuerte y respetado que era. Sin embargo, a veces podía ser demasiado temerario.

—Espere, mi señor. —Lanzó una mirada hacia la oscura cueva delante de ellos. Parecía querer tragárselos—. Iré yo, usted quédese aquí.

—Iré contigo —lo apoyó sir Blick.

—No. Yo debo ir —se negó Joseph. Una corazonada le exigía ser él quien entrara a la mortífera cueva.

—Mi señor, por favor —insistieron.

Por mucho que intentaran hacerle cambiar de opinión, él se mantuvo firme. Sin estar seguro de si serían sus últimas palabras, se dirigió a ellos.

—Sir Andreas me acompañará. Si no hay señal de nuestro regreso, volved al castillo y decidle a mi esposa y a mi hijo que los amo y que los estaré cuidando.

Leonora Benmore, el amor de su vida, era una mujer inalcanzable y una formidable guerrera al igual que él. Joseph nunca entendió cómo había logrado casarse con ella.

Los caballeros se miraron entre sí, cuestionando si lo que pedía era lo correcto. Lo apreciaban y deseaban acompañarlo pero no querían desobedecer a su palabra. No tuvieron más opción y se mantuvieron de pie, sin conseguir comodidad en el tétrico lugar.

Tras ponerse de acuerdo, Joseph y sir Andreas iniciaron su camino por la cueva. No pasaron ni dos segundos cuando dieron el primer brinco. El lobo, que había entrado minutos antes que ellos, los esperaba muy quieto. No pensaban que aparecería allí de repente. El animal no tuvo reacción alguna. Por el contrario, su silencio se sentía burlón, no era un simple lobo sino algo más allá de la comprensión. Estaban ansiosos por saber qué quería de ellos.

Tras andar unos minutos a pie, se escucharon unos ruidos que conocían muy bien. Al alcanzar el final de la cueva, confirmaron sus sospechas. Una hembra descansaba con sus crías, las cuales soltaban tiernos gemidos mientras se alimentaban de ella. Tendrían una semana de nacidos. Toda la manada estaba acostada a su alrededor mientras observaban cada centímetro de movimiento que hacían los dos hombres.

—¿Por qué no nos atacan? Somos presa fácil —sir Andreas parecía creer que estaba bajo una ilusión.

Joseph alumbró entre las crías y, en ese instante, sus rostros palidecieron.

—Por eso —respondió con seriedad.

Entre los cachorros, junto al vientre de la hembra, yacía un bebé envuelto en andrajos manchados de sangre seca. Era diminuto, dormía con placidez debido al pelaje de la loba y los cachorros que lo mantenían abrigado en un denso nido de calor. Ambos permanecieron en un silencio amargo.

—¿Cómo? —musitó sir Andreas, entre la incredulidad y la lástima.

Joseph se acercó con cuidado. La hembra lo miraba con gruñidos bajos, en advertencia de que ni intentase tocar a sus crías. Le recorría un escalofrío recurrente en la nuca por los sonidos de la bestia. Decidió quitarse su abrigo de piel con gran lentitud para verse más delgado y vulnerable. Se lo entregó a sir Andreas y se agachó al nivel de la hembra.

—Tenga cuidado, mi señor —rogó sir Andreas, a un suspiro de morderse las uñas con cada movimiento que hacía el duque.

Un par de lobos se pusieron de pie y observaron a Joseph mientras mostraban sus afilados colmillos.

—No. Saques. Tu espada —le ordenó a sir Andreas, palabra por palabra, al predecir que el hombre lo consideraba. Él obedeció en silencio.

Joseph respiró hondo para calmar su cuerpo y así sus movimientos no serían toscos. Aún cuando estaba en pleno invierno y horas atrás se caía el cielo, sudaba tal cual lo haría en pleno calor del verano. Se acercó un poco más y la hembra arrugó el hocico, dándole un claro vistazo de sus colmillos, con rugidos profundos y ensordecedores. No obstante, no intentaba clavarlos en él. Le sería fácil, el cuello de Joseph estaba a solo unos centímetros.

Con movimientos pausados logró alcanzar al bebé y lo cogió en brazos. Se alejó de la loba y los cachorros y se levantó con zancadas

cuidadosas. Aún cuando los lobos dejaron de mostrar sus dientes, no paraban de observarlo. En sus miradas casi se podía escuchar cómo les ordenaban que se esfumaran tras terminar su tarea.

—Bien, larguémonos de aquí —dijo Joseph—. Dame el abrigo.

De camino hacia el exterior, sir Andreas lo iluminó para ver mejor a la criatura en sus brazos. La confusión los tenía sin habla, a medida que el duque reemplazaba la tela ensangrentada con su abrigo de piel.

—Es una niña recién nacida —confirmó.

Sir Andreas se cubrió la boca horrorizado, sin poder creer todavía lo que estaba pasando.

Joseph miró con detenimiento a la bebé. Dormía en sus brazos como si estuviese acostumbrada a ellos. Por suerte no parecía tener hambre pero sí había que darle un buen baño tibio. Estaba sucia y había adquirido el poco placentero olor húmedo de los lobos. Acarició su pequeño rostro y se le escapó una sonrisa.

—¿Sabías que los lobos se consideran bestias sagradas para los Protectores de la Luz? —No dejaba de mirar a la pequeña.

—¿Se refiere a la historia de los hijos de Emdor? —preguntó sir Andreas.

—Sí —asintió distraído—. Todos mis antepasados, incluido mi padre, han sido creyentes de la luz. Por eso está prohibida la cacería de lobos en todo el territorio de Benmore y en este bosque.

—Es una lástima que una religión tan bonita fuese prohibida hace cien años —opinó sir Andreas—. Sé que usted también es creyente, pero siempre le recuerdo, tenga cuidado cuando esté en público.

—Lo sé. —A Joseph se le atenuó la sonrisa—. Es lamentable que el Gran Roble sea olvidado.

—No se desanime, mi señor —expresó sir Andreas—. Creo que desde este día es probable que todo el escuadrón se convierta en creyentes de la luz, empezando por mí.

Joseph sonrió.

—Cuando queráis organizo vuestros bautizos —bromeó y ambos rieron en el estrecho espacio.

Al salir de la cueva el escuadrón los esperaba listos para irse a casa. Tras acercarse al duque descubrieron lo que tenía en sus brazos y sus reacciones fueron iguales.

—Lobelia —declaró Joseph en voz alta—. Ese será su nombre.

De regreso al castillo, la primera en recibirlos fue la duquesa. Como predijo Joseph, tenía todo listo para que los caballeros pudiesen calmar sus estómagos vacíos y saciar su sed. Era una recompensa bien merecida por haber estado todo el día expuestos al traicionero y violento clima.

—Leonora —llamó a su esposa con Lobelia en brazos. Tenía miedo de lo que pensara.

Cuando Leonora se dio cuenta, se detuvo al segundo y retrocedió por un momento. La pequeña se veía frágil y pálida. Era similar a ver un fantasma, o peor. No podría tratarse de una hija ilegítima de su esposo. Joseph la amaba con todo su corazón y ella era más que consciente de su fidelidad. Ni siquiera hacía falta considerarlo.

—¿Dónde la encontraste? —La recibió en brazos. Cuando la miró con más cuidado, su rostro se oscureció a punto de llorar—. Dios mío, debe haber nacido esta misma noche.

—Es una larga historia —respondió él mientras se peinaba la barba.

Los caballeros lo miraban con lástima. Estaba a punto de recibir una buena paliza de su mujer. A pesar de su deseo de ir al comedor con ellos, primero necesitaba hablarle sobre su travesía. No quería esconderle nada.

Para ese entonces, Leonora tenía cuarenta años. Su pelo lacio y trigueño siempre estaba envuelto en una trenza recogida por encima de su nuca. Sus cejas delgadas y afiladas la hacían parecer molesta todo el tiempo, y sus ojos azules miraban de una forma más salvaje y especial que muchas mujeres, a pesar de tener rasgos comunes en el reino de Dourith. Al menos eso sentía Joseph cuando la veía. El amor que se tenían era famoso en todo el ducado.

Se dirigieron a la alcoba matrimonial y, a medida que le relataba lo sucedido, el rostro de Leonora palideció. Su esposo había entrado

a la cueva del lobo, como era el dicho. De hecho, él mismo al escucharse comenzaba a creer que se merecía unos buenos golpes. Sin embargo, Leonora no quiso gritarle. Tenía a la diminuta bebé en sus brazos.

—La he llamado Lobelia —le anunció Joseph—. ¿Te gusta?

—Es perfecto.

Leonora la miró con cariño y pesar, a medida que imaginaba qué podría haber sucedido para que una recién nacida terminara en una cueva en medio del bosque.

—Quizás estaba más a salvo con los lobos que con su madre —añadió con una risa por la ironía.

—O tal vez la madre murió —quiso pensar Joseph.

—¿En medio del Bosque de los Perdidos, con esta ventisca? —Negó Leonora—. No, esta niña fue abandonada para que muriera.

Hubo un breve silencio.

—El Gran Roble me ha llevado con ella, Leonora —musitó Joseph —. Estoy seguro de ello.

Quién sabe qué habría sucedido con la pobre bebé, de no ser por Joseph y su absurda decisión de seguir a un lobo. Al recapacitar, Leonora soltó un suspiro.

—Bien, fue estúpido pero salvaste su vida. —Miró a la pequeña que apestaba—. Me la llevaré para limpiarla y llamaré a Nicolas para que la revise. Ve a comer con los demás, debes tener hambre.

Le dio un beso para retirarse. Cuando estaba girándose, la puerta rechinó y apareció una pequeña silueta en la entrada.

—¡Papá, has llegado!

El pequeño de siete años idéntico a Joseph se rascaba los ojos medio dormido. Pese a ser de madrugada, había escuchado el movimiento de los sirvientes en el pasillo y había sacado sus conclusiones.

Joseph se acercó con una mirada gentil.

—Hola, hijo. —Lo levantó en brazos—. Regresé con algo que no vas a creer.

Caminó hacia Leonora. Al notarlo, el pequeño terminó de despertar.

—¿Un bebé? —preguntó con sorpresa.

—Es una niña, Rodric. Se llama Lobelia. —Le pasó la mano por la cabeza—. Es una historia tan increíble que te la contaré para dormir, ¿te parece?

Rodric asintió con una radiante emoción. Extendió la mano hacia Lobelia y alcanzó una de las suyas, diminuta. Con naturalidad, ella cogió uno de los dedos de Rodric. La sonrisa se le formó al niño de oreja a oreja y la conexión fue inmediata.

—¿Se quedará con nosotros? —preguntó ilusionado.

Joseph y Leonora cruzaron miradas sorprendidos. Ni siquiera habían considerado entregársela a alguien más. Era algo instintivo, sentían que la pequeña debía estar con ellos. Cuando Joseph la tuvo

en brazos por primera vez, algo le dijo que la vida lo había preparado para ese preciso instante. En el caso de Leonora, la miraba con sentimientos que solo había sentido por su hijo. No había nada que decidir.

Ambos sonrieron mientras pensaban lo mismo.

—Sí, ella será tu hermana, Rodric —declaró Leonora—. Es parte de la familia, así que tendrás que protegerla a partir de ahora también.

—¡Lo haré! —Rodric asintió, cubriéndose la boca al haber alzado la voz sin querer. Por fortuna la bebé siguió dormida—. Uf, pero, ¿por qué huele a perro mojado?

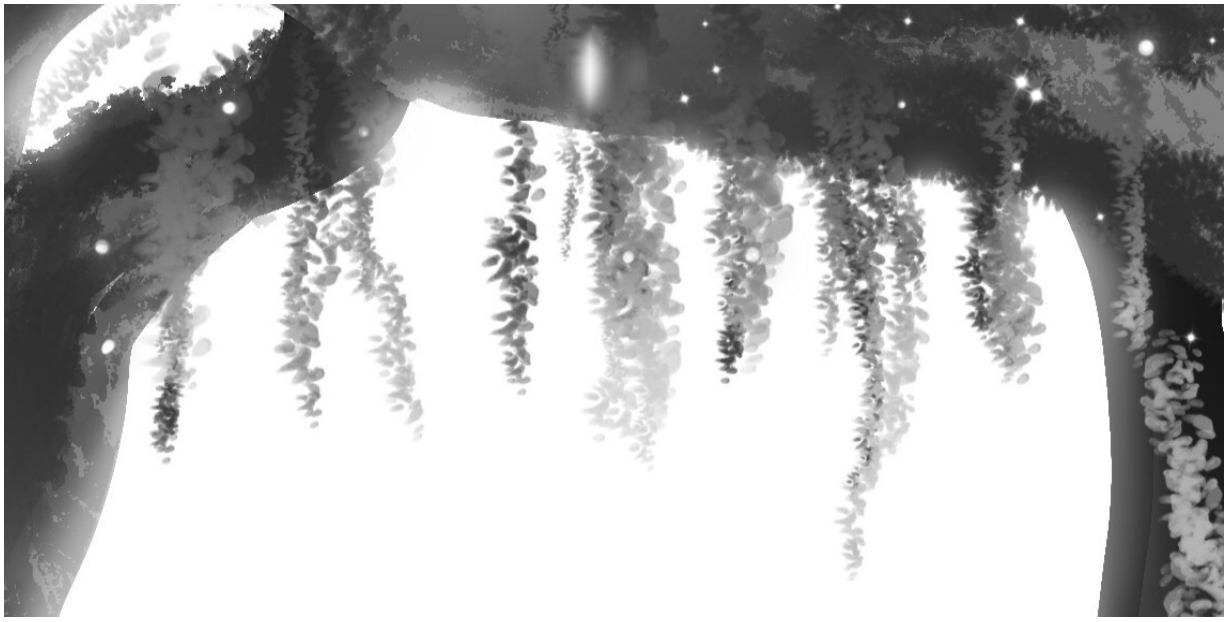
Las palabras de su hijo se escucharon tan graciosas, que Joseph y Leonora no aguantaron la carcajada.

—Iba a bañarla, ¿vienes conmigo mientras esperas a que tu padre te cuente la historia? —Le sonrió Leonora.

—¡Sí! —aceptó con entusiasmo. Poco después se retiraron de la habitación y dejaron a Joseph a solas.

Se sentó en el sillón más cercano y se sumergió en el silencio, con el rostro enterrado entre ambas manos, en un intento de sacudirse la incredulidad por lo ocurrido. Se inclinó hacia el respaldo y liberó toda la tensión que había cargado por horas. Era un momento a solas muy breve antes de bajar al comedor con los caballeros.

—Lobelia Benmore, ¿eh? —Sonrió al techo en su agotamiento, hasta que su rostro se atenuó y cerró sus ojos para rezar—. Gran Roble, guíame con tu luz para que mi nueva hija sea feliz con nosotros. Báñala en tu gracia y permite que viva con salud.



CAPÍTULO 1

Diez años después.

Es una mañana de entrenamiento y el día es más caluroso de lo normal. Menos mal que vivimos en el extremo norte del continente y es soportable comparado con lo que dicen de otros lugares al sur.

—¿Ya estás cansada, lobo apestosito? —me pregunta utilizando ese terrible apodo. Me llama así desde siempre.

—¡Todavía no! —aunque respondo eso no consigo esconder mi respiración irregular.

Mi admiración por mi madre y sus historias de guerrera es tan grande que cada día entreno esgrima para ser como ella y así poder protegerlos en el futuro. Además es mi maestra. Estoy segura de

que podré ganarle a Rodric algún día. Es en momentos como estos en los que no puedo fallar, no debo mostrar mi cansancio. Por suerte para mí Rodric es mucho mayor que yo y es cuidadoso cuando me ayuda a entrenar.

Desde que tengo memoria hay ocasiones en las que siento el aire espeso y la frecuencia con la que sucede es cada vez menor. He logrado esconder esto mucho tiempo ya que piensan que estoy madurando y se ha convertido en un hábito ocultar mi agotamiento. Algo va mal pero es mi secreto. No quiero que mi familia lo descubra porque papá es muy sensible y mamá sobreprotectora. Mi hermano no querrá jugar ni entrenar conmigo. ¿Cómo podría confesarlo? ¿Y si… se arrepienten de haberse quedado conmigo porque soy defectuosa?

—Parad. —Mi madre alza las manos.

¿Se dio cuenta?, pienso angustiada ocultando mi mueca. Intento que no se note que estoy en mi límite, que el aire me está pesando. Después de esto me bañaré, comeré galletas, leeré un libro y tomaré una larga siesta. Me recuperaré con rapidez.

—Lo dejamos hasta aquí por hoy —termina de decir dándose la vuelta para sacar los aperitivos que han traído las doncellas.

Bajo mi espada para ir hacia ella hasta que de repente el mundo entero empieza a moverse desde mis ojos en un estruendoso mareo. Me duele la cabeza y me siento desorientada. Nunca lo había sentido tan intenso.

—¿Lobelia? —Rodric se detiene a mi lado al notar mi extraño movimiento. Dos segundos después me toco el pecho y me asfixio—. ¡Lobelia!

Con sus excelentes reflejos me atrapa en el aire antes de caer. Está listo para protegerme de cualquier cosa, siempre lo ha estado.

—¡Hija! —Mi madre suelta todo y corre hacia nosotros exaltada.

Me cojo el cuello y hago señas de que no puedo respirar. Me duelen los pulmones y mi garganta se siente obstruida, mi propio cuerpo ha decidido que ya no quiere respirar. Rodric me ayuda a bajar al suelo con cuidado. Mis ojos lo ven con terror sin comprender qué me sucede. Tengo mucho miedo, esto es horrible, ¿qué me está pasando? ¿Voy a morir? ¡No, no puedo morir así!

—¡Llamaré a Nicolas! —grita mi madre.

Por suerte ambos son veloces para actuar en situaciones de estrés y hacen lo necesario sin pensarlo dos veces. Mi madre desaparece tan rápido que ni siquiera he escuchado sus pasos, mientras Rodric me sostiene en sus brazos con firmeza.

—Abre la boca, voy a revisarte —avisa con su voz temblorosa. Le hago caso a pesar de estar en shock—. No se ve nada…

Lo escucho frustrado. El aire denso parece venenoso, mi cuerpo lo rechaza y se niega a llenar mis pobres pulmones que arden como la última vez que me dio fiebre. Esa vez, en el último invierno, mi madre pasó toda la noche en vela limpiándome el sudor.

Rodric no para de llorar por verme en esta situación. No me gusta verlo así.

—¡Resiste, hermana! ¡No te mueras! —me ruega tras perder la calma. Sostengo su mano en un intento de apaciguarlo, a punto de perder el conocimiento.

Quizás este es el adiós.



—*Lobelia.*

Me susurra una voz joven masculina que no conozco.

—*Lobelia…*

Otra vez, desde lo profundo de mi alma. Parece que no solo busca pronunciarlo, sino que le gusta el sonido de mi nombre en sus labios. Se escucha lejana, similar al sonido del viento del bosque. Lo dice tan triste que termina por hacerme despertar. Abro mis ojos con cautela y veo a mi madre sentada en el borde de la cama, mi hermano en la silla de enfrente y mi padre de pie cerca de la ventana. El señor Nicolas permanece al otro lado, es nuestro médico y me conoce desde que mi padre me encontró. El señor de camino a sus setenta años tiene un rostro pálido y agotado, más arrugado de lo usual. Sus expresiones me hacen recordar todo lo que sucedió y

me hundo en lágrimas, incapaz de olvidar la terrorífica sensación de estar al borde de la muerte.

—¡Lobelia! —me llama Rodric al notar que desperté.

—¡Hija, qué susto nos has dado! —exclama mi madre partida en mil pedazos, inclinándose para alcanzarme.

—Tenía miedo… —Me acurruco en sus brazos regresando a los tiempos en los que era una bebé. Su calidez me ayuda a sentirme a salvo mientras peina mi pelo con sus dedos.

—Ya pasó, pequeña. —Mi padre se sienta junto a mi madre y me da un beso en la frente. Me paso a sus brazos, me desplomo sollozando débil, ya que ni para eso siento que sirve mi respiración ahora. Cuando nos calmamos, el señor Nicolas intenta hablarme de la forma más sencilla posible con un tono apaciguador.

—Señorita —me llama mirando a mis padres—. ¿Le cuesta respirar desde hace un tiempo?

Me quedo helada, ha acertado de lleno. Mi silencio sirve de respuesta.

—¿Desde cuándo te has sentido así, pequeña? —pregunta mi padre con suavidad.

Lanzo una mirada al médico, confundida y asustada. *¿Cómo lo han descubierto? Lo he ocultado muy bien*, pienso triste. Después de mirar a mis padres y a Rodric, entiendo que ya no hay marcha atrás. Mis labios tiemblan, asustada y deseando que todo vuelva a ser

como antes. Sé que estoy a punto de recibir el sermón más fuerte de mi vida.

—Desde hace un año —confieso al fin.

—¡Un año…!

Mi madre se levanta en un sobresalto y se cubre el rostro. Se acerca a la ventana y sus hombros se levantan entre espasmos y sorbidos. Rodric y mi padre quedan sumidos en silencio. Sus reacciones solo me hacen pensar que tenía razón de haber escondido mi condición.

Me sobresalto con un grito.

—Lobelia, ¡¿cómo es que llevas un año así y no nos has dicho nada?! —Rodric exige una explicación con su voz quebrada. Su ceño se eleva afligido y sus ojos se tornan llorosos con la frustración a flor de piel.

Mis hombros se recogen y las lágrimas caen sin parar porque no quiero ser reprendida. Una verdadera Benmore no yacería enferma así, una Benmore debería ser fuerte, pero yo soy frágil.

—Hijo —mi padre lo calla en silencio. Rodric aprieta los labios y mira hacia otro lado.

Mi madre se acerca, se arrodilla frente a mí y coge mis manos con una mirada determinada. Todavía se nota la humedad en sus ojos.

—Lobelia Benmore, a partir de hoy mantendrás una rutina tranquila de señorita y te asignaré un caballero de escolta.

Mi boca se entreabre impactada.

—¡No! —chillo—. ¡No quiero!

—Lobelia, ¡no le grites así a madre! —me regaña Rodric.

Hacer lo que dice cambiará mi estilo de vida de guerrera que había llevado hasta ahora. ¡Quiero seguir los pasos de mi familia! Además, tener a alguien que me persiga a todos lados es lo peor que me podría pasar. ¡Me prometieron que me dejarían estar sin escolta hasta mis doce años! ¡Que me dejarían seguir yendo al pueblo, al trigal del señor Alfred para ver el bosque desde lejos!

La primera vez que salí del palacio en mis aventuras, mis instintos me llevaron a ese trigal, el mejor lugar para admirar la vastedad del Bosque de los Perdidos. Me llamaba su enigmática presencia, algo me decía que podía encontrar la verdad sobre mi existencia en alguna parte bajo sus imponentes montañas y las densas copas de sus árboles. Busco algo, quizás lo espero. ¡Es esa voz! ¡Si me quitan mi libertad para ir, yo…!

Giro el rostro hacia otro lado para que mi madre sepa que no la quiero ver. Contrario a mí, ella acaricia mi pelo.

—Lobelia. —Me da un beso en la cabeza que me relaja. Es uno lento y doloroso—. Lo siento tanto, mi bebé, pero necesito que entiendas, por favor. No queremos perderte.

La miro por el rabillo del ojo con profundo pesar y temor. Al decir eso comprendo la gravedad de la situación, y la sensación de muerte regresa para provocar en mí emociones que no hacen más que

estremecer todos mis sentidos. Solo de verlos tan abatidos puedo darme cuenta de que me esconden algo. No me gusta que los adultos siempre tengan tantos secretos.

Con el rostro desolado de mi madre y sus manos temblorosas por los nervios de todo lo que ha ocurrido en unas pocas horas, no me queda otra alternativa. Respiro tan profundo como puedo y entro en resignación.

—Está bien —acepto desanimada.

La habitación se inunda de suspiros de alivio. Poco después Rodric se acerca y me aprieta en sus brazos, causando que mi corazón flaquee y rompa a llorar.

—No te preocupes, lobo apestosito —me susurra—. Algún día volveremos a tener un duelo.



No estoy lista para salir de mi habitación. Además, no puedo entrenar, ni correr, ni hacer nada de lo que hace un niño normal porque podría asfixiarme de nuevo. Solo de pensarlo recuerdo la sensación y el miedo me devora entera. Estoy aterrada, no quiero hacer nada. Ni siquiera puedo llorar con ganas sin sentir que me falta el aire. La sensación de pesadez ha llegado para quedarse, no se ha ido desde ayer.

—Hija, soy yo —avisa mi madre tocando mi puerta. Me envuelvo en las sábanas sin responderle. *Nadie me sacará de aquí*, determino —. Abriré la puerta, cariño.

Se oye la madera crujir. No quiero ni asomarme. Permanezco hecha una pelota entre las sábanas, el lugar perfecto para esconderme. Escucho los pasos y me doy cuenta de que hay otra persona más. Me encojo rápido con mi rostro escondido. Siento a mi madre sentándose al borde de la cama, apoyando su mano sobre la montaña que he creado. En alguna parte entre las telas y los rellenos de plumas estoy yo.

—Cariño, sal de ahí —intenta convencerme con un tono gentil—. Te quiero presentar a alguien.

—No quiero —me niego quejumbrosa.

Ella suspira y hace un breve silencio. La otra persona aclara su garganta.

—Su alteza —me llama por primera vez una voz joven—. Si me permite, me gustaría presentarme. ¿Qué le parece?

Es una voz que no conozco, de tonalidad cambiante y en pleno desarrollo. Creí que traerían a un caballero soso y adulto, pero parece que se trata de un niño un poco mayor que yo, o al menos eso puedo intuir al escucharlo. Quiero asomarme pero el orgullo no me lo permite.

—Mi nombre es Lucian, su alteza —dice él—. No tengo apellido, pero mi padre ha servido al ducado toda su vida como caballero, y

mi abuelo antes de él.

Escondida entre las sábanas hago un puchero, tengo muchas ganas de salir.

—Lobelia —susurra mi madre.

Hincho los labios y mantengo el silencio un poco más, hasta que gruño con suavidad y salgo. Hago contacto visual con el joven caballero. Está con una rodilla en el suelo y su brazo apoyado en la otra. Es un niño rubio de ojos azules, usual en la gente del reino de Dourith. Tiene un rostro bonito.

En un movimiento torpe y por la sorpresa de mirarnos, a Lucian se le resbala el brazo en su rodilla y casi se cae. Logra reaccionar rápido y recupera la compostura. No puedo esconder mi sonrisa. Mi madre por fin me quita las sábanas, me levanta con cuidado peinando mi cabello rebelde y me sienta en su regazo. Lucian está algo distraído. Igual que a todos los que me ven por primera vez en el pueblo de Blackriver, adivino que le ha gustado mi cabello esponjoso. La mayoría de las cosas que se dicen de mí son sobre mi pelo castaño cenizo único, largo y con ondas voluminosas.

—Hola —lo saludo con mi voz tímida. Lucian deja escapar una sonrisa que trata de esconder de inmediato al apretar sus labios.

—Saludos, su alteza —dice con respeto.

—Hija, Lucian es un aprendiz de caballero y es muy talentoso —explica mi madre—, así que no lo subestimes por su edad.

Él se endereza con orgullo y yo asiento. No me importa qué tan talentoso sea, solo me siento aliviada de que no es un aburrido caballero de la edad de mis padres.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto.

—Quince, su alteza.

Frente a mí está este chico joven con aspecto amistoso y tengo que admitir que mi madre tal vez ha escogido bien.

—Está bien, dejaré que sea mi caballero pero no quiero que nada más me siga. ¿Puede ser mi amigo? —Miro a mi madre a los ojos.

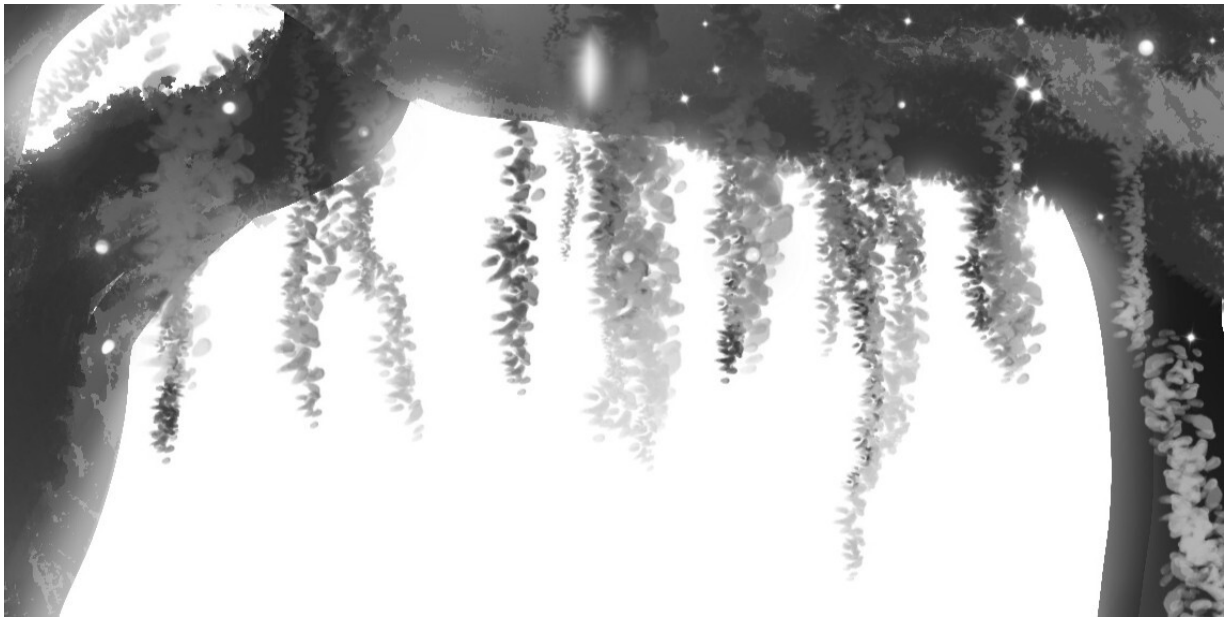
Se le ilumina el rostro.

—¿Tú qué opinas, Lucian? —le pregunta con una sonrisa.

Lo observo y él asiente sin titubear.

—P-Por supuesto —tartamudea—, me encantaría ser su amigo.

Pude ver sus mejillas sonrojadas.



CAPÍTULO 2

Nueve años después.

Mantengo mis ojos cerrados gozando la sensación del roce de las espigas del trigo en mis dedos. Lucian me sigue con mi cambio de zapatos. Es verano y caminar por el trigal es una de las cosas que más adoro hacer. Es el sitio más alejado del pueblo, justo frente al puente de piedra que va hacia el Bosque de los Perdidos. Es el único modo de entrar, ya que no hace frontera con nada más. De algún modo al estar aquí consigo pensar con claridad.

—*Lobelia.*

Escucho mi nombre y mi piel se eriza. Sé que no ha sido Lucian. No ha pasado un día de mi vida en el que no sienta que algo me

llama.

De repente frunzo el ceño. *Por Dios*, suspiro tras notar unas siluetas al inicio de la colina. No recuerdo la última vez que coincidí con esta escena. Tres adultos van de camino al puente para cruzar al bosque con una confianza desbordante en cada paso. Entrar no está prohibido pero cada individuo es responsable de su vida. Al ser personas que vivimos en Blackriver, este tipo de situaciones nos entristecen e intentamos evitarlas con unos buenos sermones.

—Lucian.

—¿Sí, su alteza?

Los señalo, se detiene a mi lado y libera un resoplo.

—¿Puedes detenerlos? Quiero decirles unas palabras —le indico y finjo que en el fondo no me emociona que ha sucedido algo distinto en mi vida después de mucho tiempo. Sermonear a algunos hombres por querer dárselas de valientes es un panorama sublime para hoy.

—Sí, su alteza. —Da unos pasos—. ¡Vosotros tres deteneos! —Siguen caminando y lo ignoran. Debo decir que agallas no les faltan —. ¡Soy un caballero de Benmore y os ordeno que paréis en este instante!

Es allí cuando por fin le hacen caso. Mientras Lucian se adelanta, bajo la colina a mi ritmo. Me siento extraña, nunca había estado tan cerca del puente. La mirada se me va a las preciosas hojas de verano al otro lado que me piden que las acaricie, a la brisa que las

mueve y casi me susurra con cariño para que entre. Tengo una leve sensación de que respiro mejor cuando en realidad este bosque es conocido por sus *límites*, donde das un paso y sufres una misteriosa falta de aire que te lleva a la muerte. Puede que sea mi mente jugando conmigo ya que siempre he querido entrar.

—Inclinaos, estáis frente a una dama de la realeza —escucho que les advierte Lucian sin divulgar mi identidad.

Concéntrate, me digo a mí misma dando unos últimos pasos hasta estar a dos metros de ellos. Acomodo mi pelo y los miro por encima, uno pelirrojo, otro rubio oro y a la derecha uno de pelo castaño, con sus espaldas inclinadas y sus miradas al suelo.

—Levantaos —les digo.

Los tres se enderezan. Son altos con una musculatura similar a la de mi hermano. Al mirarme descubro al rubio atónito por razones que desconozco, al pelirrojo le va cambiando la expresión a una similar. Lucian se queda de observador en el espacio entre nosotros para asegurarse de que mantengan su distancia. Cuando mis ojos se encuentran con los del de pelo castaño me detengo en seco, dominada por un estruendoso latido que me sacude. Por un momento mi mente se queda en blanco, aturdida ante lo que he sentido como un impacto directo a mi alma. Su mirada se mantiene relajada mientras que su boca se sella y a pesar de no haber expresión alguna en su rostro noto el movimiento en su nuez.

Su silueta es delgada y estoica, con una piel tostada que solo he visto en forasteros del sur. Se pueden apreciar dos llamativos y magistrales tatuajes que comienzan en sus hombros para terminar quién sabe dónde, iguales a una corriente de agua que envuelve su cuerpo. Su cabello castaño es largo hasta rozar sus hombros, con la capa superior recogida en un moño detrás y un par de hebras sueltas en cortina al frente. Sus profundos ojos grises combinan con su aire místico. Luce una barba muy espesa que me hace deducir que se la cuida y recorta con frecuencia para mantener la forma de su mandíbula cuadrada y afilada.

Me conmociono por mi reacción ante un hombre con el que solo he cruzado una mirada.

—¡Ese cabello y ojos! —cuchichea el pelirrojo logrando desconectarme del extraño sentimiento.

—Shh —lo calla el rubio.

Su reacción es cómica. Llevo mi cabello hasta mis glúteos igual que cualquier dama soltera de la alta sociedad y eso provoca que llame la atención por su color ceniza único. Mis doncellas pasan media hora cepillándolo por la mañana y por la noche, pero que se asombren así es la primera vez.

—No se os ha dado permiso para hablar —los regaña Lucian sin ser demasiado severo.

No logro soltar mi atención del de pelo castaño y por otro lado él sigue observándome con su cabeza en no sé dónde.

—¿Nos conocemos? —murmuro sin comprender por qué me siento así. Su mirada intensa también me da la impresión de que no es la primera vez que me ve. Pareciera ver a una persona con la cual no esperaba encontrarse—. Tienes mi permiso de hablar, ¿o es que… no puedes? —pregunto al final con más suavidad.

¿Será mudo?

Su compañero pelirrojo le da un codazo.

—Oye, idiota —susurra.

Parece que no. El hombre parpadea varias veces y peina su barba sin expresar nada en su rostro.

—No nos conocemos, su alteza. Si fuese el caso lo recordaría —habla con elocuencia—, no me atrevería a olvidar un rostro noble como el suyo.

Su voz es tan varonil que desata mariposas en mi estómago. Es casi casi gruñida y causa en mí una sensación extraña. *¿En dónde lo he escuchado? ¿Seguro que no nos conocemos?* Me tiene fascinada pero debo recordar que es un desconocido. *No son simples plebeyos*, concluyo por la manera impoluta en la que se ha expresado. Puede que sean comerciantes.

Percibo a Lucian a mi lado, lo miro por el rabillo del ojo y lo descubro de mal humor con sus ojos clavados en él. Arreglo mi pelo al frente y mojo mis labios lista para hablar con la misma fluidez.

—Me alivia encontrarme con hombres decentes en estos tiempos donde la educación parece desvanecerse —contesto y el hombre

sigue con sus ojos clavados en mí. Sin querer mi mirada se desvía tímida—. Decidme vuestros nombres.

Guardan silencio, él parece querer responder pero duda. Su tardanza es extraña hasta que el rubio carraspea.

—Yo soy Celyn, su alteza —responde para entonces señalar al pelirrojo y después al de cabello castaño—. Ellos son Aron y Rhoan.

Así que se llama Rhoan. Su mirada me persigue con tanta intensidad que empiezo a sentir que algo emocionante hace presión dentro de mí y bulle hasta alcanzar mi corazón.

—¿Cómo te llamas? —pregunta él.

—Estás dirigiéndote a una princesa, habla con más respeto —le aclara Lucian con firmeza y Rhoan lo observa ensombrecido. Ni cuenta me di de que se había dirigido con informalidad. Alzo mi mano para que se calme y miro a Rhoan a los ojos.

—Mi nombre es Lobelia Benmore, hija menor del duque de estas tierras, familia guardiana del bosque al que pretendéis aventuraros. —Lo señalo. Debo tener cuidado de no mencionar la religión de la luz en ningún momento, o mi familia y yo podríamos ser acusados de paganismo.

El hombre permanece más quieto e inexpresivo que una estatua y balbucea tan bajo que no consigo escuchar. No obstante al leer sus labios sé que ha dicho mi nombre. Mi pulso es un caos.

—¿Los Benmore? —susurra Celyn con un interés que llama mi atención. Todos conocen el apellido pero son escasas las veces en

las que reaccionan de esta manera. Me hacen pensar que saben lo ancestral y respetable que es nuestra casa ducal, aún más que la propia familia real de Dourith.

Mientras que él y Aron están con una actitud de querer indagar más, Rhoan no expresa nada. Sus expresiones están muertas a pesar de que sus palabras no se escuchan frías en absoluto.

Me enderezo ignorándolo, lista para mi sermón.

—Señores, nadie que entre al Bosque de los Perdidos ha regresado. En Blackriver no nos gusta pensar en las almas que se pierden por intentar demostrar lo *varoniles* que son. A pesar de que tenéis derecho a tomar vuestras propias decisiones no me gustaría irme de aquí pensando en que, mientras duermo cómoda en mi cama, vosotros seréis la cena de los lobos grises. Hemos venido a convenceros de dar marcha atrás y si queréis podemos daros comida y estadía esta noche en la mejor posada del pueblo, pero os pido que regreséis por donde vinisteis. —Guardan silencio hasta que Celyn y Aron sonríen—. ¿Creéis que bromeo? —añado.

Se tensan y niegan.

—Por supuesto que no, su alteza. Nos hace feliz su preocupación por desconocidos —responde Aron alegre.

Me agrada su comentario y bajo la guardia. Mientras Celyn asiente en apoyo a lo que dice, Rhoan sigue callado y me impide enfocarme en el entorno, solo en él. De repente Aron lo abraza de

lado con su rostro iluminado y una sonrisa entusiasmada, sin obtener reacción de su parte.

—Su alteza, si nos ofrece estadía nos encantaría compartir la comida con usted. ¿Le apetece cenar con nosotros esta noche en esa posada de la que habla? —idea en un tono jovial—. Así terminaría de convencernos de no ir al bosque. Debo admitir que todavía me siento atraído ante la idea.

Su voz es sugerente adrede. Lucian da un paso.

—Señor Aron, mi señorita no es una dama con la que puedan—

—De acuerdo, os veré allí esta noche —lo interrumpo.

Mi reacción normal sería rechazar su propuesta con elegancia pero la idea de ver a Rhoan me tienta. Lo miro por el rabillo del ojo, sigue atravesándome entera con la mirada. Trago saliva, abro el pequeño bolso que cuelga de mi cinturón y saco diez monedas de trila.

—Con esto es suficiente para comida abundante y tres habitaciones. Sois bienvenidos en Blackriver, la posada se llama Olde Bell.

—Su alteza, diez trilas es demasiado —susurra Lucian.

—Shh —lo callo y resopla.

Aron está por coger las monedas pero Rhoan se le adelanta. Su mano se acerca a la mía y solo por un instante hace contacto. Suelto las monedas de golpe y la retiro con rapidez. El corazón martillea en mi pecho, olvidé que no llevo guantes y ni siquiera Lucian me ha

tocado piel con piel en los nueve años que nos conocemos. El calor me causa hormigueos y se esparce desde las yemas de mis dedos al resto de mi cuerpo. Ha sido un breve roce que me ha movido entera. Mi mirada se clava en el suelo y después de eso no consigo verlo más.

—Estamos agradecidos, su alteza —responde Aron—. Nos vemos esta noche.

—Sí, os veré allí.

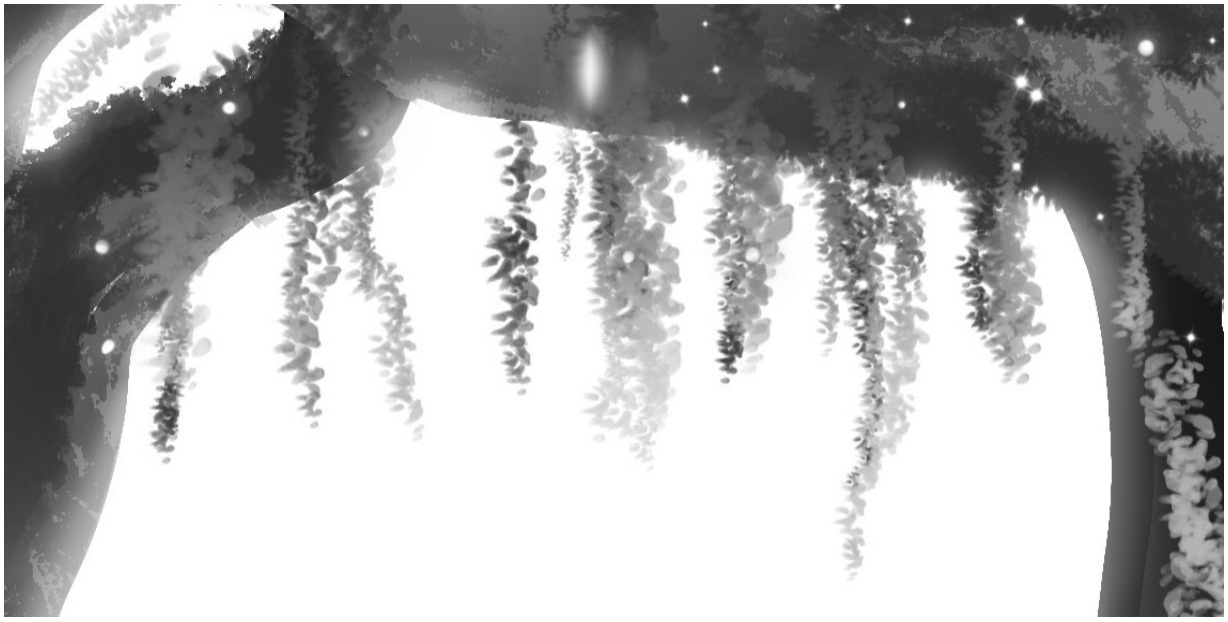
Empiezan a rodear la colina para volver al centro del pueblo y solo entonces logro levantar la mirada. Por última vez Rhoan se gira. El silencio que nos envuelve está plagado de una emoción que no identifico, hasta que retoma su vista al frente y sigue a sus amigos. Observo su espalda con la mente en blanco, deseando acercarme de nuevo para seguir escuchando su voz. Por primera vez no es el bosque el que me llama sino él.

—Su alteza, ¿por qué aceptó? —La voz de Lucian me sobresalta.

—Solo quiero salvarles la vida, sé que si los dejo así sin más volverán a intentarlo —miento con naturalidad.

De todos modos solo será una cena. Es evidente que Rhoan no es de por aquí así que no debo relacionarme con él más de lo que cabe en la cordialidad. Mis pulmones se limitan a permitir el aire de Blackriver. Dos veces mi familia intentó enviarme a Druviel, el reino en las costas del sur, pensando que mejoraría por su clima cálido. La primera vez tuve un ataque de asfixia a los pocos kilómetros de

habernos alejado del pueblo; la segunda mis pulmones volvieron a fallar y tuvimos que regresar con urgencia. Estoy destinada a morir aquí, a que ese hombre pase a ser un recuerdo que quiero que dure un poco más.



CAPÍTULO 3

De regreso al castillo nos llaman al despacho de mi padre. Su cuerpo fornido y grande está más encorvado que de costumbre. Sus ojos castaños entrecerrados me miran con una expresión extraña. Mi madre también está presente. Su rostro apagado y el silencio pesado me dan un mal presentimiento. Tras saludar y decir unas pocas palabras las noticias caen como si me lanzaran a un río congelado.

—Tenemos que prepararnos para partir la próxima semana —anuncia mi padre—. Sivgard ha declarado la guerra a nuestro reino.

—¿Qué? —Cubro mi boca por el shock y mis ojos se humedecen con un escalofrío que recorre mi espalda.

Sivgard es un reino pequeño ubicado en la costa oeste del continente, conocido por ser sanguinario con sus enemigos. Hace frontera en el suroeste de nuestro reino. Disfrutan de la guerra, se les conoce por genocidas y no dejan prisioneros. Son unos bárbaros.

A medida que mi padre explica cómo la situación se ha convertido en una guerra declarada ya oficial, las palabras me entran por un oído y salen por el otro. Una guerra significa que él debe ir en persona y es un señor de sesenta y tres años. A mi madre se le nota la amargura por la situación. Mi padre mantiene una mirada desanimada y triste hasta que dirige la vista hacia Lucian y, en un tono que casi se podría interpretar de disculpa, continúa:

—A partir de mañana necesito que dejes tu puesto de escolta y vuelvas con los caballeros —indica.

¿Qué? ¡Ellos fueron quienes me lo asignaron!

—Lucian ha estado conmigo durante nueve años, padre —manifiesto—. ¿No puede quedarse?

Sé que es importante para esta guerra. Ser el escolta de la hija de los Benmore es un trabajo de prestigio pero con poca acción y puede hacer que las habilidades se oxiden. No obstante, Lucian nunca ha descuidado su entrenamiento y ha vencido a todos los caballeros, incluso a los más experimentados como sir Andreas. Aun así no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Lobelia, lo siento pero es uno de los mejores que tenemos —responde con suavidad—. Lo necesito para que apoye a tu hermano.

Palidezco en el instante en que las palabras salen de su boca y doy un paso atrás.

—¿M-Mi hermano?

Resoplan.

—Hija, sabes que tiene que ir —responde mi madre quien por supuesto también odia la idea.

Lo sé, por ley un heredero también tiene la responsabilidad de participar en la guerra. Es solo que nunca me había pasado por la mente que la vida de mi hermano estuviera en peligro. Estoy al borde de un ataque de asfixia.

—Lucian, tú y Rodric comandaréis y asistiréis a sir Andreas y a sir Blick —explica mi padre—, no solo porque te conozco sino por tu talento y tus méritos.

No, al menos uno debe quedarse por favor.

—¡Él no—

—Le agradezco la oportunidad, mi señor —acepta Lucian e interrumpe mis palabras sin querer—. No lo decepcionaré.

Giro la cabeza y lo observo con indignación. No ha titubeado ni un segundo. *¡¿Te emociona tanto abandonarme?!* Pongo mi mano en el pecho, cosa que tengo por costumbre cuando me falta el aire.

—¡Lobelia! —exclaman al unísono.

Alzo un brazo para pedirles que se tranquilicen y el silencio se alarga a medida que calmo mi respiración. Mi expresión se va apagando hasta tornarse vacía, resignada y derrotada. Es una

responsabilidad enorme para Lucian y el habérsela ganado siendo un hombre de orígenes comunes dice mucho de él. A diferencia de los nobles que reciben educación militar y estratégica, aprendió de su padre y de observar a los caballeros más antiguos. *Sé que es una oportunidad de oro, pero…*, titubeo cabizbaja hasta que cojo una respiración incompleta.

—Si eso es todo me gustaría retirarme —pido a mis padres con respeto—. Me gustaría reflexionar el resto del día.

—Claro, cariño.

Ambos asienten. Doy un paso hacia la puerta y Lucian se gira listo para seguirme.

—Quiero reflexionar *sola*, sir Lucian —le advierto.

Sabe que cuando lo llamo así es porque estoy enfadada con él. No quiero ni verlo, aunque por su expresión parece querer decir algo así que espero en silencio. Entreabre su boca pero después de unos segundos la cierra y da un paso atrás. No tiene el coraje. Listo para ir a la guerra y aun así cuando se trata de mí la valentía se le esfuma como la nieve en el río.

Hace tres años descubrí sus sentimientos por mí. Sé que si deseara casarse conmigo mis padres lo apoyarían. Los he escuchado a escondidas pero están equivocados con él, este hombre nunca será capaz de pedir mi mano. Es lo mejor, no estoy en condiciones para casarme con nadie porque sé que pronto… moriré. Con certeza será mientras él esté en el campo de batalla. Todos se irán y no

podrán ni asistir a mi funeral dejando a mi madre con esa carga. Estoy destrozada.

Doy un resoplo y salgo del despacho con la rabia cegando mis pasos. Paso al lado de todo el mundo sin siquiera mirarlos.

—¡Su alteza!, ¡¿se encuentra bien?! —pregunta Jessica, una de mis doncellas. Puedo escuchar que me sigue junto a Lily pero no tengo ganas de responder. Si lo hago será de mala manera.

Bajo las escaleras principales y salgo hacia los jardines posteriores.

—Retiraos —les ordeno.

—Sí, su alteza. —Sus pasos se quedan atrás.

Mis pies me guían al laberinto de arbustos que queda cerca del gran salón de fiestas. Siempre lo he usado para mi propia diversión y podría recorrerlo con los ojos cerrados. Sin titubeos llego a un pequeño espacio escondido en el que solía jugar cuando era niña, y camino hacia la fuente que hay en el centro con una preciosa estatua de mármol. Se trata de una mujer de largos cabellos que mantiene sus brazos extendidos hacia abajo con vides que nacen desde las palmas de sus manos. El agua cae de ellas y de su cabello hacia el nivel inferior donde se reúne. Mi padre siempre me dijo que era la representación de una hija de Emdor, la fundadora y creadora de los bosques, pero que no se conocía su nombre.

El ruido que produce el agua consigue disminuir mi rabia. Mi mirada se pierde y se torna penumbrosa. Siento el temblor en mis

labios y un dolor punzante en mis entrañas hasta que mis ojos se colman de lágrimas. Sollozo tan bajo como puedo. Los hombres que más quiero en el mundo se irán a la guerra en siete días sin garantías de su regreso. Mi rostro se arruga cada vez con más frustración por no poder expresar y desahogar mi tormento. Mis pulmones no tienen la capacidad para permitirme estallar en llanto, lo que haría una persona normal. *¿Estaré viva para cuando regresen?* Mi cuerpo se encoge concentrándose en mi mano que agarra mi vestido al nivel de mi pecho. Siento que me he adentrado en una pesadilla sin esperanzas de despertar.

Escucho unos pasos detrás de mí.

—Su alteza.

El estómago se me revuelve.

—Vete, Lucian.

—Le ruego que me escuche.

Me doy la vuelta y lo encaro con mis ojos bañados en lágrimas.

—¡TE DIJE QUE—

Me quedo sin aire y el susto hace que mis piernas flaqueen. Lucian corre pero consigo sentarme en el borde de la fuente sin su ayuda. Se arrodilla frente a mí con el rostro angustiado.

—Inhale, uno, dos, tres, ahora exhale…

Sabe a la perfección qué hacer. Unos minutos después, cuando mi respiración se normaliza, sigo ahogada en mis lágrimas y humillada por ni siquiera poder expresarle mi ira. Se mantiene con

una rodilla en el suelo y con ganas de consolarme. Me ofrece su pañuelo pero desvío la mirada.

—Creí haberte dicho que quería estar sola —susurro cuando puedo.

—Estoy enamorado de usted —suelta. Mi corazón se salta un latido y mi rostro se gira hacia él. No sé cómo reaccionar. Traga saliva en mi silencio y prosigue con sus ojos bañados de amor—. Necesito estar a la altura para ofrecerle mi humilde corazón pero solo lo lograré si regreso de la guerra con honor. Si mi vida aumenta su valor.

Mis labios se fruncen mirándolo con pesar.

—Lucian, tu vida vale tanto como la mía —susurro secando la humedad bajo mis ojos—. Reconocimiento, honor o lo que sea, no lo necesitas.

—Lo necesito si me quiero casar con usted —contesta. Me quedo muda sin tener respiro para pasar de una sorpresa a la otra—. He mantenido distancia anhelándola en silencio, pero si voy a arriesgar mi vida dentro de una semana no puedo seguir oprimiendo mi corazón. La amo profundamente, su alteza.

Puedo sentir al Lucian de siempre en su voz temblorosa y parece mentira que me esté confesando lo que siente pero…

—Me encantaría darte una respuesta positiva, sabes cuánto cariño siento por ti pero no te veo de ese modo, Lucian —le respondo con sutileza—. Sería cruel si te mintiera al decir que sí.

Moja sus labios y mantiene su posición firme. Da la impresión de que ha dejado en la oficina de mi padre su piel de dudas y ha venido a mí cargando un armazón impenetrable de coraje.

—Lo sé y estoy dispuesto a entregarlo todo para ganarme su corazón —insiste y consigue removerme un poco con sus palabras—. ¿No cree que si se casa conmigo el amor podría florecer?

Permanezco sin decir nada hasta que unos segundos después bajo la mirada para reflexionar. Hay algo que él omite. Sin alterarme respiro lento y junto mis manos en mi regazo.

—Lucian, no sé cuánto tiempo me queda —susurro apagada.

Puedo escuchar su respiración agitada.

—Creo en usted, su alteza. Puede sanar, siempre ha tenido una voluntad inquebrantable para levantarse. Les dijeron a sus padres que moriría antes de su mayoría de edad pero no fue así, ¿no es cierto?

Es el secreto que descubrí poco después de mi primera asfixia. Por mi grave estado, el señor Nicolas tenía la lamentable certeza de que mis pulmones fallarían antes de mis dieciséis. Mis padres habían preparado sus corazones durante años para eso pero superé las expectativas. Mi celebración de mayoría de edad y los festivales en todo el ducado duraron una semana entera.

—Si es que sigo viva después de que termine la guerra, de igual modo seré una mujer de poco valor para el matrimonio. —Evito mirarlo.

—Una enfermedad no define el valor de una persona —habla con cariño, hace una pausa y se acomoda para continuar—. Su alteza, juro por mi madre en su descanso eterno que si acepta dedicaré mi vida a hacerla feliz. Por favor, considérelo.

Sé que sí, confío en su palabra a ciegas.

—¿Qué hay de *tu* felicidad? —le pregunto triste asomándome para hacer contacto visual.

—Mi felicidad consiste en estar a su lado. —Me sonríe con dulzura.

Mi mirada se torna apocada y vuelvo a bajar la cabeza.

—¿Seguro que no prefieres a una mujer sana? —murmuro.

—La prefiero a usted —afirma sin una gota de duda—. Si está dispuesta —pronuncia por último. Tal vez cree que ha sido intenso, y solo con esa duda del final consigue que esboce una tenue sonrisa para él.

Ha sido repentino pero si se va en una semana no puedo darme el lujo de pensarlo. ¿Debería casarme con él? Me puede dar estabilidad, comprensión y un amor casi palpable en el tiempo que me queda. Por mi parte, como él dijo, el amor podría nacer en la convivencia. Puede que tenga talento como esposa. Con seguridad mis padres le otorgarán un título de vizconde o barón así que viviremos bien. *Espera un momento.* Me percato de algo y mis ojos se abren al instante. Se pone nervioso al darse cuenta de mi cambio de actitud. Cojo el aire que puedo y me enderezo.

—De acuerdo, lo haré. —Le sonrío—. Me casaré contigo.

Parpadea.

—¿Eh?

—Dije que acepto —le confirmo.

Se pone en pie de un salto con sus ojos abiertos como platos. No parece creer lo que escucha hasta que veo que lo asimila y en su rostro se plasma una sonrisa de oreja a oreja. La más brillante que le he visto en nueve años.

—Su alteza, ¿estoy soñando?

—No —le aseguro con una risita y me pongo de pie para tocar sus antebrazos—, así que ve y habla con mis padres ahora mismo. Les alegrarás el día al pedirles mi mano. Promételes que al regresar de la guerra me pedirás matrimonio de manera formal. Finjamos que no sé nada.

Sus ojos se nublan conmovido. Asiente varias veces, vuelve a sonreírme y une su frente al dorso de mis manos.

—Le prometo que no se arrepentirá de su decisión, su alteza —alcanza a decir con su voz entrecortada.

Asiento.

—Te creo, ¡ahora ve! —insisto alegre señalando la entrada del laberinto.

Con eso dicho tarda unos segundos más hasta que se va caminando de espaldas a la entrada del laberinto. Al llegar a la

pared de arbustos me hace una reverencia y se retira. Mi sonrisa se va apagando hasta esfumarse por completo.

Si le aclara sus intenciones a mis padres desde hoy pero fallezco le darán una compensación, se lo pediré a mi madre antes de que suceda mientras están en la guerra. Si sobrevivo y consigue casarse conmigo su prosperidad está asegurada, ni él ni su padre tendrán que preocuparse nunca más por el dinero. No tendrá que volver a escuchar comentarios despectivos de los nobles que lo critican por ser mi escolta sin apellido y su vida se solucionará. Así mi muerte valdrá la pena por todos los años que ha estado a mi lado. Desearía que mi motivo para aceptar fuese otro pero aunque pasen dos meses o tres años antes de morir, este es el mejor regalo que le puedo dar.

Lo siento, Lucian.



Al llegar a mi puerta me encuentro con una silueta recostada en ella. La conversación con mis padres y la noticia, la futura despedida, todo me vuelve a caer encima. Cuando nota mi presencia se separa y se endereza.

—Lobelia…

Me derrito en su voz reconfortante que me hace acercarme con desesperación. Me entierro en sus brazos igual que una niña

pequeña y mis lágrimas se desparraman una vez más. Ni siquiera con mis padres, solo con mi hermano me comporto de esta forma infantil. Solo con él demuestro mi nivel más profundo de vulnerabilidad.

—Al menos hay alguien de la familia a quien no odias —ríe un poco.

—No tiene gracia —respondo llorando. Por fortuna no hay sirvientes alrededor.

Rodric suspira y permanece en silencio dándome palmadas gentiles en la espalda. Me consuela con tanto éxito que al poco tiempo mis lágrimas disminuyen. También debo agradecer que la confesión sorpresa de Lucian me ha brindado determinación. Dudo que Rodric aún lo sepa, al ver la cara con la que ha aparecido. Cuando me percibe más tranquila retrocede y me mira a los ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta. Arrugo mis labios y niego. Su rostro se llena de pena un breve instante para después regalarme un intento de sonrisa—. Bueno, ¿te apetece si vamos al pueblo y comemos unos shortbread? —me tienta.

Demonios, digo para mis adentros al ser tomada por sorpresa. Por más deprimida que esté es una oferta que no sé si puedo rechazar.

—Vale —acepto.

Pasamos por mi típico punto de escape del castillo. Rodric lo descubrió hace años y para ser sincera hacía mucho tiempo que no

lo usaba. Se siente refrescante. Compramos un paquete para cada uno y nos sentamos en la fuente de la plaza en el centro de Blackriver. Las personas caminan desde todas las direcciones, los niños ríen, corretean y los negocios prosperan llenos de vida. No tienen idea de la guerra que se avecina.

—El ducado Dálir lo tiene difícil.

El territorio fronterizo con Sivgard ya ha perdido la mitad según ha dicho mi padre. A pesar de haber estado en shock en gran parte de la conversación escuché con atención.

—No quiero hablar de eso y sé que tú tampoco —digo con sequedad llevándome una galleta a la boca.

Se moja los labios y resuella. Es apuesto, con el cabello rubio dorado corto, una nariz ancha igual a la de mi padre que le otorga rudeza y a las chicas les gusta. Sus ojos azules los mantiene entornados por su sensibilidad al sol y eso le da solemnidad.

Lo conozco demasiado bien. Sé que por mucho que le fascine la esgrima y la arquería solo le gusta como deporte. Rodric Benmore, el hijo mayor del mejor guerrero del reino de Dourith, odia la guerra a un nivel visceral.

—No creas que te salvas de mi ira —le advierto y engullo otra galleta—. Nadie se salva, ni siquiera… yo misma.

Bajo la mano en un resoplo sin energía tras terminar de comer. Se me acaban las galletas en un abrir y cerrar de ojos y mantengo mi mirada perdida unos segundos hacia el vacío. El silencio que

cunde entre nosotros es fúnebre. En mi ansiedad, mi antojo por el dulce regresa y me adhiero a mi hermano para robarle de su bolsa. Permite que lo haga sin rechistar.

—Lo siento, Lobelia —susurra y mi corazón libera un latido fuerte. El movimiento de mi mandíbula al masticar se ralentiza y las galletas pasan poco a poco de estar dulces a salarse con las gotas que nublan mi vista. Me las limpio y me recompongo ya que una princesa no debe mostrar sus lágrimas en público.

—¿Cómo es que mi madre es tan fuerte para estas cosas?

—Por eso mi padre no puede vivir sin ella. Su fuerza de voluntad es inquebrantable y toma buenas decisiones incluso en momentos de crisis —me responde.

Sorbo mi nariz con disimulo y no paro de comer.

—He escuchado que la señorita Hale también es una joven que sabe tomar buenas decisiones —menciono.

—Sí, Josie es especial —sonríe mirando hacia el vacío—. Y eso que apenas tiene quince años.

La diferencia de edad entre mi hermano y su prometida es grande, Rodric es consciente de ello. El compromiso fue acordado cuando ella cumplió doce años gracias a una deuda antigua que tenía su familia con la nuestra. Al principio se negó con vehemencia alegando que le era impensable casarse con una niña y aun así fue la misma señorita quien lo convenció.

Sin embargo, el recuerdo de ella no es suficiente para animarme y la incertidumbre del porvenir apaga mi expresión una vez más.

—Estaremos bien, Lobelia —dice y causa que mis ojos vuelvan a arder—. Mi padre es un veterano y Lucian y yo estamos en el mejor momento de nuestras vidas para pelear. Somos jóvenes y fuertes. Esos bárbaros no serán nada para nosotros. Dicen que la mayoría son demasiado flacos.

Su último comentario consigue hacerme sonreír un poco.

—Eso he oído —murmuro.

Me pierdo en mis pensamientos unos instantes. Comprendo que no puedo desaprovechar la semana que me queda con ellos enfadada y dejándoles malos recuerdos. Puede que sean los últimos. Después hablaré con mi padre también.

Permanecemos en silencio hasta que le ofrezco la última de *sus* galletas como una ofrenda de paz. Suelta una risa suave. La coge en silencio, la parte por la mitad y me la ofrece.

—Espero que Lucian te proteja. —Acepto el trozo con un puchero —. Tú también concéntrate en la batalla.

—¿Desconfías de mi fuerza? Si es así te cargaré como a un saco de patatas hacia el castillo. —Alza las cejas y sonríe alegre—. No querrás recordar tu primera borrachera conmigo, ¿o sí?

—No te atreverías, sería vergonzoso hasta para ti a plena luz del día. —Lo amenazo con la mirada. Para mi desgracia lo que digo

causa el efecto contrario a lo que quiero. Al igual que a mí, le encanta llevarme la contraria.

No termino de coger aire cuando se levanta de su asiento.

—¡No! ¡Rodric Benmore! —Me inclino hacia atrás y empiezo a pegarle patadas. Me esquiva fácil ya que son muy débiles y en un abrir y cerrar de ojos siento cómo mi estómago es apretado contra sus hombros, mientras veo el suelo y todo más alto de lo normal. Procura sujetar bien la falda de mi vestido para no mostrar mis medias—. ¡Estás loco!, ¡bájame ya!

La gente del pueblo nos mira con sonrisas ya que saben cómo somos. Entierro mi rostro entre las manos y siento el calor de mis orejas enrojecidas pero a los pocos segundos estallo en risas —o al menos hasta lo que permiten mis pulmones.



De nuevo en mi habitación voy directa a mi escritorio y me dedico a escribir:

Aron, lamento no poder cumplir mi promesa. Esta noche no podré cenar con vosotros por noticias que pronto sabréis y que para mí son desgarradoras. Y si habéis considerado entrar al bosque a pesar de mis palabras, deseo que penséis en que hay una pobre

dama que estará muy triste si os ocurre algo. Aun así me alegra haberos conocido.

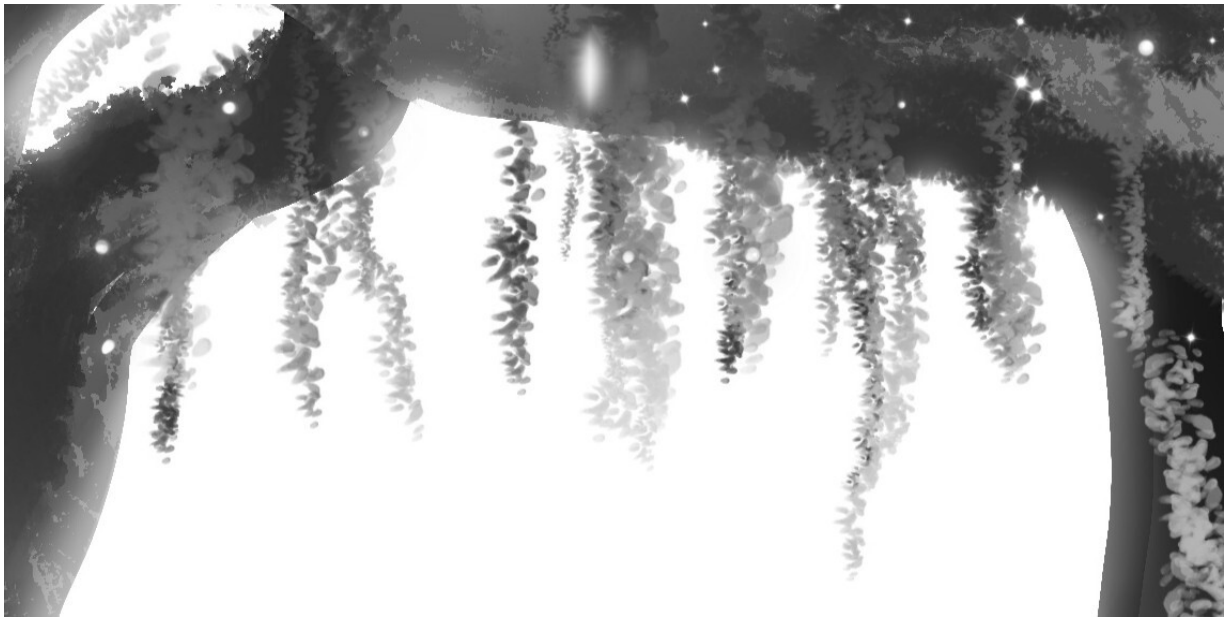
Lobelia Benmore.

Enrollo el papel, lo ato con una de mis cintas lila favoritas y le aplico el sello con la cera. Con eso listo llamo a Jessica.

—Necesito que entregues en persona este mensaje en Olde Bell. Es para un hombre pelirrojo llamado Aron. Se hospeda allí junto con dos amigos, uno rubio apacible y uno de cabello castaño muy callado. Si no sabe leer, hazlo por él.

—Enseguida, su alteza. —Coge el rollo con una mirada curiosa. Debe preguntarse en qué momento he conocido a tres hombres al tener a Lucian siempre conmigo.

Cuando se retira miro al vacío. ¿El mundo siempre fue así de opaco? Lo veo escaso de luz, o quizás es mi corazón que siente que le han arrancado el brillo sin piedad.



CAPÍTULO 4

Ha anochecido, no es demasiado tarde pero ya todos están en sus habitaciones listos para dormir. Observo la luna de pie en el balcón de mi dormitorio con mis brazos rendidos sobre el borde. El viento hace bailar las ondas de mi cabello y las cintas azul pastel que lo atan a los lados.

Es una noche silenciosa y deprimente, la noticia de que los hombres partirán en una semana ha llegado a sus hogares con certeza. Hice bien en no salir, habría sido mal visto y puesto que ya se sabe, Rhoan y sus amigos habrán comprendido mis razones. Tras ver las luces del pueblo puedo jurar que nadie ha tenido ganas de beber ni una jarra de alcohol.

De repente escucho el crujido de la madera en mi habitación. Doy media vuelta y me separo del borde del balcón. Permanezco quieta unos segundos sin oír nada más.

—¿Jessica?, ¿Lily?

Entro y recorro mi alcoba con la mirada. Todo está en orden y el silencio es pacífico, por lo tanto puede que haya sido mi mente protestando para que me vaya a dormir. *Para ser honesta, estoy exhausta.* Me giro lista para ir a mi cama cuando de repente una sombra se abalanza sobre mí y cubre mi boca. Se me va la sangre del cuerpo pensando lo peor hasta que me veo invadida por un relajante aroma a musgo y madera.

—Tranquila, Lobelia —pronuncia con su voz varonil y el corazón se me detiene. Nota que lo he reconocido así que libera mi boca y retrocede. Los latidos en mi pecho no paran y más bien incrementan con un retumbar casi amenazador.

—Rhoan, ¿qué haces tú aquí? ¡Si te descubren te encarcelarán!

Su expresión no titubea al tiempo que me arrincona contra la pared. Su cuerpo estoico es intimidante junto a su mirada firme, sin embargo no produce más que latidos desenfrenados que me hacen tragar.

—No tengo mucho tiempo así que seré directo. Háblame sobre los lobos y sobre los problemas de salud a los que te referías cuando hablabas con ese hombre en el laberinto —me interroga—. Vi que se te dificultaba respirar.

—Espera, ¿me has seguido? —descubro atónita.

No se molesta en responder. Por lo que dice escuchó toda mi conversación con Lucian y eso fue esta tarde. ¡Sabe de mi futuro compromiso! Pero eso no es lo que debería preocuparme. Si consiguió traspasar la impenetrable seguridad del castillo significa que es un hombre peligroso. ¿Cometí un error al juzgarlo por lo que me hizo sentir? ¿Y si es un espía de Sivgard? No, si lo fuera eso no sería lo primero que preguntaría así que puedo descartar esa opción. No obstante igual es un hombre peligroso. Pero entonces, ¿por qué quiere saber sobre mí?

—He tenido problemas para respirar desde mi infancia. Empezó con una asfixia pero ahora me canso al reír —le contesto y su ceño se suaviza unos milímetros—. Y sobre los lobos, soy adoptada. Mi padre me encontró recién nacida abandonada en una cueva con una manada en el Bosque de los Perdidos. La hembra alfa me mantenía cálida entre sus cachorros.

Dios, ¿por qué le cuento mi intimidad a este hombre?

Se sume en sus pensamientos, lo cual provoca que yo me hunda en los míos. Iluminados solo por las luces de las velas me hace recordar algo que vi un día a mis quince años. Una criada, la espalda de un mozo de cuadra con los glúteos al aire y una sonrisa que nunca olvidaré. La escena tatuada en mi cabeza desata mis nervios.

—¿Es cierto que naciste el veintidós de Nevidia del año mil quinientos cinco? —Su mirada me desarma—. Los de la posada lo

dijeron.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Responde.

Le gruño desafiante atravesándolo con la mirada. Él permanece terco e inamovible así que suelto un resoplo.

—No estás en posición de exigir nada, pero sí, nací en la noche del solsticio de invierno.

Por tonta le respondo como si él tuviese poder sobre mí. Su mandíbula se tensa y tarda unos segundos en responder.

—Entiendo —susurra.

Hay un breve silencio.

—¿Me dirás por qué es relevante? —inquiero—. ¿Has venido a secuestrarme?

Sus ojos parecen hablar.

—Secuestrarte no, *buscarte* —suelta ignorando mi pregunta anterior.

Mis latidos están por reventar mis venas. Alguien en su sano juicio gritaría o pediría ayuda mientras que yo a duras penas consigo evadir el contacto visual girando la cabeza.

—Entonces será mejor que te vayas o llamaré a los guardias.

Coge mi mentón y produce en mi piel un escalofrío electrizante que ataca mis entrañas. Aborda mi espacio personal y me obliga a retener mi mirada en la suya. Lo peor es que soy incapaz de retirar su sometimiento por voluntad propia. Lucian nunca me ha tocado,

pero un hombre que acabo de conocer ha roto todas las reglas sociales en un día que aún no termina. Lo más absurdo es que no me atrevo a exigirle espacio porque en el fondo disfruto lo prohibido.

—Creo que no me has entendido, vendrás conmigo esta misma noche, así que coge tus cosas. Solo vine a avisarte, vendré por ti más tarde.

¿Ir con él a dónde? ¿Esta noche? ¿Debería… ir? ¿Qué me espera a su lado? Su aroma cercano marea mis pensamientos y mis párpados pierden fuerza. *¿Qué me está haciendo este hombre?* Mi mente irracional empieza a dudar hasta que pienso en mi familia y en Lucian y despierto. Me quito su mano del rostro y lo miro con decisión.

—Y *tú* no me has entendido *a mí*. No te conozco. Vienes a mi habitación en medio de la noche y hablas como si tuvieses autoridad sobre mí, ¿quién te crees que eres? —Su silencio se alarga y parece retener las palabras que quiere soltar—. ¿De verdad piensas que me iré contigo voluntariamente a algún lugar que desconozco mientras abandono a mi familia?, ¿mi vida?

Aunque tarda mueve su mandíbula y asiente con una seguridad inquebrantable en sus ojos.

—Sí, así es.

Lo dice tan convencido que me preocupo. ¿Qué es lo que sabe?, ¿por qué sus palabras se escuchan cual sentencia verídica? *No, esto no está bien*. No tengo tiempo que perder, cada segundo cuenta

para mí. Me estremece de formas que no entiendo así que tengo que hacer que se vaya de una vez por todas. No sé porqué he permitido que siga en mi habitación. Involucrarme con él ya me agita demasiado y en cualquier momento me dará un ataque de asfixia por su culpa.

—El único modo en que me sacarás de aquí será después de que clave mis dientes en tus manos al menos un par de veces, Rhoan. Creí que eras un buen hombre, ¿de verdad eres capaz de alejarme de mi familia a la fuerza? —trato de hacerle razonar con severidad y él traga. Parece que funciona—. Si de verdad quieres que te siga entonces hagamos una apuesta —le ofrezco—. Vete ahora y sigue tu camino. Si el destino hace que nos reencontremos sin forzarlo aceptaré irme contigo sin protestar.

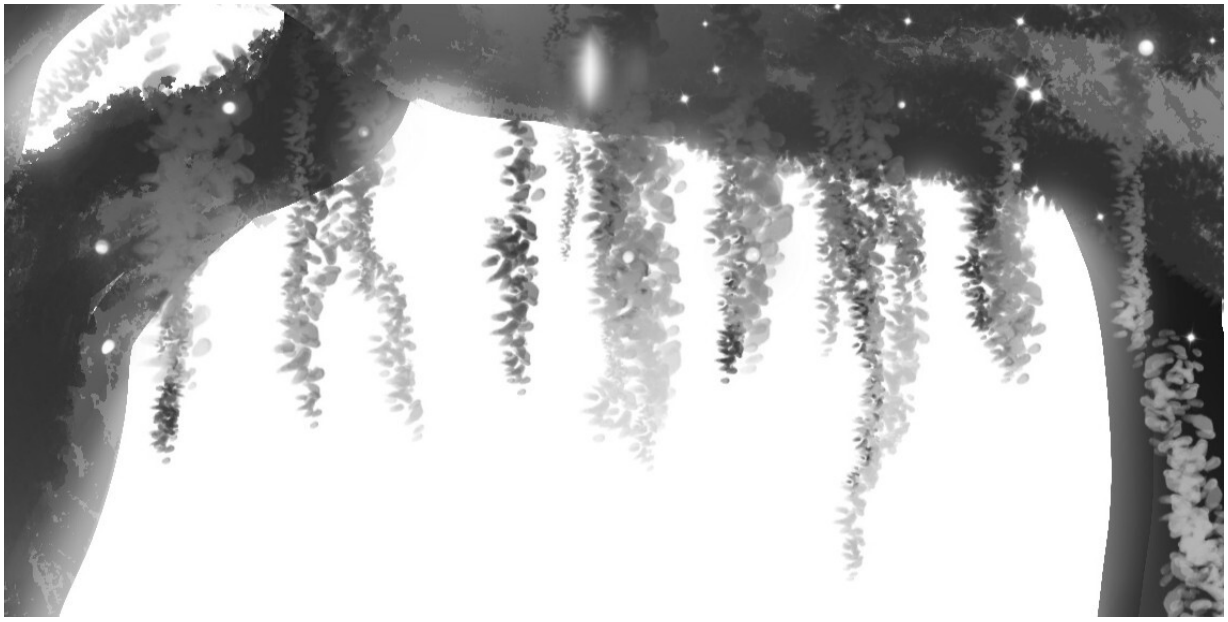
Digo con una confianza infinita porque sé que no sucederá. Permanece callado durante largos segundos sin abandonar su mirada clavada sobre la mía.

—Espero que recuerdes tus palabras. —Sin darme tiempo para reaccionar su brazo me rodea robando en un pestañeo una de las cintas en mi pelo. No sé de dónde saca una daga pequeña con la que me corta un mechón—. Que Emdor te proteja, Lobelia.

Y me pasmo. *Es un creyente de la luz.* Se dirige al balcón y sudo frío.

—¡No, espera! —Me asomo aprisa y solo me encuentro con la oscuridad de la noche, el sonido de los árboles y la solitaria brisa

helada. Ha desaparecido. Solo un segundo aprieto las manos en el muro del balcón. *Sí, esto es lo mejor*, intento mentalizarme con amargura—. Que Emdor te proteja, Rhoan.



CAPÍTULO 5

Es insoportable bajar a despedirme. Camino a rastras junto a mi madre quien aparenta serenidad ya que no es la primera vez que pasa por esto. Vemos a la mayoría de los caballeros decir adiós a sus familiares y encuentro a Lucian con su padre, el señor Owen. Hacemos contacto visual sin acercarnos aunque sin querer se nos escapan sonrisas tenues. Me sentí culpable por lo que ocurrió con Rhoan pero lo bueno es que ese hombre no regresó. Me olvidará y eso es algo positivo. Ahora tengo una promesa con Lucian, hay algo que esperar, un futuro por compartir. Pero antes de eso toca sufrir.

Me detengo frente a mi padre y Rodric con los ojos llorosos y cansados tras no haber dormido nada. Quiero que me recuerden con

una sonrisa pero mi padre se acerca y cuando me acurruca en sus enormes brazos flaqueo y me quiebro.

—Por favor, volved a salvo —suplico entre sollozos perdiendo cualquier intento de una despedida alegre.

—Hija, tu hermano y yo estaremos bien, solo serán unos meses —me consuela acariciando mi cabello con gentileza.

—Pero estás envejeciendo y esa armadura es muy pesada para tus rodillas —lloriqueo.

—Cariño, ¿qué le dices a tu padre? —pregunta mi madre, riéndose con Rodric.

—Cómo se nota que no has visto a tu fuerte padre en los entrenamientos desde hace tiempo, ¿eh? —refunfuña él estrujándome tan fuerte que me hace sonreír—. Lobelia, ¿qué decimos cuando creemos que el problema es mayor que nosotros?

Sorbo mi nariz.

—Los Benmore no ceden ante la adversidad —evoco el lema que se me ha enseñado desde que tengo memoria.

—Así es, no olvides que los Benmore hemos sido bendecidos por *sus hijos* —susurra al final—. Es una bendición que ha fortalecido nuestra casa en cada generación y nos ha brindado una suerte sin igual.

De inmediato comprendo que se refiere al Gran Roble, a los hijos de Emdor. Si alguien con malas intenciones nos escuchase nos llamarían herejes. Asiento en silencio sin parar de llorar.

—Ahora déjame despedirme de mi amada. —Me suelta para acercarse a mi madre causando en mí una sonrisa. Su amor es admirable. Ella le da un beso y le dice unas palabras. Para no interrumpirlos me giro hacia Rodric.

—Mantente a salvo, lobo apestosito —me pide secando mis lágrimas.

—Juro que si mueres lanzaré un golpe al aire que te llegará al más allá, así que no se te ocurra hacer que esta sea la última vez que nos veamos, Rodric Benmore.

Entre risas tristes me estrecha en sus brazos. Cierro los ojos y siento la textura y el olor de su ropa en un intento de que se quede en mi memoria.

—Recuerda que eres mi sol —le lloro en un tono más sutil—. No puedo vivir sin ti.

Tras mis palabras me aprieta con más fuerza y me besa en la coronilla.

—Lobelia, el sol brilla muy poco comparado a lo mucho que brillas por ti misma.

Mi ceño se arruga por completo. Rodric y mis padres ven en mí algo que yo no. Siento que sin mi familia no podría seguir, pero a veces me da la impresión de que son ellos quienes tienen miedo de que los deje atrás.

Poco después de desahogar mi pesar, limpio mis lágrimas y doy un vistazo hacia Lucian. Su padre ya se ha despedido. Camino hacia

él con lentitud, tratando de reunir valor en cada paso. Con certeza ya no quiere esconder sus sentimientos porque su expresión es una que no le había visto jamás: de añoranza, esperanza. Si esto es lo que inspira su amor por mí recibiré esta unión con los brazos abiertos.

—Lucian.

—Su alteza —responde con respeto.

Una sonrisa se cierne en mis labios.

—¿Cuando nos casemos continuarás llamándome así? —pregunto en voz baja.

Su piel enrojece similar a un tomate. Ilusionarlo por esto se convertirá en mi pasatiempo favorito.

—N-No —contesta tímido provocando que mi sonrisa se expanda.

Nos envuelve un dulce silencio en el que aprovecho para sacar del bolsillo oculto de mi vestido un pañuelo al que le bordé una flor de lobelia. Lo bonito de mi nombre es que tiene doble significado, mi madre dice que cuento con las fortalezas de un lobo y la gracia de una flor. En los últimos días dediqué algo de mi tiempo a bordarlo para desear su regreso a salvo como suelen hacer las parejas. Cojo su mano y siento que da un sobresalto. Doblo sus dedos para que así apriete el pañuelo.

—Cuídate y cuida a mi familia. —Dirijo mi mirada a sus ojos. Presiona sus labios y asiente—. Mi padre es experto pero sabes que

Rodric odia la guerra así que debes prometerme que lo protegerás.

Ante esto último, sonríe con cariño.

—Lo prometo —pronuncia con una baja voz de despedida.

—Y tú también —le recalco—. Si mi futuro prometido no regresa tendré que ser una solterona por el resto de mi vida.

Se ríe.

—Por favor no piense así, su alteza —contesta—. Sería lamentable que una flor tan preciosa se marchitase sin haber conocido la primavera.

Me ruborizo un poco y me pillan por sorpresa sus palabras románticas.

—No quiero tener que pensar en eso así que asegúrate de regresar conmigo —le respondo con suavidad.

Asiente otra vez con un evidente buen humor. Miramos a los alrededores y entendemos que es el momento. No quiero soltar su mano, no quiero que se vaya. Es injusto que la vida haga estas cosas, separar a personas que se quieren. Es desolador pero hay que encontrar la belleza en estos momentos, pues en ellos las personas abandonan sus máscaras y expresan lo que sienten por el otro al no saber cuándo será la próxima vez que se encuentren.

Quizás todavía no ame a Lucian como pareja pero si hay algo que es seguro es que lo quiero como uno de los hombres más importantes en mi vida. Tras su partida mis días serán más tristes, odio decirle adiós a mi compañero de aventuras.

Al ver a mi madre me sonríe. Cuando me contaron sobre las intenciones de Lucian parecían querer hacer una celebración. Fingí sorpresa, acepté sus palabras y aproveché para pedirles que se hicieran responsables como si el compromiso ya estuviese si fallecía antes. No les gustó en absoluto, sin embargo aceptaron con amargura porque saben que es una posibilidad. Por el momento solo está la promesa así que la propuesta oficial de Lucian vendrá después de la guerra. Me giro de nuevo.

—Su alteza… —traga—, Lobelia.

Mis ojos se abren.

—¿Sí? —pregunto complacida.

—La última vez que estuvimos en el trigal —menciona—, pensaba en que te veías igual a un hada de la naturaleza.

Por fin se dirige a mí de manera informal. Sonrío conmovida y nos miramos directo a los ojos. Es una mirada cariñosa, familiar y llena de ilusión. Cuando ya es el momento de despedirnos nos inunda la angustia. Cuánto me gustaría abrazar a mi querido amigo con fuerza.

—Que Dios te cuide, Lobelia.

Su mirada se baña en pesar.

—Y a ti, Lucian. —Una lágrima recorre mi mejilla—. Regresa a mi lado, por favor.

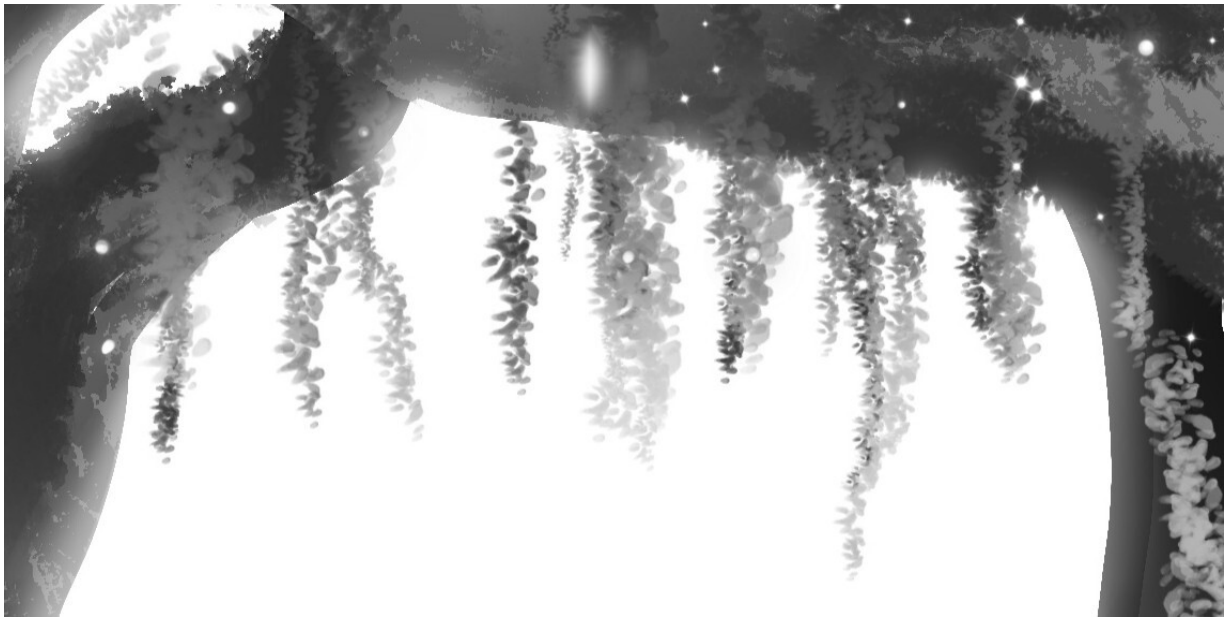
Mis propias palabras provocan que mis labios se tuerzan con dolor.

—Lo haré.

Intenta sonreír con sus ojos llorosos para después coger mi mano y acercar su frente a mi dorso sin hacer contacto. Siento un dulce cosquilleo en el corazón mientras seco mis lágrimas. Unos segundos después lo dejo ir sin ganas. Me acerco a mi familia y le doy un último abrazo a mi padre y a Rodric junto con un beso a cada uno en la mejilla.

Veo a Lucian montarse en su caballo, cuando está por iniciar el viaje me busca y me sonríe. Es una sonrisa bañada en esperanza. Su caballo galopa y al alejarse persigo con la mirada a mi hermano y a mi padre. Cuando avanzan me entran unas ganas absurdas e insufribles de seguirlos. Me obligo a aferrarme al brazo de mi madre para no hacerlo. Tras su ida ella se derrumba en un río de lágrimas al fin, lloramos juntas consolándonos la una a la otra. Tiene mucha confianza en mi padre, sin embargo las despedidas nunca son fáciles y más ahora que Rodric irá con él. No sabemos cuántos meses estarán lejos y aun así solo de imaginar los horrores que vivirán es motivo de lamento y angustia. Nos quedamos de pie admirando sus siluetas hasta que ya no están a la vista.

Cierro mis ojos y rezo por su regreso.



CAPÍTULO 6

Un año después.

Rhoan desapareció. No volví a verlo, como si su existencia hubiese sido producto de mi imaginación en un intento de darle emoción a mi vida. Su recuerdo me ha hundido en la amargura, con sus ojos grises que no consigo olvidar. El tiempo ha transcurrido y se ha mantenido igual a una estaca de hierro que oxida mi corazón y evoca una culpa voraz por mi compromiso, por mi futura promesa de fidelidad a Lucian. Me he preguntado mil y una veces qué hace ese hombre, si está bien y si piensa en mí, mientras he escrito con descaro cartas de esperanza a mi futuro prometido, en un intento de opacar mis sentimientos incomprensibles por un hombre que conocí

y se esfumó. No sé qué me ha hecho, no me comprendo, esto no tiene sentido. Estoy loca.

Hoy es un día para al fin olvidarlo por un rato porque mi padre, Rodric y Lucian están por llegar. Llevamos meses que recibimos las cartas atrasadas al ser el ducado más lejos de la batalla. Esta vez no ha sido la excepción, sin embargo nos ha sorprendido en el mejor sentido del mundo. Solo hemos tenido que esperar cinco días desde que nos enteramos y me siento bendecida de haber conseguido vivir hasta hoy.

En los muros de entrada al pueblo los hombres avanzan, lucen abatidos y algunos parecen estar al borde del colapso. Les ofrecemos ropa nueva, agua fresca y comida recién cocinada por los restaurantes, posadas y tabernas. Muchos están cubiertos de heridas y con aspectos de que se han encontrado cara a cara con la muerte. Algunos han perdido extremidades y otros tienen el rostro desfigurado. Entre ellos vienen carretas con los ataúdes de los fallecidos. Irán directos al cementerio.

Presencio las duras consecuencias de la guerra y da la impresión de que el cielo se ha tornado gris a pesar de que es un precioso día soleado. No obstante, mis ojos brillan de alborozo al poco tiempo.

—¡Son ellos! —chillo a mi madre mientras aprieto su brazo. Ella carga una sonrisa igual de deslumbrante que la mía.

Mi padre y mi hermano vienen montados en sus caballos junto a sir Andreas. Cabalgan sin energía y con una expresión derrumbada a

pesar de ser los vencedores, en especial Rodric al experimentar su primera guerra. Voy a tener que distraerlo llenando su estómago de cerveza y galletas. Obligaron a los sivgardianos a regresar a sus tierras e incluso se recuperaron los territorios perdidos del ducado Dálir. Lo bueno es que no veo ninguna herida más allá de cortes, rasguños superficiales y muchas cicatrices.

Suspiro aliviada dando las gracias al Gran Roble con una sonrisa de oreja a oreja. Mi familia ha vuelto a casa a salvo y eso es lo que importa.

—Vamos a saludarlos, parecen agotados —indica mi madre. Asiento y caminamos juntas.

—Ahora solo falta Lucian —digo emocionada y ella suelta una risita.

Y después a planear la boda, pienso, ignorando la punzada en mi corazón por *ese* otro hombre. En el momento en que selle mi matrimonio lo olvidaré de una vez por todas, tengo fe de que así será porque estos sentimientos no tienen ni pies ni cabeza. ¿Quién piensa después de un año en alguien que conoció por casualidad? Me casaré y seré feliz con Lucian. Seis meses atrás cumplí veinte años y aún es una buena edad para casarme.

Mientras nos acercamos lo busco pero no aparece ni un atisbo de su silueta. Es posible que llegue más atrás ya que los hombres se desplazan al pueblo con lentitud y a lo lejos puedo ver al otro

general, sir Blick. Estoy dispuesta a esperar todo el día si es necesario.

Entre las personas que se acercan a mi padre y a Rodric ubico a alguien.

—Ah, es el señor Owen.

El padre de Lucian y mi futuro suegro. Es igual a él pero con el cabello canoso y la espalda encorvada. Sus años como caballero fueron en los que el ducado Benmore participó en más batallas y su cuerpo ha recibido las consecuencias. Es un hombre de mente cuadrada igual que su hijo, también igual de gentil. Lo he visitado cada mes ya que pronto seremos familia y su sonrisa siempre me hace recordar a Lucian.

Me distraigo cuando mi padre y Rodric bajan de sus corceles. A punto de acercarme aprisa, en vez de dirigirse a nosotros caminan hacia el señor Owen con un andar apesadumbrado. Rodric se ve peor que nunca con cada paso que da. *¿Qué hacen?*, pienso confundida. Cuando mi padre apoya su mano sobre el hombro del señor, tanto mi madre como yo nos detenemos en seco.

—No puede ser —se le escapa.

Y mi sonrisa deja de existir.

—¡NO!, ¡MI HIJO NO! —El señor Owen cubre su boca con ambas manos aguantando sin éxito un aullido trágico que lo desploma. El estómago se me revuelve observando cómo sus conocidos lo ayudan

y se lo llevan lejos de la vista de quienes le dan la bienvenida a sus hijos con sonrisas colmadas de felicidad.

—Madre, dime que no es verdad —le pido con una voz sin vida. ¿Dónde está mi prometido?

—Hija… —Me da un dulce abrazo pero su suspiro se escucha amargo. El destino ha decidido castigarme por haber deseado a otro hombre mientras él arriesgaba su vida en el campo de batalla.

Con la mirada perdida se me escapa una lágrima. Pierdo toda voluntad de expresión y me hundo en el vacío desolador deseando que alguien me diga que es una broma y que Lucian solo llegará más tarde.

Cuando resuelven la situación con su padre, Rodric hace contacto visual conmigo con la peor mirada que le he visto. Se aproxima junto a mi padre igual que en una marcha fúnebre y solo entonces mi rostro se deforma. Termino lanzándome a sus brazos en desconsuelo.

—¡Rodric! —sollozo.

Me envuelve con fuerza dándome un beso en la coronilla. Puedo escuchar que llora conmigo. Cuando se siente listo me suelta, retrocede y lo reemplaza mi padre.

—Lo siento tanto, pequeña —susurra con pesar.

Lloro en sus brazos en una mezcla de dicha porque han vuelto y sufrimiento porque no todos lo han conseguido. He perdido a Lucian y el dolor es abrumador.

Tras unos minutos de desahogo Rodric me entrega algo con delicadeza. Es el pañuelo que yo misma le di a Lucian en sus manos, cerré bien sus dedos para que no lo perdiera… Lo observo en detalle y noto que tiene una gran mancha rosada poco perceptible. Sangre. Deduzco que intentaron limpiarlo con esmero y habrá sido tan espesa que el rastro no desapareció por completo. Aprieto el pañuelo contra mi pecho, presiono los labios y mis lágrimas son eternas.

—Decidme qué sucedió —les suplico.

Les cuesta hablar.

—Fue hace cuatro meses —explica mi padre con una voz dolida —. Al parecer la carta se perdió.

—¿Cuatro meses? —me estremezco.

La última vez que recibí una carta de Lucian fue dos meses atrás. Me decía que soñaba con volver a verme, que extrañaba mi sonrisa y que cuando nos volviéramos a ver lo encontraría fácil entre los soldados porque llevaría un ramo de lobelias para mí. Decía que cuando nos casáramos seguiríamos con nuestras visitas al trigal. ¿Eso significa que cuando la leí él ya estaba muerto?

Me cojo el pecho y siento que el aire empieza a faltarme. *¡Maldita asfixia!*

—Respira, hija —intenta calmarme mi madre mortificada—. Rodric, llama a Nicolas.

—Estoy bien —expreso con frustración. Intento respirar y consigo volver a la normalidad. Al abrir mis ojos de nuevo me encuentro con la expresión de Rodric partida en miles de pedazos.

—Perdóname, Lobelia. Es mi culpa —confiesa.

Con sus palabras lo observo pasmada.

—¿Q-Qué quieres decir?

—Un hombre muerto me cayó encima en plena batalla —explica despiezado—. Lucian estaba a mi lado e intentó quitármelo pero la armadura del hombre se había enganchado con la mía. Fuimos acorralados por un grupo pequeño mientras que yo continuaba atrapado. Lucian logró deshacerse de ellos y siguió intentando sacarme de allí pero, cuando me liberé y pude quitarme al muerto de encima, se escuchó… un sonido terrorífico que no olvidaré… — Sus labios trémulos se sellan y su mirada se nubla en el recuerdo.

—Una lluvia de flechas —culmina mi padre tocando su hombro para apoyarlo en su sufrimiento.

—Dios mío —suelta mi madre con la boca cubierta por sus manos y las lágrimas comenzando a salir.

—Solo tuvimos un segundo para hacer contacto visual, Lucian se aseguró de cubrirme con su cuerpo y el del muerto. Ni siquiera dudó, las flechas… —expresa mi hermano tan afligido que no consigue terminar la oración.

Mi padre le da palmadas en el hombro para consolarlo. Al verlo tan agotado deduzco que ha estado en este estado desde entonces.

Mi madre lo acoge en sus brazos.

Tengo emociones distintas que luchan entre sí en mi corazón, a medida que veo a mi hermano destrozado. Primero, Lucian ya no existe en este mundo. No volveré a verlo jamás. No habrá boda ni una vida feliz a su lado. Segundo, una de esas flechas podría haber atravesado a Rodric. ¿Por qué la vida me tenía que arrebatar a Lucian? ¿No podían regresar todos y hacerme pagar por mis deseos infieles de otro modo? ¿No podía volver a como era antes?, ¿a cuando salíamos los tres al pueblo y el resto del mundo nos daba igual? Lucian sabía cuánto amaba a mi hermano y me pregunto si fue su amor por mí lo que lo llevó a sacrificarse.

Rodric me mira como si me hubiera causado un gran mal y mi expresión se suaviza. Doy un paso, mi madre retrocede y él me permite coger su rostro en mis manos con amor entre el dolor.

—Rodric, escúchame —le pido—. Mírame a los ojos.

—Lo siento —musita a pesar de que hace caso.

—Rodric Benmore, tú eres mi sol. ¿Quién puede vivir sin su sol? —susurro con mi voz partida en mil pedazos acariciando su mejilla con mi pulgar.

—¡Pero es mi culpa! —exclama con el corazón partido.

Niego con la cabeza.

—Le pedí que te protegiera y cumplió su promesa —le respondo con seguridad entre lágrimas—. Así que más te vale vivir bien con la oportunidad que te ha dado. Hazlo por mí, hermano.

Enmudece unos segundos sin dejar de mirarme a los ojos. Primero abre su boca temblorosa hasta que sus cejas se levantan con tristeza y rompe a llorar a todo pulmón. Me meto en sus brazos inundada en la penumbra y nos quebramos juntos con el alma rota.



Lucian se fue con una brillante sonrisa que jamás olvidaré, para regresar en un ataúd de madera listo para ser enterrado al día siguiente a tres metros bajo tierra. Ni siquiera pudimos verlo una última vez, han pasado cuatro meses y su cuerpo no está en condiciones.

Con el rostro húmedo me detengo en el borde del hueco cavado. Dudo un instante antes de inclinarme y dejar dentro un ramo de lobelias en memoria de las que me prometió con palabras risueñas. Doy un paso atrás y observo a los sepultureros echar la tierra con él en el fondo y su madre enterrada al lado. Los gritos de dolor de su padre envuelven el gélido ambiente.

—¡MI HIJO…!

Lucian era lo único que le quedaba al pobre señor Owen. El título otorgado por mi padre como barón de Blair y una gran riqueza como recompensa por haber salvado la vida de mi hermano le serán suficientes para vivir con tranquilidad e incluso empezar de cero si

quiere, y aun así la pérdida continuará implacable porque su hijo no regresará.

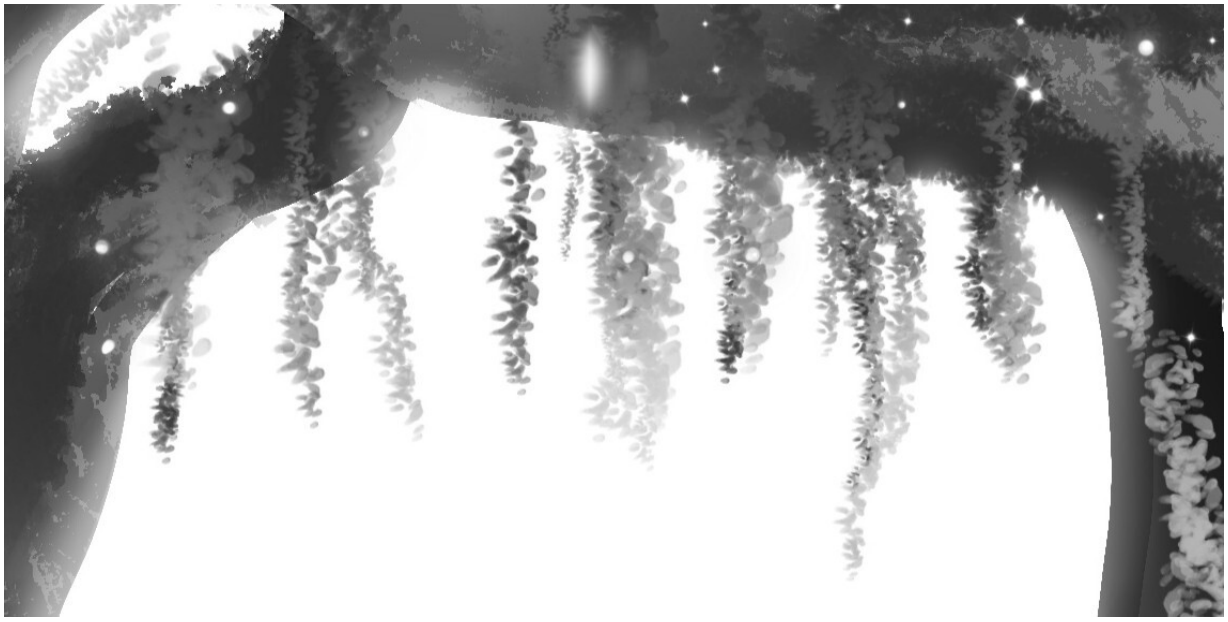
Una nueva grieta se extiende en mi corazón con cada lamento que suelta a medida que intento mantener la compostura y actuar como la noble joven que Lucian siempre admiró. Lo intento, en verdad trato de seguir calmada con todas mis fuerzas hasta que caigo de rodillas al suelo.

—¡Lo siento! —sollozo.

Lo siento por no amarlo de la forma que anhelaba, porque si hubiera sido el caso tal vez Lucian se hubiera animado a confesarse antes y habríamos vivido al menos unos pocos años felices. También lo siento porque fueron nueve años, lo extraño y desearía que estuviera aquí conmigo pero doy las gracias por lo que hizo, por su sacrificio.

Mi madre se arrodilla conmigo y me abraza ofreciéndome consuelo, acariciándome el pelo mientras que mi padre permanece junto a Rodric como su soporte. Cierro mis ojos y rezo a Emdor, al verdadero Dios por el que mi familia ha creído durante generaciones. No a este que el sacerdote pronuncia con palabras vacías y sin significado. *Gran Roble, cuida de su alma y guíalo en los senderos sagrados. Te has llevado a un ser maravilloso pero su descanso es más que merecido. Por favor, que sea feliz en su próxima vida.* Dicho eso saco de mis entrañas el dolor hasta que mis ojos arden y mi corazón se disuelve en cenizas.

Por un instante alzo la mirada para ver al señor Owen pero algo llama mi atención en el fondo, entre los árboles que rodean el cementerio. Una silueta que reconozco y que mueve cada centímetro de mi ser. Mis ojos se abren de par en par. *¡Rhoan!, ¡RHOAN!* Cuando voy a levantarme con una desesperación que me ciega, algunas personas se mueven y me interrumpen la vista solo por un instante. Para el momento en que la recupero, no hay nadie. Mi expresión se apaga, ha sido mi imaginación. ¿A dónde planeaba correr en el entierro del hombre con quien prometí casarme?



CAPÍTULO 7

Permanezco de pie en el trigal mirando al horizonte acompañada de mis doncellas. Mañana es el solsticio de invierno, mi cumpleaños, pero mi felicidad hace mucho que se fue. Como no hay plantación es solo un espacio vacío y nevado con el que me siento identificada. Ya no sé qué hacer, todos los días me siento cansada al despertar y no consigo recuperar la energía. *Mi enfermedad está empeorando*, enfrento la realidad y me entran ganas de llorar. Rodric ya está bastante atormentado para que mi salud se venga abajo.

Mi congoja es tan intensa que no consigo disimular. Ojalá Rhoan apareciera como por arte de magia y me llevase con él, así mi familia no vería mi deterioro. No, es solo una excusa. Ojalá… solo

me llevase y ya. Debí irme con él. Durante meses he deseado que aparezca y que finja que nos reencontramos por casualidad obligándome a cumplir mi parte del trato. El sentimiento no ha hecho más que crecer y no sé frenarlo. Tampoco me entiendo a mí misma y esta obsesión visceral por un hombre que vi un solo día. No tiene sentido y no es normal. Es tanto que no he podido vivir mi luto por Lucian como debo. Encontrarme con su padre en las calles me hace sentir que llevo una soga de remordimiento en el cuello al ver que el señor intenta seguir adelante con fragilidad gracias al apoyo de las personas que lo conocen, mientras que yo no dejo de pensar en un misterioso desconocido. Ni siquiera un amor a primera vista se sentiría así de sofocante, ¿no? Hay algo raro cuando se trata de él, es sobrenatural. *Rhoan, ¿dónde estás?*, lo llamo. Quiero tenerlo cerca otra vez y recordar su aroma. ¿De verdad se olvidó de mí? ¿No lo volveré a ver?

—Su alteza, no esté triste —susurra Lily detrás de mí con gran pesar.

—Estaré bien —mi voz es fragmentada.

Ellas creen que mis lágrimas son por Lucian pero nunca permitiré que descubran el verdadero motivo: me muero, y rechacé la oportunidad que se me dio de amar de verdad. Soy consciente de lo crueles que son mis pensamientos en memoria de Lucian pero no puedo controlarme. Observo el bosque con anhelo esperando que pueda consolarme. Necesito acercarme y recordar que una vez la

silueta de Rhoan apareció en mi vida desde aquí. ¿Por qué iba a entrar el día que lo conocí? ¿Algo lo llamaba también? ¿Entró ese día? Si es así, ¿Rhoan está en el bosque?

Sin excusas de hombres haciéndose los valientes, sin miedos de que algo malo sucederá y sin Lucian, por primera vez en mi vida doy un paso hacia el río.

—¿Su alteza? —Jessica pretende detenerme.

—Solo será un momento.

Tras dar el primer paso los siguientes son decididos. Por suerte está colina abajo.

—¡No debería, es peligroso! —exclama Lily.

Mientras me acerco al cruce en el río mis lágrimas comienzan a detenerse reemplazando la tristeza por emoción. Tras veinte años de mi vida por fin cruzo el puente sin dudar y me detengo frente a los primeros árboles sin hojas por el invierno, observándolos no con miedo sino con admiración. Son el inicio de un inmenso laberinto oscuro. Casi todos miden más de veinte metros de altura y parecen un muro de advertencia. Son los centinelas de la entrada al más allá.

—Su alteza, tengo miedo —se escucha la voz bajita de Lily detrás de mí.

—No voy a entrar, solo quiero mirar un poco —indico.

Para mi sorpresa no me siento tan cansada después de haber caminado hasta aquí. Extiendo mi mano hacia uno de los árboles y por instinto cierro los ojos y respiro profundo. Unos susurros me

invitan a adentrarme, me insisten en dar otro paso. *Rhoan me espera*, deliro.

—¡Lobelia Benmore!

La voz malhumorada de mi hermano me hace brincar. Abro mis ojos al instante girándome por la sorpresa. Yo…, ¿qué estaba a punto de hacer?

—¿Qué haces aquí? —le pregunto nerviosa.

—¡¿Qué haces *tú* aquí?! —Se acerca con pasos furiosos—. ¡¿Ahora quieres morir poniéndote en peligro a ti y a tus doncellas?!

—¡Claro que no! —niego en el acto—. Solo quería acercarme un momento, por supuesto que iba a volver.

—No te veía con la intención de hacerlo —me reprende y me hace tragar saliva.

Es cierto, quería entrar y no pretendía regresar. Tenía pensado ordenar a Jessica y a Lily que se mantuvieran en la entrada para que no les pasara nada. ¿Por qué? ¿Por un hombre que ni siquiera sé si está allí? ¿Qué persona en su sano juicio entraría a un bosque mortal si no es porque está embrujada? Entonces, ¿es eso lo que me ha hecho Rhoan? ¿Es así como entran los que se aventuran sin regresar?, ¿tentados por un espíritu que te corrompe infectándote con una obsesión enfermiza?

Rodric me mira herido y mi corazón se encoge por la culpa. Al cabo de un suspiro exhala por la nariz.

—Regresemos.

Extiende su mano para escoltarme y miro su brazo con tristeza. Titubeo buscando alguna excusa.

—¿No podemos quedarnos un rato más? —le ruego.

Vuelve a estar en silencio un segundo.

—Está bien, pero al otro lado del río.

Mis comisuras se levantan un poco en agradecimiento y engancho mi mano en su brazo. Tras cruzar nos sentamos en el suelo al inicio de la colina.

—Jessica, Lily, podéis regresar —les dice—. Yo llevaré a Lobelia al castillo.

—Sí, su alteza —obedecen.

Sus palabras me deprimen ya que hace parecer que se encargará de un enfermo. Sé que mi estabilidad mental se ha debilitado y todos creen que es porque perdí a Lucian pero no estoy loca. Intento creer que de verdad no lo estoy. Tengo miedo de decirles lo que me sucede con Rhoan porque creerán que estoy maldita.

Se impone un silencio inusual entre Rodric y yo en el que aprovecho para abrazar mis piernas e inhalar aire. Mis pulmones alcanzan unos milímetros más desde aquí.

Lo escucho suspirar.

—¿Qué ibas a hacer? —pregunta con más calma.

Escondo mis manos y aprieto los puños pensando en Rhoan por millonésima vez.

—Solo sentí la necesidad de acercarme. —Me quedo mirando al otro lado del río. Si le contase la verdad tendría que confesar que mi corazón fue impuro mientras Lucian deseaba con ansias nuestro matrimonio. Su muerte y su existencia se han convertido en una herida abierta para mi hermano.

Suelta un suave resoplo antes de responder.

—Antes solo venías una vez a la semana, ahora te quedas cada día hasta el atardecer. Nos tienes preocupados, Lobelia.

Se escucha melancólico y amargado, hace que me duela el corazón.

—¿Puedo contarte un secreto? —le pregunto para ayudarle a sentirse mejor. Sonríe con moderación y asiente, lo que me ayuda a reunir coraje. Unos segundos después señalo el bosque con parpadeos relajados—. Desde mi primera asfixia he sentido que respiro mejor cuando estoy aquí y algo en el bosque me llama. Pronuncia mi nombre con precisión.

Me cuesta mirarlo porque pienso que creerá que perdí la cordura, no obstante cuando me animo a hacerlo su sorpresa es evidente. Admira los árboles pensativo.

—¿Crees que esté relacionado con tu nacimiento? —susurra a pesar de que solo estamos él y yo.

Mi corazón se llena. ¿Por qué cree tan fácil en lo que digo?

—No lo sé —Sonrío mientras mi mirada se va hacia el horizonte —. No se lo digas a nuestros padres, no quiero preocuparles.

Su silencio me sirve de promesa. Me abraza de lado motivándome a apoyar la cabeza en su hombro mientras que él recuesta su cabeza en la mía. Permanecemos callados durante un rato en el que la brisa fría me congela las mejillas.

—Ojalá pudieras entrar pero es muy peligroso para ti. Si nos atacara algún animal salvaje no podrías correr —menciona—. No lo digo solo por tus problemas respiratorios sino porque es demasiado denso y oscuro desde que entras. A veces la niebla baja al suelo y te impide ver a un metro de distancia.

Rodric ha ido incontables veces con mi padre y sé que no exagera, sin embargo por mucho que lo escuche de mil bocas para mí ese bosque no es causa de una pizca de temor. Es causa de admiración, de una extraña nostalgia que no sé poner en palabras y más aún si Rhoan también quería entrar.

—Lobelia, ¿estás aquí? —pregunta de la nada. Me quedo mirándolo confundida—. Tu mente ha estado divagando desde hace meses y aún cuando mañana es tu cumpleaños tu mirada y tu corazón están perdidos en algún lugar distante. —Su nariz enrojece y sus ojos empiezan a brillar por la humedad acumulada—. Siento que si me descuido vas a desaparecer. ¿Es por… Lucian?

Mi mirada también se nubla y mis labios se separan temblorosos. Estaba tan sumida en mi despecho que no pensé en mi entorno. Él cree que es su culpa. Me apresuro a abrazarlo sentándome sobre mis rodillas.

—No es por él, Rodric. Y tampoco desapareceré —expreso—. Tengo miedo del tiempo, solo pienso en el tiempo.

Al menos le cuento una parte de la verdad.

—Deja de preocuparte por ello y vívelo, Lobelia —su voz es quebrada—. Vívelo con nosotros en el ahora, por favor. Necesito a mi hermana.

El nudo en la garganta me ahoga.

—Lo haré, lo prometo.

Asiento varias veces, arrastrada por una culpa abismal. Con esas últimas palabras me decido a cumplir mi promesa. Debo dejar ir a Rhoan y olvidar que alguna vez lo conocí. Mi familia me necesita.



Estoy sorprendida porque no creí que sobreviviría hasta este día. Terminan de cantar al unísono las felicitaciones y soplo las velas de la tarta, dejándose escuchar los aplausos en el enorme comedor iluminado por la cálida luz del sol que entra por los ventanales.

—Feliz cumpleaños, pequeña —me felicita mi padre con un emotivo abrazo—. Sabes cuánto te quiero y espero que este año se cumplan todos tus deseos. Si podemos ayudarte con ello no dudes en decirnos. Lo que quieras, mi niña.

—Gracias, padre. —Le sonrío con cariño.

Cuando nos separamos hay alguien esperando con ansias a ser la próxima.

—¡Mi niña, un año más! —exclama mi madre con un júbilo infinito.

—De vejez —agrego con una mueca bromista.

—¡Ja, ja, ja! Di eso cuando tengas mi edad —contesta sonriente. Sin duda ella disfruta más mis cumpleaños que yo.

Nos mantenemos enfrente de la gran mesa del comedor. Nunca me gustaron las fiestas grandes así que para mí es perfecto. Solo necesito celebrar con mis seres queridos el hecho de que estoy viva un año más.

—Su alteza, le deseo mucha felicidad.

También está el médico de nuestra familia, el señor Nicolas.

—Gracias —respondo—. Le deseo lo mismo, señor Nicolas. Es parte de la familia.

—Su alteza… —Se conmueve y le regalo una dulce sonrisa.

Los sirvientes cortan y reparten el pastel.

—Hermana, feliz cumpleaños —Rodric se ha quedado para el final. Desde que hablamos ayer se nota más tranquilo. Lo miro con cariño y me acerco para darle un abrazo fuerte y repleto de amor en el que quisiera absorber toda su tristeza y quedármela aunque fuese un instante.

—Gracias, hermano.

No pienso preocuparles hoy que es un día para celebrar que sigo viva. Cada año ellos adoran y ansían esperanzados que llegue incluso más que yo. Cojo una bocanada de aire y lo suelto con otra cara.

—Genial. —Cojo mi plato complacida—. Ahora comamos pastel.

—Está delicioso —opina el señor Nicolas con sorpresa al probarlo.

—¿Es así? Jessica, Lily, vosotras también comed. Hoy sois mis invitadas.

—¡Gracias, su alteza! —Se plasman sonrisas brillantes en sus rostros.

Me alegra verlas así desde que han estado desanimadas, como yo con la muerte de Lucian y por… otras razones. *No pienses en él*, me fuerzo. A partir de hoy debo volver a ser la brillante Lobelia de siempre. Mi alegría será tan exorbitante que contagiaré a todos a mi paso y el castillo regresará a como era año y medio atrás. *Él no debe ocupar espacio en mi corazón*, pienso por un instante perdiéndome en el vacío. Segundos después parpadeo, aclaro mi garganta y me concentro en el ahora. Cojo un pequeño trozo listo para llevarlo a mi boca cuando de manera súbita siento que algo abrumador estalla en mi interior que provoca un pitido ensordecedor en mis oídos. Dejo caer el pastel al suelo por el impactante dolor y toco mi nariz al sentir algo húmedo. Hay sangre en mis dedos. Hago contacto visual con Rodric que me mira con el rostro pálido y las sonrisas se

desvanecen. Llevaba once años sin sentir la sensación de estar al borde de la muerte. Caigo de rodillas al suelo y mi padre amortigua mi caída.

—Su alteza, respire poco a poco. —El señor Nicolas me atiende de inmediato. Presiona mi nariz e inclina mi cabeza hacia abajo.

Es algo interno y distinto a las asfixias comunes, lo presiento en mis entrañas.

—Duele —lloro entre respiraciones ahogadas. Golpeo mi pecho intentando que el ardor en mi corazón desaparezca. La sangre fluye por mis venas incendiando cada rincón.

—¡Respira, hija! —se exalta mi padre.

Desorbito los ojos. Grito a todo pulmón a pesar de faltarme el aire mientras siento que me desgarro, que me clavan un rastrillo y lo deslizan desde mi cabeza hasta los pies. Me inclino al suelo agarrando mi cuello y vomito una absurda cantidad de sangre que mancha de carmesí mi vestido y el suelo de madera del comedor. Siento que me quedo dormida, que las voces se desvanecen y el dolor se hace cada vez más lejano.

—¡Lobelia, no cierres los ojos! —pide Rodric en pánico.

La muerte, mi vieja amiga, ha venido a recordarme que soy solo un diminuto grano de arena en este vasto mundo mutable. Un grano fisurado e incompleto. Mientras mi familia está al borde del colapso pierdo la lucha y mi conciencia se desvanece.



Despierto aturdida, los párpados me pesan tanto que no consigo abrirlos. El dolor palpita en cada rincón de mi cuerpo y los llantos a mi alrededor ocupan el aire.

—Su estado no mejora —oigo que informa el señor Nicolas en un tono desalentador. Por su voz infiero que ha llorado—. Su excelencia…, hay que llamar a un sacerdote.

Le sigue un silencio fúnebre. Mis ojos se nublan al caer en la realidad de que esta vez sí voy a morir y no solo eso, sino que lo haré sufriendo.

—¡No, todavía no! —grita mi madre.

Necesito decirles que los quiero. Por fin consigo abrir mis ojos y reconozco el techo sobre mi cama. Era de día cuando me desmayé pero ahora solo hay oscuridad y la luz vibrante de las velas. Veo a mis padres de pie a mi lado y a Rodric detrás de ellos con el rostro demacrado.

—Despertó —se da cuenta el señor Nicolas.

Mis padres se dan media vuelta y mi madre es la primera en desplomarse al borde de la cama.

—Mi niña —coge mi mano—, llevas varias horas inconsciente, ¿cómo te sientes?

Intento decir algo pero la debilidad me impide abrir la boca unos centímetros más. Mi cuerpo está febril y me estremezco de frío a pesar de estar cubierta con gruesos edredones. Tiemblo y eso hace que mi madre se ahogue en lágrimas. Comprende que estoy agonizando. Ni siquiera podré despedirme.

—No me dejes, hija mía, por favor —me suplica—. Todavía te queda mucha vida por vivir.

Mi padre se sienta a su lado con los ojos enrojecidos intentando consolar a mi madre. Rodric está destrozado. No hay nadie más, se ve que han despachado a los sirvientes para hablar en privado. Intento tragar pero la garganta también la tengo seca y no me queda ni un atisbo de fuerza.

—¿No hay nada que podamos hacer? —pregunta mi padre.

El señor Nicolas niega desolado.

—Asegurarnos de que esté cómoda, su excelencia.

Mi madre suelta un alarido y mi padre se encoge secándose las lágrimas. Cómoda no estaré, me duelen hasta las puntas de los dedos de mis pies y cada vena late despiadada como si en vez de sangre estuviesen llenas de fuego líquido. Me consuela que se acabará pronto. Moriré pero ellos seguirán con sus vidas y confío en que Rodric se casará y tendrá hijos. Mis padres envejecerán rodeados de nietos y yo me convertiré en un recuerdo. Es ley de vida, ese siempre fue mi destino.

—El bosque —murmura Rodric para sí y todos lo miran. Su expresión se transforma y sus ojos se abren de par en par—. ¡Ella dijo que cerca del bosque respiraba mejor! ¡Dijo que la llamaba!, ¡¿cierto?!

Mis labios se entreabren sorprendida por cómo ha recordado eso. Lo miro y pestañeo con fuerza para darle la razón. Al ver mi tenue reacción se miran a las caras.

—Debemos llevarla a los límites —dice mi padre tal cual epifanía.

—Es la única opción que queda —afirma mi madre limpiándose las lágrimas para ganar determinación.

No hay tiempo para pensarlo, se levantan y me envuelven en el primer edredón.

—Su excelencia, ¿está seguro de esto? —pregunta el señor Nicolas.

Mi padre asiente y camina a las puertas.

—Tan seguro como que mi hija volverá a ver la luz del sol. —Las abre de un golpazo—. ¡TRAED LAS ANTORCHAS AHORA!

Se escuchan personas correr.

—Yo la llevaré —dice Rodric cogiéndome en brazos.

Bajan las escaleras en un santiamén y los sirvientes alzan la voz para que traigan a los corceles. Todo sucede demasiado rápido mientras mi cuerpo no tiene la capacidad de mover un dedo. En menos de un minuto aparecen los cuidadores con los animales y las personas con las antorchas apagadas. Las guardan en los bolsos

sobre los caballos. Rodric se sienta en su corcel y mi padre le ayuda a sentarme de lado frente a él. Partimos con mis padres listos para atravesar el pueblo y llegar al río. Soy como un peso muerto, mi cabeza se recuesta en Rodric.

—¡Abrid paso!

Los guardias en el pueblo se dan cuenta de que vienen los duques a lo lejos y paran a las personas para que no obstaculicen. A punto de llegar al río mis ojos se dirigen al trigal cubierto de nieve. Cuando se derrita, el viejo Alfred volverá a plantar el trigo con su familia y se verá una vez más igual a un paraíso. Me pregunto si algún día volveré a pararme allí para admirar el bosque.

Cruzamos el puente de piedra, mis padres y Rodric bajan al suelo dejándome sentada con mi cuerpo recostado en el cuello de Duster, el corcel de mi hermano. A partir de ahora es imposible cabalgar. Mi padre se para al otro lado del animal por si me caigo.

—Regresa, Atos —le dice a su caballo junto a una palmada firme en la parte trasera. La yegua de mi madre lo sigue quedándonos solo con Duster. Encienden las antorchas y, cuando dan un paso al bosque, las copas de los árboles se separan solas. Mi familia se paraliza.

—¿Qué ha sido eso? —susurra Rodric.

Mis padres guardan silencio. Dan unos pasos más para probar y, a medida que avanzan, las ramas nos abren camino y permiten que

la luz de la luna llena ilumine el sendero oculto. La niebla se disipa y la confusión nos aborda.

—No es casualidad —advierte mi padre.

Se mantienen a la espera y dudan en seguir, hasta que Duster suelta un bufido y fuerza a mi hermano a avanzar.

—Oye, ¿qué haces? —lo llama Rodric. El caballo sigue el sendero con testarudez llevándome con él y casi en sincronía un fuerte viento empuja a mi familia desde atrás, como si quisiera arrastrarlos dentro con impaciencia. Cuando vuelven a aparecer a mi lado alcanzo a ver el rostro pasmado de mi hermano. Un silencio tenso se apodera de nosotros.

—Parece que Duster sabe a dónde vamos —murmura mi padre.

—Pero nunca lo he traído al bosque —susurra Rodric incrédulo.

—¿Crees que sea *él*? —la voz de mi madre es trémula. Como creyentes de la luz sabemos con certeza a quién le pertenece este territorio. Sus palabras producen miles de conclusiones diferentes. ¿Por qué Emdor nos ayudaría?

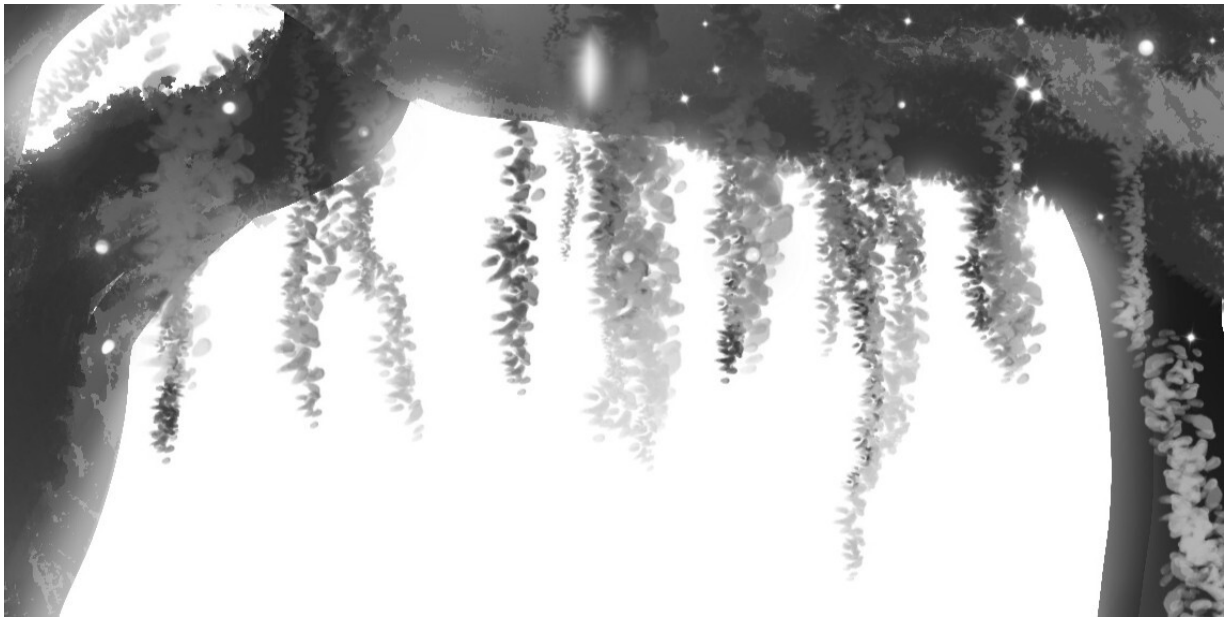
Con la pregunta sin respuesta mi padre resuella.

—Sea o no, no hay tiempo que perder.

Se escuchan sus suspiros y se dejan guiar por Duster. Con cada paso las ramas se mueven y se nos hace fácil ver los alrededores. Luciérnagas comienzan a hacer presencia, son tantas que parece adrede. Su luz no es suficiente para iluminar pero sí para darnos una dirección ya que se mueven hacia un solo lugar.

—Quizás debimos hacer esto hace mucho —piensa mi padre en voz alta con desánimo.

—No podemos lamentarnos ahora, lo importante es que mi hermana siga con nosotros después de esta noche —pronuncia Rodric con firmeza.



CAPÍTULO 8

En el camino se dedican a distraerme con anécdotas de las veces que han venido. Puedo adivinar que tienen miedo de que vuelva a cerrar mis ojos, pero estoy más despierta que nunca porque el dolor me impide descansar.

Historias ancestrales sobre el Bosque de los Perdidos son alimentadas por los valientes que cada cierto tiempo se atreven a cruzar el puente de piedra. Solo quienes van acompañados por un Benmore sobreviven gracias a su antigua amistad con seres que vivían en este bosque, o eso dicen.

La nieve en el suelo bajo los árboles es menos densa que en el exterior y les permite caminar sin sobreesforzarse. Mi hermano

mantiene su mirada en mí cada cinco segundos asegurándose de mi estado hasta que en una de esas de repente cambia su expresión.

—Rodric —lo llama mi madre a su lado y hace contacto visual con él. Su tensión me pone de los nervios y me hace esforzarme para girar el rostro con gran lentitud. Descubro la expresión hostil de mi padre y me estremezco.

¿Qué sucede?, ¿lobos?, pienso con miedo. En silencio ralentizan su andar y mi madre coge las riendas de Duster. Levanta un poco su falda y descubro que llevaba un cuchillo bajo su vestido. Mi hermano extiende su brazo al bolso en la parte trasera de su caballo y veo el brillo sutil de dos dagas. Se adelanta y se coloca al lado de mi padre para entregarle uno con disimulo.

—Salid ahora —ordena mi padre—. Nos habéis estado siguiendo.

No son lobos, entonces.

—P-Perdone… —se escucha una miedosa voz femenina—. Nos dijeron que podíamos conseguir buena leña en este bosque pero nos hemos perdido.

De unos árboles frente a nosotros aparecen tres mujeres con expresiones nerviosas. Me erizo entera con un escalofrío brutal causado por una emoción que nunca había sentido. Cuando veo sus ojos algo dentro de mí despierta disparando todas mis alarmas. *¡Necesito advertirles ahora!* Mi cuerpo no responde y están distraídos con ellas. Escucho a mi madre suspirar de alivio y veo a mi padre y a

mi hermano suavizar el agarre de sus dagas. *¡No!, ¡no bajéis la guardia!*

—Está prohibido talar en estas tierras —les explica mi padre—. No sé quién os habrá dicho eso pero debéis regresar al pueblo. Si seguís por este camino llegareis sin problemas.

Les señala hacia el este.

—Lo comprendemos, ¡muchas gracias! ¿Y en caso de que nos volvamos a perder… —una de las mujeres sigue hablando.

¡Tengo que avisarles!

—Madre —susurro por fin. La veo con la mirada poseída por una inexplicable aversión. Esos ojos tan negros como la oscuridad misma me han hecho estremecer con solo hacer contacto visual. *¡Esas mujeres son malignas!* No comprendo mis instintos que me hacen sentir una hastía con tanta intensidad que mis ojos se nublan de lágrimas. Por fortuna mi madre comprende mi señal y vuelve a poner una expresión seria.

—Joseph —llama la atención de mi padre que hablaba con ellas. Debido a su mirada él vuelve a tener la guardia alta. Nos entendemos entre nosotros. Mi hermano también ha captado.

—Señoritas, volveré a preguntar —advierte mi padre con una voz mucho más fría—. ¿Qué hacéis en el Bosque de los Perdidos?

Las mujeres pasan poco a poco de tener expresiones tímidas y sumisas a mostrar unas sonrisas retorcidas.

—Debe ser la que está moribunda, está llena de sangre —cuchichea una de ellas con un tono muy distinto.

—¡Mejor aún!, ¡matemos a estos tres y juguemos con ella un rato! —exclama otra con pasión.

Mi familia cambia a una posición defensiva y rodean el caballo.

—¿Quiénes sois? —pregunta Rodric con gran odio.

—¿Nosotras? —Le sonríe. Unas rocas aparecen y golpean las manos de mi familia. El ataque sorpresa les obliga a soltar sus cuchillos, y unas formas rocosas los tumban de rodillas y la tierra cubre sus manos y pies. No hay manera de moverse ni un centímetro. No comprendemos qué sucede—. ¡Somos brujas! —grita una de ellas con una voz oscilante entre demencia y euforia.

Palidezco más de lo que ya estaba. En efecto, mis instintos que perciben su maldad pura me dicen que no son humanas. ¿Por qué mi familia no se ha dado cuenta?

Las mujeres caminan hacia nosotros y el caballo de mi hermano se inquieta.

—Lobelia, huye con Duster —me pide Rodric en voz baja con sus manos doloridas.

—Haz caso a tu hermano —me ordena mi padre y mi madre asiente al otro lado.

Solo tengo que darle la orden al caballo y podré salir con él desbocada de aquí pero, ¿abandonar a mi familia? No puedo hacer

eso. Para empeorarlo siento un nuevo ataque en mi interior. *¡Duele!* me agarro el pecho. Cada vez se hace más intenso.

—Niña, ¿por qué no bajas de ahí? —pregunta una de las mujeres —. A menos que quieras que también matemos al caballo.

Reacciono nerviosa a su amenaza y aun así mi cuerpo no obedece.

—¡Ni siquiera puede bajarse! ¡Está al borde de la muerte! —se ríe a carcajadas una de las tres—. La ayudaré.

Una forma rocosa me agarra por la cintura y Duster relincha al tiempo que mi cuerpo se eleva en el aire. Me bajan delante de mi familia quedando frente a las tres brujas.

—¡Soltadla! ¡Soltad a mi hija, monstruos! —ruge mi madre luchando en vano por zafarse de la tierra.

Sujetan mis manos y me mantienen de pie con los brazos extendidos. Al no tener nada de fuerza me quedo colgando. Mis piernas no responden y ahora que estoy con mis pies sobre la nieve solo con las medias me siento peor. Duster aparece galopando hacia las brujas y patea a una de ellas con una fuerza bestial. La mujer despega del suelo e impacta contra un árbol quedando inconsciente y ojalá muerta. No se detiene e intenta patear a las otras dos. *Duster, no.* Lloro mientras sigo colgada. No quiero que le hagan daño.

—¡Animal estúpido! —exclama una de las que queda y lanza al pobre con una ola de agua.

—¡No! ¡Duster! —grita Rodric.

El golpe, ¿fui la única que no lo escuchó? Todos están distraídos por lo que ha sucedido.

Las dos mujeres se miran entre ellas hasta que estallan en carcajadas. La que controla la tierra atraviesa el pecho de la que quedó inconsciente con una roca que sale del suelo. Me sobresalto y mis ojos se abren en el acto. Me recorre un escalofrío por la nuca, impactada por la cantidad de sangre. Le deja un repugnante agujero del tamaño de la cabeza de una maza. ¿No eran compañeras?

—¡Más para nosotras! ¿Por dónde íbamos? —dice la mujer.

—En hacer que vea a esos tres morir. ¡Esperemos a cuando comience a agonizar! —responde con emoción la que manipula el agua.

En un terrible momento quedo de nuevo privada de dolor al sentir otra punzada. Se hacen cada vez más frecuentes. Mi nariz se siente húmeda y una gota cae al suelo. Pensaba que mejoraba ya que puedo respirar mejor pero apenas es el comienzo. El dolor en mis venas se torna agonizante y cuatro runas en vertical emanando una luz blanca aparecen en mi pecho. *¿Qué me sucede?*

Todos se callan por un instante e incluso las brujas parpadean con asombro.

—¡Vaya!, ¡fantástico! —Salta de felicidad la bruja de tierra. Pasa su pulgar por mi nariz y lame la sangre.

—Hija… —llora mi madre y suelta un quejido súbito que me alarma.

—¡Madre! —grita Rodric.

—¡Dejad a mi esposa! —ruge mi padre.

Aparece frente a mí envuelta en tierra. Su rostro está lleno de lágrimas que desearía poder secar. La bruja de tierra se pone a su lado y coge su barbilla para que me observe.

—¡Deja de lloriquear!, ¡ella no es tu hija! ¡¿No ves esas sucias runas sagradas?! —anuncia con una mirada divertida—. ¡Esta mujer es una maldita hija de Emdor! ¡Una asquerosa Protectora!

Nos miramos pasmadas.

Los hijos de Emdor son seres vitales en las creencias de la religión de la luz. También se les llama Protectores gracias a que nacieron para mantener a Emdor oculto y protegerlo de *Lo Oscuro*, no como la ausencia de luz sino como algo malvado e indigno de nombre que se dedica a corroer toda vida que alcanza, similar a una enfermedad terminal. ¿Yo, una descendiente directa del gran Dios? Es imposible. Sin embargo, ¿hay alguna forma de demostrar que *no* lo soy? Mi piel brilla con unos extraños símbolos que me recuerdan a los libros de Emdor que tenemos ocultos en la biblioteca del castillo. Si estas brujas no están tan locas y lo que dicen es cierto, entonces he condenado a mi familia.

—¡Su corazón nos dará mucho poder!

Derrumbada en la posible verdad que sale de sus bocas y en la culpa que no puedo evitar sentir al haber arrastrado a mi familia a esto, comienzo a caer en cuenta de la realidad: no hay escapatoria y de verdad voy a morir, *vamos* a morir. Estamos en medio de un bosque al que nadie entra y no tenemos la fuerza para defendernos. Observo destrozada a mi madre, implorando perdón. En sus ojos no se refleja sino amor puro, no hay ni una gota de arrepentimiento por haberme criado todos estos años.

Pienso en mi vida y en mis arrepentimientos, en especial en *ese* hombre que prometí olvidar. Me habría gustado verlo una vez más. *Rhoan*, suspiro resignada a morir y sirviéndome su nombre de consuelo. Es la última oportunidad que tengo para pensar en él.

De repente noto que mi madre mira confundida detrás de mí.

—Si tocáis a esa mujer os mataré de la manera más dolorosa y cruel posible. —Las brujas palidecen y sus risas se desvanecen de inmediato—. Tú ya no tienes opción ya que te atreviste a probar su sangre —gruñe al final.

Escucho una voz masculina, áspera y mortal detrás de mí, que al reconocerla mueve cada rincón de mi cuerpo en una avalancha de emociones. Solo la pude escuchar en un día de muchos, pero se incrustó en mi corazón y fue imposible de olvidar. Ahora no es mi imaginación, ¿verdad? ¿He escuchado bien?

Las lágrimas estallan en mi rostro. Se detiene a mi lado, la cabeza me pesa y solo puedo ver sus botas hundidas en la nieve a

mi lado. Su presencia me hace sentir a salvo y sin explicación alguna siento que mis pies se calientan cubiertos por agua tibia que se amolda a la forma. No lo pienso demasiado ya que tengo otras cosas en mi cabeza, solo me importa el hecho de que ya no siento frío y Rhoan está a mi lado. Ha regresado por mí.

—P-Protectores —tartamudea la bruja de tierra.

Parpadeo y mi corazón brinca. *¿Qué ha dicho?*

—Sabes lo que significa —le responde Rhoan.

Sin tiempo para reaccionar el cuerpo de la bruja se congela hasta el cuello hasta estallar en mil pedazos. La tierra que nos sometía se convierte en polvo.

Antes de caer al suelo Rhoan me atrapa en sus brazos. Apenas inhalo, mis nervios se esfuman al percibir su aroma y su cuerpo cálido.

—Vaya con su familia —le pide a mi madre y ella asiente, acariciándome un momento para hacerle caso de inmediato. A un hijo de Emdor no se le desobedece, su palabra es ley.

—¡No moriré aquí! —grita la bruja de agua que sigue libre e intenta huir.

—Conviértela en cenizas —el rencor en la voz de Rhoan es evidente mientras me aprieta contra él.

—Considéralo hecho —dice alguien más, viene acompañado.

—¡No! —exclama la bruja.

Se escucha un crepitar. Puedo girarme un poco y ver cómo unas llamas intensas la atacan con una dirección controlada. Cuando se mueven en el conflicto alcanzo a ver al pelirrojo y al rubio que no recuerdo cómo se llaman. Con la bruja de agua distraída, Rhoan coge mi mejilla. Mi mirada se torna conmovida en el instante en que mis ojos se encuentran con los suyos. No es un sueño, de verdad es él. Siento cómo mi cordura regresa. Aprieto su chaqueta para que no me deje ir y una lágrima se escapa de mis ojos. Mi corazón se quema pero no por el dolor que padezco sino por la intensidad visceral e irracional de lo que este hombre despierta en mí.

—¿Puedes respirar? —pregunta mientras retira las lágrimas de mi mejilla con una confianza absoluta.

Niego con lentitud, no puedo mentirle, me siento ahogada. Él traga saliva.

—¿Recuerdas la apuesta que hicimos? Eres una mujer de palabra, ¿cierto? —me recuerda. Casi encontrando gracioso lo que dice le sonrío con suavidad y asiento. La amargura se cuela arrepentida por ese trato que me llevó a extrañarlo durante casi dos años—. Vivirás, Lobelia. Nunca estuviste enferma.

Presiono mis ojos por otra punzada de dolor. Me inclino y vomito sangre asqueada por el sabor a hierro, dejando una mancha roja que contrasta con la blanca nieve. Soy peso muerto en sus brazos y termina por cargarme.

—Aguanta, por favor —expresa preocupado y después habla en voz alta—. ¡Me la llevaré!

—¡Sí, vete ya! —exclama el pelirrojo quien lucha contra la bruja. La mujer resiste determinada a escapar—. ¡Nosotros nos encargamos de su familia!

Rhoan se aproxima a mis padres y Rodric coge mi mano con Duster a su lado. Me alivia verlo ileso.

—Lo siento pero tengo que llevarla conmigo ahora mismo —anuncia atropellado—. Está teniendo su despertar y no soportamos respirar lejos del Gran Roble. A este paso morirá agonizando.

Mi mirada se alza a la suya con sorpresa. ¿Es la razón por la cual no había podido respirar bien en toda mi vida? De verdad soy una hija de Emdor, pero eso no es lo único que me ha tomado desprevenida. *Así que este es el porqué*, concluyo. Rhoan sabía desde el principio lo que era y que me vería obligada a irme con él para sobrevivir. Por eso aceptó la apuesta con tanta confianza. ¿Cómo lo supo?

Rodric aprieta su agarre, tuvo razón en haber venido al bosque.

—¿Podremos volver a verla? —pregunta mi padre con tristeza y gran respeto.

—Haré que suceda pero tendréis que tener paciencia —promete.

Mi familia asiente sin reclamar y me miran destrozados al saber lo que eso significa. En ese momento mi instinto de atarme a Rhoan se desvanece al caer en la cuenta de que es hora de decir adiós. Tal

vez muy en el fondo ya todos sabíamos que terminaría así. *Lo siento*. Hace apenas un día le prometí a Rodric que no desaparecería y mira en lo que hemos acabado. A mi cuerpo no le queda tiempo y ellos lo saben. Prefieren guardarse lo que quieren decir y cada uno me da un beso en la frente. Rodric me da uno extra en el dorso de mi mano.

—Los Benmore no ceden ante la adversidad —dice con lágrimas en su rostro.

Ahora más que nunca comprendo el significado de esas palabras. Asiento con mis mejillas bañadas en lágrimas.

—Os quiero… —mi voz es entrecortada y poco perceptible.

Rompen en llanto.

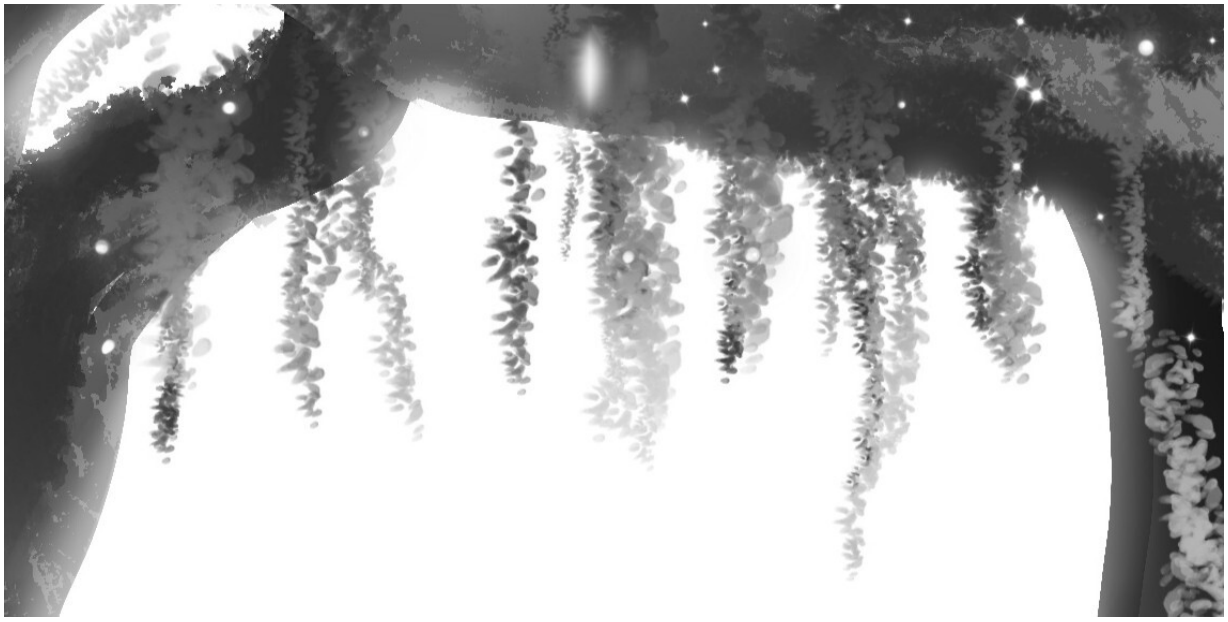
—Y nosotros a ti. —Sonríen con amor.

Escuchamos gritos, observamos a la bruja ser quemada por los dos compañeros de Rhoan firmes y sin un rasguño. Me deja tranquila saber que se ha acabado. Hay un silencio hasta que Rhoan empieza a caminar. Mi mano se desliza de la de Rodric hasta que la distancia nos separa. El llanto cunde mientras los pasos de Rhoan son firmes, cuando mi madre estalla.

—¡No, espera! ¡Mi niña! ¡Quiero verla una vez más, POR FAVOR!

Su alarido es desgarrador. Logro asomarme solo un poco y la veo luchando en los brazos de mi padre para correr hacia mí. Se desploma de rodillas en la nieve con él mientras que mi hermano los abraza también. Mi corazón se quiebra, no me cabe el dolor más allá

de mi padecimiento. Rhoan camina a paso seguro y lloro exhausta. Me aferro a la tela de su chaqueta y pego mi frente a su barba para buscar su consuelo.



CAPÍTULO 9

Lejos del conflicto se perciben solo mis sollozos. Mi salud ha mejorado de forma significativa. El bosque separa las ramas de los árboles para brindarnos luz. No se me ocurre preguntar sobre la magia elemental ni sobre las brujas porque estoy absorta en la despedida abrupta con mi familia. Una que busqué cegada por Rhoan sin saber que no estaba preparada. Poco a poco me calmo por el cansancio y porque es indescriptible lo cómoda que me siento. No quiero que me suelte.

—No creí que te volvería a ver —pronuncio para romper el silencio—. ¿Qué hacías allí?

—Soy cazador de brujas, llevábamos días siguiéndolas —explica en un tono gentil. Lo que dice me hace levantar la mirada curiosa—. Si no hubiéramos estado allí habríais muerto. Las brujas de esta área no son comunes.

¿Qué consideraría él una *bruja común*? Esas mujeres eran monstruos abominables sin corazón.

—Pero, ¿cómo supiste que era una de vosotros? —musito.

Guarda silencio.

—Hablaremos después con más calma, ¿te parece? Mañana… te lo explicaré todo.

Inhalo en silencio hasta que asiento ante su modo cariñoso de hablar. Me cuesta creer que de verdad perdí la apuesta de un modo legítimo. Reencontrarnos así se siente como una broma del destino.

De repente se detiene.

—Hemos llegado a los límites, ¿estás lista?

Mi piel se eriza un tanto nerviosa. Aun así asiento y vuelvo a abrir los ojos. Si en verdad soy una hija de Emdor, esta será la confirmación. Da un paso en el que descubro unas líneas de luz blanca que surgen del suelo. Son los límites, siempre fueron visibles. En el momento en que las cruza, las lágrimas se me acumulan, mis ojos se expanden y por fin estoy segura de que no voy a morir.

—Puedo respirar perfecto, ¡es un milagro! —anuncio desbordada por la libertad y pego una mano a mi pecho—. Nunca había respirado tan profundo.

Se acerca a mí de repente y me ruborizo hasta que veo que lleva algo en la mano. Lo deja con cuidado sobre mí y su brazo retorna a donde estaba.

—¿Un anillo? —Lo cojo. Es de una madera tallada con cuidado, con un árbol que extiende sus raíces y ramas enlazándose. Concluyo que es el Gran Roble.

—Póntelo, te sentirás aún mejor —Me lo ofrece sin parar su andar—. Ese anillo me ayuda a respirar fuera del bosque además de tener muchas otras funciones mágicas, pero ahora que estamos dentro de los límites no lo necesito y te conectará con él. Después te darán uno propio.

Mis ojos se enfocan en el objeto llena de curiosidad. ¿Me da algo tan importante así de fácil?

—Debe ir en el dedo corazón de tu mano derecha —indica.

Asiento pero su mirada intensa me hace dudar.

—¿Estás seguro de que está bien?

—Solo hazlo. —La sugerencia se transforma en una orden.

Resoplo, bajo la mirada otra vez y continúo. El anillo entra en mi dedo y al hacer contacto con mi piel se ajusta a mi medida como por arte de magia. Muestra unas runas blancas luminiscentes distintas a las de mi pecho aunque del mismo estilo. Son dos a cada lado del roble que se muestra en medio también brillando. Empiezan a extenderse y recorren mi brazo. En ese momento me asusto pero a medida que suben siento un cosquilleo semejante a una caricia.

Llegan a mi corazón y se disipa el dolor y el hervor en mis venas. Sonrío al instante a medida que se desvanecen quedando solo las del anillo y las de mi pecho.

—Tenías razón, el dolor ahora es mucho más soportable.

Mis ojos se cierran aliviada y al abrirlos me encuentro con las comisuras de sus labios levantadas en una sonrisa que me desvía de la realidad y me hace pensar que estoy soñando. Es la primera vez que lo hace. Me hace sonrojar durante el extraño silencio que nos envuelve por poco tiempo.

—Me alegra que funcione.

Permanezco quieta unos segundos más hasta que consigo reaccionar.

—Creo que ahora puedo caminar.

—Todavía te duele y estás descalza —se niega rotundo—. ¿Cómo piensas caminar sobre la nieve? Aún si la derrito por ti podrías hacerte daño en los pies.

Bueno, eso es cierto, pienso con una mueca.

—¿No estás cansado?

—En absoluto.

—¿No mientes?

Escucho que resopla de buen humor.

—Si me canso por cargar a una mujer tan delgada fracasé como Protector —asegura.

Mi rostro se calienta y le cedo la victoria. En la calma del bosque acaricio las runas en mi piel, también son cuatro pero se ven distintas a las del anillo. La luz proviene de debajo de mi piel y no se desvanece si le paso el dedo.

—Anuncian tu despertar, en nuestro pueblo les llamamos *escritos del destino* —menciona al ver mi curiosidad—. El primero anuncia tu elemento.

Me quedo helada.

—¿Yo también tengo uno?

Asiente desbocando mi ritmo cardíaco.

—Lo sabrás después. Primero recupérate. Hay muchas cosas que debo decirte pero lo haré cuando te mejores —percibo emoción en su voz.

Me muerdo el labio por dentro al entender que no me lo dirá ahora por mucho que insista. Con el sonido de la brisa que mueve las hojas de los árboles empiezo a cabecear. Lucho por mantenerme despierta y aun así mi cuerpo me ruega descanso.

—Duerme, Lobelia —sugiere—. Mañana será como si el dolor nunca hubiese existido.

Lo pienso callada y el miedo me hace dudar.

—¿Estarás cuando despierte? —pregunto insegura—. Por favor quédate conmigo un poco más. Solo te conozco a ti, de tus amigos no recuerdo ni los nombres.

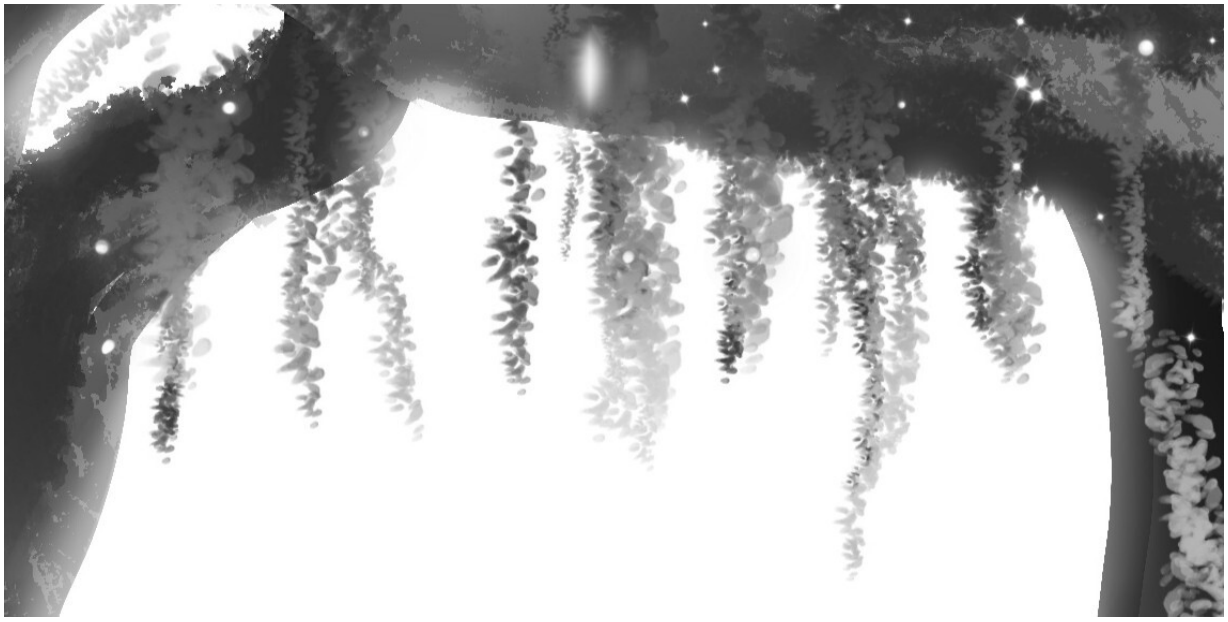
Me aferro a su ropa usando eso de excusa.

—Apenas abras los ojos me encontrarás —dice en un tono cariñoso que me motiva a confiar. Tras una larga pausa murmura unas últimas palabras—. Sé que no ha sido el mejor día de tu vida y preferirás olvidarlo, pero igual me gustaría decirte… gracias por haber nacido y por haber sobrevivido hasta el día de hoy, Lobelia.

Su tono de voz me enternece. El hormigueo agradable recubre mi corazón y me hace sonreír con sinceridad.

—Gracias, Rhoan.

Soy yo quien debería celebrar este día por su ayuda a tener una segunda oportunidad de vivir. Siento una cómoda necesidad de alzar la mirada y observarlo sin hablar. Me pregunto qué pasa por su mente con su mirada serena perdida en el camino. Unos segundos después cierro mis ojos y me concentro en su aroma y el balanceo de su andar. Creo percibir que apoya su cabeza sobre la mía y eso me llena. Me siento a salvo. Después de esta tortuosa noche estoy lista para dormir.



CAPÍTULO 10

Abro los ojos en el bosque y me encuentro en un claro rodeada de árboles primaverales, donde se concentran miles de mariposas morpho azules que me evocan una inusual sensación de ser observada. No me molesta y por el contrario lo siento como un saludo que me produce nostalgia.

Los rayos del sol me iluminan y hacen sentir cálida mi piel. El suelo cubierto de musgo es cómodo y me entran ganas de acostarme. Aun así estoy confundida ya que juraría que hace un momento estaba en los brazos de Rhoan Adair. ¿Musgo?, ¿flores? Es la noche del solsticio de invierno. No es la realidad pero tampoco es

un sueño, puedo sentir y oler pero mi corazón me dice una y otra vez que estoy dormida.

Aparece frente a mí un lobo blanco. El iris de sus ojos me recuerda a los diamantes en los que parece verse el mundo entero con total claridad. Irradia un precioso y mágico aura destellante que forma un suave arcoíris similar a los de la lluvia. Atrae a las mariposas que aletean a su alrededor con algunas que se posan en su lomo.

En un acto reflejo extiendo mi mano intentando alcanzarlo con ansias. Se aproxima y tras cada paso nacen flores de distintas especies en el suelo. Deja que lo acaricie y cierra los ojos.

—Gran Emdor —continúo tocando el pelaje debajo de sus orejas y suspiro feliz. Escucho una voz en eco en mi interior, una sola palabra.

—Hija

No logro descifrar lo que dice ya que mis oídos lo bloquean como si estuviera bajo el agua. Aun así siento la confianza de poder abrazarlo con fuerza. Una sensación de renacimiento me envuelve y una luz sale de mi interior. Es tan grande y cegadora que mantengo mis ojos cerrados. Por un momento pierdo la consciencia para volver a despertar.



Muevo el cuerpo con lentitud después de haber dormido de maravilla, despertando de un sueño en el que he recuperado toda la energía que siempre me faltó. Puedo sentir mis pulmones expandiéndose sin esfuerzo y mi cuerpo rebosa de fuerza y está listo para correr. Ni siquiera he terminado de despertar y ya estoy inundada de alegría. Nunca me había sentido tan bien. ¿Así es vivir con salud? No quiero volver a caer enferma en mi vida.

De repente recuerdo a mi familia y nuestra dolorosa y abrupta despedida. Respiro hondo confiando en que volveré a verlos, Rhoan lo aseguró. *Estarán bien*, aclaro mi mente. Percibo el dulce cosquilleo de antes de quedarme dormida. Muevo el pulgar y acaricio el anillo aún en mi dedo que acelera mi corazón. Solo significa una cosa.

Abro los ojos.

—¡Despertó! —Mi mirada se cruza con la de una tierna niña de ojos grises con una despampanante sonrisa.

—Dale espacio, Mabli —hace presencia su voz y mis latidos estallan. Me incorporo para buscarlo y lo encuentro sentado en una silla mirándome a un lado de la cama. Lleva un suéter hogareño de lana diferente a sus apariencias previas con chaquetas gruesas. El verlo al despertar me llena el corazón, mis ojos pretenden humedecerse pero los mantengo bajo control con parpadeos rápidos. No puedo dejar que descubra lo obsesionada que he estado por él desde que lo conocí.

—Hola. —Peino mi cabello detrás de mi oreja.

—Hola, ha salido el sol hace poco, ¿cómo te sientes?

—Mejor que nunca. —Levanto las comisuras de mis labios.

Su mirada se suaviza igual que ayer, no obstante noto que por algún motivo está más distante. Tal vez son imaginaciones mías.

Nos encontramos en un dormitorio infantil, las paredes son de piedra y tanto el suelo como el techo son de madera de excelente calidad. La cama es individual, hay juguetes de madera en una esquina y libros infantiles en la mesita de noche. También cosas curiosas que se pueden encontrar en el bosque.

—Ella es mi hermana menor —presenta a la pequeña—. Tiene diez años.

—¡Soy Mabli Adair! —Se inclina de un lado al otro pintándose una sonrisa vivaz en sus labios.

—Es un placer, Mabli —respondo con suavidad.

—Lo mismo digo. —Ella luce encantada.

Agradezco que esté presente ya que me sirve para mantener los pies en la tierra por el mero hecho de que Rhoan está frente a mí sin señales de que volverá a desaparecer. Aun así, es extraño pero me siento mil veces más lúcida de lo que he estado en el último año y medio y mi mente piensa con claridad. La atracción inagotable hacia él sigue allí pero mi corazón está apaciguado y la desesperación se ha esfumado.

En el breve silencio, Rhoan retoma la conversación.

—Te ves sana, por fin tus mejillas tienen color. —dice él y justo por eso siento cómo se saturan más. Bajo la mirada para que no lo descubra y tras notar algo me veo confundida.

—¿Estoy… limpia?

Mi cuerpo está impecable y mi cabello limpio, ¿no estaba llena de sangre y sudada por la fiebre?

—¡Mi hermano lo hizo! ¡Es muy bueno! —aclara Mabli con una voz alta y orgullosa.

—El agua de nuestro poder es purificadora. —Hace un movimiento con su mano que produce una pequeña esfera de agua suspendida en el aire que me toma por sorpresa y me hace recordar que lo de ayer no fue un sueño. La magia sí existe—. No te queríamos despertar así que fue lo más rápido para no bañarte. Lo pasé por encima de tu ropa.

Mi corazón late por un instante, intenta decirme que no me vio desnuda. El agua se mueve a un vaso vacío en la mesita de noche y me lo ofrece. Dudo un poco aún sorprendida hasta que lo cojo y me lo llevo a la boca. No había caído en cuenta de que estaba muerta de sed así que bebo con gusto. Es muy fresca y la hace aparecer de la nada, dejándome sin saber qué pensar o decir.

—Gracias, ahora no tendré que tirar el vestido —trato de no sonar nerviosa.

—De nada —contesta él con una mirada amable.

Noto a Mabli con sus ojos eufóricos mientras mira mi mano, el anillo continúa brillando y es entonces cuando caigo en cuenta de ello.

—Ah, gracias por esto.

Me lo quito titubeando y las runas se desvanecen. Cuando se lo entrego a Rhoan, lo observa por un segundo.

—No hay de qué. —Al colocárselo el anillo se ajusta a su medida y brilla un momento regresando a la normalidad.

—¡Lobelia, eso—

—Mabli —la detiene Rhoan con una voz seria.

Ella hace un puchero.

—¿Qué? —hablo extrañada.

Mientras ella mueve sus labios observando a su hermano con una graciosa mirada de culpa, Rhoan le alza una ceja en advertencia. Un pequeño intercambio de expresiones que me da ganas de sonreír. Son parecidos a Rodric y a mí.

—Hay que omitirte algunas cosas por ahora y espero que mi hermana haga caso, porque es *de suma importancia* que se mantenga así —me responde Rhoan aunque su mirada está en su hermana que pone morritos mientras él enfatiza las palabras. Al cabo de un momento me observa con una expresión extraña—. Lo siento, prometí que te lo diría todo hoy pero… no será posible por el momento.

Lo miro con la impresión de que quien más sufre por ello es él. Asumo que quienes son sus superiores se lo han prohibido. Debe ser por eso que lo noto más serio. Si es así no hay nada que se pueda hacer.

—Está bien, no preguntaré. —Hago una pausa en la cual ambos se relajan. Después hago contacto visual con Rhoan—. ¿Cómo está… mi familia?

—Celyn y Aron regresaron anoche después de haberlos dejado a salvo en la entrada del castillo —explica y saca algo del bolsillo de su pantalón—. Tu hermano te envía esto.

Un papel que se nota que fue doblado aprisa. Mi corazón se acelera al observarlo. Lo despliego con lentitud.

Más te vale asistir a mi boda.

Mis ojos se llenan de lágrimas, dejando ir una extraña y a la vez aliviada risa entre sollozos. *Es su letra.* Una simple frase nunca me había dado tanta fuerza. Gracias a una corta línea escrita la tragedia se transforma en una mundana despedida por la mañana. Mis temores se desvanecen. Viviré bien, me haré fuerte y los volveré a ver con la frente en alto.

—Gracias.

Cierro los ojos y suspiro secándolos. Aunque ha sido repentino, ellos serán capaces de seguir con sus vidas. Estarán ocupados

ideando alguna excusa por mi desaparición para cuando la noticia se expanda.

Una vez me he calmado, tanto él como Mabli me miran callados. Ella con un puchero con ganas de consolarme y él con una mirada silenciosa que no sé qué significa. Aclaro mi garganta, doblo el papel y les muestro una mirada tranquila.

—Estarán bien, mi familia y yo somos de pies firmes —expreso y con eso se relajan.

De repente Rhoan le da un toque a Mabli en la nariz. Es un pequeño gesto que entibia mi corazón.

—¿Puedes bajar y decirles que Lobelia despertó? Tengo que hablar con ella primero.

¿Hablar conmigo de qué? Hace que las ansias se me suban. ¿Tendrá que ver con el tiempo que pasó?, ¿con la apuesta? Estoy preparada para lo que venga, estuve esperando casi dos años por él y ni muerta perderé una segunda oportunidad en cuanto me la dé.

—Vale —responde la pequeña poniéndose de pie con sus ojos impregnados de curiosidad, observándonos tanto a su hermano como a mí. A pesar de eso cierra la puerta con madurez al salir.

Se impone un silencio indescriptible en nuestro contacto visual. Segunda vez que estoy a solas con el mismo hombre en una habitación. *Contrólate, Lobelia*, reflexiono con una respiración larga. Ya no siento la misma desesperación delirante de verlo así que no tengo excusas para no mantener la compostura enfrente de él.

—Mis padres harán el desayuno, debes tener hambre —señala—. Si te gusta algo en particular puedes decirme.

Apenas habla de comida siento mi pobre estómago vacío.

—¿Qué coméis aquí? —pregunto tímida.

—No comemos carne pero sí lácteos. Nuestros animales son libres y felices con nosotros.

Igual que los creyentes de la luz. La religión dictamina que toda alma es valiosa por igual, por eso Rodric siempre odió la guerra. Me alegra poder seguir con los mismos hábitos.

—Me gusta el pan con queso y miel o mermelada de cualquier sabor, aunque prefiero la de fresa.

Se le cierne una sonrisa.

—Entonces no te gusta *de cualquier sabor*.

Hincho mis labios en respuesta aceptando que mis palabras han sido contradictorias. Un longevo silencio se instala entre nosotros, cómodo y acogedor hasta que veo que relaja su expresión.

—Lobelia, anoche cumpliste veintiún años, ¿verdad?

—Sí… —Ladeo la cabeza—. ¿Tú qué edad tienes?

—Veinticinco —responde.

Bueno, es menor que mi hermano.

Su expresión se apaga de la nada, se levanta de la silla y se sienta al borde de la cama. Despierta mis nervios pero me niego a rechazarlo. Veo sus brazos y recuerdo cuando me tenía en ellos. Su

aroma, su caminar y su respiración sobre mí. De repente coge mi mano y me ruborizo.

—Lobelia, tu pelo castaño ceniza y tus ojos verde manzana no son rasgos que todo el mundo tiene, ni siquiera entre nosotros como hijos de Emdor —rompe el silencio—. De hecho es bastante único.

Me descoloca su comentario.

—¿Por qué lo mencionas?

Tarda en retomar la conversación con sus ojos sobre los míos con deseos de decirme algo antes de pronunciar palabra alguna. Los nervios empiezan a subirse a mi pecho al ver que le cuesta.

—Bajando las escaleras hay un hombre parecido a ti —suelta abrupto—. Durmió en el sofá esperando a que despertaras.

Me paralizo al instante y siento algo empujándome en mi sitio. Olvido cualquier otra cosa.

—¿Cómo de parecido? —inquiero.

Sé que no está hablando a la ligera. Guarda silencio un instante sin cortar el contacto visual.

—Eres idéntica a él —declara.

Me hundo. Mi respiración se transforma en un huracán y me quedo en blanco.

—Los tiempos y tu edad coinciden y el parecido es imposible de ignorar. No sé si recuerdas cómo mis amigos se sorprendieron cuando te conocimos. —Solo puedo asentir con una mirada impactada—. Fue porque eras la viva imagen de él y eso no es lo

único asombroso. El que hayas sobrevivido entre los humanos sin un anillo nos dice que tus orígenes provienen de una mezcla de sangre que creíamos imposible. Lobelia, eres única y nadie más que el hombre que está abajo ha estado con una mujer que no es hija de Emdor.

Mis ojos se inundan.

—¿Dices que…? —no puedo completar.

Su mirada se vuelve gentil y asiente acariciando mi mano con su pulgar.

—Él es tu padre, Lobelia. No cabe duda.

Enmudezco y me cubro la boca con mi mano libre. *Mi padre, ¡he encontrado a mi verdadero padre!* ¿Esa es la razón por la que me hizo todas esas preguntas aquella tensa noche? ¿No fue por interés sino para confirmar el parentesco?

—¿Por qué no me lo dijiste si ya lo sabías? —Muevo la cabeza incrédula—. Si me hubieras explicado la situación habría dejado la apuesta de lado.

Mentira, en realidad si solo hubiese aparecido la habría olvidado pero esto va más allá de lo que siento por él, se trata de mi familia de sangre.

—Mis colegas y yo teníamos prohibido hablar hasta tu llegada oficial al pueblo. Él tampoco lo supo hasta ayer.

¿Se lo dijeron ayer? ¿Cómo habrá reaccionado ese hombre en el momento en que descubrió que estaba viva? Nunca le di importancia

a mi verdadera familia por el profundo y rebosante amor que recibí de mi hermano y los duques, sin embargo el *por qué* me dejaron en el bosque en el día más gélido del año es lo único que siempre necesité saber. Alguna vez hubo alguien que no me quiso y me abandonó.

Mi expresión se torna seria.

—¿Entonces fue él quien me dejó en el bosque?

—En absoluto. Él no sabía que existías —lo defiende sin duda alguna.

La sangre me hierve.

—¿Cómo estás tan seguro?

Algo le hace tragar y tensar la expresión.

—Tu madre desapareció hace mucho tiempo, él te lo puede explicar —argumenta y me paralizo—. Si hubiera sido él, no habría llorado de rodillas cuando por fin le dije la verdad y permití que te viera. Nunca lo había visto así, ha estado llorando desde ayer sin parar.

Su rostro se torna amargo con la mirada perdida en el vacío mostrándome cuánto le duele el recuerdo. Las lágrimas se escapan de mis ojos y consigue hacerme dudar, pero nadie puede negar mis orígenes. Alguien cometió una crueldad esa noche, alguien es el culpable. Esta inesperada situación despierta en mí un sentimiento que no sabía que tenía clavado en el corazón.

—¿Entonces fue mi madre?, ¿por qué me abandonaría? ¿A un bebé que no hizo nada? —Alzo la mirada y lo miro con los ojos empañados.

—Lo siento, desearía saberlo tanto como tú —su voz es débil y su expresión me hace pensar que se toma personal mi dolor—. Si escuchas la historia de tu padre puede que encuentres algunas respuestas.

Mis lágrimas caen como gotas pesadas sobre las sábanas y tras lo que dice puedo deducir que mis padres no están juntos y mi madre todavía es un misterio. De pronto resopla y me sostiene contra su pecho. Estremece mi cuerpo entero. Cierro los ojos con su aroma percibiéndose como un placer peculiar. Mis lágrimas disminuyen hasta que ya no caen. Cuando nota mi silencio se separa buscando el contacto visual.

—Lobelia, tu padre no tiene hermanos ni tíos y tus abuelos murieron hace muchos años así que ha estado muy solo —habla a corta distancia. Sus palabras lamentables me obligan a permanecer callada—. Por fortuna mis padres y él han sido mejores amigos de toda la vida y nos convertimos en su familia. Me cuidaba cuando era un niño y dormí en su casa una infinidad de veces. Es mi tío.

Me imagino a Rhoan de pequeño y mi pecho se entibia con una agradable sensación.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —La mirada se me va hacia mis dedos y juego con ellos.

—Porque quiero lo mejor para ti y sé que conociéndolo podrías ser más feliz —responde en un tono sutil—. ¿Puedes escuchar lo que tiene que decir? Si aceptaras conocerlo podría nacer entre vosotros un precioso vínculo, ¿no te parece? Podríais empezar de cero.

Lo miro con mis cejas curvadas y casi juntas.

—¿De verdad crees que me quiera en su vida? —susurro.

Una bella sonrisa se extiende por sus labios, cada vez más afectuosa y auténtica.

—Con desesperación —contesta y hace una pequeña pausa—. ¿Y tú?, ¿deseas darle una oportunidad?

Trago saliva en silencio. ¿Lo que está a nada de suceder en mi vida será un reencuentro emotivo entre padre e hija? Si durmió toda la noche en el sofá, ¿le romperá el corazón si decido que no quiero saber nada de él? Mis puños se aprietan con tan solo pensarlo y mi naturaleza empática causa que me duela el corazón por una escena que no ha ocurrido. Si lo que dice Rhoan es verdad, ese hombre no tiene la culpa de nada.

—Quiero conocerlo —anuncio.

Las esquinas de sus ojos desvelan encantadoras líneas de expresión cuando vuelve a levantar las comisuras.

—Gracias, Lobelia.

Permanezco muda con un destello interno. Deseo conservar su sonrisa en mi mente. Me parece que piensa en algo con detenimiento. En el eterno silencio empiezo a ser consciente otra vez

de que estamos a solas en una habitación y conmigo en la cama además. Sus ojos me siguen impasibles con tanta intensidad que evoca mariposas desmedidas en mi estómago. Presiento algo. De repente exhala con fuerza y se pone de pie tan rápido que me sobresalto.

—Mi madre midió tu pie mientras dormías. Conseguimos unos botines de tu talla. —Los saca del armario y los deja a mis pies.

Me cuesta recuperar la compostura. Me dio la impresión que iba a hacer algo pero parece que mis deseos jugaron con mi percepción. La que quería era yo.

—Muchas gracias. —Retiro las sábanas de mis piernas y me siento al borde de la cama. A punto de inclinarme para coger las botas, él apoya una rodilla en el suelo y coge mi pie derecho.

—¿Qué haces? —murmuro.

—Ayudarte. —Lo hace sin pedir permiso y mis latidos entran en frenesí.

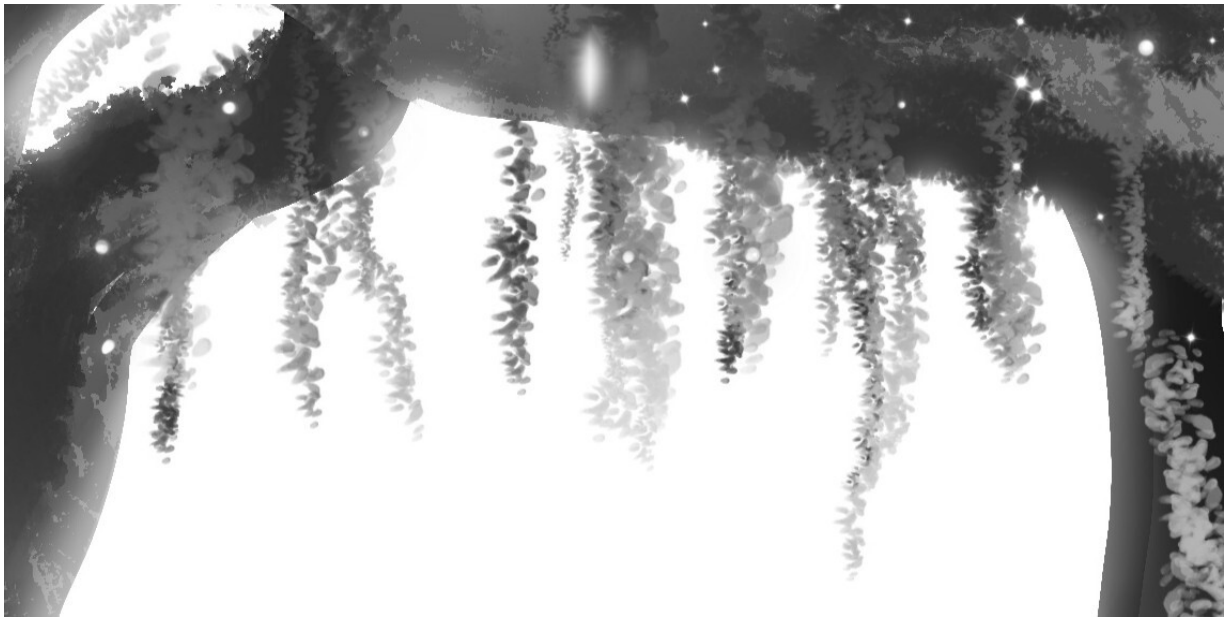
—P-Puedo hacerlo sola.

Menos mal que tengo mis medias o estaría tocando mis pies desnudos. Ignora mis palabras y me pone las botas sin darme oportunidad de insistir obligándome a sufrir por mis mejillas que arden. Ata los cordones y levanta la mirada satisfecho. Se nota que está acostumbrado a hacerlo por su hermana. Se levanta y peina mi pelo y ya no sé ni cómo reaccionar. ¿No conoce lo que es el espacio

personal? Es evidente que no me molesta pero mi corazón no está acostumbrado a esta cantidad de contacto físico.

De repente me ofrece su mano y mi mente retorna a lo que está por suceder. Cambio la mirada mientras despiertan los hormigueos en el estómago.

Conoceré a mi verdadero padre.



CAPÍTULO 11

Se levantan de los sillones junto a la chimenea, hay tres caras desconocidas a excepción de Mabli. A los pocos segundos veo al hombre a su lado y la horda de escalofríos me paraliza. Hacemos contacto visual, por un lado sus nervios parecen estallar en su pecho levantándose con frenesí y por el otro puedo ver la inmensa emoción en su mirada, con las cuencas de sus ojos enrojecidas. Mi mano se aferra al brazo de Rhoan. *Tenía razón, soy idéntica a él*. Se me nubla la vista. Sería estúpido dudar que somos familia.

Lleva una melena hasta el cuello peinada hacia atrás del mismo color castaño ceniza que el mío y con las mismas ondas. Sus cejas anchas y nariz griega le dan un aire solemne mientras que sus ojos

del mismo verde manzana que los míos le brindan un aspecto amable. Luce una barba clásica poblada e impecable como la llevaría un noble de la capital. Es alto y de hombros anchos. Una cosa llama mi atención: parece demasiado joven. ¿Qué edad tiene? Podría pasar por mi hermano mayor.

Rhoan da un paso y nos guía a la otra pareja primero.

—Lobelia, ellos son mis padres —me los presenta y se acercan con Mabli.

—Encantada, Lobelia. Él es Ewan Adair y yo soy Bera Aither —me saluda la mujer con una sonrisa cariñosa.

Los padres de Rhoan, pienso con mariposas en el estómago a causa de lo nerviosa que me pone su hijo.

Bera tiene el cabello color chocolate que ha heredado Mabli liso hasta los hombros. La punta de su nariz es redonda y armoniza con sus ojos felinos verde olivo y sus finas cejas. Su rostro es ovalado y delgado, es una bella mujer que también parece de treinta años o puede que menos. Imposible, ya que Rhoan tiene veinticinco.

—Es un placer conocerte, Lobelia —saluda Ewan con una sonrisa cálida. Su cabello castaño es igual aunque lo lleva corto de modo que los mechones dejan libre su frente. Sus cejas son gruesas y sus agradables ojos grises entrecerrados. Luce una barba un poco más corta que la de Rhoan.

—El placer es mío, gracias por haberme recibido en su hogar —les respondo con respeto.

Su madre coge mi mano.

—No te preocupes, cariño. Significa mucho para nosotros que estés aquí así que no dudes en tutearnos. —Me mira con cara de ser ella quien quiere darme las gracias a mí al ser amigos de mi padre.

Hay un silencio hasta que miran hacia atrás. El hombre se mantiene distanciado, está tan nervioso que parece que va a desmayarse. Si fuera él yo también lo estaría y debe pensar que estoy resentida con él. *Rhoan dijo que había llorado de rodillas.* Lo miro fugaz, me descubre y sonríe para darme ánimos.

—Lobelia, él es Garran Xyla —me lo presenta.

Transcurren unos segundos en los que Garran no se mueve. Evaluando el silencio decido acercarme yo, y en el segundo en que doy el primer paso sus ojos se inundan. Me detengo frente a él y detallo cada una de nuestras similitudes, cada rasgo, notando que incluso la forma de mirarme apretando los labios cuando está a punto de llorar es exacta a la mía. En su mirada hay un amor desbordante dedicado a una hija que no conoce y que no crió. Este hombre despertó ayer igual que cada mañana sin saber que se enteraría de que tenía una hija de veintiún años que había vivido a unas horas de distancia. Lo cual me lleva a preguntar:

—¿Eres feliz de saber que existo?

Sus labios se transforman en terremotos y su rostro se arruga en su integridad, dejando que las lágrimas se desparramen en un pestañeo.

—¿Feliz? —su voz se rompe—. Esa es una palabra muy pequeña comparado con cómo me siento.

Una lágrima cae sobre mi mejilla. Cunde un silencio en la habitación en el cual no es necesario decir cuál es nuestra relación, somos conscientes de lo milagroso que es este momento. Aun así el miedo sigue percibiéndose en él.

—Lobelia, no sé cómo pedirte esto sin que suene a ruego porque eso es en efecto lo que voy a hacer. —Junta sus manos encorvándose con un aspecto débil—. ¿me darías la valiosa oportunidad de conocerte? Sé que no se puede recuperar el tiempo perdido, pero estoy dispuesto a hacer lo imposible si con eso puedo formar parte de tu vida de ahora en adelante, aunque sea solo un poco.

Inhalo profundo movida hasta mis huesos por la sinceridad que desborda y la vulnerabilidad con la que pronuncia cada sílaba. Es la voz de un padre amoroso. Me tomo un segundo para responder hasta que me seco una lágrima, asiento y cojo sus manos.

—Sí, yo también quiero conocerte —contesto con una mirada llorosa.

Su rostro se va distorsionando hasta que se quiebra en un alivio eterno.

—¡Gracias!, ¡gracias!, ¡gracias!…

Se perciben otros sollozos provenientes de Mabli y sus padres. Cruzo miradas con Rhoan y me descoloca un poco su seriedad, sin

embargo en sus labios se dibuja una sonrisa moderada y suficiente para contagiar mi humor conmovedor. Después de que Garran se calma Bera suelta un leve aplauso.

—Bueno, ¿qué os parece si habláis con tranquilidad? Nosotros prepararemos el desayuno.

—¡Quiero quedarme! —exclama Mabli.

—No, cariño. Vamos a la cocina —le dice Ewan—. ¿Te apetece darle forma al pan? A Lobelia le encantará, ¿verdad?

Mabli me observa, le sonrío y asiento.

—¡Vale! ¡Quedará muy bonito, Lobelia! —Le fascina la idea de inmediato.

Se van retirando juntos. Rhoan da los primeros pasos para irse con ellos cuando algo se apodera de mí y cojo a gran velocidad la manga de su suéter. Su cabeza gira y en lo poco que muestra veo sorpresa. Se desata mi vergüenza, mi cuerpo se movió solo pero ya no puedo arrepentirme.

—¿Puedes quedarte? —susurro sonrojada. Le da un vistazo a Garran y yo también me giro—. ¿Puede?

—Sí, por supuesto que sí. —responde sin pensarlo—. Rhoan, por favor.

Él lo mira callado y asiente en silencio. Se oye un tarareo de Bera.

—Os traeré la tetera —avisa antes de retirarse. Nos deja un juego de té en la mesa y se va de vuelta a la cocina. Rhoan llena la

tetera en un segundo con agua hirviendo. Me maravilla cómo puede hacer cosas así sin una pizca de esfuerzo.

—¿Te lo ha dicho ya? Algunos Adair pueden controlar las temperaturas del agua pero Rhoan es el único capaz de alcanzar los límites del hielo y el vapor —menciona Garran notando mi expresión.

Lo miro tímida al haber sido tan obvia. Después mis ojos se cruzan con los de Rhoan. ¿El apellido tiene que ver con el elemento? Si es así, ¿Adair es del agua?

—Por ahora —dice él rascando su barba.

Está avergonzado, adivino encantada con una media sonrisa.

—¿Qué infusión te gusta? —me distrae Garran.

—Em…, ¿rosas?

Mueve sus dedos. Noto movimiento sobre la tetera y es en ese momento que me quedo boquiabierta. Perfectos y grandes pétalos aparecen por encima hilándose suspendidos en el aire y caen en el agua.

Se me escapa una sonrisa que se siente hasta inocente.

—¿Cómo has hecho eso?

Mi pregunta lo alegra.

—Mi elemento es de tierra pero también puedo hacer crecer plantas.

Es increíble.

—Solo los Xyla más fuertes pueden crear seres vivos —puntualiza Rhoan—. La mayoría solo controla la tierra y algunos minerales.

Así que el apellido sí tiene que ver con el elemento, deduzco. Entonces Garran es un elementalista poderoso como Rhoan.

—¿Es algo común? —sigo curiosa.

—Hay miles de Xyla en el pueblo pero solo treinta tenemos la habilidad en este momento. Después puedo contarte más —agrega haciéndome entender que hay otras cosas que debemos hablar antes que eso.

—Está bien.

Nos envuelve un silencio en el que aclara su garganta.

—¿Puedes hablarme de tu vida? —pregunta.

Trago y asiento mirando a Rhoan. Él también escuchará.

Empiezo a hablar un poco de todo tras asumir que después tendremos tiempo de sobra. Cuando les hablo sobre mi primer ataque de asfixia a los diez y cómo pasé toda mi vida con dificultadas para respirar, Garran se rompe. Resumo mi vida hasta el día de ayer en el que tuve mi despertar. Prefiero no mencionar mi cumpleaños. Si Rhoan me felicitó anoche es porque aquí también lo celebran y sería otra cosa que agregar a la tristeza de Garran. Al culminar con el largo discurso de mi vida soy yo quien pregunta esta vez:

—¿Cómo es que eres mi padre si pareces tan joven? No te echaría más de treinta años.

Garran observa a Rhoan en pánico. Él inhala profundo y se acomoda para estar de cara a mí.

—Lobelia, hay algo que necesitas saber antes que nada —su gentileza es igual a un suspiro al oído. Asiento lento—. Como hijos de Emdor somos una especie diferente a los humanos. No sufrimos enfermedades crónicas y nuestra velocidad de recuperación es superior. Pero lo que nos diferencia en definitiva es que vivimos… un poco más.

Siento un escalofrío por la nuca y trago saliva.

—¿Cuánto más?

Moja sus labios.

—Trescientos años es el promedio pero algunos pueden llegar a los trescientos cincuenta o cuatrocientos.

Palidezco y permanezco en silencio por un momento. Eso no es *un poco más*.

—¿Eso me afecta a mí también? —titubeo aunque la respuesta parece evidente por sus miradas. Esta vez quien habla es Garran girando su taza.

—Desde los veinte años debes haber empezado a envejecer mucho más lento.

Enmudezco intentando asimilar lo que dicen. La cabeza ya no me da para este tipo de descubrimientos. Mis labios tiemblan ya que se trata de una verdad tan impactante como el haber descubierto que soy una Protectora.

—Entonces, ¿cuántos años tienes? —pregunto por tercera vez.

Se toma un momento antes de contestar.

—Tengo ciento veintisiete años.

—U-Un momento, ¿a qué edad me veré como mi madre? —pregunto a Rhoan—. Tú la viste, tiene sesenta años.

—A los doscientos cincuenta, tal vez —contesta.

Me cubro la boca y mis ojos se humedecen al instante. Más de doscientos años pasarán hasta que envejezca como mis padres. Rodric, ellos, el ducado Benmore que amo y conozco desaparecerá y cambiará con el pasar del tiempo mientras yo seguiré en mi juventud. La diferencia entre mi familia y yo nunca se sintió tan vertiginosa. Se hace tan claro como el agua el hecho de que nunca pertenecí a ellos. Sus expresiones se bañan en tristeza cuando notan mis espasmos entre sollozos.

—Estoy bien, solo darme un momento —les pido.

No parece real, creo que no me lo creeré hasta que pase el tiempo pero el que lo digan con tanta seguridad me hace caer en la ansiedad. ¿Seré capaz de afrontar la muerte de mis seres queridos, al saber que no quedará nada más que las flores sobre sus tumbas mientras yo sigo en la primavera de mi vida?

Mis ojos se levantan y veo que Garran sube una mano al centro de su pecho.

—Juro en el nombre de Emdor —el anillo en su dedo igual al de Rhoan empieza a brillar. Unas runas se revelan en su piel similares a las que yo tenía anoche pero con símbolos diferentes. Se muestran otras también en diferentes zonas de su cuerpo. Una en el cuello,

otra en su muñeca y quién sabe si hay más—, que de ahora en adelante la felicidad de mi hija Lobelia tendrá prioridad sobre la mía, y haré lo que esté a mi alcance para que el pueblo de Emdor se convierta en su hogar.

—Garran… —murmura Rhoan sin palabras.

Algo se escribe en su piel en un idioma desconocido. Las letras se juntan y se convierten en una runa que se traslada al dorso de su mano izquierda. Poco después se desvanece junto a las demás.

—¿Qué fue eso? —susurro.

—El juramento del Gran Roble es un ritual simple pero muy poderoso. Solo tienes que poner tu mano con el anillo sobre el corazón y pronunciar las primeras palabras, *juro en el nombre de Emdor* —explica Rhoan—. Él escucha y es el juez que decide si acepta el juramento o no. En este caso lo ha aceptado ya que ha aparecido su sello. Si no cumples tu palabra sufrirás un agudo dolor en el alma durante el resto de tu vida. En caso de tratarse de alguna acción física como prometer que no irás a algún lugar, Emdor te obliga a cumplir en contra de tu voluntad.

¿Qué? Mantengo mi silencio y miro a Garran impactada, no solo por la magia que me acaba de mostrar sino tras repetir en mi cabeza lo que acaba de pronunciar. Mis lágrimas se intensifican por lo conmovida que me siento. Me ha confirmado que me quiere con una promesa tangible.

—Cuando vives tanto, el tiempo pasa a segundo plano —dice él con una mirada que me llena el corazón—. Cada día se te presenta algo nuevo, personas que se cruzan en tu camino, aprendizajes, cosas que te hacen reír o enternecer y es allí cuando la cantidad de fragmentos que amas de tu vida se vuelven incontables. Tener una larga vida es un regalo, Lobelia. Serás feliz con nosotros y algún día aunque no me creas ahora trescientos años te parecerán insuficientes.

—Tu padre tiene razón —pronuncia Rhoan con sus ojos enrojecidos. Las palabras de Garran lo han conmovido—. Tu vida será extraordinaria a partir de ahora, Lobelia. Te lo prometo.

Permanezco en silencio hasta que les regalo una gentil sonrisa y seco mis lágrimas. Supongo que en trescientos años no estaré sola al final del camino.

—Desde que era niña pensé que tenía el tiempo contado y ahora resulta que me quedan muchos años por vivir. —Pronunciándolo en voz alta mi corazón se siente mejor. Si mis padres y Rodric se enteran dudo que la noticia les aflija y más bien mi madre llorará de felicidad. Son muchas las veces que la vi desconsolada a escondidas con mi padre acompañándola pensando en el momento en que me perderían.

Al ver mi expresión se relajan y el silencio se transforma en uno cómodo. Rhoan recalienta el agua en la tetera con un simple movimiento de sus dedos desde la distancia y con eso rellenamos

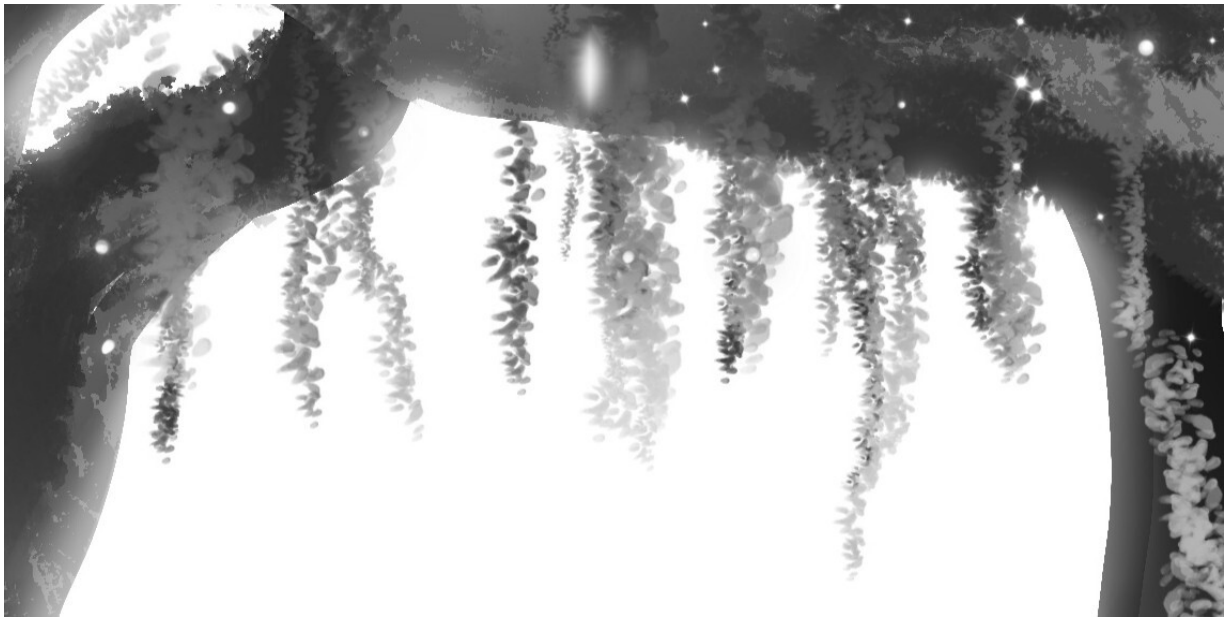
nuestras tazas para seguir con la conversación. Ya que estamos aquí quisiera saber al menos lo básico.

—¿Puedes decirme quién eres y quién es mi madre?

La persona que me abandonó. Por un instante Garran entreabre sus labios. Unos segundos después asiente y suspira. Le da una vuelta lenta a su taza con sus ojos perdiéndose en el vacío.

—Para eso te hablaré de una historia famosa en el pueblo —anuncia—. Se conoce solo lo principal pero yo te la contaré con detalles.

Y por un instante noto a Rhoan interesado. Tras un momento silencioso Garran comienza a hablar.



CAPÍTULO 12

Garran

Hace veintidós años.

He sido profesor de magia elemental en la escuela primaria del pueblo desde hace tantos años que ya no los tengo contados. En ocasiones hay niños que tienen problemas para avanzar y me gusta idear nuevas técnicas de enseñanza para ellos.

Ese día para aclarar la mente había salido al bosque a caminar pero sin darme cuenta me había alejado demasiado. Para alargar unos minutos más el paseo, cogí un desvío que de todos modos me llevaría de regreso al pueblo. O al menos esos eran mis planes.

—No puede ser —susurré observando lo que había entre unos arbustos. Una mujer desmayada de lado con una fuerte quemadura en la espalda. Suspiré ya exhausto. Podía reconocer con facilidad que era una bruja, ya que mis instintos como hijo de Emdor me lo decían, pero lo que me parecía extraño era que solo lo percibía. ¿No debía sentir aversión? ¿Un odio que me bañara la sangre y me gritara que lo que tenía enfrente era una amenaza? ¿Qué debería hacer? Era una bruja y detestaba la idea, pero podía matarla aprovechando que estaba inconsciente y así no la escucharía sufrir. Sería irresponsable dejarla con vida. En el futuro podría matar a alguno de mis compañeros del pueblo además de incontables humanos si es que no lo había hecho ya.

No me queda otra. Alcé los brazos y me preparé para eliminarla con las manos temblorosas que delataban la angustia que me producía verme obligado a cometer mi primer asesinato en mis ciento cinco años. Me quedé en silencio en esa misma posición hasta que retrocedí. *¡Mierda!* No podía hacerlo. Era mejor fingir que no la había visto. Si seguía inconsciente, las bestias del bosque la encontrarían y la matarían por su odio profundo hacia las brujas.

Solté un resoplo mirando la grave herida para después dar media vuelta y empezar a caminar. Unos pasos más allá la lástima volvió a detenerme. Me sentaba mal dejarla allí y sabía que las bestias serían peores que un cazador. Eran capaces de esperar a que despertase para destrozar su cuerpo con ella consciente.

Me rendí y volví hacia la mujer para revisar su herida. Por fortuna sé un poco de todo y en ese caso me venía bien tener conocimientos en primeros auxilios. Parecía que las llamas habían estado en contacto con su piel durante segundos que debían haberse sentido eternos, por cómo se habían formado ampollas enormes y la herida se había comido viva varias capas de piel. Antes que nada necesitaba agua para limpiar la herida. Solté la cantimplora de mi cinturón y apunté para que cayera sobre la herida. De repente la mujer levantó el torso, empujó mis brazos y se me resbaló. Su mano derecha permanecía abierta y lista para atacar con su magia elemental oscura. Con la otra se sujetaba el escote del vestido roto.

—¿Quién eres?

A diferencia de los protectores, las brujas no pueden reconocer a su enemigo.

—Soy un hijo de Emdor —le respondí sin titubeos.

Se petrificó y sus labios se abrieron al mismo tiempo que sus ojos.

—No… —se le escapó en una exhalación de terror y desesperanza. No estaba en condiciones para luchar y lo sabía—. ¿Por qué no me has matado?

Cuando sus ojos se enfocaron en mí, noté algo en ellos que me inspiró a inclinar la cabeza para intentar detallarlos mejor.

—D-Detente. —Su respiración se aceleró y acercó más sus manos. No le temía ya que estaba demasiado débil. *Más que eso,*

sus ojos… Lo normal es que las brujas, al llegar a su adultez, tengan ojos negros similares a un agujero sin vida. En los suyos se veía apenas una mancha en el borde del iris y todavía se podía apreciar un hermoso azul cielo luchando contra Lo Oscuro. Significaba que no era adulta aunque lo pareciera. El miedo se derramaba en ella suplicándome que diera media vuelta y fingiera que no la había visto pero no podía dejarla allí. Levanté los brazos para mostrarle que no le haría daño.

—¿Te parece si le echo un vistazo? —Señalé su espalda con el mentón.

—¿Por qué me ayudaría un hijo sagrado?

Aún cuando su voz se escuchaba débil y trémula se negaba a bajar la guardia.

—Me llamo Garran y digamos que no me gusta la violencia.

Sonreí de lado. Tras mis palabras ella dudó relajando un poco su expresión, no por confiar en lo que había dicho sino porque le era inesperado. Se quedó en un largo silencio. *¿Demasiado sospechoso para ella?* Sonreí con exageración y con eso a ella se le formó una extraña mueca hacia un lado que arrugó sus carnosos labios.

—Soy Eudora —se limitó a responder con un suspiro.

Bajó sus manos y me mostró su espalda. Su desesperación debía ser abismal y me parecía que se había resignado a esperar al momento en que quisiera acabar con ella. Examiné la quemadura.

—Mierda, se me cayó la cantimplora —pensé en voz alta. Tendríamos que movernos hacia el río.

Eudora la miró vacía en el suelo. Un segundo después movió las manos y apareció agua que se introdujo dentro. Alcé las cejas y la miré aunque ella tenía su vista en otro lado. Era una bruja de agua.

—Gracias —le dije y en respuesta se escuchó un mero resuello.

Cogí la cantimplora y con cuidado distribuí el agua sobre la quemadura. Empezó a temblar al tiempo que se le escapaban un par de gemidos de dolor, hasta que su cuerpo comenzó a sentir alivio y guardó silencio. Con la herida limpia acerqué mi mano a la tierra e hice crecer algunas flores de caléndula junto con un pequeño mortero de piedra. Cuando descubrió mi magia sus ojos parecieron llenarse de vida.

—¿Puedes hacer flores? —susurró intentando ocultar sin éxito su emoción, igual que un niño al ver por primera vez un acto de magia.

—Algunas —no le dije demasiado ya que yo tampoco debía bajar la guardia. Coloqué las flores en el mortero y las machaqué con fuerza para formar una pasta. Empecé a aplicarla sobre su piel. Lloraba con tanto dolor que se me encogió el corazón—. ¿Quién te hizo esto?

Pregunté al filo de sentirme culpable pensando que había sido un cazador.

—Los humanos me vieron… Yo solo estaba lavando ropa con mi poder —respondió ahogada en sollozos.

Suelen descubrir a las más jóvenes, a las recién contaminadas. En gran parte son quemadas en la hoguera y por eso permanecen ocultas hasta alcanzar la madurez de su poder. Parece cruel pero las brujas son mujeres a las que Lo Oscuro les borra la compasión. Asesinas a sangre fría y fanáticas de lo grotesco y penumbroso. Les encanta matar a cualquier ser vivo que se les antoje y, aun así, en ese momento los sollozos de Eudora se escuchaban como los de una pobre víctima. Tenía que haber estado desesperada para huir directo al bosque de su enemigo. Es curioso pero las brujas pueden estar al otro lado de los límites y respirar con naturalidad, pero asfixiarse no es a lo que deben temer sino a un hijo de Emdor.

Cuando terminé de aplicar la pasta dejé que capas de musgo sirvieran como protección por el momento, rodeándola para que no se le cayera el vestido roto y estuviese cómoda. Con eso sería suficiente. Después de haber tratado sus heridas nos pusimos de pie. La herida no le impedía moverse aunque con certeza estaba aguantando el dolor, su espalda estaba encorvada. Nos miramos con la incomodidad haciéndose cada vez más intensa sin saber qué decir. Sería casi una blasfemia que una bruja le diera las gracias a un hijo de Emdor y lo comprendía.

—Me iré —dijo ella con una mueca extraña y se dio la vuelta de inmediato.

—Espera. —Cogí su brazo.

Me miró con miedo.

—¿Me vas a matar?

—¿Por qué te mataría si te acabo de curar? —contradije entre risas que la dejaron sin saber qué decir.

—¿Entonces qué quieres? —Evitó mirarme.

—¿A dónde irás? Mejor dicho, ¿*tienes* a dónde ir?

Calló mirando al suelo con una expresión colmada de tristeza. Era fascinante cómo una bruja podía ser al mismo tiempo una mujer tan encantadora mostrando mil expresiones y todas fáciles de leer.

—¿Cuántos años tienes?

Necesitaba preguntar.

—No lo sé, mis primeros recuerdos son de cuando el antiguo rey murió —respondió.

Sé que la gran mayoría de los plebeyos humanos no saben su edad. Si era verdad lo que decía significaba que Eudora debía tener un poco más de veinte años.

—Eso es imposible, ¿eres una bruja adulta? —pensé en voz alta. Si era el caso entonces había algo distinto en ella.

—¿Por qué mentiría si me puedes matar en cualquier momento?

Puse mis ojos en blanco.

—Ya he dicho que no voy a hacerlo, ¿vale? —recalqué. Ella gruñó, le gruñí de vuelta y sus labios se arrugaron más.

—Olvídalo, solo déjame ir.

—No —sonreí divertido—, porque no tienes a dónde y estás herida.

No podía dejar a una bruja libre. Al decir eso ella se quedó mirando al frente. La vi perderse en sus pensamientos aflojando su mandíbula y su rostro se ensombreció.

—¿A dónde puedo ir? —me preguntó con una débil voz que esfumó mi sonrisa.

Fue en ese momento cuando mi corazón dio un vuelco por primera vez. Era muy hermosa, me había embelesado por un segundo. ¿De verdad era una bruja?, ¿cómo podía tener tanto encanto? Gracias a mis dudas internas tuve una epifanía. Era una bruja adulta que llevaba años luchando contra Lo Oscuro y nunca había oído de un caso igual. ¿No existía un resquicio de que… pudiera vencerlo? Y si lo conseguía, ¿no sería posible con otras brujas? ¿El alma de Eudora podría purificarse? Si existiera la más mínima posibilidad, con más razón no podía dejar que se fuera. El problema era que tampoco podía llevarla al pueblo ya que iban a matarla sin darme tiempo de dar explicaciones.

—¿Si te ofrezco refugio huirás? —pregunté atento a su reacción.

La noté considerándolo con detenimiento hasta que de la nada frunció el ceño y miró al vacío palidecida.

—¿Qué? No, eso no… —murmuró sin sentido en voz alta. Sus palabras no iban dirigidas a mí.

Mi rostro se tornó severo captando con rapidez qué sucedía. Una lección básica que todo hijo de Emdor conoce.

—Oyes las voces. —Dio un respingo, sorprendida de que lo supiera—. ¿Qué te dicen?

Lo Oscuro les infecta la mente y saca a relucir su maldad. Se dice que las atormenta tanto que es lo que las termina de volver locas.

De una expresión de sorpresa pasó a mirarme con un agotamiento evidente.

—Me dicen que acepte y que cuando tenga la oportunidad te mate y me quede con tu corazón —contestó—. Ahora me están insultando por revelártelo.

Tiene conocidas, intuí. Sin duda otra bruja le había enseñado a esconderse, a usar su poder y los beneficios de comerse el corazón aún latente de un hijo de Emdor. Les alarga la vida hasta el doble y duplica su magia. Mientras más corazones más poder y más años de vida.

Observé la mancha negra en sus ojos que permanecía sin cambios.

—¿Les harás caso? —pregunté y movió la boca a los lados.

—Nunca lo hago —aseguró—. Siempre me piden que mate pero a mí no me gusta.

—¿Nunca has matado a nadie?

Bajó el rostro.

—Solo a dos. Se lo merecían.

Se escuchaba resentida. No la veía con ganas de hablar de ello por lo tanto preferí no preguntar. Aun así las brujas no matan por odio o venganza, matan por el placer de ver el terror en sus víctimas, las cuales sirven de alimento para Lo Oscuro. Eso hacía que Eudora fuera diferente.

—¿Huirás o no? —insistí. Su pecho se hinchó al tomar una respiración profunda hasta que negó—. Entonces ven conmigo.

Empecé a caminar y, aunque ella estaba en un momento vulnerable, le estaba dando un increíble voto de confianza al darle la espalda. Podía hacerle caso a las voces y atacarme en cualquier momento, estaba al tanto de ello y entonces tendría que acabar con ella. Solo se me pudo escapar una sonrisa cuando escuché sus pasos siguiéndome en silencio.

Llegamos a un descampado pequeño en el que abrí mis manos y la naturaleza se movió a mi voluntad formando una cabaña pequeña. Por un momento la miré de reojo y sonreí con disimulo al descubrir su mirada llena de asombro. Nunca había visto el poder de un hijo de Emdor en persona o no estaría con vida. Al terminar el exterior abrí la puerta y terminé de hacer los detalles. No quería que se sintiera encerrada por lo que preferí construir un ambiente acogedor. Una chimenea, una bañera amplia, una pequeña mesa, un encimera y una cama de madera. Fue allí cuando fruncí el ceño.

—No puedo hacerte un colchón de algodón, me falta la tela para cubrir—

Mis palabras se cortaron cuando la vi caminar hacia la cama y se sentó sobre ella aún con dolor. Se le dibujó una extraña mueca en los labios, como si intentara encubrir su emoción.

—Nunca había tenido una cama.

Sentí que algo en mi pecho se hundió de una forma que no conseguía explicar. ¿Qué tipo de vida había tenido? La cama ni siquiera estaba completa, sería incómodo para ella acostarse allí. Después me aseguraría de ponerle un colchón alto y le traería mantas de lana gruesa. Mientras tanto iba a cubrir la base con musgo para que fuera más suave.

Al verla satisfecha me enfoqué en la encimera. En el instante en que comencé a hacer crecer plantas en maceteros de piedra con frutas y verduras se levantó y se acercó tan veloz como pudo.

—¡Vaya que tenía hambre! ¡No sabía que podíais hacer esto! —exclamó olvidando que éramos bruja y Protector. Cogió una fresa y le dio un mordisco—. Nunca había probado una tan fresca…

La saboreó con una alegría que rozaba la inocencia. Los latidos retumbaron en mi pecho, obligándome a respirar hondo para tocar tierra. No debía tener esperanzas de que Eudora se salvase de Lo Oscuro. Sería un error que desarrollara afecto por ella. Algún día tendría que decirle adiós ya sea porque se fuera por su cuenta purificada o porque tuviese que eliminarla. *Debo mantener la cabeza fría*, me dije. Necesitaba ayuda, tenía que informar a los líderes del pueblo.

—Eudora, ¿mantendrás tu promesa de no escapar?

Quería asegurarme ya que pronto tenía que irme.

—Sí.

Sin darse cuenta vio la puerta de la cabaña.

—¿Sabes dónde estamos? En el territorio de tu enemigo —hablé con astucia—. Este bosque es un laberinto lleno de ilusiones para aquellos que no son hijos de Emdor. De milagro te descubrí antes de ser devorada por las bestias. Los lobos son muy crueles con las brujas —seguí sin titubear—. Además, esos humanos que te persiguieron seguirán buscándote. ¿No es mejor que te quedes aquí durante un tiempo y esperar a que se olviden de ti?

Tras mis palabras se mantuvo cabizbaja, dando a entender que aceptaba lo que decía. Iba a sonreír satisfecho cuando el corazón se me congeló al ver las lágrimas que caían al suelo.

—No necesitas recordármelo, ya sé que todos me odian —sollozó —. Yo no quería ser una bruja, ¿sabes? Esas voces me molestan.

Me quedé sin palabras y no me quedó más que mirarla con pena. La existencia de Eudora me recordó un hecho: ellas no nacían así. Lo Oscuro las escogía en contra de su voluntad e implantaba la perversidad en sus almas para usarlas como armas. Y si lo veía de ese modo, ella sí era una víctima.



El tiempo transcurrió junto a las estaciones con mis visitas diarias a la cabaña. Se había cumplido un año desde que los líderes del pueblo habían decidido ponerla a prueba y el experimento se hacía bajo medidas estrictas. Los cazadores vigilaban la cabaña día y noche sin descanso, por lo tanto no había forma de que se alejase sin que hubiese consecuencias. Ella no lo sabía, por supuesto. Se turnaban mientras no estaban en misiones y eran expertos ocultando su presencia.

—Tu novia ha estado enérgica hoy, se han escuchado muchos ruidos dentro de la casa. —Morset agitó su cabello pelirrojo y me siguió el paso. Era uno de los cazadores asignados para vigilarla y de casualidad uno de mis mejores amigos.

—Déjala en paz y no te acerques demasiado. No querrás tener que explicarle a Aron por qué su padre ha recibido una paliza —le gruñí sin dejar de caminar hacia la cabaña.

—No te preocupes, tampoco tengo ganas de descubrir qué ruidos haces en la cam— ¡Ay, joder! —Recibió un golpe de una rama en su espalda con mi magia y se detuvo.

—Regresa a tu puesto —lo reprendí.

—Sí, sí, te veo después —resopló y aun así sus palabras me hicieron sonreír. Ya la aceptaban como mi pareja.

Por mucho que intenté no encariñarme me enamoré de ella. Eudora me correspondió y no había marcha atrás en lo que sentíamos. Pronto se curaría y podría llevarla conmigo al pueblo. Me

emocionaba al pensarlo a medida que abría la puerta de la cabaña, hasta que escuché algo quebrarse. Mis fantasías se enfriaron y me apresuré a entrar. Estaba ovillada en el suelo, cubriéndose los oídos, rodeada de piezas rotas de los platos que había traído de casa. La sangre se me fue de la cabeza. Corrí para envolverla en mis brazos pero me detuvo en el acto y me empujó con un cúmulo de agua suspendido en el aire.

—¡Ni un paso más! —me gritó y me forzó a presenciar su llanto desconsolado—. Han regresado… ¡Las voces han regresado!

Sentí que me hundía en un abismo.

—Llevaban medio año sin hacer acto de presencia —murmuré para después agitar la cabeza y actuar deprisa—. Primero déjame abrazarte, mi amor.

Maldición. Lo Oscuro era más fuerte de lo que creíamos. Su silencio, en vez de ser una derrota se trataba de una espera.

—No quiero que te acerques a mí, ¡soy peligrosa! ¡Me están gritando que te arranque el corazón! ¡Dicen atrocidades que no quiero hacer! —su voz se fragmentó—. Es mejor que me mates, prefiero morir antes que escucharlas…

Las lágrimas salían desesperadas de sus ojos. Era similar a una enfermedad terminal. Si Lo Oscuro lograba su cometido, los cazadores no iban a dejarla con vida. Ella prefería morir en mis manos antes que llegar a ese punto.

—¡CALLAD! —bramó al vacío con furia—. ¡No obedeceré!

En su distracción por las voces conseguí lanzarme a ella y abrazarla con pasión.

—Mírame. —Cogí su rostro en mis manos y acaricié sus mejillas —. Podemos hacer esto juntos, concéntrate en mi voz. Volverán a callarse y regresaremos a los días de paz, solos tú y yo. No regresarán nunca más.

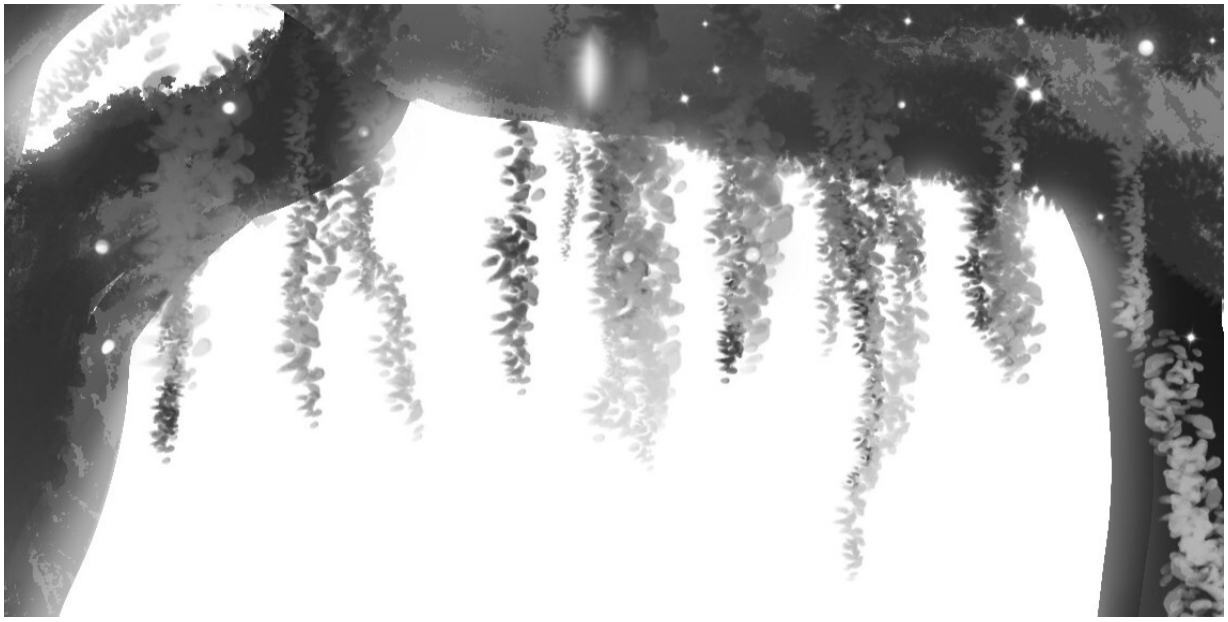
Su aflicción era indescriptible.

—Me vuelven loca —se rompió rogando regresar a los tiempos en los que en su cabeza solo vivían sus pensamientos—. Debes matarme, hazlo, por favor. Tengo miedo de lo que soy capaz, me convertirán en algo que no quiero ser y me aterra que me odies.

—Nunca seré capaz de odiarte —le susurré—. Todo estará bien, si lo conseguimos una vez podremos volver a hacerlo y esta vez será definitivo.

Eudora era la mujer con la que quería estar así fuera por los ochenta o cien años que ella viviera. Estaba dispuesto a superar cualquier cosa para estar a su lado. Lo Oscuro se podía ir a la mierda.

Sin embargo ella tenía otros planes.



CAPÍTULO 13

—Un día logró evadir la vigilancia y desapareció sin dejar rastro. Su desaparición me hizo mucho daño —Garran habla mientras el corazón se le quiebra con cada palabra—. Los primeros años los viví aletargado hasta que retomé la rutina que tenía antes de conocerla pero creo que una parte de mí se fue con ella.

Alza su mirada y hacemos contacto visual. La forma en la que ha insistido en mantener la inocencia y pureza de Eudora me hace agradecer porque ahora sé que no fui producto de una desgracia sino que nací de dos personas que se amaban. Rhoan se ve igual de apagado que yo en un silencio empático.

—¿Nunca supiste nada más de ella? —pregunto con una voz suave.

Se le cierne una sonrisa amarga y niega.

—Si el duque fue guiado por los lobos, bien podríamos pensar que… no sobrevivió. A mi pesar, tu llegada al bosque seguirá como un misterio. Tal vez intentaba volver conmigo, tal vez quería empezar de nuevo y estaba regresando a la cabaña —piensa en voz alta tratando de no romperse—. No, solo estoy fantaseando…, las bestias no la matarían si hubiese tenido buena intención. Y si sigue viva es porque te dejó y escapó.

Acaricio su mano en un intento de consolarlo.

—Lo siento —susurro sin saber qué es lo que lamento. Puede que todo.

Me ve y despierta de su pérdida.

—Está bien, tengo mi vida, a mis pequeños estudiantes, mucha gente que me quiere y a Rhoan y su familia —lo mira cariñoso al tiempo que él sigue callado observando a Garran con una expresión que no descifro—, y ahora te tengo a ti. —Su otra mano se apoya sobre la mía. Nos sonreímos el uno al otro en un silencio sanador hasta que aclara su garganta y nos soltamos—. ¿Alguna otra pregunta?

Es su intento de animar el ambiente.

—Sí, pero supongo que tengo *muchos* años para hacerlas, ¿no? —Hago una mueca y consigo que suelte una risita y Rhoan levante

las comisuras. Entonces algo me viene a la mente y me aborda un poco la timidez—. Ahora que lo pienso, ¿dónde viviré?

Se miran entre ellos. Garran traga fuerte y vuelve a mirarme sin poder controlar sus expresiones. Su pierna derecha se sacude bajo la mesa y juega con sus manos presionando sus dedos hasta que las puntas se le ponen rojas. Abre su boca y coge una bocanada de aire antes de hablar.

—¿Te gustaría vivir conmigo? —suelta—. Sé que no nos conocemos y debes estar abrumada por tantos cambios en tu vida pero me parece que sería lo más prudente. Más adelante puedo construirte una casa como desees. Incluso puedo hacer los muebles con la madera que quieras y… —sigue y sigue parloteando sin parar. Le lanzo un vistazo a Rhoan y sus cejas alzadas muestran una expresión de sorpresa casi imperceptible. Me da a entender que no es usual ver a Garran así—. Así que por ahora…, ¿qué dices?

Termina su discurso.

Es triste para mí pero vivir sola no es una opción en este momento. Ni siquiera sé cocinar o lavar ropa. A lo largo de la mañana he aprendido que tienen comodidades de nobles, sin embargo la enorme diferencia es que hacen las cosas por sí mismos. Aquí nadie me cocinará o encenderá la chimenea por mí. Sus vidas son iguales a las de la gente común de Blackriver. Tengo que aprender a ser independiente. Ya no soy una princesa.

—Está bien, viviré contigo.

La euforia le hace abrir los ojos e ilumina su rostro hasta formarse una sonrisa enorme.

—Genial…

Está muy conmovido. No quiero pensar que todo será color de rosa pero en el fondo su bienvenida ha causado que esa bebé abandonada empiece a ilusionarse con una familia que creía perdida.

Se produce un silencio extraño e incómodo ya que no sabemos de qué más hablar hasta que Rhoan se pone en pie.

—Avisaré a mis padres para que traigan la comida. —Se dirige a la cocina. Lo sigo con la mirada mientras percibo otra sobre mí. Garran me mira feliz aunque sus ojos permanecen llorosos.

—Realmente eres igualita a mí —murmura en una mezcla de admiración, asombro y amor.

El corazón se me baña de calidez.

—Soy tu doble. —Sonrío.

Ewan y Bera aparecen junto a Mabli y Rhoan con un montón de comida y toca una larga ronda de preguntas por su parte. Su interés en mí es sobrecogedor. Entiendo su alegría. Tras conocer la historia de Garran deben sentirse felices por él. La charla me hace olvidar mis tristezas y a la vez extrañar a mi familia recordando nuestras comidas juntos, las típicas burlas de Rodric y mi padre o mi madre regañándolo. Me dijeron que estarían bien y confío en que así será, por lo tanto yo también debo vivir con la frente en alto hasta que, como dijo Garran, cada segundo se sienta precioso.

Después del desayuno él suelta una exhalación por la nariz.

—Ya deberíamos irnos. —Se asoma por la ventana.

—¿A dónde?

Sonríe.

—Quiero enseñarte el pueblo —explica y trago nerviosa—. Después debemos encontrarnos con los líderes que te mencioné para que descubras cuál es tu elemento.

Olvido los nervios y mis ojos se salen de sus cuencas. *¡Mi elemento!*, chillo en mi interior incrédula porque se acerca el momento. *Ah, espera, ¿eso significa que tengo que despedirme de Rhoan?* Intento no mirarlo y siento un dolor en el corazón hasta que me mentalizo de que no debo depender de él. Mi estabilidad emocional ya está mejor, no caeré en la desesperación como el último año y medio.

—Está bien —contesto obligándome a enfocarme en otra cosa.

Antes de salir, Bera coge uno de sus abrigos del perchero y me envuelve con él, asegurándose de que mi cuello esté bien cubierto con una espesa bufanda de lana de color verde pastel.

—N-No es necesario, estoy acostumbrada al frío —murmuro apocada.

—Úsala, cariño —me pide con dulzura y peina los mechones de mi pelo—. Además, combina con tus ojos. Considéralo un regalo de bienvenida.

Me dedica una sonrisa. Tras su insistencia no me queda otra que asentir.

—Gracias —susurro con timidez y mi reacción le hace feliz.

Abren la puerta de la entrada. La casa tiene un lindo semimuro de entrada con arbustos cubiertos de nieve. Cuando alzo la mirada descubro casas con paredes de piedra y techos de ladrillo cubiertos de más nieve que me transmite un aire familiar. *Pero, Rhoan…* Vuelvo a mirarlo con una vergüenza que remueve mis vísceras. *Estoy loca, no quiero separarme de él.* Está serio aunque sus comisuras se ven un poco levantadas. Me sonrojo sospechando que intuye mi renuencia. Debo reaccionar.

—Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí. —Les regalo una suave sonrisa conmovida.

—Puedes venir cuando quieras —asegura Ewan.

Mabli me da un cálido abrazo intentando apretarme con todas sus fuerzas. Mi corazón se empequeñece.

—Te veo luego, Lobelia —murmura—. Me gustas mucho así que iré a verte con frecuencia.

—Cuando quieras.

Observo a Rhoan otra vez por el rabillo del ojo. ¿Cuándo lo veré de nuevo? Hay una insólita explosión de angustia dentro de mí por pensar en decirle adiós después de haberlo esperado casi dos años. Me intimida lo que siento. El delirio de cuando lo buscaba se ha ido

pero no sé por qué tengo tanta intensidad acumulada. Continúa con su expresión impasible hasta que dice:

—Iré a buscarte todos los días al amanecer —avisa y mi tristeza se esfuma—. Duerme temprano.

—¿Todos los días?, ¿por qué?

—Ya lo sabrás. —Se le forma una sonrisa suave que deja todo lo demás difuso en el fondo.

Con más confianza al saber que nos veremos mañana nos despedimos. Alcanzo a verlo una última vez antes de que cierren la puerta. Solo queda el silencio junto a mi mirada deseando volver a encontrarse con la suya.

—Lobelia —me llama Garran provocándome un sobresalto. Se mueve a un lado de la casa de Rhoan con cautela. Su actitud es graciosa. Le hago caso y cuando me detengo a su lado me ofrece su mano—. No está permitido hacer esto pero creo que necesitas una mejor perspectiva.

Sin saber a qué se refiere cojo su mano. Algo engancha mis pies y un revoltijo ataca mi estómago por el impulso de la pequeña montaña de cima plana que nos eleva del suelo. Mis ojos se salen de su órbita mientras pierdo un poco el equilibrio asustada por caer, sin embargo la tierra mantiene mis pies estables. En un momento llegamos al techo de la casa de Rhoan.

—¡Eso ha sido...!

No sé si decirle que fue increíble o aterrador a medida que paso mis pies a las tejas con cuidado. Garran nos afianza por si acaso con raíces debido a la nieve resbaladiza.

—Mira hacia allí. —Señala al frente.

Sigo su dedo y me quedo sin aliento. Frente a nosotros se muestra un pueblo inmenso. Casas rústicas entre colinas se extienden a lo lejos. Hay algunos edificios enormes que destacan y llaman mi atención. Las historias siempre se enfocaban en la importancia de los Protectores y en Emdor, nunca en su desarrollo como civilización. Si alguien viera lo que presencian mis ojos en este momento se quedaría sin palabras.

Ojalá mi familia pudiera ver esto, suspiro.

—Este es tu nuevo hogar, Lobelia.

Sus palabras me acogen combinando a la perfección con lo que siento. Mis ojos no se despegan del paisaje, del suave y hermoso brillo que se produce en la nieve con las caricias del sol sobre los techos de las casas. Hace que parezcan sacadas de un libro de fantasía, de un sueño del cual nadie desearía despertar.

—¿Cómo se mantiene oculto un pueblo así?

—Emdor lo camufla con su poder. Solo los Protectores podemos verlo desde la distancia —explica—. Este año se dijo que somos unos treinta mil.

Mis ojos se expanden con sorpresa.

—Esas son muchas personas.

—Supongo que sí —ríe—. Bajemos para caminar un rato.

Asiento en silencio. Cierro mis ojos con mala cara cuando me encuentro con la misma sensación de revoltijo en el estómago al bajar del techo. Doy un último vistazo a la casa de Rhoan hasta que deja de estar a la vista en el momento en que cruzamos entre las calles. Por suerte solo caen un par de copos de nieve.

El pueblo está lleno de vida y lo que más me atrae es la exuberante cantidad de personas utilizando su elemento para sus actividades rutinarias. Para ellos es tan sencillo como respirar. Unos herreros manipulan el fuego para avivar las llamas de la forja, comerciantes hacen flotar sacos de trigo, otros lavan ropa con el agua suspendida en la nada, y un grupo construye una expansión a un hogar, creando muros de piedra que nacen de la tierra. Cosas que solo ocurrirían en un cuento de hadas.

Estando en ese lugar concurrido percibo miradas sobre nosotros y solo entonces caigo en la cuenta de cuál es mi situación actual en el pueblo. Soy una desconocida, una recién llegada que vivió veintiún años con los humanos.

Garran se inclina hacia mí y susurra mientras continuamos andando:

—Aquí los rumores corren muy rápido, seguro que ya saben que eres mi hija —indica animado y consciente de mis nervios—. Tienen curiosidad.

Estaba acostumbrada a las miradas en Benmore, eso no es lo que me preocupa. Lo que me tiene así es que quizás me miran porque soy la hija de una bruja. Los padres de Rhoan me dieron un trato familiar pero sé que habrá diversas opiniones en el resto de los treinta mil hijos de Emdor.

Me entra nostalgia recordando Blackriver y mis paseos por el pueblo. Las personas siempre se detenían para saludarme y regalarme flores o dulces agradecidas por la excelente administración de los Benmore y la cercanía con los ciudadanos. A mi lado siempre estaba Lucian. Los ojos se me humedecen entre recuerdos así que miro hacia arriba moviéndolos de un lado al otro para no llorar a causa de lo mucho que extraño todo eso. Espero que Lucian me vea donde sea que esté y se alegre por la nueva oportunidad que se me ha dado para vivir.

De repente noto una ola de agua que pasa en el aire sobre unos niños. Aparece una sonrisa en mis labios admirando el poder que controlan con facilidad aún tan pequeños. ¿Ahora podré volver a usar una espada? ¿Me veré a mí misma por estas calles utilizando magia entre ellos? ¿Cuál será mi elemento?

—¡Garran!, ¡mírame, mírame!, ¡he practicado! —lo llama el pequeño elementalista. La corriente flota suspendida y se mueve armoniosa manteniéndome fascinada. La emoción por mostrarle sus avances a Garran hace que lance la ola en nuestra dirección—. ¡Ay no!

Me echo hacia atrás y cierro los ojos esperando quedar empapada en el helado clima cuando escucho algo elevarse frente a nosotros. Los abro lento. Descubro un muro de tierra y la mano extendida de Garran a mi lado. Lo ha levantado en un instante.

—Ciby, podrías haberle hecho daño a alguien. Ten más cuidado la próxima vez y recuerda que tus emociones no deben dominarte —le explica en un tono gentil a medida que deshace el muro.

—Lo siento —responde el niño compungido parándose frente a nosotros.

Garran le da un toque en la cabeza con cariño.

—Oye, has mejorado muchísimo. —Le sonríe de lado—. Si sigues así pronto podrás enseñar tú mismo a tus hermanos.

Al niño se le iluminan los ojos.

—¡¿De verdad?!

—Sí, ahora preséntate. Ella es mi hija Lobelia. —Me señala y el corazón me brinca.

—Hola, me llamo Ciby. —Me mira tímido.

—Hola, Ciby, es un placer.

Se me queda mirando y hace caras entre pensamientos, hasta que coge el pantalón de Garran y le pide que se agache. Garran hace lo que dice y el niño le susurra.

—¡Cuando crezca me casaré con tu hija! —aun así se escucha y no puedo evitar sonreír. El niño corre de regreso con sus amigos y Garran y yo nos miramos con ganas de reír.

—Soy su maestro.

Cierto, enseña en la escuela. Se queda observando a los pequeños con dulzura y me pregunto si tal vez me habría tratado igual si hubiera crecido con él.

Nos envuelve por un instante un silencio extraño en el que pareciera que estuviese pensando lo mismo que yo hasta que aclara su garganta y mira los alrededores.

—Cada Protector nace con un elemento —explica—. Así adquieren un segundo nombre proveniente de los cuatro primeros hijos de Emdor. Ellos fueron quienes contribuyeron en la formación de este mundo para que la vida pudiese prosperar.

—Entonces, ¿tú eres Xyla por la tierra y Rhoan Adair por el agua? —resumo.

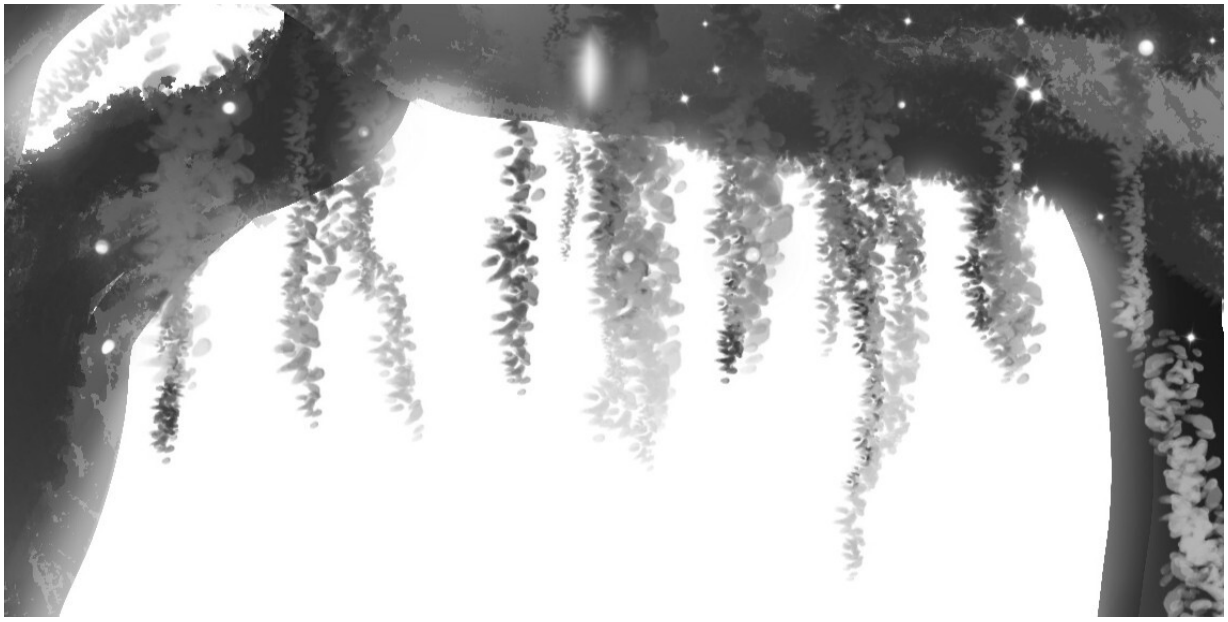
—Xyla fue la primera hija y protectora de la tierra. Adair fue el segundo y protector del agua —responde—. Después nacieron Bedelia como protectora del fuego y Aither como protector del aire, convirtiéndose en las cuatro primeras almas en existir.

Reflexiono en ello con una extraña sensación de déjà vu. Los nombres me suenan de alguna parte; sospecho que los he leído en los libros ocultos en la biblioteca del castillo. Estoy tan inmersa en mis pensamientos que cuando Garran se inclina a mi nivel casi respingo.

—Y hablando de elementos —me regala una mirada cariñosa y extiende su mano hacia una de las calles—, es hora de saber cuál es

el tuyo.

Mi corazón se dispara.



CAPÍTULO 14

Nos alejamos del centro urbano y el ambiente es más cálido, ya no hay rastros de nieve. Mi atención se desvía cuando noto mariposas volando cerca de nosotros. *Ya he visto esto antes*. Incluso sin haber soñado con él puedo sentir una presencia abismal que me hace sentir intimidada y protegida al mismo tiempo.

Llegamos a una pared cubierta de un denso manto de enredaderas. Por la admiración con la que la mira infiero que no es solo una pared.

—¿Estás lista? —me pregunta.

Humedezco los labios y asiento. Una vez que atravesamos las enredaderas el corazón se me detiene. Frente a mí florece un

espacio abierto con el suelo cubierto de musgo y flores que colorean todos los rincones. Veo a cuatro personas mayores que nos han estado esperando, a los lados de un milenario y magnífico roble colosal, hogar de mariposas morpho azules que se alzan en vuelo. Recorren su aura y reposan en él y sus alrededores. Mis instintos hacen que me tiemblen las rodillas. A su lado yacen cuatro pilares medianos, dos a la izquierda y dos a la derecha con tallas simbólicas de los cuatro elementos. Detrás descansa un precioso y pacífico lago que no he visto jamás en los mapas de Benmore.

—Ven, cariño. —Me sonríe una anciana entre ellos—. Te ha estado esperando.

Mis pies se deslizan solos. Cuando mi mano toca su corteza algunas mariposas que permanecían descansando en él despegan y vuelan sobre mí, me dan la bienvenida felices por mi regreso y no por una primera vez. Al menos así lo siento. Su tronco es tan ancho como una casa y seis veces más alto que yo a partir de donde empiezan sus ramas. Están cubiertas de musgo y se extienden hacia arriba y los alrededores hasta unos veinte metros formando una hermosa cúpula que brinda una sensación de seguridad. Algunas ramas son tan gruesas y pesadas que rozan el suelo y le dan un aspecto aún más sabio y antiguo.

Cuando me siento lista, libero un suspiro y observo a los ancianos junto a Garran. Los líderes de Emdor me observan con curiosidad.

—Ven conmigo —me dice Garran.

Me guía hacia una enorme piedra plana y redonda en el suelo con el símbolo del Gran Roble que vi en el anillo de Rhoan. Me pide que me quede sobre ella y permanece a mi lado.

—Lobelia, ellos son los líderes del pueblo. —Los señala, empezando por la primera mujer a la izquierda—. Ella es Olwina Aither, Protectora del aire.

Se trata de una señora de mirada solemne, con cabello corto y canoso. Sus ojos castaños se ven cansados por los años con visibles bolsas bajo ellos. Es de baja estatura, su cabeza debe llegarme a los hombros.

—A su lado está Iver Adair, Protector del agua.

Adair, como Rhoan. El señor tiene cara gentil y se ve un tanto frágil. Al menos aún le quedan algunos pelos en la coronilla. Es el más viejo de todos.

—Tiene trescientos veintitrés —me susurra bajito al captar mi curiosidad y me hace parpadear.

Intento no reaccionar demasiado por respeto aunque me parece admirable que todavía logre mantenerse en pie sin vacilar.

—Ella es Catrin Xyla, Protectora de la tierra —continúa con la segunda mujer—. Puede manipular las plantas como yo.

—Oh, sí que puedo. —Sonríe ella y abre sus manos para hacer crecer gruesas raíces que forman un arco sobre ella. Comprendo

ahora por qué los humanos veneraban y mostraban tal respeto a Protectores como ella.

—No fanfarronees —refunfuña Olwina Aither.

Catrin se ríe y las raíces desaparecen. Es la más joven de los cuatro. Sus ojos miel permanecen entreabiertos bajo unas cejas de gancho y su piel es de un bonito color tostado similar a la canela. Es alta y de cuerpo delgado.

—Y por último Macsen Bedelia, Protector del fuego —terminan las presentaciones—. Además, es el líder de los cazadores de brujas.

Es un hombre intimidante a pesar de su longeva vida. Tiene aspecto de ser un elementalista poderoso por su figura hercúlea. Es el más imponente y me recuerda a mi padre. Parece estar llegando a los setenta años. Me sonríe con sus ojos azules. Su nariz es ancha y sus cejas despeinadas e inclinadas hacia abajo. Lo que más destaca es una barba espesa y larga hasta el inicio de su pecho, cubierta en canas aunque todavía con algunas hebras castaño oscuro que le dan un aspecto vivaz. Se junta con su melena corta y peinada hacia atrás.

Me inclino hacia Garran y cubro mi boca para ocultar mis palabras.

—¿Cuántos años tiene él? —le pregunto.

—¡Tengo doscientos cincuenta y siete! —exclama el viejo provocando que dé un brinco en mi sitio.

—Tiene buen oído —comenta Garran divertido.

Dudo que el hombre piense que lo estoy llamando viejo pero está más sonriente que nunca.

—Al principio no podía creer que fuera cierto, pero aquí estás, la hija de Garran Xyla —murmura Catrin cariñosa—. Eres igual a Meleri.

—Mi madre, Meleri Adair —me indica Garran con una sonrisa nostálgica.

Hablan de una abuela que no conocí y aun así me envuelve una tristeza en el corazón.

—Es un placer conocerles, grandes líderes.

Hago una elegante y perfecta reverencia. Al menos con ellos creo que sí debo ser más respetuosa.

—Gracias, cariño, pero no necesitas ser formal con nosotros. En Emdor cada persona tiene el mismo estatus y eso nos incluye a nosotros —dice la anciana Olwina—. Todos somos sus descendientes, hijos de sus hijos. —Señala al Gran Roble.

Sonríen en simultáneo y el silencio se vuelve cómodo.

—Rhoan nos contó que fuiste criada por los duques —comenta Macsen entretenido—. Ese ha sido un bonito saludo.

—Gracias. —Entrelazo mis dedos jugando con ellos—. Sí, fui adoptada por los duques de Benmore. Soy de Blackriver.

—Estuviste todo este tiempo a solo unas horas y no lo sabíamos —lamenta Catrin Xyla.

—¿Tienes algún malestar?, ¿dolor en el cuerpo? —pregunta Olwina Aither, con una mirada preocupada.

—No, todo eso ya pasó —contesto recordando de nuevo la sensación de morir, los vómitos de sangre y todo lo sucedido con las brujas. Sin embargo cuando mi mirada regresa hacia el Gran Roble puedo sentir su consuelo.

Se escucha una respiración pesada del viejo grandulón Macsen. Se peina la barba con la cabeza ladeada y mantiene una mirada seria.

—¿Puedes hablarnos de ti? Tenemos registros de toda nuestra historia y nunca habíamos tenido un caso como el tuyo.

Su curiosidad es comprensible. Para complacerlos cojo una gran bocanada de aire y empiezo por mi nacimiento.

—Los lobos son las criaturas más sagradas de la creación, un puente entre Emdor y nosotros —me aclara Olwina Aither al escuchar el relato de mi encuentro con mi padre el duque.

Me pregunto si fue por eso que Emdor apareció como un lobo en mi sueño. Aún cuando deseo revelarlo, algo me dice que guarde el secreto.

Después de hablarles de mi cuerpo frágil hasta la adultez les explico mi despertar, el incidente con las brujas y las runas sobre mi piel.

—Rhoan nos habló de ello —comenta Macsen con una voz sombría—. Sin lugar a dudas las brujas que estaban cerca sintieron tu despertar. Emdor nos protege y oculta con su poder pero naciste fuera de los límites.

Por lo menos con lo que dice tengo una duda menos. No comprendía por qué esas mujeres habían aparecido de la nada y menos después de que Garran dijo que evitaban el Bosque de los Perdidos.

Con el final de la historia quedan satisfechos. Y tras un rato más de charla sobre ello el ambiente cambia a uno más serio. Quieren tomar decisiones.

—¿Quién le enseñará a controlar su elemento? —le pregunta Catrin a Garran.

—Yo lo haré, ¿te parece? —pide mi opinión.

—Sí, estoy de acuerdo.

Asiento y él sonríe alegre, sin embargo…, *¡¿cuál es mi elemento?!* No sé cuánto tiempo llevamos hablando y no hay señales de ello.

—Rhoan Adair se ha ofrecido para enseñarle a combatir —pronuncia Catrin y me estremezco—. Es el mejor y no tiene discípulos.

Mi corazón brinca frenético.

—Porque los ha rechazado a todos —murmura Macsen, encogiéndose de hombros y mirándome con una sonrisa divertida.

Por eso dijo que nos veríamos todos los días.

—Nos cogió por sorpresa —habla Catrin sonriente—. No sé qué impresión le habrás dado pero yo que tú no lo pensaría. No todos los

días te conviertes en la aprendiz del mejor cazador de su generación.

No sabía que Rhoan fuese tan impresionante. Si ha rechazado a todos, ¿por qué me está aceptando a mí?

—¿Por qué no consideramos también al nieto de Macsen, Aron Bedelia? —opina Olwina para después mirarme—. Ya lo debes conocer, fue uno de los que te salvó. Un pelirrojo carismático.

¿El pelirrojo amigo de Rhoan es su nieto?

Macsen se prepara para hablar.

—Mejor que sea Rhoan—

—Eso ni lo pienses —lo interrumpe Garran sin darse cuenta—. Lobelia, no le hagas caso a Olwina y acepta la oferta de Rhoan.

La cara de Macsen cambia.

—¿Qué tiene mi nieto para que reacciones así? ¡Está al mismo nivel que Rhoan! ¡Y eso que iba a apoyar a Catrin!

—¡Sabes por qué lo digo! —Lo señala Garran con la misma intensidad.

—Si seguís con esas entonces podríamos darle la oportunidad a Caradoc Xyla —rebate Catrin cruzándose de brazos—. Su talento es indiscutible y sabemos que tiene ambición. Me agrada mucho ese chico.

—Elis Bedelia —pronuncia el anciano Iver y para mi sorpresa todos enmudecen.

—¿Elis? ¿Crees que la aceptará? —murmura Macsen.

Se están liando.

—Prefiero que sea Rhoan —los interrumpo. Al segundo mis mejillas hierven por cómo me dedican toda su atención—. Ya lo conozco, confío en él y si es el mejor puede que con su guía avance más rápido.

En mi cabeza sonaba de excusa pero habiéndolo dicho así se oye como un buen argumento.

—¡Lo que tú quieras, pequeña! —acepta Macsen rápido y vivaz. Me entra alivio al ver que se han calmado—. Bien, ya que está decidido…

Se miran entre ellos, asienten y me dan la espalda para dirigirse a Emdor. Apoyan en su corteza la palma completa de sus manos en las que llevan cada uno su anillo y me paralizo. Se mueve. Una de las raíces del Gran Roble se aproxima a donde estoy arrastrándose con gentileza. Cuando llega frente a mí se levanta del suelo y empieza a hilarse, volviéndose más y más fina hasta dar forma a un anillo igual al de todos con su sello tallado en el centro. Aunque sus raíces siguen moviéndose serpenteando con lentitud se queda a la altura de mi pecho. Estoy tan pasmada como maravillada.

—Cógelo, Lobelia —me indica Garran con suavidad.

—¿No le dolerá? —pregunto al ver que el anillo sigue unido a la raíz.

—Es su sacrificio por ti —contesta Macsen en un tono cariñoso—. Todos tenemos una parte de él.

Miro conmovida el anillo que parece tener la medida justa de mi dedo. En el silencio, flores rodean la piedra. Ese último detalle me hace sonreír. A todos, de hecho.

—Él insiste —dice Olwina.

Cojo el anillo con gentileza. Se escucha un ligero crujido cuando se separa de su extensión y con eso la raíz retorna a su sitio.

—Lobelia, este anillo no debes quitártelo jamás —declara Macsen ganándose mi plena atención—. Una vez que lo coloques en tu dedo se fusionará con tu alma y servirá de enlace entre tú y Emdor. Es tu identidad. Con el tiempo aprenderás todos sus usos.

Mientras más escucho más se me revuelve el estómago. *¿Mi identidad? ¿Fusionarse con mi alma?*, repito para mis adentros impactada en mi integridad. ¡Rhoan me entregó algo que contiene su alma! Pero, ¿por qué brilló cuando lo usé?

Admiro el anillo con detenimiento y con el corazón a un latido de salirse por mi boca.

—Debes colocarlo en el dedo corazón de tu mano derecha —indica Garran con cariño.

Asiento dejando el pensamiento de Rhoan a un lado. Inserto el anillo nerviosa. De inmediato unas runas aparecen en la madera, brillando y tallándose en vivo. Tomándome desprevenida la piedra bajo mis pies se ilumina. Uno de los pilares también lo hace, el del elemento tierra. Se enciende con intensidad y un escalofrío me posee de pies a cabeza.

—¡Bienvenida a Emdor, Lobelia Xyla! —proclama Macsen.

¡Xyla! Miro a Garran con una emoción visceral que inunda mi ser. En él se expande una sonrisa deslumbrante, el amor brilla en sus ojos. He heredado su elemento. Después de unos segundos la luz del pilar se desvanece junto con la de la piedra en el suelo. Por último el anillo deja de brillar. Deduzco que eso significa el fin de la fusión.

De repente Macsen camina hacia mí. Debe medir más de dos metros, creo que es una cabeza más alto que mi padre el duque.

—¿Puedo darte un abrazo de bienvenida, pequeña?

Me toma por sorpresa. Una extraña confianza me inspira a asentir. Abre sus enormes brazos y me estrecha como si fuese su nieta de toda la vida. Con muchas ganas le correspondo el abrazo, diminuta pero acogida por su calidez.

Con jubilosas sonrisas los tres líderes restantes acortan distancia y cada uno me ofrece un abrazo.

—Bienvenida, Lobelia Xyla.

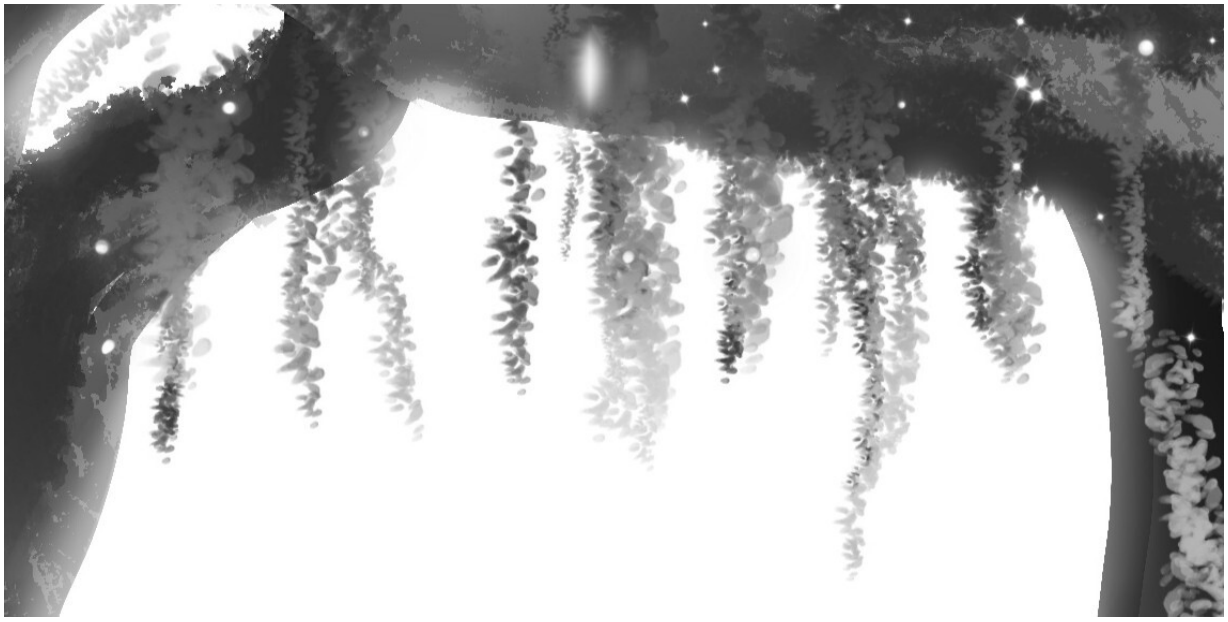
El apellido Benmore será parte de mi identidad, pero solo cuando algún día vuelva a ver a mi familia. Por ahora lo guardaré bajo llave dentro de mi corazón.

Por último Garran y yo nos miramos. Con una mueca extiendo mis brazos. Su cara luce henchida de gozo. Compartimos un abrazo sanador.

—Bienvenida a Emdor, Lobelia Xyla.

Susurra con amor. Por ahora este es un enorme paso, y estar en sus brazos me parece natural, casi como si siempre hubiéramos sido así, y no puedo evitar sonreír.

Huele a libros.



CAPÍTULO 15

Al salir de allí y despedirnos de los líderes, resoplamos con agotamiento al mismo tiempo. Él carraspea sin abandonar su aire radiante y su sonrisa triunfal.

—Conseguimos un objetivo importante del día.

—¿Hay más? —pregunto.

—Sí, pero no te preocupes, te vas a divertir.

Una vez dicho, mueve sus pies con ánimo como si nos esperase una gran aventura por delante. Se detiene frente a un pequeño edificio. Hincha el pecho y abre ambos brazos señalándolo.

—¡Vestidos! —exclama con una voz fingida de emoción.

Vale, eso fue gracioso, suelto una risita. Al verme reír su rostro parece rejuvenecer. Camina hacia la puerta y la abre por mí. Echo un primer vistazo y examino el lugar por encima.

—Buen día, Garran. —Una mujer joven aparece para atendernos —. ¿Es tu hija?

La pregunta favorita del día. Me hace gracia que la hagan ya que somos iguales. Al menos esta chica se ve menos interesada que los demás.

—Buen día, Medi. Sí, ella es Lobelia Xyla —contesta él y un cosquilleo acaricia mi estómago cuando dice mi nombre con esa adición.

—Es un placer, me llamo Medi Bedelia. —Me regala una mirada suave aunque no sonríe.

Si es Bedelia, es una Protectora del fuego. Su rostro es hermoso, es de cuerpo delgado y menudo y aparenta mi edad. Lleva el pelo liso color sepia recogido en un moño bajo con mechones sueltos y despeinados que le llegan a los hombros. No se ha esforzado demasiado en recogerlo. En la frente un flequillo delgado roza sus cejas espesas abriéndose en dos para mostrar unos lindos y grandes ojos color miel. Su nariz delgada reposa sobre unos labios gruesos y rosáceos.

Es una chica seria. Alcanzo a notar sus enormes ojeras. Me pregunto qué puede causar que una mujer tan bonita tenga una

cara así. Sus noches en vela están plasmadas en su cara pero debe ser popular.

—Un placer, Medi —respondo con una media sonrisa.

—Pedid lo que necesitéis —ofrece sin más.

El negocio no se basa solo en vestidos, veo que también vende ropa de dormir, abrigos, zapatos…

—De esos necesitarás varios. —Se detiene Garran detrás de mí mientras señala unos pantalones negros de entrenamiento—. Como Rhoan dijo que entrenareis todos los días, yo escogería cinco de esos.

Además del hecho de que Rhoan será mi maestro, me emociona pensar que volveré a pisar un campo de entrenamiento.

—¿La entrenará Rhoan? —pregunta Medi con una expresión extraña.

—Sí, él se ofreció —responde él.

—Ya veo.

Mira pensativa al vacío. ¿Por qué pone esa cara? ¿Le gusta Rhoan? Siento algo punzante que me incomoda. Él y yo nos habremos conocido en circunstancias únicas, estaré muy obsesionada con él pero en la práctica no somos nada. ¿Qué es esto que siento?, ¿esta horrible sensación egoísta?

—Esos me gustan, sobre todo el malva, el verde claro y esos dos azules. —Señalo varios sin pensarlo en un intento de ignorar lo que siento. Al darme cuenta de que estoy actuando como una

despilfarradora disminuyo la velocidad y bajo la voz—. Y los pantalones negros.

—También ropa de dormir, zapatos, abrigos… —murmura Garran con una mueca.

Su lista me incita a mirar al vacío recordando que he llegado sin nada en absoluto. Y pensar que dejé un montón de vestidos y abrigos maravillosos en Benmore.

—Poco a poco llenarás el armario —me consuela Garran tras descubrir mi expresión—. Y cuando eso pase te haré otro armario más grande. Tendrás una habitación completa como vestidor si no es suficiente.

Lo miro en silencio notando el brillo paternal que desprenden sus ojos verdes con deseos de consentirme.

—Eso suena bien —contesto en voz baja un poco feliz.

Pedimos una cantidad exorbitante de cosas y con eso tendré para vivir en Emdor sin preocupaciones. Para terminar, Medi me ajusta las prendas en el vestidor y toma mis medidas muy concentrada. Es una chica rápida.

—¿Conociste a Celyn y a Aron? Son los compañeros de equipo de Rhoan —comenta ella.

—Los conocí pero no hubo oportunidad para charlar —me limito a decir la mitad de la verdad. Los conozco de antes pero no sé si me corresponde decirlo ya que por entonces mi existencia era un secreto—. Solo con Rhoan que me trajo al pueblo.

—Muchas mujeres te tendrán envidia. —Se moja los labios—. Siempre es así cuando se trata de esos tres.

Lleva una expresión rara como si algo le molestara. *Supongo que tú eres una de ellas*, intuyo por su expresión. Lo sé, sé que no debería pero siento que me hierve el corazón de sucios celos. Me cuesta horrores controlarme. ¿Qué hago? Tengo palabras venenosas en la punta de la lengua. ¿Por qué habla de ellos como si tuviesen una relación estrecha? ¿Y si no solo le gusta Rhoan sino que tiene historia con él? Odio eso.

—En efecto, anoche Rhoan me cargó sin un rastro de debilidad y hablamos hasta quedarme dormida en sus brazos —presumo—. Ya que es un hombre tan perfecto es natural que me tengan envidia.

Es la primera vez que me enfrento a una mujer por un hombre y me alegra saber que estoy en una posición ventajosa. Ella permanece pasmada hasta esbozar una sonrisa muy tenue para mi sorpresa. Me mira en silencio al tiempo que mide mi busto.

—Tienes una cara inocente pero sin duda no lo eres —menciona —. Conseguirás muchas enemigas actuando así.

A propósito me tomo mi tiempo para responder con la intención de clavarle la mirada, haciéndola sentir observada, acechada e inferior. Y tras unos segundos en los que no sé si está funcionando mi táctica o no por su falta de expresividad, declaro con una voz susurrante:

—Medi, los lobos no pelean con las ovejas. Se las comen.

La miro soberbia tras mis palabras filosas. Nos mantenemos unos segundos en un cruce de miradas hasta que termina de sonreír un poco más anotando las medidas.

—Eres pechugona.

Suelta de la nada.

—Lo sé —contesto con una sonrisa tenue sin bajar la guardia. Creo que con eso me ha dado la victoria.

La mayoría de las prendas me quedan a la perfección pero se debe quedar con algunas para ajustarlas. Nos ayuda a guardar lo más urgente sin embargo son muchas cosas así que el resto nos lo llevarán a casa.

—Fue un placer, Lobelia. —Me sonríe otra vez.

Es extraño pero me agrada un poco, tiene una personalidad peculiar. *Ah… Mi primer enfrentamiento en Emdor.* Suspiro como si tuviese nostalgia.

—¡Vaya, le caíste bien! —susurra Garran al salir de la tienda.

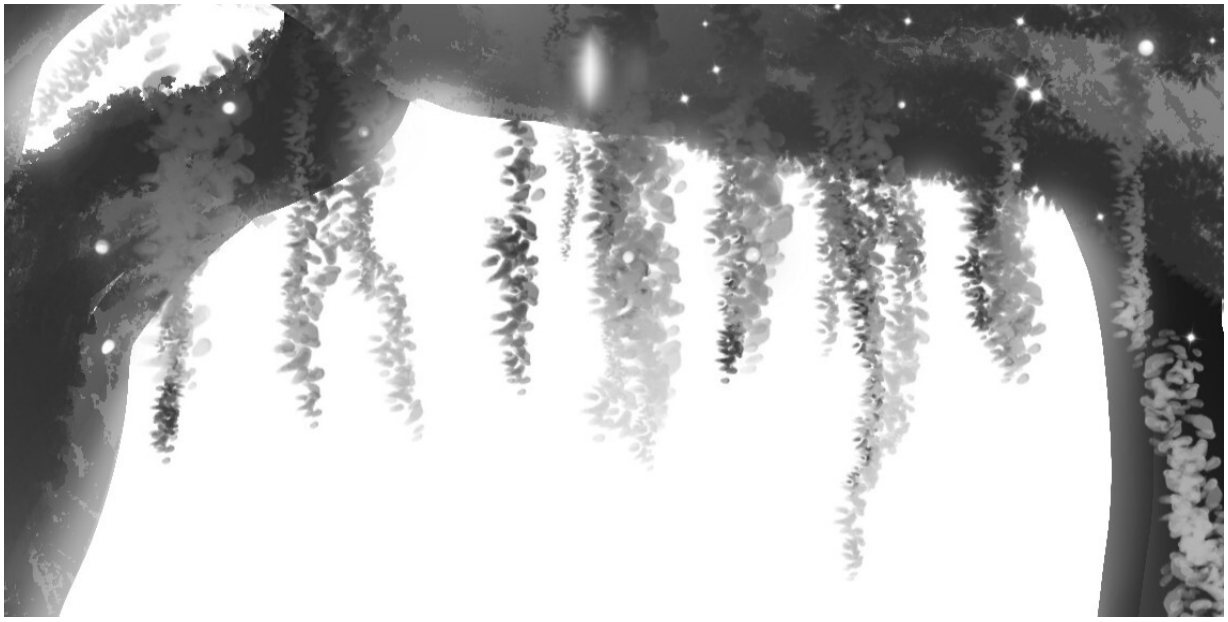
Lo miro extrañada.

—¿Yo?

¿Cómo dice eso sin saber que anduvimos a la greña en el vestidor? Bueno en realidad fue una discusión elegante que terminó con mi victoria.

—Sí, llevaba mucho tiempo sin verla sonreír así —responde Garran.

Me limito a hacer una mueca sin darle respuesta. Son más sus ganas de que sea como dice, que las ganas de *ella* de verme poner un pie en su tienda.



CAPÍTULO 16

Nos detenemos frente a una casa de dos plantas con la construcción habitual del pueblo. Está ubicada en un cruce. Sacude la nieve del semi muro y los arbustos se cubren de un precioso verdor lleno de vida que mejora mi primera impresión. Aclara la garganta y se gira con el pecho en alto y una mueca egocéntrica que consigue hacerme sonreír. Abre la puerta dejándome pasar y lo primero que veo es el techo alto como en el castillo. Es el de la segunda planta dándole un ambiente amplio y espacioso. Nos quitamos los abrigos y los colgamos en un perchero con una talla preciosa al lado de la puerta.

—Adelante, mira todo lo que quieras.

Me ofrece en un tono alegre. No sé cuánto tiempo viviré aquí pero es mi nueva casa, mi nueva familia y mi nuevo lugar seguro. Y para sentirlo así acepto su oferta y miro cada rincón.

Lo primero que se ve frente a la puerta son las escaleras que van hacia el nivel superior. A la izquierda está la entrada de la cocina llena de alacenas con cosas que no sé utilizar. Al lado derecho está la sala de estar con una hermosa chimenea de piedra, un sofá y dos sillones grandes color crema, y una mesa baja en medio sobre una alfombra gruesa de lana natural. Veo un baúl abierto con mantas perfectas para acurrucarse frente a la chimenea y una mesa para cuatro personas frente al ventanal frontal. Me coge por sorpresa un librero grande y repleto en la esquina de la pared de la chimenea. No le queda espacio en ninguna parte.

—¿De dónde sacas tantos libros? —pregunto—. Muchos son del reino.

—Cada cierto tiempo un grupo de comerciantes del Centro de Distribución va a los pueblos humanos y consiguen lo que no producimos aquí así como también curiosidades, nuevos inventos y libros entre otros.

—¿Y de dónde sacáis el dinero para comprar esas cosas? ¿Cómo es que salen comerciantes de Emdor pero nadie se ha dado cuenta en Blackriver? Es el único pueblo enfrente del bosque.

En el camino le quise prometer que pagaría por todo lo que pedimos en la boutique de Medi pero me explicó que en Emdor no

existe una moneda. Todos se ayudan entre todos y lugares como esos se ocupan por mantener el inventario lleno para que a nadie le falte nada.

—Viajan por el río en botes que tenemos escondidos. Los Adair se encargan de los rápidos que para un humano serían mortales —explica disfrutando mi curiosidad—. El dinero se consigue con la venta de artesanías, joyería y alimentos que producimos aquí. Como habrás visto —abre su mano y crea una perfecta flor de mármol blanco e impoluto en un instante—, nos es muy sencillo.

Me da la flor. Sin duda algo como esto se vendería a buen precio en el mercado de la capital al ser de un mármol puro y sin porosidad. Para resumir, Emdor es muy próspera. Solo deben preocuparse de que todo esté en funcionamiento, de proteger a Emdor y de no morir de aburrimiento el resto del tiempo.

Tras su breve explicación dejo la flor en el librero y opto por continuar mi recorrido. Acabando con la primera planta subo a la segunda. Con las escaleras en medio hay un pasillo que atraviesa a lo largo. Si vas a la izquierda te encuentras con dos puertas al fondo, mientras que a la derecha hay una sola al final.

—Esa será tu habitación. —Señala la puerta a la derecha. Ya la ubicación me agrada, es privada.

—Dejemos eso para el final. —Me voy hacia el lado izquierdo.

Hay plantas en todas las esquinas y algunas desprenden un aroma relajante. Tiene poca decoración con retratos pequeños y

medianos colgados en la pared. En uno de ellos se puede apreciar a un niño sonriente con una pareja que se ve radiante de felicidad. Se me escapa una media sonrisa.

De repente coge el retrato y me lo acerca.

—Ellos son tus abuelos —los señala—, Meleri Adair y Caiden Xyla.

Los observo con interés. Mi abuela tenía el cabello castaño cenizo como nosotros aunque sus ojos eran marrones. Mi abuelo por el contrario era rubio. Sus ojos eran verde manzana y de él los heredamos. Me invade una particular cercanía por sus expresiones cálidas a pesar de no conocerlos. Entiendo que el niño es él, se nota que tuvo una infancia plena con ver su expresión en el retrato. Sin arrepentimientos, sin lamentos por su pérdida y con su corazón colmado solo de buenos recuerdos de sus padres. De niña me parecía mucho a él pero no deseo mencionarlo por ahora. Temo despertar su melancolía porque no pudo experimentar mi niñez.

—Rhoan mencionó que no hay más familia —hablo con delicadeza.

—Ah, sí —me confirma con una sonrisa triste—. Antes éramos mis padres y yo pero fallecieron hace casi cien años.

Mis labios se separan. Garran dijo que tiene ciento veintisiete. ¿Murieron cuando él era tan joven? Si dice que antes eran sus padres y él, entonces, ¿ha estado casi un siglo sin poder llamar a nadie familia?

—¿Qué les sucedió? —mi voz se escucha penosa.

—Mi madre falleció cuando yo tenía treinta años. Ambos eran cazadores del mismo equipo que Macsen, el líder que conociste antes. —Su mirada permanece en el retrato—. Hubo un incidente en una cacería y mi padre sufrió mucho. Él… se quitó la vida dos meses después.

Lo miro afligida.

—¿Por qué lo hizo?

Baja la cabeza y mantiene una mirada triste en su sonrisa tenue.

—No soportaba estar sin ella.

Mis ojos se pierden en la nada y casi puedo escuchar mi corazón fragmentarse en miles de diminutos pedazos. A mi abuela la asesinaron las brujas y mi abuelo se suicidó porque no podía vivir sin ella. Contando con eso más la desaparición de mi madre y mi aparición repentina como hija perdida, Garran ha pasado por demasiadas situaciones capaces de derrumbarlo. *Tiene una voluntad de hierro.* Se ha mostrado como un hombre despistado y feliz de la vida hoy conmigo, casi sentí vergüenza cuando caminábamos por el pueblo, pero es tan fuerte en el interior que no me cabe la admiración y espero al menos ser un apoyo para él.

—Me habría gustado conocerlos —hablo con dulzura—. Debieron ser unos cazadores asombrosos.

Intento animar el ambiente. Me observa en silencio por un instante hasta que esboza una leve sonrisa.

—Lo eran.

Los dejamos a un lado y seguimos a las próximas puertas. En su habitación descubro lo simple que es. Tiene pocas cosas y, aun así, en el baño hay una bañera de mármol impresionante y de mejor calidad que la que tenía en el castillo. Con mi curiosidad satisfecha nos detenemos frente a la puerta de lo que será mi dormitorio.

—Vine un rato antes de que despertaras y lo preparé como pude en caso de que aceptaras vivir conmigo. —Rasca su mejilla, ese movimiento que reconozco en mí de cuando me siento tímida.

Su comentario entibia mi corazón. Abro la puerta con cuidado y echo un primer vistazo. Las comisuras de mis labios se alzan sin demora. Es una habitación amplia con paredes de madera decorada con lindos jarrones de cristal con flores y plantas colgantes en apliques. El aroma es agradable sin ser invasivo y los colores vivos le otorgan un aire alegre. A la derecha de la puerta hay un gran armario y después un palanganero. Hay un escritorio vacío junto a la gran ventana con unas lindas cortinas blancas y le sigue una chimenea pequeña que mantendrá la habitación cálida en estos días fríos. En la pared paralela a la puerta reposa una cómoda y un tocador. Frente al escritorio una cama enorme con sábanas limpias que se ve cómoda. A cada lado hay una mesita de noche.

Voy caminando hasta que noto algo junto al palanganero que me descoloca. Es un indescriptible y precioso espejo de pie con una talla floral en el marco y girasoles pintados con acrílico sobre el vidrio. Me

deja boquiabierta. Es común que solo los nobles tengan espejos en casa pero este es tan perfecto que no sé qué clase de magia o artilugio habrán utilizado para crearlo, tal vez ambas. Hasta el momento es mi objeto favorito. Es como si fuese capaz de trasladarme a un campo de girasoles.

—Era de mi madre, ella lo pintó. Lo mantuve como nuevo durante cien años ya que las pinturas que usó se las regalé yo hechas con flores —menciona y consigue mi atención—. Supongo que es mi modo de mantener su esencia viva.

Mi corazón se agranda.

—Supongo que estaba destinado a llegar a… su nieta —expreso con una sonrisa. Sus talones se levantan con ganas de saltar de alegría.

Me detengo en medio de la habitación y sonrío con ganas.

—Es perfecta.

Entrelazo mis dedos sorprendida por lo cómoda que me siento. Lo escucho liberar una inmensa bocanada de aire. Ha estado nervioso todo este rato.

—Si quieres cambiar algo, agregar más muebles o lo que sea, me lo puedes pedir, Lobelia.

—Está bien así —le contesto con seguridad junto a una sonrisa dedicada a sus esfuerzos.

Un silencio reconfortante se abre paso en la habitación, en nuestro intercambio de miradas y sonrisas hasta que Garran pone

sus brazos en jarras.

—Debes estar exhausta, ¿tienes hambre?, ¿quieres darte un baño?

—Ambas cosas —respondo tímida.

Me ayuda a preparar la bañera, presto atención para recordar cada paso ya que con mis doncellas no me fijaba en esos detalles. Mientras yo me baño él preparará la cena. Antes de irse analiza mi cabello pensativo, levanta sus manos y sin una pizca de esfuerzo salen trazos de madera como si se tratasen de hilos que se amoldan y fusionan para convertirse en un peine.

—Tienes un cabello impresionante y largo, necesitarás esto. —Me lo entrega.

No había pensado en ello. Qué atento.

—Gracias.

—Es un placer, baja cuando estés lista. —Me da un toque suave en el hombro y se va.

Una vez escucho el cierre de la puerta reviso el peine. La madera es suave y lisa como si se tratase del trabajo de un maestro carpintero con toda una vida de experiencia. Pero más que la calidad lo que me hace sentir rara es que lo ha hecho *mi padre* para mí.

Lo cuidaré bien, pienso con una sonrisa.

Apenas termino con mi baño bajo para cenar con Garran. Cada vez estoy más cómoda con él y conseguimos hablar con naturalidad. Bebemos té antes de dormir y después lo veo caminar al librero.

—Mañana debo volver a mi trabajo, pero… —regresa con un par de cosas para escribir y expande un rollo grande en la mesa—, esto te servirá en caso de que quieras salir a tomar aire.

Mis ojos resplandecen. *¡Un mapa!*

—¡Gracias! —Detallo lo grande que es el pueblo. En el mapa resaltan lugares ilustrados a mayor escala que las calles y las casas. Está además el dibujo grande de un roble donde está Emdor. Podré ir a verlo otra vez.

—Marcaré nuestra casa y así no tienes problemas para volver. De todas formas si te pierdes o no sabes usarlo no dudes en pedir ayuda. Muchos en el pueblo saben dónde vivo.

Marca la ubicación con una equis.

—Por cierto, ¿hay algo que pueda hacer? —ladeo la cabeza—. Dijiste que todos tienen una responsabilidad en el pueblo.

—Los líderes aconsejaron que descanses por un tiempo para que te adaptes. —Me sonríe enrollando el mapa.

Con eso subimos y se produce un largo silencio en el cual no sabemos qué más decir. Me ha enseñado dónde están los vasos, la leche y el agua en caso de que me dé sed de madrugada, y nos hemos drenado información el uno al otro hasta que nos hemos quedado vacíos de preguntas por el día de hoy.

—Hasta mañana…, Lobelia.

No me llama hija.

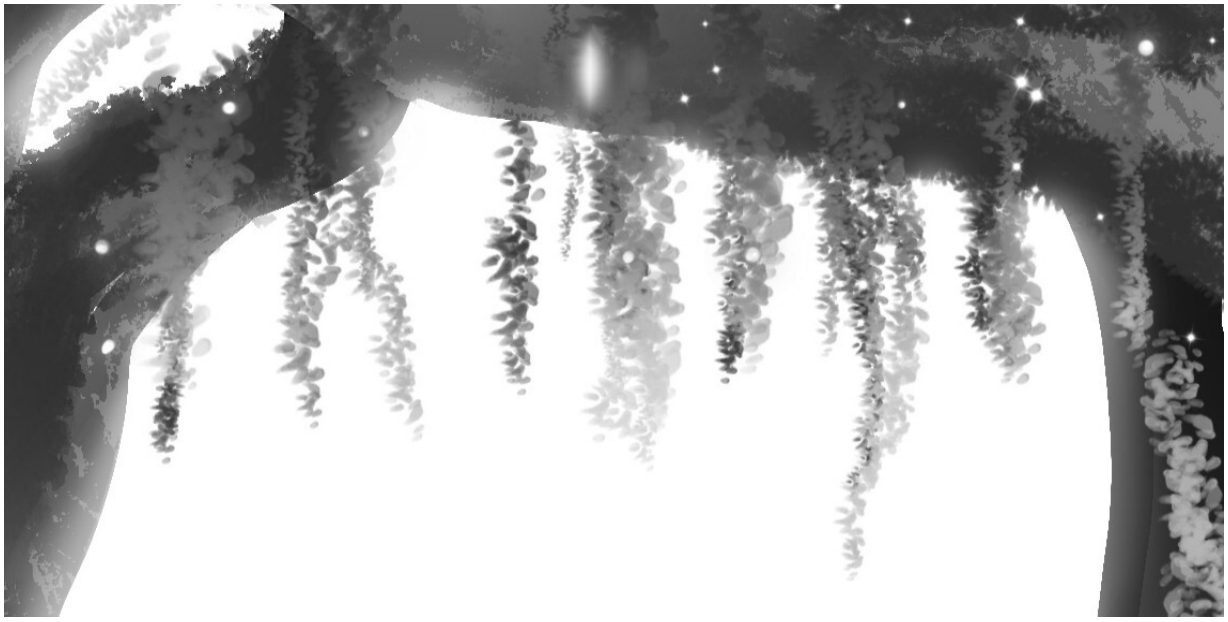
—Hasta mañana, Garran —me despido.

Y yo no lo llamo padre, no aún. Ese día quizás tardará en llegar. El conocernos ha sido inesperado, una parte de la ecuación con la que ninguno de los dos contábamos.

Tras un silencio extenso cierra la puerta dando por finalizada la noche. Respiro hondo, miro al vacío y quedo en blanco por un momento. Le doy un recorrido visual a mi habitación con una sonrisa. Me gusta mucho. Me agrada que aunque no es tan pequeña tampoco es monumental como la que tenía en Benmore. Con el pensamiento mi sonrisa se desvanece unos milímetros. Recuerdo una vez más a mi familia, todos mis lujos y comodidades y a mis doncellas. Después mi mente retorna al presente, a mi nueva vida y mi bonita habitación que huele a flores. De ahora en adelante tendré que llenarla con mi presencia. Por último veo el peine en mi nuevo tocador y lo cojo con cuidado. Me acuesto boca arriba en la cama y lo giro en mi mano con las comisuras de mis labios levantadas.

—Papá —murmuro como si la palabra fuese una meta por alcanzar.

Con una fuerte exhalación devuelvo el peine a la mesita de noche, me meto bajo las sábanas y cierro los ojos. Deseo quedarme dormida rápido ya que mañana veré a Rhoan.



CAPÍTULO 17

Aunque mis ojos permanecen cerrados me molesta la luz. ¿Las cortinas están abiertas?

—Lily… —balbuceo.

Busco la campanilla sobre la mesita de noche hasta que los recuerdos me hacen reaccionar. Ya no estoy en Benmore. Pienso un segundo y concluyo que no estoy dispuesta a levantarme por ende prefiero ponerme la almohada sobre la cabeza. Vuelvo a quedarme dormida con rapidez hasta que escucho una voz que me despierta otra vez.

—Lobelia, ya es de día —me llama Garran al otro lado de la puerta casi tarareando con un buen humor al que deberé

acostumbrarme.

Gruño moviéndome entre las sábanas sin querer poner un pie fuera. Miro hacia la ventana y noto el alba en el cielo. ¿Por qué me está levantando tan temprano? Como protesta me derrito en la cama una vez más. Lo ignoraré hasta que se rinda. No tengo responsabilidades ni doncellas que se aseguren de que salga para aprovechar la luz del día. ¿Qué me impide permanecer calentita y acurrucada bajo el edredón? He dormido de maravilla en mi nuevo colchón. Es mi nuevo mejor amigo.

—Lobelia, ¿estás despierta? —insiste Garran desde el pasillo—. Rhoan ya está aquí.

Y mis ojos se abren como platos al instante.

—¡Ya bajo!

Me levanto de un salto ignorando el frío y corro hacia el armario. Me arreglo aprisa extrañando la cama de inmediato, pero la idea de verlo a primera hora de la mañana eleva mi energía a niveles celestiales. Por un instante me paro frente al espejo y siento una emoción muy agradable. Volveré a entrenar. Exhalo con fuerza para al fin dirigirme a las escaleras. Iba a bajar a brincos pero mi cabeza piensa rápido. Rhoan notará mis ansias, por lo que desciendo con serenidad. Apenas lo veo en uno de los sillones mi corazón reacciona de un modo que aún no consigo comprender del todo. El cosquilleo en mi estómago me ayuda a saber que no estoy soñando y que es

verdad que esta será mi nueva rutina diaria. Encontrarme con sus ojos grises al amanecer.

—Buenos días. —Me acomodo un mechón detrás de la oreja.

Me mira con detenimiento, con una de sus perfectas cejas alzada. Se levanta del sillón y camina con firmeza cada vez acelerando más los latidos de mi corazón.

—Buenos días —se detiene frente a mí—, me dio tiempo de beber té.

¿Me está regañando? *Ah, cierto que este hombre ahora es mi maestro de combate.*

—Perdón, no estoy acostumbrada a levantarme tan temprano —contesto avergonzada.

—Está bien, con los días te costará menos —es comprensivo. Un momento después me doy cuenta de que está mirando mi cabello ondulado—. Creo que es mejor que te lo recojas.

—Ya lo había pensado —le respondo jugando con una de las hebras—. Lo haré cuando lleguemos al lugar de entrenamiento.

—¿Por qué es tan largo? —pregunta.

Me lo peino hacia delante con orgullo.

—El cabello largo es uno de los más distinguidos atributos de una noble dama soltera. Demuestra su alto estatus.

Me observa en silencio hasta que sonríe con una suavidad agitadora.

—Tendré que enseñarte bien para que no te lo achicharres en un combate contra un elemental de fuego —bromea con una risita que se siente como música para mis oídos.

—Buenos días, Lobelia. —Aparece Garran a mi lado.

—Buenos días.

—¿Queréis desayunar?

—No tengo hambre, es muy temprano. Tal vez coma algo al regresar.

Pone una expresión extraña.

—Eras una princesa, ¿sabes hacerte de comer? —pregunta en un tono divertido.

¡Se está burlando de mí frente a Rhoan! Le lanzo un vistazo. Sus cejas están bien alzadas con una sonrisa más alargada que la anterior.

—C-Claro —le respondo en pánico—. Solo déjame peras y uvas. Yo resolveré el resto.

—De acuerdo, pero si tuvieras algún problema hay muchos lugares para comer en el pueblo. —Garran sonríe—. ¿Te preparo algo antes de irme?

—No es necesario, dije que sí sé —respondo con terquedad en voz baja.

No quiero ser una molestia. Está bien aprender a cocinar pero ayer preparó la cena sin mi ayuda y no quiero tratarlo como un sirviente.

—Vale, vale. Entonces que tengáis un buen día —nos anima Garran.

Nos despedimos de él y una vez fuera de casa el silencio se apodera de los primeros segundos. No hay nadie en las calles y ya no nieva pero en el suelo hay una capa de lo que cayó en la madrugada. Con un movimiento de su mano desaparece la nieve frente a nosotros dejándose ver el camino de piedras seco y sin peligro de resbalarnos.

—Vamos.

Camina en una dirección al tiempo que lo miro con admiración por cada oportunidad que me da de presenciar su magia. Aunque mis pasos son más cortos que los suyos él se adapta y se asegura de no dejarme atrás. No puedo dejar de mirarlo, ¿qué es lo que me hizo sentirme así por él? ¿Por qué es tanta la felicidad con solo caminar a su lado? ¿Qué es esta sensación que me presiona desde dentro y pide que no me aleje de él? Va más allá de la atracción. No entiendo mis propios sentimientos pero de lo que estoy segura es que son reales y hasta dolorosos. Fueron lo que me volvió loca el último año y medio.

—¿A qué hora te levantabas en Benmore? —pregunta de repente y casi doy un brinco—. No había forma de despertarte.

Hincho mis labios. ¿Tan extraño es que una persona adore adherirse al colchón?

—Mucho después del amanecer. —Me cruzo de brazos a modo de protesta—. Aunque como todos intentaba aprovechar las horas de luz.

—¿Y qué hacías en tu día a día?

—Paseaba por los jardines del castillo o leía algo en la biblioteca. Mis padres tienen una biblioteca enorme con libros de todo el mundo —menciono empezando a sentir nostalgia, dejando ir de mi mente lo de hace unos instantes—. Y con frecuencia ayudaba al médico de nuestra familia, el señor Nicolas. Me gustaba aprender de él.

—Así que sabes de medicina —comenta impresionado y asiento con una sonrisa leve—. ¿Qué más?

Me sonrojo por su interés hasta que me desconcentro por mis recuerdos.

—Solía escabullirme a los trigales cerca del río donde te conocí. —Mi mirada se pierde a medida que las palabras fluyen de mi boca —. Desde allí miraba hacia el bosque.

—¿Te gustaba hacerlo?

Me guardo las palabras en breve.

—Desde que tenía diez años empecé a sentir que alguien me llamaba. Podía escuchar la voz en mi cabeza y en el trigal la percibía con más claridad. Iba cada día desde que se me permitió salir del castillo con mis doncellas. Se convirtió en un hábito —le detallo.

Mantiene su vista al frente con tranquilidad.

—Qué curioso. ¿Qué hacías cuando lo escuchaste la primera vez? —parece que le gusta lo misterioso del suceso.

—Fue después de haber tenido mi primera asfixia. Era el día más caluroso del verano y quizás eso influyó en mi salud. Estaba entrenando con mi madre y mi hermano cuando sentí que me faltaba el aire, me sofoqué y me desmayé. Cuando desperté oí esa voz que pronunciaba mi nombre una y otra vez.

Su silencio es inquietante, está ensimismado y me hace caer en la cuenta de que quizás he dicho algo demasiado raro.

—Pero después de lo ocurrido puedo adivinar que fue Emdor, ¿no crees? —añado.

—Seguro que sí.

El ambiente se torna extraño y no dice nada más. Me pone nerviosa el silencio. Cuando me encontraba inestable en Benmore tenía miles de preguntas que quería hacerle pero ahora no se me ocurre ni una.

—¿Qué me dices de ti? —se me ocurre.

—No hay mucho que contar. Soy callado, tengo pocos amigos que son ruidosos y un trabajo peligroso en el cual soy muy bueno.

Hincho los labios.

—Me parece injusta tu descripción comparado a todo lo que sabes de mí.

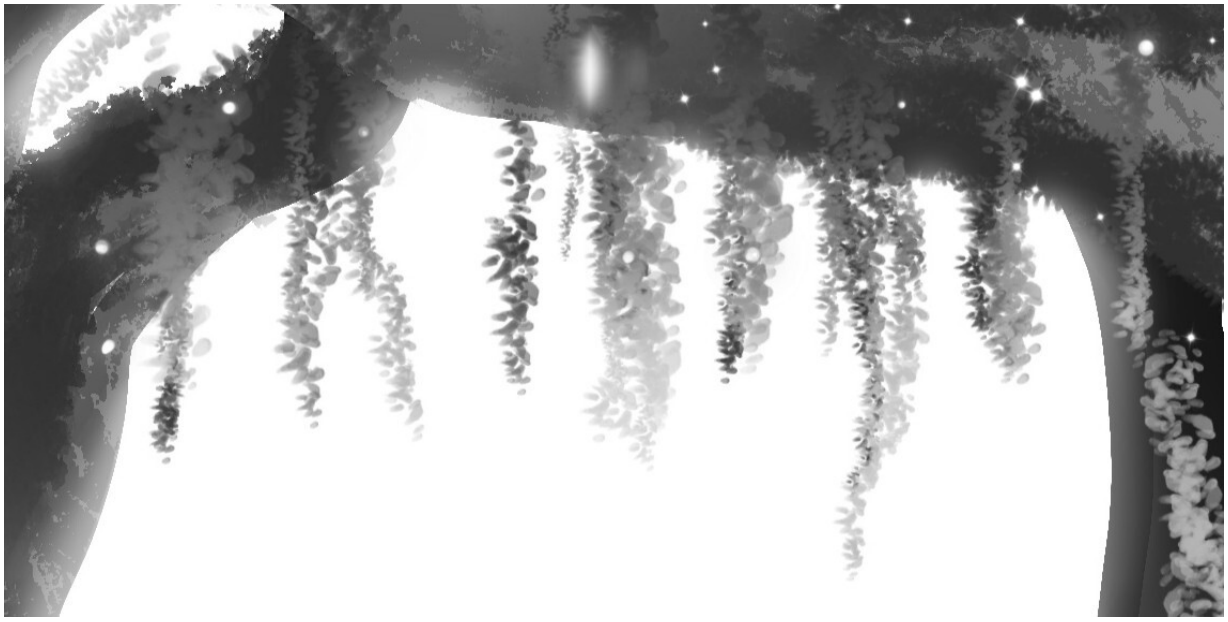
Noto su media sonrisa. Está pensativo.

—Una vez me escapé de casa en mi adolescencia porque quería conocer Benmore —decide contarme ganándose mi plena atención —. Falté a clases y logré llegar a Blackriver pero no tenía dinero, estaba cansado porque nunca había caminado tanto y había demasiadas personas, demasiadas caras desconocidas. Terminé frustrado y regresé a regañadientes el mismo día por la noche. Mis padres me regañaron como nunca y no lo volví a hacer.

—Eso fue peligroso —opino con una mueca.

Mantiene su vista en el camino sin abandonar su sonrisa.

—Aunque no logré nada, el riesgo valía la pena —responde dejándome sin saber del todo a qué se refiere.



CAPÍTULO 18

El campo de entrenamiento es amplio y techado, sin paredes ni construcciones que corran peligro de dañarse. Sigo sus pasos después de dejar nuestras pertenencias en los bancos y terminamos en medio del amplio terreno que debe medir cerca de cien metros de largo.

—¿No usaremos armas? —pregunto tras ver que no hay.

—Los Protectores luchamos con nuestro cuerpo y magia. Un arma es poco práctica, pero sí las sabemos usar y las llevamos a las cacerías —explica.

Esperaba usar una espada hoy, lamento aunque no demasiado. Si lo que dice es cierto significa que de todos modos tendremos

entrenamientos con armas más adelante.

Preparándome para empezar recojo mi cabello en una trenza alta. Mis orejas se enrojecen cuando lo noto observándome con detenimiento y su mirada empieza a descender.

—¿Qué miras? —Me cubro.

—Tu cuerpo —contesta sin rodeos.

Quedo estupefacta.

—¿Por qué?

—Necesitas ganar peso y músculo. Mientras Garran te enseña a controlar tu elemento, aprenderás a esquivar golpes, caer e inmovilizar a tu enemigo. Nos concentraremos en tu fuerza, rapidez y coordinación. En consecuencia tu resistencia también aumentará pero necesitarás condicionar tu cuerpo para notar mejoría. Si vas a gastar mayor cantidad de energía necesitarás alimentarte más. El doble de lo que comes ahora.

—Está bien —murmuro más sumisa por haberlo malinterpretado.

—¿Has combatido alguna vez?, ¿tienes algún conocimiento?

—Mi hermano me enseñaba movimientos de defensa personal pero nunca los puse en práctica.

—Muéstrame. —Se acerca—. No me defenderé.

Parpadeo.

—¿Estás seguro?

—Adelante —insiste.

Ha pasado un tiempo desde la última vez que Rodric me enseñó con cuidado. A pesar de mi mala salud nunca le gustó que tuviera que depender de otras personas. Quería que, en caso de que fuese de verdad necesario, pudiera luchar por mi vida.

—Pon tu mano en mi hombro —le pido con una sutil emoción. Lo hace en silencio, es un movimiento simple pero que me causa cosquillas. Lo noto curioso y muy cerca, puedo sentir su aroma sobre mí. Lo miro, él levanta una ceja y me regala una media sonrisa.

Trago saliva y cierro mis ojos para concentrarme recordando el paso a paso. Tengo miedo de asfixiarme aún cuando ahora gozo de una salud desbordante. *No dudes, no pienses*, fue lo primero que me enseñó Rodric para defenderme. Abro los ojos y mi expresión cambia. Se escucha el ruido ágil cuando rodeo su brazo y lo obligo a quedar de puntillas. Golpeo su pecho e impacta contra el suelo. Quedo con una rodilla sobre él y mi mano apoyada en su torso. Me coge por sorpresa cuando hace una cama de agua bajo su cuerpo de forma instantánea. La sensación de vitalidad recorre mi cuerpo.

—¡Lo hice! —exclamo con una alegría indescriptible mientras recojo los mechones de pelo que se soltaron.

Sus ojos se achican cuando sonríe con suavidad.

—Bien hecho —contesta.

Mi sonrisa se relaja, mi respiración está acelerada por el movimiento veloz y me cosquillea la palma de la mano por la presión

contra su pecho. La retiro aprisa. Sé lo que siento por Rhoan pero todavía soy una mujer que se ha mantenido pura hasta hoy. Es la primera vez que tengo a un hombre en esta situación, debajo y agitado… Me causa una sensación rara, un hormigueo en el bajo vientre que me descoloca. Aclaro mi garganta y me concentro en volver a la normalidad. No veo reacción alguna en Rhoan a medida que retomamos nuestra posición de inicio.

De la nada acorta la distancia motivándome a alzar la mirada con sorpresa. Me rodea con un brazo y casi doy un brinco cuando toca mi espalda.

—Tienes que enderezar más la espalda cuando me derribes o te puede doler aquí después —habla muy cerca.

Pestañeo con lentitud y me tomo un momento. No sé si es que mi pureza se quedó en Benmore pero me vienen a la cabeza una barbaridad de pensamientos impropios de mí. Si se inclinara solo un poco podría besarme y no me negaría.

—Vale —respondo en voz baja.

Me suelta en un movimiento fluido y lento.

—¿Qué más sabes? —me pregunta.

Volvemos a prepararnos, hago otros movimientos que Rodric me enseñó en los que por suerte no tengo que terminar sobre Rhoan y consigo devolver mi mente al entrenamiento.

—Las combinaciones que hiciste para dominar a tu oponente te serán útiles y te servirán si tienes a una bruja muy cerca —me elogia

—. Más adelante te enseñaré muchas más pero primero aprenderás a evadir ataques elementales de las brujas y otros hijos de Emdor.

—¿Hijos de Emdor? ¿Por qué me atacaría uno de los nuestros?

—Si te apetece un combate amistoso o prefieres *arreglar* las cosas con violencia. —Se encoge de hombros y su tono me hace entender que es algo que suele pasar con frecuencia.

Recuerdo a la bruja que asesinó a la que Duster pateó atravesándola con una roca. Se me eriza la piel al revivir la cantidad de sangre que bañó la blanca nieve de esa noche bajo la luz de la luna. Por fortuna ya había visto ejecuciones de los condenados a muerte en Blackriver y los prisioneros enviados de los pueblos cercanos. Mis padres y Rodric insistían en que me quedara en casa pero el acompañarlos y mantener sólida la presencia de la familia ducal me hacía sentir que compensaba mis defectos de salud. *Ah, también es cierto que Garran dijo que mi madre era una bruja de agua.*

—¿El poder de los hijos de Emdor no es sagrado? —se me ocurre preguntar—. ¿Por qué lo tienen las brujas?

—Se le conoce como mimetismo elemental. Lo Oscuro es una *cosa* que se adapta a su entorno —explica—. Para sobrevivir y defenderse de Emdor, ha usado sus elementos para asesinar desde que aparecieron las primeras brujas hace miles de años. No conocemos su origen, solo sabemos que primero estuvo Emdor y

después apareció Lo Oscuro, que se alimenta de la muerte y proviene de otro lado.

—¿De dónde?

Levanta los hombros.

—Es un misterio —contesta, provocando que haya un silencio serio—. Retomando lo que decía, para poder reaccionar a ataques elementales, caer y rodar es algo que debes aprender a hacer con naturalidad y sin premeditación. Así no te harás daño si necesitas esquivar o si te tumban. Empezaremos con tu rodilla izquierda y mano derecha en el suelo. Tu pierna derecha debe estar estirada hacia atrás.

Asiento y bajo al suelo sin cuestionarlo. Una vez me arrodillo se agacha a mi lado para guiarme.

—Ahora mete el brazo izquierdo y la cabeza por debajo de tu cuerpo. Con un impulso de tu pie izquierdo, darás una vuelta en el suelo hacia adelante —me da los pasos—. Al final podrás hacerlo estando de pie pero todos empezamos desde abajo.

—Vale —contesto y hago el movimiento.

Voy escuchando su explicación detallada hasta que sus dedos rozan mi espalda y el escalofrío placentero recorre mi cuerpo en ese mismo instante. Siento su mirada sobre mí. Mueve su mano acariciando la zona superior de las escápulas.

—Esta zona es la primera que debe hacer contacto al rodar o de otro modo te golpearás. La idea es que tu cabeza nunca toque el

suelo. —Asiento en silencio a cada palabra que dice hasta que su otra mano se acerca a mi ombligo, rozándolo con las yemas de sus dedos—. Mete el abdomen y… —lo hago—, así, perfecto.

No lo he hecho porque me lo indicara sino que ha sido un reflejo explosivo.

—E-Espera, ¡espera! —exclamo desesperada.

Se paraliza y retira su mano de inmediato. Un silencio incesante aborda el aire. Puedo sentir la mirada de Rhoan presionándome la sien sin poder girar la cabeza ni un centímetro, con mi pecho levantándose sin cesar en mi exaltación. ¿Qué me sucede? No comprendo lo que siento. Una sensación nueva en mi centro me sobrepasa. Me hace sentir que está marcando territorio con sus manos. ¿En qué estoy pensando? ¿Por qué eso suena agradable?

El silencio es tan profundo que lo escucho tragando saliva para después entreabrir sus labios.

—Lo siento, ¿te incomoda que te toque? —su voz seria me estremece.

Me muerdo el labio por dentro y niego en el acto. ¿Incomodarme? Eso es lo que menos ha causado. Al contrario, me ha descolocado de lo agradable que ha sido, pero al mismo tiempo ha desatado mis nervios. Ellos son los que han ganado.

—Es solo que me tomó por sorpresa. Nunca había tenido a un hombre tocándome en sitios, bueno, p-poco usuales —susurro insegura con la mirada clavada en el suelo incapaz de alzarla,

avergonzada ante cada sílaba que suelto—. Por favor, no te detengas, sigue corrigiéndome.

Sigue tocándome, insisto en mi interior. Lo que menos deseo es que malinterprete mi reacción como rechazo y, a su vez, me agita el preguntarme cómo interpretará lo que le he dicho. Si otro hombre me rozara el vientre igual que ha hecho él, sentiría asco con certeza, sin embargo cada contacto con Rhoan es reconfortante. No me importa que descubra esta parte de mí, al contrario, estoy expectante por cada roce.

Su silencio se vuelve tan eterno que mi ansiedad y curiosidad me hace asomar la mirada. Al instante la vuelvo a esconder tras encontrarme con una expresión inquietante. *¿Por qué está tan serio?* No parece molesto, es otra cosa que no logro explicar en palabras.

—E-En fin, continuemos la lección —me desespero, manteniéndome en la misma posición con una rodilla en el suelo. Sigue sin responder unos segundos más, entonces inhala y prosigue.

—Cuando des la vuelta, utiliza tu pie en el suelo como impulso. Al rodar, termina con una rodilla en el suelo, pero ten cuidado de no cargarle demasiado peso o te harás daño.

Intento mentalizarme de que el contacto físico sucederá incontables veces en el futuro, y en cada una no puedo reaccionar así.

—¿Estás lista? —me pregunta.

—Sí, lo intentaré.

Finjo que mi corazón ha vuelto a su ritmo habitual, cuando en realidad sigue imparable.

—Te ayudo —avisa él mientras que yo no hallo cómo calmarme —. Uno, dos, tres.

Uso fuerza para levantar hacia adelante mi pierna estirada como una palanca. Rhoan coge mi tobillo y me ayuda a impulsarme. Mi torso se mueve torpe y como un flan, por poco se me dobla hacia un lado pero consigo rodar. Al quedar sentada, él se asoma y peina un par de mechones de mi cabello.

—Bien hecho —susurra con una sonrisa dulce.

Un largo rato después de haber logrado rodar en una sola dirección sin terminar con la espalda torcida, termina la lección.

—Lo hiciste bien, ¿te gustó la clase? —Rasca su barba.

Meto los labios en mi boca para no sonreír. Está nervioso.

—No creí que fuese tan divertido aprender a rodar —respondo honesta con una media sonrisa—. Pero las rodillas me están matando.

—El dolor te enseñará a disminuir la carga que les das al rodar, solo para evitarlo. —Me da un toque en el hombro y exhala por la nariz—. Coge tus cosas, te acompañaré a casa.

Iba a hacerle caso cuando un pensamiento pasa fugaz por mi mente y me hace dudar. No quiero atosigarlo. Sello mis labios y reformulo mis palabras.

—No te preocupes, puedo regresar sola.

—¿Cómo podría dejarte si solo llevas un día en el pueblo? —rechaza la idea al instante.

—Garran me dio un mapa. ¿No prefieres ir a bañarte para estar más cómodo? —invento.

Alza sus cejas.

—¿Huelo mal?

Parpadeo pasmada y muevo la cabeza a los lados.

—¿Qué? ¡En absoluto!

Niego sin pensarlo y gracias a eso me doy cuenta de mi propio sudor. He estado dos horas revolcándome en la tierra dando volteretas, ¿y él no ha dudado en tocarme y estar a mi lado durante la larga lección? Espera, ¿en qué momento mi trenza se convirtió en un remolino? ¡Mi pelo es un nido de paja! Mi rostro hierve, doy un paso atrás y evito mirarlo peinándome con disimulo hasta que recuerdo algo y lo miro tímida.

—Cuando me trajiste al pueblo me limpiaste con tu poder, ¿cierto? —murmuro y se le forma una sonrisa divertida—. ¿Puedes hacerlo ahora?

Guarda silencio. Solo un instante le es necesario para levantar una mano, mover los dedos y que el agua envuelva su cuerpo en una esfera, traspasando la ropa y llevándose consigo hasta el mínimo grano de tierra que tenía encima. Mis ojos se desorbitan atónita cuando lo veo seco e impoluto como resultado. ¿Eso fue lo

que hizo conmigo cuando estaba inconsciente? Es una maravilla pero, ¿y yo?

—Podría, pero es mejor que te lleve a casa y te des un baño caliente ya que la temperatura te ayudará con el dolor —argumenta —. Como no estará Garran puedo ayudarte con el agua de la bañera.

¡Demonios! Tiene razón. ¿No me ha limpiado para tenerlo de excusa? Me cuida demasiado por ser la hija de Garran y ni siquiera pensé en todo el proceso que debo hacer para bañarme. Calentar el agua, llevarla al baño…, no obstante desde ayer he sido dependiente en exceso.

—Gracias, pero ya sé cómo hacerlo.

—Insisto.

—Y yo insisto en que no te preocupes —intento transmitirle con suavidad.

Me mira directo a los ojos con su expresión empezando a oscurecerse.

—¿Qué pasa si te pierdes?

—Garran marcó la ubicación de la casa en el mapa —le aseguro y voy a buscarlo entre mis cosas.

Coge mi muñeca y me detiene en seco. Doy media vuelta por la sorpresa y me encuentro con su severidad inesperada. La firmeza con la que se aferra me impide dar un paso.

—Te esfuerzas demasiado en evitar que vaya contigo. ¿Salvé tu vida, te traje en brazos, te presenté a tu padre y ya no me

necesitas?

Trago saliva.

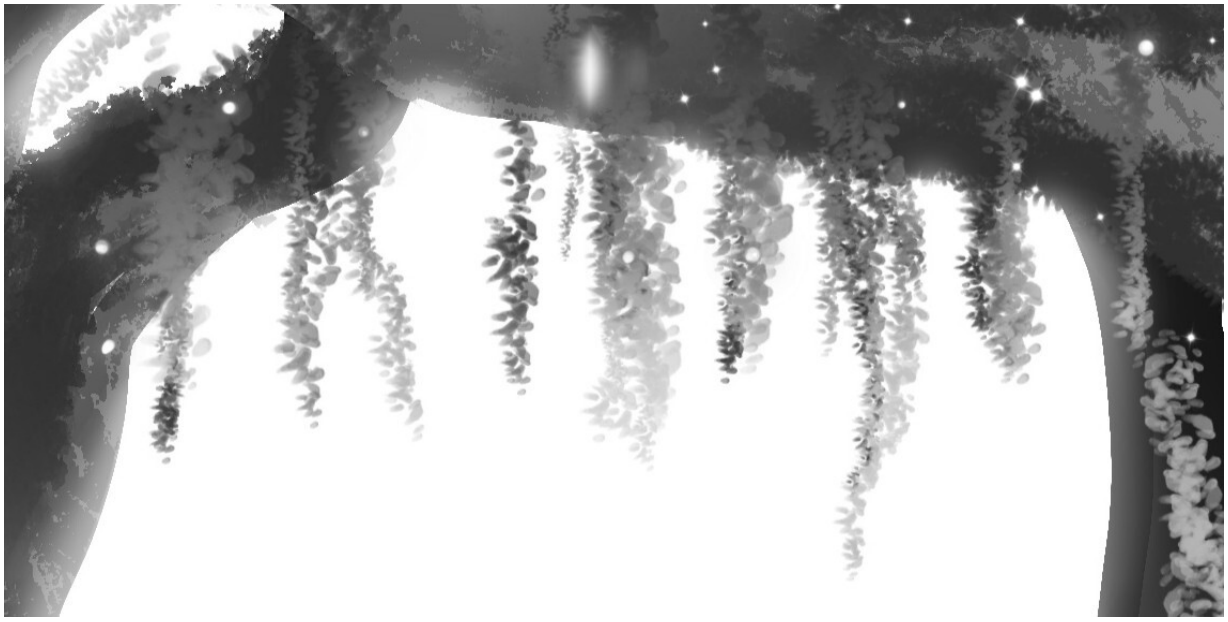
—Precisamente, como has hecho todo eso por mí no quiero ser una piedra en tu zapato, Rhoan —me sincero con tristeza, bajando la mirada—. ¿Y si más adelante te arrepientes y me empiezas a ver como una carga?

No tengo la valentía de hacer contacto visual. Transcurren unos segundos en los que su mano se desliza a la mía, instándome a levantar la mirada. ¿Por qué parece herido?

—Lobelia, *nunca* te veré como una molestia. Puedes depender de mí todo lo que quieras —me promete un poco ofendido por mis dudas.

Separo mis labios y mantengo el contacto visual. ¿De verdad puedo depender de él?

—De acuerdo, retiro lo que he dicho —acepto con una sonrisa sumisa.



CAPÍTULO 19

Entra en dos zancadas sin dudar ni un segundo y me deja atónita. Se quita el abrigo, lo cuelga en el perchero y va directo a las escaleras como si esta fuese su casa. Lo sigo callada hasta que veo que va a la derecha.

—¡E-El baño está al otro lado! —Corro para subir pero ya está asomado.

—Garran hizo un buen trabajo —Sonríe tranquilo—. Es una habitación digna de ti.

Muevo los labios sonrojada. Parece que solo quería matar la curiosidad.

—¿Digna de mí?

—De una princesa —aclara, empeorando el rubor—. Coge tu muda.

Abre la puerta. Hincho los labios entrando a mi habitación. Cuando lo alcanzo en el baño con el vestido en mano, veo que ya ha llenado la bañera con su poder. Dejo la ropa a un lado y guardo silencio.

—Ven y tócala —me pide—. Dime qué temperatura prefieres.

Mi corazón se desboca. Incluso si su intención no es seducirme, se escucha como si me dijera otra cosa y despierta a las mariposas en mi estómago. Siento vergüenza por mis pensamientos impuros. No sé por qué me siento igual que una liebre entrando a la cueva del lobo a medida que me acerco. Me detengo a su lado y le doy la espalda un poco para meter la mano en el agua.

—¿Te gusta así? —pregunta a mi espalda.

¿El qué? ¿Por qué me suena extraño? Me recuerda a lo que le decía el mozo en el jardín a aquella doncella.

—Un poco más —murmuro sin poder mirarlo a los ojos.

Se va calentando el agua.

—¿Ahora? —susurra.

Mis parpadeos se ralentizan.

—Más caliente.

Otro silencio.

—¿Más? —su voz se siente ronca.

—Sí, más por favor —la mía escapa inusual.

El agua humea por la alta temperatura y el pulso se me mantiene acelerado. Hay demasiado silencio.

—Así está perfecta, gracias —pronuncio aturdida.

No sé qué cara tengo cuando lo miro pero la suya es la misma de siempre. Coge mi mano y acaricia la palma desnuda. Tengo un espasmo interno con cada milímetro que toca a medida que seca el agua que tenía. Le habría bastado con mover un poco sus dedos sin tocarme.

—Haré el desayuno mientras tanto. Baja cuando termines. —Mantiene su mano en la mía un segundo más hasta que la suelta y se retira.

En el momento en que la puerta se cierra jadeo. Algo me ha poseído durante ese largo minuto. *Calma, debes controlarte.* Asiento y me desvisto.

Hundida en la bañera mis rodillas sienten alivio. Rhoan tenía razón. Están enrojecidas y sé que mañana será peor pero…, ¿qué ha sido eso? ¿Qué es lo que me ha hecho sentir hace unos instantes? Ha sido igual a lo que me ha causado tocándome en el entrenamiento. ¿Seré capaz de soportar las ganas de besarlo si vuelve a ocurrir? Hace nada estaba a punto de hacerlo.

La entrepierna me tiembla y me hace presionar la pelvis con tanta fuerza que muevo los dedos nerviosa como si algo se adueñase de mí. Rozo con timidez desde el muslo a *ese* lugar que siempre me ha parecido sagrado. Mi institutriz le decía *zona pura* o

parte íntima. Cuando empiezo, la imaginación vuela al sentir un escalofrío que me desorienta y me distancia de la cordura. No tenía idea de que tocarme con estos pensamientos se pudiera sentir así.

Comienzo a gemir en voz baja igual a aquella criada que vi a mis quince años escondida en los jardines del castillo. No sabía de qué se trataba hasta que me asomé y no podía dejar de ver cómo un sirviente la manoseaba y la hacía suya. La sonrisa satisfactoria de esa mujer fue la que me hizo saber que el sexo no era la condena que mi institutriz me retrataba.

Con mi otra mano doy masajes a mis pezones sensibles. Gimo en el momento en que imagino a Rhoan tocándolos. ¿Lo hará con rudeza o con cariño? ¿Los besará?, ¿los chupará? Por instinto acaricio en la parte superior de mi zona ya no tan pura. La piel se me eriza. Exhalo vibrante elevando mis caderas con el movimiento circular acariciando la zona. ¿Qué haría Rhoan allí abajo?

—Rhoan… —jadeo su nombre con voz temblorosa.

Imagino que mi respiración fluctuosa la comparto con la suya y que el calor del agua es su cuerpo que se une con el mío. Mi instinto me pide que continúe, es una experiencia inexplicable. Juego con la parte de arriba endurecida y sensible. La necesidad de expulsar algo dentro de mí me hace empujar. Mi corazón está por estallar y se me escapa un grito silencioso con el cuerpo en llamas. Cuando el alivio hace presencia y suelto una bocanada de aire contenido, estoy segura de que he cumplido mi objetivo. Mi respiración se calma a

medida que jadeo en silencio sin saber cómo llamar a esta situación. Unos segundos después recuesto mi cuello al borde del mármol, observo mis dedos desorientada y cubro mi boca impactada.

¿Qué acabo de hacer?



Asomo la cabeza dubitativa desde las escaleras, veo que hay platos en la mesa. Debo comportarme con normalidad, debo fingir que lo que hice en el agua ha sido un sueño.

Aparece desde la cocina con vasos en la mano y me descubre.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí.

Enderezo la espalda y bajo las escaleras como si nada, aún cuando me duelen las mejillas por el sonrojo.

—¿Segura? —Alza una ceja.

—Sí, ¿por qué?

¿Cuál es su necesidad de preguntar tanto? Dios mío.

—No es nada. —Resopla—. Vaciaré el agua de la bañera—

—Ya lo hice —lo interrumpo presionando mis muslos.

Se queda mirándome con una expresión que no me dice nada y estira su mano rozándola con unos cuantos de mis cabellos al nivel de mi cuello. Mi corazón parece detenerse.

—Está *mojado* —pronuncia.

—¿Q-Qué? —Abro los ojos.

Su rostro se tensa a medida que seca mi pelo con su poder. ¡Se refería a eso! Y yo que pensaba en otras humedades.

—¿Qué te ocurre? Estás actuando raro —inquiere.

Noto mi respiración igual a la de un caballo.

—No es nada, intenté darme prisa para venir. —Evado su mirada.

Siento que me analiza. Exhala por la nariz y da media vuelta.

—No era necesario, aún me quedaba por hacer el zumo. —Me da la espalda y siento alivio.

Debo olvidar lo que hice. ¡Olvídalo, Lobelia!

En la cocina saca unas naranjas y se recoge las mangas de la camisa. Recorro con los ojos sus anchos antebrazos. Allí terminan sus tatuajes semejantes al movimiento del agua. Comienzo a salivar desde el otro lado de la isla cuando empieza a exprimir la fruta. Sus mangas se romperán si sigue. No puedo parar de observarlo sin pestañear. Imagino que sus venas también se hincharán así si aplica la misma fuerza al meter sus dedos en… *Por Dios*, detengo el pensamiento obsceno. Es culpa de lo que me he hecho en el baño. No sé qué me llevó a cometer un acto tan impuro.

Hace contacto visual y mis ojos se mueven como resortes hacia el zumo.

—Tus tatuajes —murmuro para engañarlo—, ¿son por tu poder?

Me lanza una mirada fugaz.

—Admiro a Adair, el creador de las grandes aguas. —Retoma su mirada al zumo con una voz relajada—. Se dice que su lealtad al Gran Roble y a su mujer trascendió a la eternidad.

—¿Su mujer? —murmuro.

Me devuelve la mirada, deja de exprimir la naranja y se toma un segundo para responder.

—Xyla, la primera alma y la madre de los bosques —habla con calma—. Era su esposa.

Mi interés sobre ellos se duplica. Tras esa corta charla que ha alimentado mi curiosidad, Rhoan termina de cocinar. Noto que reparte la comida en dos platos y es allí cuando caigo en la cuenta de algo.

—¿Comerás conmigo?

Esta casa no es solo mía.

—Por supuesto, tengo el día libre y tengo hambre —contesta mientras camina con los platos.

—¿Y si Garran se enterara de que estuviste aquí?

Me mira con profunda seriedad.

—Ni una palabra, Lobelia —me advierte.

Tenemos un tenso y silencioso cruce de miradas. Por el tono que usa haría creer a cualquiera que el mundo se acabará si Garran nos descubre.

—Bien.

—Perfecto. Ayúdame con el zumo.

Preparamos la mesa y nos sentamos. Su comodidad es evidente, la mía también y ni nos molestamos en ocultarla. El pan tostado le ha quedado crujiente por fuera y suave por dentro.

—¿Prefieres lo dulce o lo salado? —se le ocurre al verme echar la miel en el pan.

—Dulce, pero a veces me gusta mezclar como ahora —respondo sin dudar—. ¿Y a ti?

—Dulce.

Qué encantador.

—No te hacía del tipo que le gustan las cosas dulces. Te ves rudo, y los hombres rudos comen salado.

Logro pasmarlo.

—¡Ja, ja, ja! —Su carcajada me obliga a aguantar las ganas de suspirar—. Mi madre siempre ha hecho postres en casa. Las galletas shortbread son mis favoritas.

Alzo mi rostro.

—¡También son mis favoritas! —exclamo con alegría.

—Tenemos algo en común. —Me dedica una sonrisa cálida que me sonroja, hasta que miro al vacío con la nostalgia en el corazón.

—Solía comerlas con mi hermano desde que era una niña —le cuento—. Las comprábamos en la misma pastelería y nos sentábamos a comerlas en el asiento de siempre en la plaza pero dejamos de hacerlo cuando regresó de la guerra.

Me mira con gentileza.

—Os queréis mucho.

—¿Rodric y yo? —Lo miro—. Por supuesto, él es mi sol.

—¿Tu sol? —Levanta una ceja.

—Nadie puede vivir sin el sol, ¿verdad? —le digo y capta con rapidez.

Sus ojos se mantienen sobre mí aunque su cabeza se va a otro lado un breve instante.

—Supongo que todos tenemos a alguien así. —Baja la mirada y la lleva a su comida.

Separo los labios con sus palabras y siento un nudo en la boca del estómago. ¿Qué significa eso?

—¿Quién es tu sol?

—No tengo uno —contesta sin pestañear.

—Dijiste *tenemos* —contradigo mientras cojo mi bol de frutas con una serenidad fingida.

La mano en la que carga la cuchara se deja de mover y esa mínima reacción es suficiente para que el pulso me salte.

—Guardo ese lugar para la persona con la que pasaré el resto de mi vida —su vista sigue en su plato—, es la única que podría tenerlo.

Trago saliva y no sé por qué sus palabras me irritan. Lo percibo como una crítica a mi afecto por mi hermano mayor.

—Pues cuando *yo* conozca también a mi persona destinada, Rodric no se molestará en cederle el lugar —murmuro—. Por

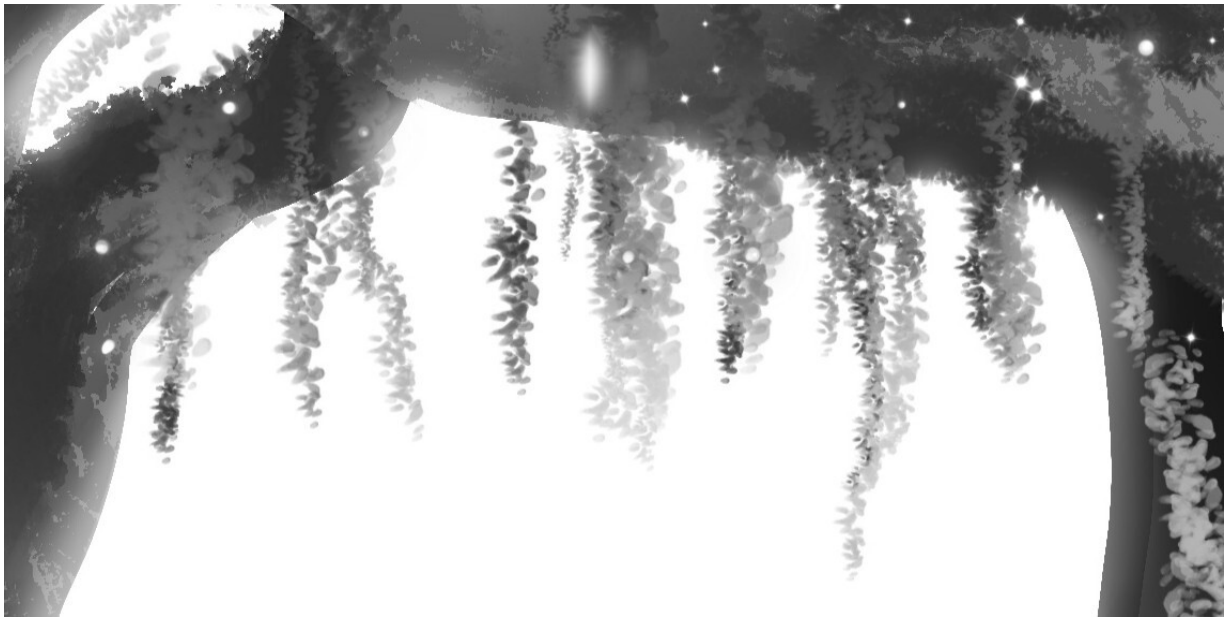
supuesto que, con quien me case, pasará a ser mi familia definitiva, mi todo. Tengo claras mis prioridades, Rhoan.

Siento su mirada. Cuando me asomo con valentía, lo descubro con una media sonrisa.

—¿Te tomaste mis palabras a pecho? Eres sensible, Lobelia Xyla.

—Y tú un amante del doble sentido, al parecer —respondo llevándome el zumo a la boca.

Ríe con ganas sin decir nada más.



CAPÍTULO 20

Ha lavado todo con su magia sin demora. Qué beneficioso es manipular el agua para esos casos. *¿Ahora se irá?* Entrelazo los dedos detrás de mi espalda en un intento de que no se descubra mi tristeza. Me observa en silencio, pensando en algo o quizás en muchas cosas a la vez, hasta que se dirige al baúl y coge dos mantas.

—¿Te quedarás? —pregunto tratando de esconder la sonrisa de emoción.

—Las personas no se alimentan una vez al día, Lobelia. En unas horas te tocará comer y tampoco tendrás qué.

Pongo morritos aún cuando estoy más feliz que un perro con dos colas. Lo siento por Garran pero me gusta pasar tiempo con este hombre. Cada segundo es impredecible e invaluable.

—¿Qué soy?, ¿una mascota?

—Mi discípula, que necesita engordar.

Me quedo sin palabras. Suelto un resoplo y me lanzo al sofá, haciéndome una bola con la manta en el asiento izquierdo. Él deja la suya a mi lado y se agacha frente a la chimenea para encenderla. Lo observo con el rostro medio cubierto. Al terminar, estira las piernas y husmea en el librero. Su actitud es graciosa, de verdad está como en su casa. Coge dos libros, da media vuelta y se sienta junto a mí, demasiado cerca para un sofá para tres personas. Como es usual, lo hace sin consultar.

—¿Qué haces? —pregunto tímida mientras se cubre con su manta.

—Hace frío, compartamos un poco de calor —dice con descaro.

¿Se da cuenta de lo raro que ha sonado? Lo miro con el corazón martilleándome el pecho y con la cabeza hecha un matorral de pensamientos. Se inclina para coger los libros que dejó de lado. El primero lleva el título *Protectores de la Luz*. Es un libro grueso.

—Habla sobre nuestra cultura e historia. —Me lo extiende—. Lo escribió Iver Adair hace cincuenta años, así que está actualizado. Te servirá.

¿Iver Adair no es uno de los líderes? Aflojo la mandíbula a medida que mi interés despierta. Lo cojo y lo abro para hojearlo de una vez. Rhoan se pone cómodo mientras abre las primeras páginas de su libro en silencio. A diferencia del que me ha entregado, ha escogido una novela ligera de romance.

—¿Por qué ese? —le pregunto.

—Soy un hombre romántico —responde con una mirada divertida.

Me hace reír, a él también se le escapa una risita. Al estar tan cerca evoca en mí un alborozo innegable. Un cosquilleo me envuelve el brazo al sentir el suyo junto al mío. Nos sentimos a gusto y nos hundimos en un silencio meditativo, inmunes a interrupciones.

El primer capítulo de mi libro habla de la historia de Emdor, dice muchas cosas que no entiendo sobre que hay otros como él capaces de crear *planetas*.

—¿Qué es un planeta? —pregunto.

—Es lo que conocemos como mundo pero refiriéndose a la forma física. —Deja su libro a un lado y abre sus manos, creando una esfera con algunos relieves que me recuerdan a un mapa. Da vueltas con lentitud suspendido en el aire—. La combinación de los mares, océanos y continentes es lo que forman un planeta y se ve así. El nuestro se llama Tierra pero hay muchos más, protegidos por dioses como Emdor.

—¿Dices que Emdor no es el Dios único? —hablo atónita.

La esfera se evapora.

—Lo es para nosotros, para todos los que vivimos en la Tierra. En otros planetas tienen a su propio Gran Roble, o la forma que decide tomar su Dios —aclara.

Lo que dice me hechiza despertando mi imaginación.

—Gracias por explicarme esto —le digo en voz baja.

—No hay de qué. —Su mano acaricia mi coronilla acelerándome el corazón.

Volvemos al silencio, prosigo con la lectura y él vuelve a la suya. Gracias a su explicación puedo entender lo que está en el texto y avanzar. El tercer capítulo explica la creación del pueblo. Las primeras generaciones vivieron mil años hasta que con el pasar del tiempo y el crecimiento de la población la esperanza de vida se ha reducido. Los hijos de Emdor ya tienen un millón de años con un promedio de vida de trescientos. Sospechan que se debe a un control de población que ha provocado el Gran Roble. Le encuentro sentido si es para mantener el pueblo oculto.

El cuarto capítulo habla sobre los primeros cuatro hijos. Las primeras cuatro almas en existir en el mundo: Xyla, Adair, Bedelia y Aither. Me enderezo y presto suma atención a un párrafo:

Xyla y Adair, con un vínculo inquebrantable, le rogaron al Gran Roble unir sus vidas en un matrimonio que perduraría por toda la

eternidad y los convertiría en un símbolo del verdadero amor. En los primeros aetheris.

Me hace sonreír lo precioso que describe su conexión, pero una palabra llama mi atención. No quisiera seguir interrumpiéndolo pero si no pregunto ahora después lo olvidaré.

—¿Qué significa esto? —Inclino el libro para mostrárselo—. Aquí dice que Xyla y Adair estaban casados y que fueron los primeros *aetheris*. ¿Qué es?

Coge una respiración profunda sin dejar de mirar la palabra escrita.

—*Aetheris* se refiere a la unidad, la armonía entre dos almas —indica con una voz suave—. Es un término romántico de nuestro antiguo idioma para referirnos a la llama gemela.

—¿Llama gemela? ¿Qué es eso? —Más preguntas.

Me mira callado.

—Lobelia, aquí los matrimonios no son como los conoces —empieza—. Cuando te casas con otro hijo de Emdor, tu alma se funde con la suya en una unidad que se divide en dos y pasa a ser tu otra mitad. Los hilos del destino se mueven para que te reencuentres con ella en cada vida, enamorándote y casándote una y otra vez en un irrefrenable e inmutable amor que te impide ser feliz si no estás a su lado. Depende de lo antigua que es la unión, te puedes volver loco.

Mis labios tiemblan y mi mente se nubla. Desvío la mirada hacia la chimenea con una presión en el pecho. Qué suerte que me recomendó el libro, porque he descubierto algo primordial.

Mi delirio. ¿Mi deterioro mental cuando estaba en Benmore fue porque Rhoan era mi aetheris? El pulso se me sube a la garganta. ¿Cómo puedo averiguarlo? No, espera. Si fuera él, ¿no lo habría sentido igual? Es cierto que me estaba volviendo loca en Benmore, pero al mismo tiempo Rhoan seguía con sus cacerías como si nada. ¿Y si no es él, y yo solo estaba… obsesionada sin sentido?

El corazón se me estruja.

—Así que tengo un aetheris —murmuro.

—Sí —responde.

—Y tú también —agrego.

—Así es.

Trago saliva organizando mis pensamientos, empezando a comprender esa presión que asfixia mi corazón. Mojo mis labios y esbozo una sonrisa, sin poder verlo a los ojos.

—¿Aún no has conocido a la tuya? ¿Nunca te has sentido inestable como dices?

—No, nunca me ha pasado —contesta sin titubear.

¿Por qué es tan tajante?, pienso con las cuencas de los ojos calentándose. Es verdad. No sintió nada en el año y medio que no nos vimos.

—¿Puedes saber si alguien es tu aetheris? —continúo.

—Si es una unión joven, tarde o temprano acabarán juntos —explica—. Si es antigua lo sentirás, será un evento canónico.

Trago y un sentimiento doloroso y abismal me ataca igual a una cuchilla al cuello. Por su tono, confía demasiado en que yo no soy su aetheris ya que habla de una tercera persona. ¿Es que… no siente nada? Creí que había algo entre nosotros por sus actitudes conmigo y porque me dijo que podía depender de él, pero si echo la vista atrás, durante el entrenamiento fui yo la que se agitó, la que se exaltó a cada toque. Ni en los últimos días ni hace año y medio Rhoan ha demostrado un tangible interés romántico en mí. ¿Fue amable todo este tiempo por mi parentesco con Garran? Si lo ve como un tío, ¿me ha etiquetado como familia a mí también y por eso ha descartado la posibilidad conmigo?

El corazón se me retuerce como si alguien lo exprimiese sin una gota de piedad. Desde el primer momento no podía quitarle los ojos de encima, pero su certeza al hablar es casi con la intención de declarar adrede que *no* es mi aetheris, por lo cual, yo no soy el suyo.

La rabia me incita a provocarlo, si es que hay un diminuto sentimiento por mí en su corazón. Me armo de valor y hago contacto visual con una sonrisa más alargada. Finjo que no me desangro por los celos agresivos que me consumen hasta devorarme el estómago.

—Quizás conozca al mío pronto, ahora que estoy aquí.

—Es evidente que eres especial para Emdor, por lo tanto es posible —reconoce sin inmutarse.

Me hierve la sangre y lucho por no lanzar el libro al fuego, esperando olvidar lo que ahora sé gracias a la pregunta que despertó en mí al leer entre sus páginas. Si iba a ilusionarme solo para cortarme las alas tan rápido, hubiese preferido que siguiera con su inexpresividad y brusquedad que conocí al principio. Quiero gritar. ¿Por qué me hace esto? No estoy segura de poder frenar mi necesidad por él.

Cunde un silencio aplastante en el cual cambio de posición. Mi brazo se aleja del suyo, bloqueo su presencia y me vuelvo fría.

—Bueno, está interesante así que continuaré mi lectura —pronuncio tajante.

Percibo su mirada en el nuevo aire casi mortuorio y segundos después noto que regresa a su libro. En un futuro Rhoan conocerá a su aetheris, una hermosa mujer con seguridad, ¿y yo solo seré una enclenque que alguna vez rescató mientras vomitaba sangre? Si esa resulta ser la cruda realidad a la cual debo enfrentarme, espero que para entonces ya haya conocido al mío o que lo que siento haya desaparecido. Debe desaparecer.



La tarde pasa rápido gracias a que me he quedado dormida. Al despertar, Rhoan ya tenía la comida servida una vez más antes de irse. Después de dejar la cocina impecable, por fin coge su abrigo.

Aún cuando las cosas han resultado así por la mañana, no quiero que se vaya. Me atrevo a decir que ha sido uno de los días más felices y tranquilos de mi vida.

—¿Sabes mantener la chimenea encendida y apagarla?

—Aprendí de niña —confieso desganada y él se queda en silencio.

—Mañana te tienes que despertar más temprano.

—No quiero. —Le dedico una media sonrisa, mientras regresamos un poco a nuestros comportamientos antes de la conversación del libro.

—No seas perezosa —ríe con suavidad.

Hay algo en el aire que nos asfixia. Por mi parte es el saber que mis sentimientos obsesivos por él algún día me romperán el corazón. En su caso no tengo idea de qué pasa por su cabeza ya que es un hombre complejo.

De pronto resopla y me envuelve en sus brazos. A pesar de sentir los latidos a toda velocidad, cierro los ojos apreciando su calidez. Solo necesito adherirme a él para reunir valor y regresar al muro entre nosotros una vez que se vaya.

—¿Tu aetheris no se pondría celosa si supiera que me abrazas así? —intento bromear y por suerte consigo que suelte varias risas.

—No lo creo.

Claro, porque confías en que no habrá nada entre nosotros, intuyo con amargura. Me suelta con cuidado y me mira directo a los

ojos. Tarda en hablar y yo tampoco me molesto en interrumpirlo.

—Te veo mañana, Lobelia —susurra con su profunda voz que me entibia el corazón—. Échate algo en las rodillas antes de dormir, ¿vale? Pregúntale a Garran, sabe mucho de hierbas. No dudes que te saldrá algún que otro moretón.

—Lo haré, hasta mañana —musito con las comisuras levantadas. Hace un par de días era una digna princesa y ahora, a mi pesar, siento que mendigo por migajas. Sus cuidados me hacen desear más.

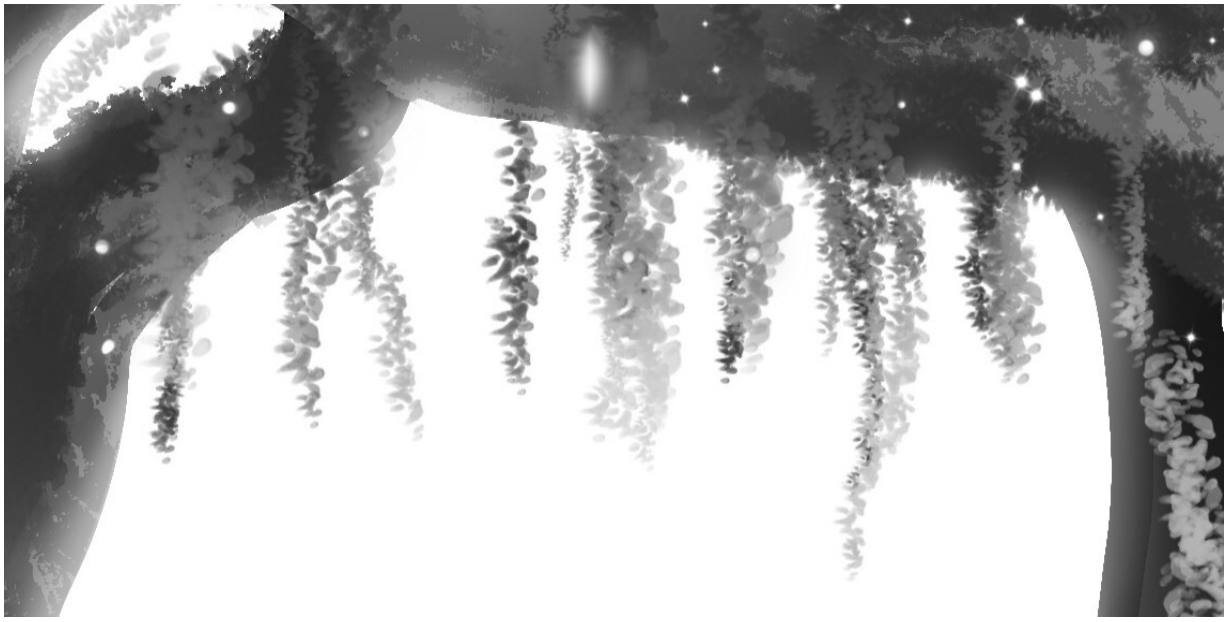
Parece analizarme una última vez hasta que abre la puerta. Entrelazo mis dedos a medida que se va. Se detiene en el cruce y da media vuelta para mirarme una última vez, despertando un sentimiento en mí que me hace apretar los puños. Se despide con la mano hasta que se desvanece y mi sonrisa se esfuma. Cierro la puerta y suelto una bocanada de aire que sofoca el llanto. Los sollozos salen uno tras otro mientras recuesto la frente en la madera.

Rhoan no me quiere. Año y medio esperándolo y no me quiere. Es la conclusión a la que consigo llegar y el desconsuelo es abrumador, el nudo en la garganta me somete. Intento aplacar el sufrimiento y aunque es imposible al menos alcanzo a dejar de llorar. Sigo de pie con la mirada perdida en el suelo. Después de un largo y profundo suspiro, me separo y regreso al sofá.

Solo me queda un rato de soledad ya que Garran dijo que volvería al atardecer para mi lección elemental con él. Observo el hipnotizante movimiento del fuego y después miro el espacio vacío a mi lado. Me invade de nuevo esa presión incómoda en el pecho. Ya lo extraño, el sentimiento duele y se funde entre mis venas. ¿Qué hago para frenarlo? ¿De verdad seré capaz de renunciar a él cuando sea el momento? ¿*Tengo* que hacerlo? No puedo explicarlo y quizás sea producto de mi obsesión, pero me arrepentiré si doy un paso atrás. No siento que sea lo correcto.

Permanezco pensando en ello un rato hasta que seco mis lágrimas y tomo una decisión. No puedo rendirme por una conversación en la que no se definió nada en absoluto y todo quedó en el aire. Aún tengo oportunidad. Defenderé mi lugar en su vida y el espacio que me pertenece en su corazón. Si termino con el mío roto, al menos habré luchado hasta el final.

—Los Benmore no ceden ante la adversidad.



CAPÍTULO 21

Al atardecer llega Garran pidiéndome que me prepare para salir. Recuerdo el día con Rhoan y una punzada advierte a mi corazón no seguir pensando en ello. Es el momento de aprender control elemental y mis emociones oscilan entre los nervios y las ansias.

Nos dirigimos al bosque por si algo se sale un poco de control ya que soy una mujer adulta a la que de la nada le ha despertado su elemento. Hace frío y la nieve desciende para crear su manto blanco sobre las copas de los árboles y el suelo, pero no se siente tan gélido como en Benmore. Es por la presencia cálida del Gran Roble, según me explica Garran.

—No te he preguntado, ¿cómo te fue con Rhoan?

Me sobresalto al escucharlo.

—Fue divertido, me enseñó a rodar para esquivar.

—Ah, ¿sí? —Me ve feliz—. Es bueno que te enseñe a defenderte primero. Una vez que perfecciones tu poder elemental seguro se centrará en la ofensiva. Es lo que yo haría.

—Le pondré mucho empeño para estar al nivel de los de mi edad. Hoy estaba complacido, dijo que aprendo rápido.

Permanece pensativo.

—Pues quizás si aprendes algo bueno esta noche, mañana le saques una sonrisa cuando se lo cuentes.

Asiento emocionada imaginando la escena. Aún no debo rendirme con él. Encontramos un claro perfecto para aprender. Hago un esfuerzo inmenso para sacar a Rhoan de mi cabeza por un rato.

—Hoy te enseñaré a invocar tu elemento —me explica—. Aprenderás a utilizarlo en tu vida diaria como si fuese una extensión de tu cuerpo.

Los nervios me irritan la boca del estómago. Me preocupa decepcionar a Garran, sé que es fuerte pero soy mitad hija de Emdor, por lo tanto no tengo demasiadas expectativas. Ya con saber que seré capaz de manipular el elemento tierra es suficiente, así cuando vuelva a ver a mi familia en Benmore podré hacerles regalos.

Garran limpia la nieve a nuestro alrededor y crea una superficie de musgo. Nos sentamos a medida que me va indicando los pasos a seguir. Concentrarme en ello, respirar hondo e imaginar que mi

cuerpo se extiende desde las yemas de mis dedos hacia el espacio a mi alrededor, igual que los hilos de una marioneta. Me enfoco en el suelo estirando los brazos. Es fácil sentirse parte de la tierra ya que mis instintos se conectan por sí solos.

—Ahora imagina que frente a ti aparece una roca pequeña —dice él—. Piensa en la forma que quieras. Visualiza su tamaño, color, porosidad. Sé minuciosa.

Hago una respiración lenta y profunda. Siento un suave hormigueo desde el inicio de mis brazos que llega hasta la punta de mis dedos. Deseo que funcione a la primera. Quiero ser como Garran, como mi padre. Siempre era a la que tenían que cuidar para que no colapsara pero creo que es mi turno de proteger a quienes amo. De enorgullecer a mis padres en Benmore, a Rodric, a Garran y a Rhoan. ¿Cómo de emocionado estaría si descubriera que tengo talento? Quiero hacerle sentir orgulloso, hacerle sonreír. Si me convirtiera en una elementalista prometedora, ¿se fijaría en mí?

Algo diminuto se abre paso entre el musgo y mi boca se entreabre pasmada.

—¡Eso no es una roca! —exclama Garran igual de emocionado que yo. Es un pequeño tallo. ¿Estoy soñando o en verdad eso ha aparecido gracias a mí? Mis ojos empiezan a humedecerse por la felicidad y miro a Garran con una sonrisa. ¡Acabo de crear vida!

De repente la tierra comienza a temblar obligándonos a mirar al suelo. Nuestras sonrisas se esfuman. No logro controlar la amplitud

de lo que sale. De un tallo pasa a crecer rápido y se erigen otros como una emboscada de la naturaleza. Todo sucede demasiado rápido. Palidezco cuando se escucha el estruendo de la tierra. Estoy a punto de ser lanzada al aire por algo que crece bajo nuestros pies. Me echo para atrás cerrando los ojos y encogiéndome, esperando terminar solo con algún hueso roto.

—¡Garran! —le grito para que se aleje.

Algo coge mi cintura y me saca de allí. Con los ojos todavía cerrados percibo el ruido sordo de lo que termina por salir. Regresamos al silencio. Tengo miedo de encontrarme con Garran malherido por mi culpa. Con mucho cuidado abro los ojos y descubro que lo que me ha sujetado es una rama de un árbol que hay detrás. Veo no solo uno, sino una arboleda que no estaba antes. ¿Cómo? Me acobardo por mi propio poder. Había olvidado el hecho de que no soy humana pero ahora se me hace una realidad sobrecogedora. Menos mal que Garran fue precavido. Si hubiera tenido mi clase en el pueblo podría haber causado un verdadero incidente.

—¿Garran? —lo llamo insegura ya que los árboles me impiden ver más allá.

—Estoy bien.

Con su respuesta puedo suspirar aliviada. Aparece caminando rodeando los árboles, observándolos pensativo mientras respira agotado. Después me mira y levanta su mano, bajándome de la rama que me tenía alzada.

—¿Te has hecho daño? —Se acerca y me revisa.

—No.

Retornamos al silencio tenso hasta que se aclara la garganta y se para a mi lado con la mirada en los árboles.

—De momento solo usarás tu poder bajo mi supervisión, ¿de acuerdo?

—Está bien —acepto desanimada.

No es necesario sopesarlo, es lo correcto.

—¿En qué pensabas cuando aparecieron los árboles? Algo lo detonó.

El corazón busca escaparse por mi boca. ¿En qué pensaba? Pues en que quería la atención de Rhoan. Soy incapaz de decirle eso. En ese caso me da vergüenza pero hay otro pensamiento que me vino a la mente antes de la catástrofe.

—En que quería controlar las plantas como tú —suelto media verdad y sus labios se tuercen en una sonrisa plagada de emoción. Al menos no se ha escuchado tan meloso como pensaba. Ese *quiero ser como mi padre* dudo que salga de mi boca algún día.

—Lo bueno es que ahora sabemos hacia qué dirección irá la enseñanza. Primero aprenderás a separar la magia de tus impulsos.

Quiere decir que no tengo control, deduzco con ganas de hacer un puchero, no obstante tiene razón.

Alza los brazos y se deshace de los árboles en pequeños grupos.

—Soy el único que puede crear más de uno a la vez pero mi hija me ha superado —piensa en voz alta con una risa ligera y sus palabras me emocionan.

Da la impresión de que el tiempo retrocede a medida que retornan a la tierra de vuelta a cuando solo eran semillas.

—¿Qué hago para que no suceda otra vez? —Nos sentamos en el suelo de nuevo.

Formula la respuesta en su mente antes de hablar.

—Cuando caminas no piensas en mover los pies, solo piensas a dónde quieres llegar. A veces deseas correr pero sabes que debes caminar y tus pies se mueven a tu voluntad.

—Como caminar —repito en murmullos.

—Intentemos con una flor. Si de verdad solo necesitas una pequeña flor, aparecerá.

Trago saliva y asiento. Miro al suelo y exhalo con lentitud. Debo pensar en lo que necesito y dejar que suceda, que salga natural. Pensando así, transcurren unos segundos cuando de repente aparece un pequeño tallo de nuevo.

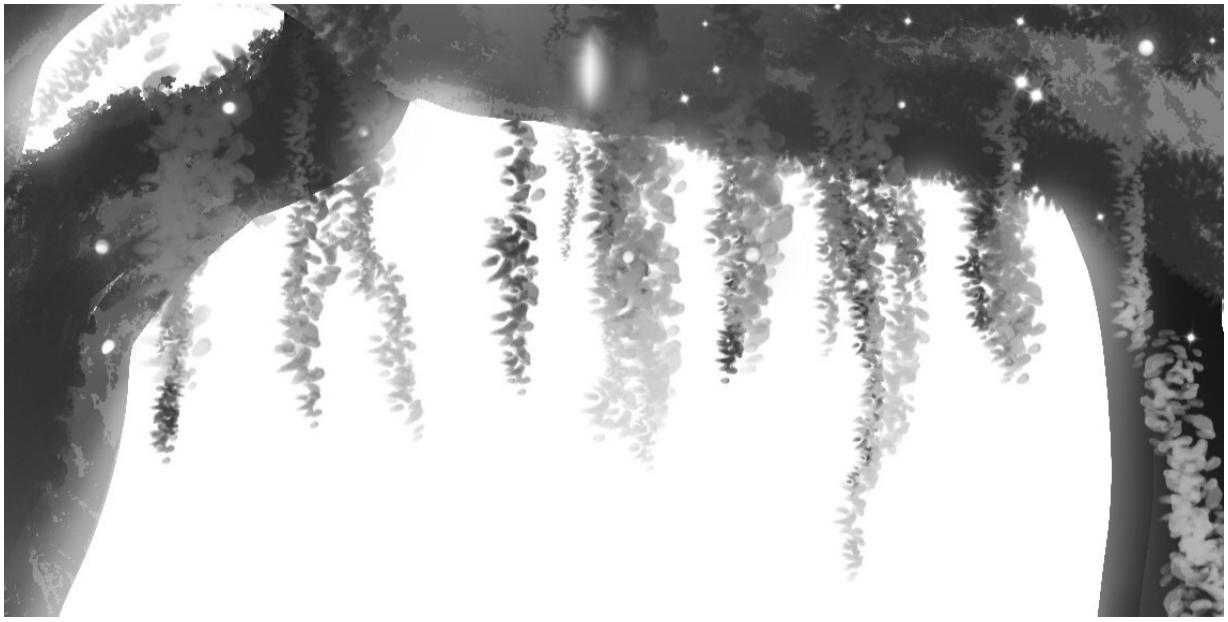
—Excelente, sigue así —susurra Garran—. La tierra sabe lo que quieres.

Crece tierna y lenta hasta que nace un capullo que se abre con fluidez. Es como si la naturaleza se estuviera presentando.

—Flor de lobelia, ¿eh? —identifica la flor azul y me da un toque gentil en la cabeza que me entibia el corazón—. Ahora intenta hacer

que desaparezca. Lo repetiremos varias veces y después haremos rocas.

Se acaba de presentar ante mis ojos un nuevo mundo en el que la magia se fusiona con la vida bajo mis pies.



CAPÍTULO 22

Al llegar a casa mi humor es inmejorable. Además, si omito las partes amargas, tuve un lindo día con Rhoan. Mañana tendrá que retomar su trabajo así que días como este no volverán a ocurrir hasta quién sabe cuándo. Fue buena idea dejarlo estar en casa conmigo, aunque ahora tenga un secreto que ocultar a Garran y un doloroso amor que enfrentar.

—Ah, por cierto, Medi me pidió que te dijera que terminó con los arreglos y que fueras a verla —avisa entrando a la cocina.

Me sobresalto. *¡¿Tan rápido?!* ¿Qué hago? Mi primer encuentro con ella no fue el ideal.

—¿Puedes acompañarme? —Lo sigo al otro lado de la isla central mientras busca un par de vasos.

—Me encantaría, pero a la hora a la que abre la boutique tengo la primera clase con los niños —lamenta llenando los vasos con agua —. Si esperas unos días podría, pero necesitas la ropa con urgencia.

—Tienes razón, lo siento, no pensé en ello. —Rasco mi mejilla nerviosa.

Se me queda mirando.

—¿Pasó algo con ella? ¿No prefieres pedirle a Rhoan que te acompañe? Seguro que tiene tiempo antes de ir a la Central de Cazadores.

Me paralizo. No sabía que fuese tan perspicaz, ¿y ahora qué? ¿Le miento? Pero si quiero estrechar mi relación con él no debería empezar con tantas mentiras.

—En realidad tuvimos un ligero roce cuando tomaba mis medidas —pronuncio bajo—. No te lo dije porque no quería preocuparte.

Me mira sorprendido.

—¿Qué ocurrió? —Me ofrece uno de los vasos.

El corazón me explota mientras lo cojo. Pareciera que voy a confesar una fechoría.

—Dijo que ganaría muchas enemigas porque Rhoan y sus amigos me rescataron —generalizo para que no me descubra—, y por cómo lo dijo, yo también le respondí en un tono tajante. Me hacía

preguntas muy específicas así que fue fácil adivinar que estaba celosa.

Permanece impactado un breve instante hasta que una sonrisa moderada se cierne en sus labios.

—Algunas cosas no cambian con el tiempo —piensa en voz alta con una risita antes de beber. Se da cuenta de mi confusión y acerca un dedo a su boca a modo de secreto—. No se lo digas a nadie, pero Medi ha estado enamorada de Celyn desde hace años. ¿Sabes?, el compañero de Rhoan que también te salvó hace dos días. El que es rubio.

Lo miro con los ojos bien abiertos.

—¿Eh? No, eso… —intento discrepar, no obstante los comentarios de Medi en mis recuerdos empiezan a verse de otra manera. Ella mencionó a *los tres* al principio, no solo a Rhoan. ¿En qué momento lo nombró a él en especial? En ninguno. Garran parece conocerla bien. ¿Estoy en posición de cuestionarlo? Por Dios, ¿Medi buscaba información pero no por Rhoan sino por ese chico? La malinterpreté a niveles catastróficos y fui hostil con ella. ¡¿Por qué no me dijo nada?! ¡Ella comprendió que mi actitud era por Rhoan!, ¡pudo haber aclarado el malentendido!

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunto tomando un sorbo de agua.

—La prima de Medi era mi alumna, de vez en cuando me la encontraba y me atrapaba con cotilleos. Solía contarme que Medi

por fin se estaba comportando como una adolescente enamorada aunque ella lo negaba, pero Amalia era observadora y le entusiasmaba la idea de que Celyn fuese su cuñado ya que eran como hermanas. Cotorreaba sin parar sobre ello —ríe con nostalgia —, era una fanática del romance.

—¿*Era*?

Su ánimo se esfuma en un parpadeo y en sus ojos se refleja una nueva tristeza.

—Murió hace unos años —aclara—. Sé un poco comprensiva, Medi ha pasado por mucho. Adoraba a Amalia más que a nadie.

Por un breve momento no sé qué decir.

—Debo disculparme —me arrepiento con un dolor en el pecho que no se me quitará hasta que lo haga.

—Habla con ella, es más amable de lo que parece —me anima.

No me siento lista pero debo enfrentar este problema con madurez.

El toque de alguien en la entrada me sobresalta. Me quedo en el marco de la cocina y bebo agua mientras Garran camina a la puerta. Cuando la abre, el líquido se me va por otro lado. Me escondo un segundo para recuperarme de la sensación que me quema la nariz y peino mi cabello a la velocidad de un rayo. Reviso el resto de mi apariencia.

Se saludan aunque Garran está confundido por la visita.

—Hola, Rhoan. —Aparezco detrás con timidez.

Me sonríe con ligereza. Recuerdo lo que hablamos y mi llanto en consecuencia, después mi determinación de no rendirme y levanto la mirada con más seguridad. Se dibuja una sonrisa en mis labios cuando descubro que no viene solo.

—¡Hola, hola, señorita! —habla el pelirrojo al tiempo que interrumpe mi campo de visión.

Rhoan lo coge por el hombro.

—Te ves mejor, Lobelia. —Celyn tiene una mirada más calmada. Su nombre sí lo recuerdo por mi vergonzoso descubrimiento de hace unos minutos.

Es el que le gusta a Medi.

—Me alegra volver a veros —les digo con una mirada sonriente.

—Querían saludarla —le explica Rhoan a Garran.

—Por supuesto, pasad. —Garran retrocede con tranquilidad.

Entran y se quitan sus abrigos y botas llenas de nieve y barro pero el único al que mis ojos persiguen es a Rhoan, quien seca todo y deja el suelo impecable con su poder.

—¡Lobelia!, ¿te acuerdas de mí? —habla primero el pelirrojo—. Me llamo Aron Bedelia, por si has olvidado mi nombre.

Así que este es el nieto de Macsen Bedelia. Tiene una sonrisa de pillo que combina a la perfección con su cabello pelirrojo semilargo y un poco ondulado. Su mandíbula marcada y su mirada osada de ojos castaños le brinda un aire de rudeza pero su encanto y carisma lo equilibra. A duras penas se nota un indicio de barba.

—Dudo que se acuerde de nosotros —ríe Celyn—, apenas nos vimos un par de veces, ¿cierto? —Me mira sonriente mientras que yo lo veo culpable—. Mi nombre es Celyn Aither.

Lleva una barba un poco más corta que la de Rhoan. Su brillante melena es revoltosa, parecida a las suaves ondas de un río de oro que llega hasta la mitad de su nuca. Sus ojos son de un azul hielo apacible mientras que sus labios son carnosos y provocativos, de esos que no puedes dejar de mirar a medida que se mueven. Se nota que es el más sereno de los tres. *Con razón le gusta a Medi Bedelia.*

Es divertido ver a los tres hombres juntos, son distintos y perfectos a su manera.

—Es un placer conoceros otra vez —hablo jovial—. No había tenido la oportunidad de agradeceros por lo que hicisteis.

—Somos cazadores —asegura Celyn—, pero antes que eso somos Protectores.

Sus palabras me hacen sonreír. Garran se da media vuelta.

—Traeré galletas. Sentaos donde queráis.

—Te ayudo —le ofrezco.

—No te preocupes, quédate con ellos. —Me da un toque en el hombro.

Caminamos a la chimenea y al poco tiempo se oyen tazas en la cocina. Mis ojos se cruzan por accidente con los de Rhoan y me sonrojo. Se sienta en el sofá y los otros dos se van a los sillones

dándome la única opción de sentarme a su lado. No importa quedarme cerca mientras su aetheris no esté, ¿verdad? Él dijo que nunca me vería como una molestia. Su voz era de promesa.

—Lo hice, Rhoan —rompo el hielo—, creé árboles.

Sus ojos se abren de par en par, mostrando una deslumbrante sonrisa.

—¡Eso es increíble, Lobelia! —Me abraza en su asiento, motivándome a torcer la boca con una sonrisa exagerada.

—¡Felicidades! Oye, ¡creo que has roto el récord en la historia! —Aron también se ve sonriente.

—Felicitaciones, Lobelia —celebra Celyn también.

—¡Gracias! —les respondo feliz para después mirar otra vez a Rhoan—. Cuando perfeccione mi habilidad podrás decirme si necesitas que haga algo por ti, si tienes un té favorito o si necesitas que haga algún mueble, lo que sea… —mi voz disminuye al mirar su expresión sonriente y me doy cuenta de que hablo demasiado.

—Qué tierna —murmura Aron y la sangre se me sube a las mejillas. Al instante sale un chorro de agua de la mano de Rhoan directo a su cara—. ¡Oye!

Garran regresa con una bandeja llena de galletas y un juego de té. Ni siquiera pregunta cuando ve a Aron refunfuñando con el rostro mojado. Parece acostumbrado. Sin preguntar, Rhoan llena la tetera de agua hirviendo y se hace una infusión de canela por decisión unánime.

—¿Rhoan te ha hablado de los cazadores? —me pregunta Celyn.

—No mucho.

—No se ha dado la ocasión —comenta Rhoan mientras come galletas.

—En ese caso, nos presento. Estás ante el equipo más fuerte de los cazadores. ¡El equipo Drago! —Aron abre sus brazos, señalando a Rhoan y a Celyn.

—¿Drago? —repito.

—Los equipos llevan sus nombres por los árboles —me explica Rhoan—. El nuestro está nombrado por el árbol drago, el milenario árbol que sangra… —termina con una voz misteriosa, alzando las cejas como si hablara de algo genial. Su forma de explicarlo me hace sonreír.

—Nos encargamos de cazar en el territorio de Benmore —añade Celyn con suavidad.

Se me aprieta el corazón y todos parecen guardar silencio en consideración.

—Así que Benmore, entiendo —respondo mirando al vacío. ¿Cuántas brujas habrá en las tierras de mi familia?

—¿Has hecho algún amigo? —pregunta Aron intentando aligerar el ambiente con una sonrisa exagerada.

—Mabli, la hermana de Rhoan. —Lo señalo y logro hacerlos reír.

—Le encantaría oírte decirlo —comenta él con buen humor.

—Hay una posible amiga, ¿no es cierto? —menciona Garran—. Medi Bedelia.

Me sobresalto.

—¿Medi? —reacciona Celyn.

—No hemos hablado suficiente —farfullo.

Más que hablar yo diría que hemos tenido una batalla pero no necesitan saberlo. ¿En qué momento a Garran se le ocurre que Medi y yo podríamos ser amigas? Bueno, no es una idea tan descabellada pero sería difícil.

—Buena suerte con eso. Medi *odia* la palabra amistad —resopla Aron hundiéndose en el sillón.

—¿Por qué?

—Como te conté hace un rato, lo ha pasado mal —comenta Garran con tristeza.

—La llaman *Mediloca* —anuncia Aron con intenciones de apoyar sus pies sobre la mesa auxiliar. Antes de lograrlo, Garran los amarra y devuelve al suelo con una raíz que sale de la madera.

—¿Quién la llama así? —pregunto atónita.

—Todos —responde Celyn malhumorado.

—Cuando su prima murió tenía problemas para controlar su poder —cuenta Rhoan entregándome una galleta y calentando mi taza—. Celyn era su mejor amigo.

Me cae como sopetón a la cara al tiempo que Celyn baja la mirada.

—Causó algunos incendios —agrega Aron con la seriedad que requiere el tema—. Mi abuelo se convirtió en su mentor y desde entonces no volvió a suceder pero el apodo ha permanecido con los años.

Separo los labios y hundo la mirada al suelo. Para coronar su tragedia, una recién llegada como yo fue hostil con ella sin conocerla. ¿Cómo se debió sentir? Todo por culpa de mis estúpidos celos por Rhoan. La falta de autocontrol.

—Bueno, a mí me pareció genial. Tiene un aire de chica ruda.

A pesar de que fui hostil con ella.

—Sí que lo es —comenta Aron—. Celyn es el tipo más amistoso de todo el pueblo pero no pudo mantener el contacto después del incidente por lo testaruda que es. Eran amigos.

Separo mis labios.

—Aron. —Rhoan llama su atención.

—Sabes que no lo digo con malas intenciones —se defiende.

—Está bien, Rhoan —dice Celyn.

Hay un breve silencio.

—Bueno, ¿no quieres salir hoy con nosotros? —ofrece Aron intentando dejar el tema atrás—. Hay un sitio que te gustará, los tres vamos con frecuencia.

—¿Yo?

Garran no parece reaccionar de manera negativa a la propuesta. En Dourith la diferencia entre hombres y mujeres es muy marcada.

Algo así sería un *no* rotundo sin un acompañante o una doncella.

—Sí, tú. Oficialmente te adoptaremos como parte de nuestro grupo.

Celyn suelta una risa.

—Oye —lo regaña Rhoan hasta que se me escapa una carcajada. El humor de Aron es interesante, sin embargo no sé si está bien salir después de lo que ocurrió en mi cumpleaños. No lo siento correcto para mi familia. Sé que con el mensaje que me dio Rodric no debo preocuparme pero creo que debería hacer un luto por la despedida.

—Suena divertido pero por ahora quiero tomarme las cosas con calma.

Solo me queda mirarlo con una mueca de disculpa.

—Ah, no te preocupes. Cuando estés lista.

Su entusiasmo se atenúa y esboza una sonrisa gentil. Parece que no todo es euforia en él y eso hace que me agrade más. Sabe leer el ambiente con rapidez.

Después de eso la conversación sigue su curso natural hasta que es la hora de despedirse. Los acompañamos a la puerta y mis pasos son lentos. Odio despedirme de Rhoan.

—¡Seamos amigos, Lobelia! —exclama Aron como gran despedida.

Me hace sonreír.

—Adiós, *amiga* —se despide Celyn con una broma.

Son un grupo particular, los tres tienen personalidades tan distintas que contrastan la una con la otra.

Observo a Rhoan alejándose de la casa hasta que cruza en la misma calle de la intersección en la que se fue por la tarde, dándome un último vistazo. Aron y Celyn se le adelantan y entonces sigue su camino.

—Ahora tienes amigos —me felicita Garran con una palmada en el hombro.

—Todos tienen mi edad, ¿no? —consulto con una risita—. Olvidé preguntarles.

—Bueno, ninguno tiene cien —su tono es jocoso—. Aron y Rhoan tienen veinticinco. El mayor es Celyn que tiene treinta.

—Es diez años mayor que yo.

—No hay diferencia al saber que vivirás trescientos años —me recuerda.

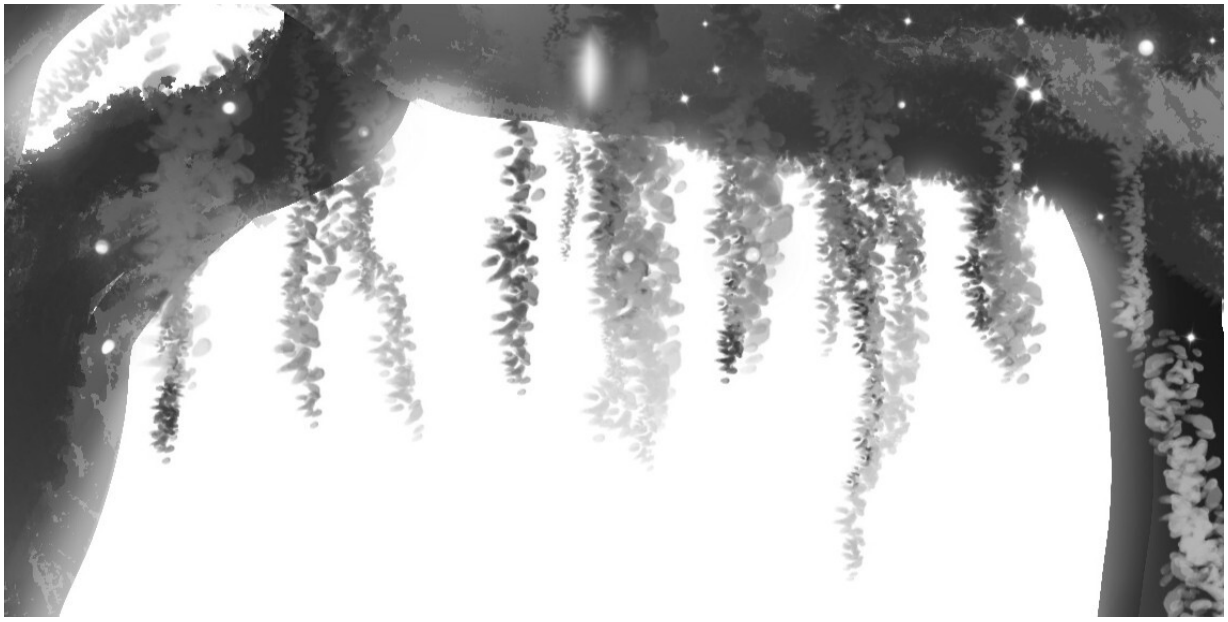
—Cierto.

Un silencio incómodo impera en el ambiente. Aún me toca asimilar esa nueva característica de mi vida que sigue sin sentirse real. Desesperado por animarme, Garran aclara su garganta.

—¿Me ayudas a llevar las cosas a la cocina?

Recogemos las tazas, llevo en las manos en la que bebió Rhoan. *Dejó un poco*, noto con el corazón a mil. Veo por el rastro de la canela donde estuvieron sus labios. Cuando Garran me da la espalda, bebo lo que resta en el mismo lugar.

No es suficiente.



CAPÍTULO 23

He tenido otra épica guerra interna para no reaccionar al contacto de Rhoan cuando corrige mi postura. Algún día me acostumbraré, o de eso me intento convencer. Mi institutriz estaría impactada. Una señorita no debe pensar jamás en el pecado carnal y su mente debe ser tan pura como una flor, no obstante la existencia de Rhoan ha provocado en mí un cambio irreversible y volví a tocarme ayer por la noche.

Cuando la clase termina cojo el bolso y saco el mapa.

—¿Sabes leer mapas? —me pregunta con una ceja alzada.

—Tuve clases de sucesión en caso de que mi hermano falleciera sin herederos y yo tuviera que encargarme del ducado —le explico.

Aunque habría muerto antes que él.

—Entonces no solo lees mapas —deduce—. ¿Qué otras cosas sabes?

Bajo el mapa y lo miro a los ojos con una sonrisa moderada y orgullosa. *Bien, ¿quieres saber lo que te perderás si me rechazas?*

—Administración de territorios, economía y finanzas, estrategias de guerra, comercio, persuasión, psicología, filosofía, historia, equitación, arquería —enlisto—, además de canto, baile, música, paisajismo, interiorismo, modales, costura, arreglos florales, cursos de maternidad y… prematrimoniales.

—¿Cursos prematrimoniales?, ¿qué aprendías en ellos?

El corazón lucha por salirse por mi boca pero lo aguanto. *Vamos, dije que no me iba a rendir*, subo los ánimos. Muevo la boca de un lado al otro sin cortar el contacto visual.

—De todo un poco.

Me aseguro con la mirada de que comprenda que también incluye lecciones sexuales para ser una esposa *dedicada*. Hay un pequeño silencio.

—Duquesa de Benmore, ¿eh? No suena mal —suelta con una voz serena—. ¿Y a dónde vas con ese mapa, si se puede saber?

Respiro profundo para no gruñir. Me ha evitado.

—¿Puedes decirme dónde está la boutique de Medi? Tiene listos mis vestidos.

—Está aquí —me lo señala—, es cerca de la Central así que te acompañaré.

Salimos del campo de entrenamiento. Cae más nieve que ayer. Rhoan luce encantador con los copos aterrizando sobre él. Resaltan sobre su cabello oscuro. Además, el vapor que sale de su boca cuando respira me inquieta en un sentido que no consigo comprender del todo. Lo observo con tanta fijación que me descubre.

—¿Qué?

Trago saliva y me centro en mi caminar.

—El invierno combina contigo —murmuro.

Tarda un momento.

—¿Porque es frío?

—¡Ja, ja, ja, ja!

¿Cómo llegó a esa conclusión? Ni siquiera me dan ganas de aclararlo, ha sido encantador.

Pasa un rato en el que hablamos de los próximos entrenamientos hasta que se detiene enfrente de la boutique de Medi. Ha sido más rápido de lo que me gustaría.

—Te espero aquí. —Se cruza de brazos recostándose en la pared —. Te han estado observando como animales desde que salimos del campo de entrenamiento y no te dejaré vulnerable.

Siento una sacudida en el corazón y me pasmo con los ojos fundidos en los suyos. ¿Está celoso? ¿Esto quiere decir que tengo

esperanza?

—Garran odiaría que se acercaran —añade.

Mis ojos se voltean.

—Me las arreglo bien sola. Pasearé por el pueblo cuando termine. Ve a trabajar, Rhoan Adair.

Si lo pienso, no sé con qué cara saldré de la boutique. Si todo sale mal, se encuentra con Medi a la salida y a ella se le ocurre decirle lo que sucedió, será mi perdición y seré vista como una mujer problemática, lo cual por desgracia creo que soy.

Al escucharme hablar en serio, gruñe y me da la espalda dejándome sola. De inmediato se me va la sangre del rostro pensando que se ha molestado.

—¡Oye! —Lo sigo a medida que entra a un callejón sin salida—. Vamos, sabes que no lo digo porque no quiera—

Me aborda y lleva mis muñecas por encima de la cabeza contra la pared de piedra detrás de mí. Parpadeo en shock, sin un centímetro para escapar. Me esperaba cualquier cosa menos esto.

—¿Qué haces? —Mi corazón va a estallar.

A pocos centímetros su delicioso aroma me embriaga y siento un cosquilleo en la entrepierna.

—Lobelia, somos los Protectores de Dios. Todos aquí saben combatir, inclusive adolescentes que con certeza tienen más músculo que tú —habla con su voz áspera y susurrante—. Someter a una

novata puede ser pan comido para cualquier hijo de Emdor en este momento.

Trago y miro a otro lado. Sus exhalaciones me electrizan la piel.

—Mírame a los ojos cuando te hablo —exige mascullando. Con la respiración hecha un desastre, me veo obligada a hacer caso y hago un esfuerzo máximo por continuar con mi fachada de irritación—. ¿Me has entendido?

—Sí —pronuncio a duras penas.

El sonrojo empieza a dolerme, mi inocencia en estas cosas me hace actuar con timidez y me cuesta mantener el contacto visual. Los segundos en los que sus ojos grises me analizan se sienten eternos hasta que me deja ir. El esfuerzo que me lleva calmar el pulso y volver a la normalidad es inútil. Estoy en blanco mientras su mirada me recorre de arriba a abajo.

—¿A qué hora irás a casa? —me pregunta sin molestarse en ocultar su malhumor.

Trago saliva.

—A la hora de comer, tal vez antes si me aburro —murmuro desorientada por lo que acaba de pasar.

Permanece callado y mi respiración no tiene tregua.

—Bien, me iré pero recuerda mis palabras.

Más que un consejo parece una advertencia. Tras unos segundos más de contacto visual, me da la espalda y se retira. Apoyo una mano en el pecho, desesperada por tranquilizarme mientras lo veo

salir del callejón al que me atrajo como presa. Eso ha sido explosivo. Mi osadía de la que tanto presumía antes se convirtió en cohibición en el momento en que se abalanzó y me hizo sentir igual a una hormiga. Me ha recordado cuán inexperta soy por culpa de que pasé toda mi vida huyendo del amor. Está bien, debo ser paciente. Tengo otras cosas que resolver en este instante.



Medi Bedelia.

En vez de un lobo, frente a su boutique siento que soy un pobre conejo, paralizada e incapaz de dar el paso. Más aún después de lo que supe de ella anoche.

Tras cansarme de permanecer estática, reúno coraje y abro la puerta con una lentitud tan exasperante que la campanilla de arriba apenas suena. Cuando asomo la cabeza me encuentro con ella a metro y medio observándome.

Hay un silencio incómodo.

—Oh, no, el lobo ha venido a comerme —dice con una voz monótona.

Es un golpe sublime. Con las mejillas enrojecidas por la vergüenza, entro resignada. Aclaro la garganta y me echo el pelo hacia delante, esperando que me sirva como apoyo emocional.

—Buenos días, Medi.

—Buen día.

No dice nada más.

—Garran me dijo que los vestidos estaban listos. Eres bastante rápida. —Elevo mis talones mientras ella se cruza de brazos sin reaccionar a mi cumplido.

—Sí. Sigue a la oveja.

Se da la vuelta lanzando ese comentario que me hunde hasta el subsuelo. Hay un silencio sofocante al tiempo que caminamos al vestidor. No hay más intercambio de palabras hasta que me pruebo el primer vestido.

—¿Qué tal? —me pregunta asomándose—. Creo que aquí podría ajustarlo un poco más, tienes la cintura pequeña.

Recoge la tela en el nivel.

—Así está perfecto. Me gusta suelto.

Otro silencio mientras ella examina las costuras. Me armo de valor y aprovecho que se ha acercado, sin embargo las palabras solo salen cuando escondo el rostro entre ambas manos.

—Lo siento por todo lo que dije. Fui prepotente y creo que jamás había sido tan grosera con alguien como lo fui contigo. Te juro que me arrepiento muchísimo.

Percibo que deja de moverse por un instante, motivándome a mover un dedo para verla. La noto pensativa. Tras un silencio tortuoso, moja sus labios.

—Está bien. —Extiende la falda de mi vestido—. En realidad no me gusta Rhoan en absoluto. Tiene buen rostro pero es como una muralla de hielo.

¿Muralla de hielo? Bueno, es cierto que frente a otros parece que es un poco seco.

—¿Por qué no aclaraste el malentendido? —pregunto desanimada.

—Porque fue refrescante. —Por fin levanta un poco las comisuras. Separo los labios preguntándome a qué se refiere.

—Bueno, en ese caso podemos discutir cuando quieras.

—Puf —suelta un bufido—. ¿Eso qué significa?, ¿pretendes ser mi amiga ahora?

Me ruborizo.

—N-No, bueno, sí, ¿tal vez? Quiero decir, soy nueva y en realidad nunca he tenido una amiga ya que en Benmore todos me trataban con distancia por mi título pero, no lo sé, podríamos… —balbuceo como cotorra y ella alza una ceja. Cuando me rindo ante mi parloteo sin éxito, me encorvo y mi voz disminuye—. Me probaré el otro vestido.

Me observa sin respuesta hasta que sale para que me cambie. *¡Seré tonta!* Me pellizco la mejilla. Pensé que solo me volvía tímida con Rhoan pero ha aparecido un nuevo desafío. *Me cambiaré,* suspiro rendida. Solo le hago perder tiempo y la disculpa ha sido un fracaso.

—No te conviene ser mi amiga —habla de repente al otro lado del vestidor.

Miro hacia la entrada. Sin tener que analizarlo demasiado intuyo que lo dice por su apodo.

—¿Por qué? —finjo que no sé.

—Tengo mala fama ya que causé algunos incendios hace unos años.

Es mi oportunidad. Me asomo aprisa a la entrada del vestidor. Ella da un paso atrás debido a la sorpresiva aparición.

—Y yo ayer hice una arboleda sin querer.

Le sonrío.

—Hiciste… una arboleda —repite pasmada.

—Sí, una pequeña. Cuando Garran me estaba enseñando por primera vez pensé que si me hiciera poderosa y creara un bosque para Rhoan él estaría orgulloso y se fijaría en mí pero mi emoción me traicionó.

Sigue quieta con el rostro congelado hasta que se dobla de la risa.

—¡Sí que estás loca! —Se abraza las costillas.

—Lo estoy, ¿verdad? —le respondo jocosa y ríe con más ganas.

¡Lo logré!

—De todas formas no quiero ser tu amiga —se niega dejando de reír a los pocos segundos.

La sonrisa se me desprende.

—Pero… —titubeo.

—Este te queda bien —cambia el tema de golpe examinando el vestido—, pruébate el otro.

Caigo en un silencio forzado, cojo una larga respiración y no me queda de otra que asentir.

—Está bien.

Por el momento es mejor no insistir.

Todos los vestidos me quedan bien y el tiempo pasa rápido tras mi silencio ininterrumpido.

—Los enviaré a tu casa más tarde.

—Gracias. —Le sonrío un poco deprimida y nos vemos envueltas en un silencio.

—¿Te irás? —Alza una ceja.

—S-Sí, te veo luego.

Salgo de la tienda sin la oportunidad de mirar atrás, con una triste sensación de derrota. ¡Qué mujer tan difícil! Aron no mentía. Suspiro con pesadez con la sensación de que me han drenado la energía. Menos mal que le dije a Rhoan que se fuera. Al menos logré disculparme con sinceridad, ¿no? Con un pensamiento un poco más positivo miro alrededor. La tienda de Medi queda frente a una bonita plaza cerca de la entrada del pueblo. Hay unos niños jugando con el agua y su gozo despierta en mí una tenue sonrisa. Daré un paseo corto para animarme y volveré a casa.

Doy solo unos pasos cuando soy interrumpida.

—¡Hola!, ¿eres Lobelia Xyla?

Se acerca una mujer que parece de mi edad.

—Sí, soy yo.

La miro curiosa.

—¡Me llamo Lyanna! —se presenta jovial—. Quería conocerte desde que oí hablar de ti, Garran fue mi maestro cuando era niña, el mejor que tuve.

—¿De verdad? Es un placer conocerte —mi tono se vuelve amistoso. Conversamos por un par de minutos y me da la impresión de que es una buena persona. No me pregunta sobre mis orígenes, sobre mi madre bruja o sobre nada personal. Al menos hasta que se inclina para hablarme de cerca.

—Por cierto, quería decirte que tuvieras cuidado con Medi Bedelia.

Mi contento se esfuma.

—¿Por qué?

—Bueno, es que está un poco mal de la cabeza. Es mejor que no te—

—¿Qué quieres decir con eso? —insisto más seria.

Se queda tiesa y parece extrañada por mi reacción.

—Hubo unos incendios hace unos años después de que perdió a su prima cazadora. No podía controlar su poder y desde entonces es mejor evitarla, tiene mal temperamento. Nunca se sabe cuándo puede volver a estallar.

—Pero fue hace unos años, ¿cierto? —Ladeo la cabeza sin cambiar mi expresión impasible—. ¿O ha habido más incidentes?

—No, pero—

—Entonces, ¿para qué me dices esto? —la interrumpo cortante y con frustración—. ¿Qué tiene de extraño sufrir por haber perdido a un ser querido? ¿Alguno de vosotros sabe cuán importante era su prima para ella? Porque si yo perdiera a mi hermano, ni el pasar de los años me sería suficiente para superar lo devastada y rota que me sentiría.

Ella y todos los que la llaman loca seguro son personas que han vivido en este pueblo de ensueño sin conocer lo que es la pérdida.

La mujer me mira sin saber qué responder y empieza a reír con nerviosismo.

—Tienes razón. —Mira a otro lado y finge que se acuerda de algo —. ¡Ah! Lo siento pero tengo que irme, iba de camino a mi trabajo. Fue un placer conocerte, Lobelia.

Huye con el rabo entre las piernas. Allá va mi otro intento fallido de amistad, aunque si es una mujer así no me interesa.

Miro la boutique, la conversación se ha dado muy cerca pero por fortuna no hay señales de que haya escuchado. Lo que menos quiero es que me malinterprete pensando que le tengo lástima, cuando la verdad es que nací con una empatía sobrecogedora. No puedo evitar molestarme en su lugar. *Es mejor que me vaya*, suspiro.

Dos días en Emdor y dos enfrentamientos. *¿Tengo la culpa por ser tan sensible?*, me pregunto empezando a caminar. Me conviene morderme la lengua de ahora en adelante o tendré problemas para adaptarme y le causaré problemas a Garran. La desagradable discusión solo me ha hecho extrañar a mi hermano mayor. ¿Cómo estará? Desearía poder contarles lo saludable que me siento y el hecho de que he empezado a entrenar pero pasará un tiempo hasta que eso sea posible. Solo quiero que sean felices, yo lo seré por mi lado…

—¡Ay! —Ensimismada en mi nostalgia, choco contra alguien. Voy a caerme pero la persona me sujeta con raíces que salen de la nada y consigo mantenerme en pie. Por un instante creo que es Garran por su magia hasta que alzo la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta con una voz tranquila.

—Sí, lo siento, no sé dónde tenía la cabeza. —Lo miro con cara de disculpa—. Gracias por evitar que me cayera.

—No hay de qué, ten cuidado al caminar.

Asiento y mis ojos se dirigen con curiosidad al hombre. Es atractivo, con el cabello corto castaño oscuro casi negro. Luce una barba de leñador que resalta sus ojos color ámbar. Es como de la edad de Celyn, o al menos así parece.

—Reconozco esa apariencia —menciona—. Debes ser la famosa hija de Garran Xyla.

Vaya, ¿de verdad es el único con estos rasgos?

—Lo soy, mi nombre es Lobelia Ben… Xyla. —Casi me equivoco al presentarme. Mi apellido Benmore no tiene lugar aquí más que para resaltar que fui criada por humanos.

—Un placer conocerte, soy Caradoc Xyla, cazador del equipo Olmo.

Es cazador como Rhoan, pienso con interés.

—Y yo la chica nueva. —Rasco mi mejilla.

Tras mi intento de broma levanta las comisuras, hasta que gira la cabeza de repente y me entra un mal presentimiento.

—Caradoc —lo saluda una voz que me estremece desde la nuca hasta los dedos de mis pies—. Fue una larga misión de un mes.

—Rhoan, ¿cómo estás? —Piensa antes de continuar—. Te noto distinto.

¿Qué hace aquí?

—¿Distinto en qué sentido? —escucho su voz casi adherida a mi espalda, usando un tono jovial que esconde una energía que me impide voltear.

—Pues, sonriendo —comenta Caradoc con cuidado, desviando el tema con rapidez—. Tropecé con ella y pudimos presentarnos. Escuché su historia anoche.

Me mira con las comisuras levantadas, cuando Rhoan me coge el hombro haciéndome sobresaltar.

—Ah, sí. Se habla mucho de cómo llegué con ella en brazos. Han empezado a correr rumores *interesantes* por eso —enfatiza con una

risita perturbadora—. Es curioso, ¿no es así, Lobelia?

—Sí, muy curioso. —Aclaro la garganta al sentir la mano de Rhoan que masajea mi hombro. El corazón se me va a salir por la boca. ¿Por qué hace esto? ¿De qué rumores habla?

Caradoc nos mira y se rasca la nuca.

—Pues me encantaría escucharlo pero tengo que irme. Te veo luego. —Se despide con la mano y me sonríe una última vez—. Nos vemos, chica nueva.

—Sí… Adiós.

Camina hacia la Central sin mirar atrás. En el instante en que estamos solos, Rhoan coge mis hombros y me obliga a enfrentar su mirada severa. Me estremezco en un plácido sentido.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando? —Miro a otro lado o descubrirá mis ganas de sonreír sin sentido.

—El primer día después de una cacería siempre es más tranquilo, no confié en que te dejarían en paz así que esperé a que salieras de donde Medi. Me entenderán en la Central al saber que mi nueva discípula anda merodeando por ahí —habla serio—. ¿Si no hubiese interrumpido seguirías aquí plantada charlando con Caradoc Xyla, con las florecitas saliéndote por los lados?

¿Por qué está reaccionando así? Sus actitudes cambiantes me tienen la cabeza hecha un lío.

—¿Y qué si fuera así? Podría ser mi aetheris. Era apuesto —lo provoco para tantear. Permanece en un silencio largo. Levanto la

mirada, la suya me perfora así que vuelvo a desviarla con el corazón a tope.

—Caradoc Xyla tiene cien años y ya ha tenido dramas con mujeres de tu edad. ¿Pretendías que me quedara quieto y dejara que te engatusara?

Me paralizo. Esta vez tampoco son celos sino algo peor.

—¿Q-Qué? ¿Cien años?

—¿Ahora entiendes por qué debo vigilarte? —matiza y me veo forzada a cerrar la boca—. Lobelia, somos un pueblo dedicado al Gran Roble y camaradería tenemos de sobra, pero como te he dicho antes, en este momento eres presa fácil. Nuestra sangre nos motiva a cuidar a nuestro Dios pero no sucede lo mismo entre nosotros. Para eso se han creado reglas que a muchos les gusta romper.

Su sermón calla cualquier intención que tengo de contestar. Solo quería castigarlo un poco por desilusionarme y fue una tontería. Sé que solo llevo un par de días en el pueblo, es evidente que no puedo andar sola por la vida.

—Lo siento, seré más desconfiada. Por lo menos hasta que me sepa defender y aprenda a diferenciar las edades —expreso mirándolo decaída.

Me mira con pesar.

—No es tu culpa —susurra—. Soy yo quien lo siente por ser tan exigente.

Me abraza con cariño apoyando su mentón en mi coronilla. Por lo menos con esto puedo decir que valió la pena ceder. Exhala y me suelta.

—Me tengo que ir, solo hoy puedo darme el lujo de llegar tarde. Volverás a casa temprano, ¿no?

—Sí, a la hora de comer.

Me lanza una última mirada hasta que de la nada me da una caricia en la cabeza con una sonrisa suave.

—Lo que le dijiste a esa mujer —menciona—, bien hecho.

Parpadeo tomada por sorpresa. Al cabo de un instante mis labios se tuercen emocionados.

—Gracias.

Me deja ir y se va a la Central de Cazadores. Se me empieza a hacer costumbre ver su espalda alejarse, deseando que se dé la vuelta una vez más, que estemos juntos un segundo más.

Solo uno me basta.



El hambre hace que me ruja el estómago. Me planteo entrar en una de las tabernas ya que no hay que pagar, sin embargo le dije a Rhoan que regresaría a la hora de comer y eso haré. *No es por obedecerle*, refunfuño para mis adentros en un intento de engañarme a mí misma.

Al llegar a casa voy directa a la chimenea para aclimatar la sala. *¿Qué haré por la tarde?*, pienso aburrida. En mi cabeza no para de surgir el deseo de ver a Rhoan. Siento las emociones mil veces más bajo control que en Benmore pero sigo disconforme. ¿Cuándo será suficiente para mí?

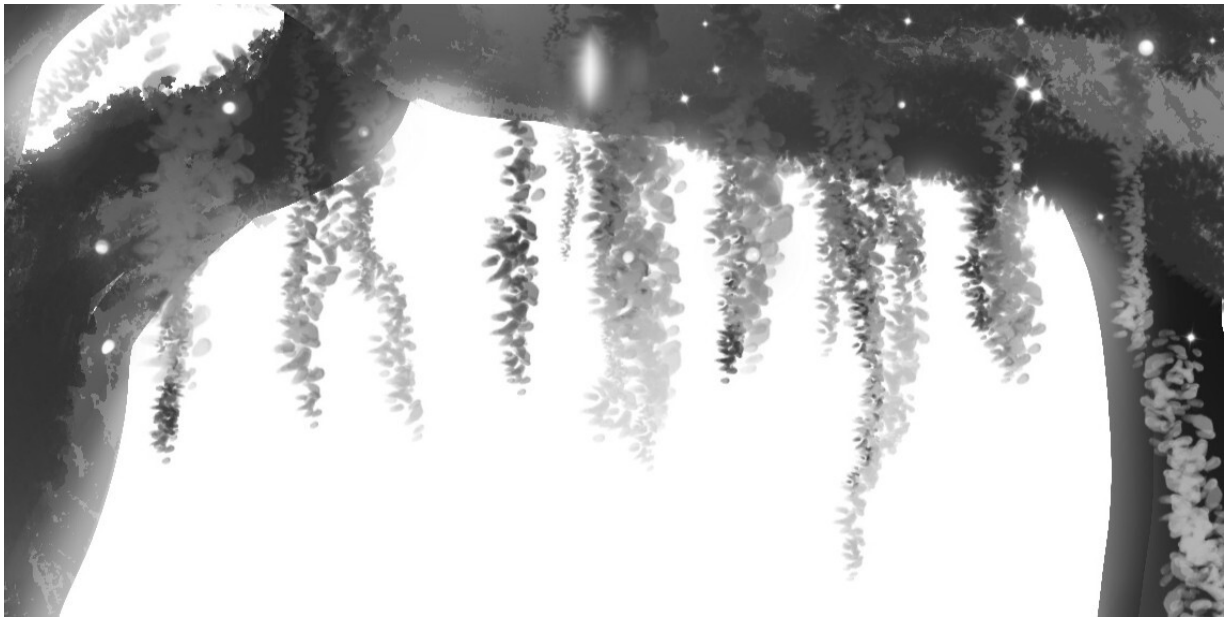
Doy un brinco al escuchar que tocan en la puerta. Dejo la leña a un lado y me acerco aprisa a la entrada. En el momento en que abro, se me plasma una sonrisa atiborrada de alborozo. Es él.

—¿Qué haces aquí?

Carga una bolsa llena de ingredientes de cocina.

—Tengo un descanso de dos horas para comer —explica mientras dejo que pase—. Vendré todos los días para que te alimentes bien y aprendas a cocinar.

Aprieto los puños, luchando por no pegar un salto de euforia. Su sobreprotección no tiene límites y estoy más que lista para aprovecharme de ello.



CAPÍTULO 24

—¡Buenos días! —saludo a Medi con una sonrisa reluciente y triunfal. Cualquiera me elogiaría por el coraje con el que me he estado plantando en su boutique desde hace dos semanas.

—Otra vez aquí para matar tu aburrimiento —se queja con su voz monótona de siempre.

—¿En qué quieres que te ayude hoy?

Ignoro su crítica. Me mira con los ojos entrecerrados y llenos de sospecha tratando de encontrar una excusa o debilidad para obligarme a no poner un pie más en su tienda. Segundos después se rinde y coge unas telas.

—Hay que llevar esto al almacén.

Cada vez empieza a aceptar que mi ayuda le conviene.

—Vale.

Mientras los líderes me dan mi tiempo para conocer el pueblo y toman una decisión sobre qué me asignarán, me he proclamado a mí misma como su ayudante muy en contra de su voluntad.

—¿No tienes otra cosa que hacer? —me pregunta dejando las telas en su sitio.

—Estoy haciendo algo importante —le respondo alegre—. Esperar al descanso de Rhoan.

—Genial. La cosa es, ¿por qué tienes que venir todos los días a esperar aquí y por qué estoy hablando contigo?

—Solo vengo un rato —Le hago una mueca.

—Un *largo* rato —corrige ella.

Soy inmune a sus quejas.

—Cambiando de tema, Celyn me pidió que te mandara saludos esta mañana —le cuento—. Me pregunta con frecuencia cómo estás. Me contó hace un tiempo… que os conocéis desde hace mucho.

Sus movimientos se detienen por un corto instante. No me atrevía a mencionarlo hasta ahora pero por fin confío en que no me odiará si soy un poco más curiosa.

—No tanto —habla otra vez con su inexpresiva voz.

—Se emocionó al pensar que éramos amigas, ja, ja. —La observo con más atención. Se queda con la mirada perdida solo un segundo y prosigue a ordenar las telas.

—Celyn Aither solo me tiene lástima —asegura con seriedad—. Es demasiado amable y le puede salir caro algún día.

Está preocupada por él, intuyo con las comisuras arriba.

—Yo creo que le agradas bastante.

Con lo que digo prefiere el silencio. Pasa un rato en el que continúo ayudándola en cualquier cosa que me pide y se acerca la hora de mi paseo del día. El tener una rutina y pasar más tiempo con Rhoan durante el día me pone de buen humor.

—¿Sabes qué hay de interesante por estos lados? —consulto—. El pueblo es hermoso pero me gustaría algo distinto.

Me observa callada y coge una larga respiración. Por un momento baja la mirada hasta que retoma el contacto visual.

—Hay una torre abandonada y oculta en la montaña —menciona —. Desde allí se ve todo el pueblo.

Una sonrisa espectacular se me dibuja y saco el mapa en un parpadeo.

—¿Cómo llego?

Me explica con cuidado y señala cada esquina. Tras sus indicaciones, asiento una última vez. Me encantaría quedarme pero me preocupa abrumarla. Intento acostumbrarla dejando pizcas de mi presencia en su vida cada día. Prefiero ir de a poco para que no huya.

—Gracias, Medi —me despido—. Nos vemos mañana.

Se queda quieta cruzándose de brazos. Le doy la espalda para salir y cojo el pomo de la puerta cuando escucho su resoplo.

—¿Aprendiste bien cómo llegar? —se cerciora.

Freno en seco. *¿Acaba de preocuparse por mí?* Me trago la emoción y me giro.

—Sí, soy buena con los mapas. —Lo alzo y le sonrío cálidamente —. Te veo mañana.

Abro la puerta muy lento cuando de pronto la escucho soltando un gruñido rabioso.

—¿En serio no te importa si te ven conmigo? —Me analiza con una mirada irritada—. Eres perceptiva, ya debes saber lo que dicen de mí.

Guardo silencio con la boca a medio abrir.

—Medi, soy la hija de una bruja. —Me encojo de hombros con una comisura alzada—. Estoy segura de que no todos aquí me ven con buenos ojos. ¿A quién le importa algunos más?

Su mirada se relaja con lo que digo. Mueve su pie y mantiene el contacto visual. Casi un minuto después camina hacia la puerta.

—Te llevaré a la torre —declara malhumorada.

Parpadeo y sonrío de oreja a oreja.

—¿No tienes trabajo? —pregunto al salir de la tienda.

—Hoy no tengo nada importante. —Voltea el letrero en la puerta, cierra con llave y empieza a andar sin esperarme.

Mi emoción es desbordante. Guardo mi mapa y le sigo el paso.



Camino a su lado contenta. Ella mantiene su expresión inalterable. Las personas nos observan con sorpresa, incapaces de imaginarse que una chica nueva como yo terminaría llevándose bien con la persona menos recomendada para hacer amistad en todo el pueblo. A medida que avanzamos, de vez en cuando me mira al creer que me pueden afectar las reacciones. En respuesta le sonrío y desvía el rostro con un resoplo.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta por primera vez interesada en mí.

—Veintiuno, ¿y tú?

—Veintitrés —contesta.

En una de las calles del pueblo se ve la entrada al bosque y comenzamos a subir la montaña. De vez en cuando me hace alguna pregunta aleatoria que requiere respuestas cortas, pero a pesar de eso me alegra que se interese un poco. En la subida hay varios sitios que llaman mi atención. Uno de ellos es una cueva con una entrada enorme. Desde afuera se puede ver que la luz entra desde el techo gracias a una gran abertura. También hay sillas y barriles. ¿Es un punto de encuentro?

—Ese es El Agujero. —Lo señala—. Es un sitio muy popular para beber en el que hacen combates amistosos.

Y mi atención se triplica. El nombre le queda perfecto.

—¿Has ido?

—No. Me gusta estar sola.

Permanezco pensativa. Sé que hay personas que sí disfrutan la soledad, a veces yo también para aclarar la mente o estar en silencio. Pero si es como dice, ¿por qué se ha tomado la molestia de cerrar su tienda y acompañarme en mi paseo? ¿Por qué no me ha echado en dos semanas? Puede ser fría pero en ningún momento ha sido grosera conmigo.

Al llegar al final de la colina me dejo llevar por el asombro. Frente a mí se erige una torre antigua de dos niveles en ruinas, cubierta de enredaderas que permanecen secas por el invierno. En ella ya no existe techo y la segunda planta tiene la mitad de la pared derribada con la vista abierta.

—¿Qué es este lugar? —camino alrededor.

—Habrá sido una torre de vigilancia de cuando Lo Oscuro tenía más poder y éramos menos. La descubrí cuando era niña. Nadie sabe que está aquí así que debe ser muy antigua.

Espera un momento… Esbozo media sonrisa. *Eso significa que me está mostrando su lugar secreto*. Decido no mencionarlo para no detonar su naturaleza huidiza. Veo que camina al otro lado en donde hay unas escaleras de piedra que llevan a la segunda planta. Sin decir nada la sigo y el corazón se me llena en el instante en que mis ojos admiran una vista que se presenta como un lienzo pintado por

la naturaleza, texturizado por los árboles nevados que se extienden desde donde estamos hasta lo lejos en el horizonte. A la izquierda está Emdor con el sereno lago que se alarga a su lado como un espejo del sol. Se nota a simple vista gracias a la naturaleza verde a su alrededor destacando entre la nieve. A la derecha está el pueblo, con sus lindas fachadas cubiertas con el manto blanco. Entre ellas la más alta y amplia es la Central de Cazadores. *Allí está Rhoan ahora*, suspiro.

Se sienta al borde retirando la nieve en la superficie y me lanza una mirada para que haga lo mismo. Supongo que es su costumbre cuando viene. Me pongo cómoda a su lado y el silencio nos envuelve por un rato mientras disfrutamos de la brisa fría.

—Solía venir con mi prima Amalia. Murió hace cinco años, era una cazadora.

Un velo pesado me cubre el rostro con pena.

—Lo lamento muchísimo, Medi.

Ella permanece con la mirada en el horizonte sin preocuparse por responder. Debe estar acostumbrada a los pésames y a mí tampoco me molesta que se quede así porque entiendo su dolor.

—Me dijiste que tienes un hermano en Benmore —comenta desviando el tema.

—Rodric —muestro un atisbo de sonrisa—, es mi sol.

Me mira unos segundos antes de responder.

—¿Tu sol? —me pregunta.

—Sí, ¿quién puede vivir sin su sol?

Su mirada es seria pero me entra una ligera sensación de que algo cambia en sus ojos.

—Mi prima era mi sol. La admiraba y deseaba algún día brillar tanto como ella. —Devuelve su vista al frente—. Supongo que tiene sentido ya que el mundo me parece más oscuro desde que nos dejó.

Creo escuchar su voz un tanto fragmentada aunque su expresión no cambia. Puedo sentir su tristeza tan abrumadora que me asfixia. Somos muy distintas y al mismo tiempo me es especial la forma en que me siento identificada con ella. Sin embargo, hay algo que pasa por mi cabeza una y otra vez cuando estoy con ella y percibo su sufrimiento. Un dulce y a la vez triste recuerdo, al saber que Amalia era como una hermana para ella. Quizás ese momento de mi vida fue destinado a ser memorable para este instante.

—¿Sabes?, mi hermano estuvo un año en la guerra. El día que nos despedimos le recordé que era mi sol y que no podía vivir sin él. —Levanto las comisuras—. Nunca olvidaré su respuesta.

Consigo llamar su atención y nuestras miradas se enlazan.

—*El sol brilla muy poco comparado a lo mucho que brillas por ti misma* —repito mirándola con cariño. Por primera vez sus cejas se distorsionan y sus ojos se nublan. Mira al frente con rapidez, ahogada en un sentimiento que no sé describir. Al poco tiempo se rasca los ojos.

—Tu hermano y mi prima se habrían llevado bien.

Se me dibuja una débil sonrisa.

—Seguro que sí. —Hago una pausa—. Lo extraño mucho, aunque a veces me entran ganas de mandarlo a freír espárragos. Sobre todo cuando me llama *lobo apestosito* enfrente de los demás.

Se voltea alzando una ceja con las comisuras un poco levantadas.

—Mi prima me llamaba *gusanita* por mi tamaño —se suelta—. Odiaba que lo hiciera.

—Rodric me llevaba a veces como saco de patatas por el pueblo. Le encantaba hacerme pasar vergüenza.

Nuestras risas opacan el silencio. Algo entre Medi y yo logra florecer. Empatía y un apoyo en el que podemos tomarnos un respiro.

Para cuando estamos de regreso a la boutique, hay un aire distinto en ella.

—Hasta mañana, lobo apestosito —se despide en broma.

Es un aire liberador.

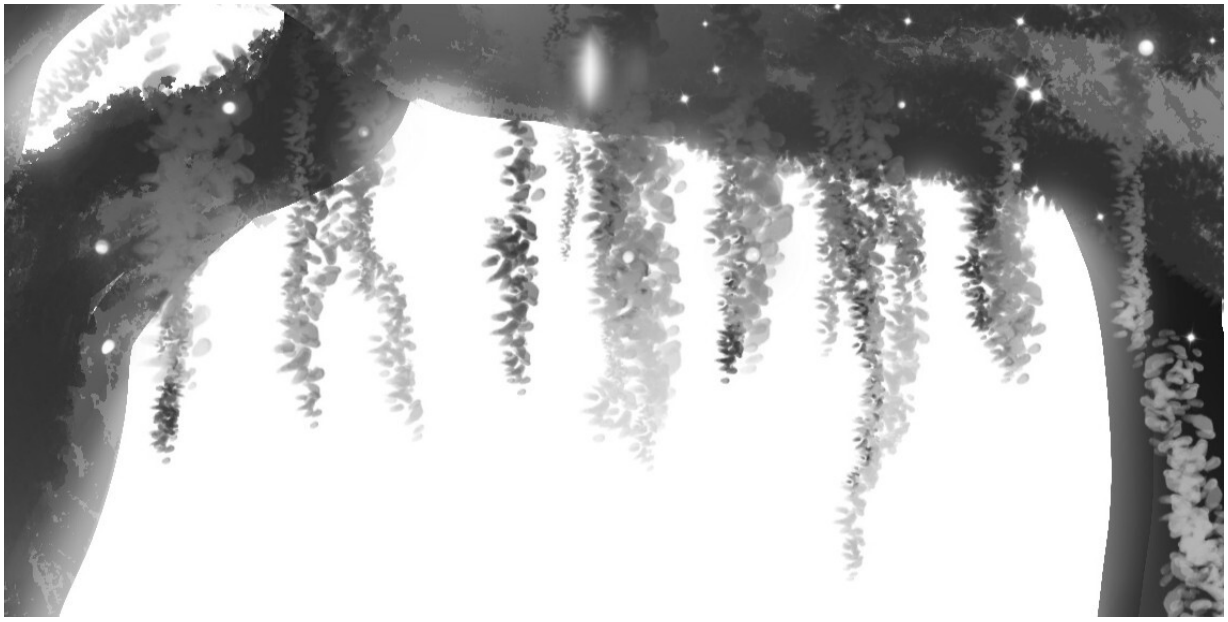
—Hasta mañana, gusanita.

Me doy la vuelta con una gran sonrisa.

—Por cierto —habla y me hace mirarla otra vez—, supongo que no tiene nada de extraño sufrir por haber perdido a un ser querido, ¿no es así?

Separo los labios al ver una suave sonrisa acompañada de gratitud. Aquel día me escuchó.

Asiento y una gran emoción me baña de calidez el corazón.



CAPÍTULO 25

Cumplo un mes en Emdor. Rhoan ya me ha enseñado algunos movimientos ofensivos pero continúa enfocado en defensa mientras perfecciono el control de mi elemento. Ya estamos a punto de terminar la clase.

—Y una vez que tu oponente te intenta patear, atrapas su pierna cuando esté por golpear. Tendrás que poner fuerza en los brazos —explica mientras imitamos el movimiento—. Puedes hacerlo caer golpeando la pierna que tiene en el suelo.

Choca la suya contra la que uso de soporte y caigo de espaldas con lentitud. A pesar de que ya me ha enseñado a hacerlo sin hacerme daño, amortigua creando una cama de agua. Queda sobre

mí con un brazo levantado y listo para golpearme en la cara. Miro sus labios que me incitan a tragar. ¿Qué siente al tenerme en esta posición? Quizás nada, pero a mí me desata la imaginación.

—Lo derribas y golpeas de inmediato para aturdirlo. ¿Vale? —indica—. Recuerda que debes golpear con los nudillos y mantener tus dedos en posición con tu pulgar.

—De acuerdo. —Respiro hondo y asiento.

Nos ponemos de pie.

—Lo intentaremos una vez. Levantaré mi pierna —avisa y se prepara—. Asegúrate de anclar tus pies al suelo para no caerte.

Eleva su pierna y la abrazo como explicó. Pateo con fuerza la que mantiene abajo y consigo tumbarlo a la primera, sin embargo cuando iba a celebrarlo sudo frío.

—¡Uy! —pronuncio al perder el equilibrio. No anclé los pies. Su cuerpo cae y soy arrastrada por la fuerza. Me atrapa con agilidad y termino encima de él.

—¿Estás bien? —pregunta de inmediato.

—Sí… —contesto con un quejido corto.

A punto de moverme, abro los ojos de par en par con las mejillas en llamas. Noto mi muslo sobre *ese* lugar. ¿Esa cosa abultada entra en…?

—Por Emdor —escuchamos una voz feliz.

Me levanto en un santiamén y Rhoan me sigue con más tranquilidad. Buscamos su procedencia y descubrimos a Mabli

asomada detrás de un pilar.

—Mabli, ¿qué te he dicho sobre espiar? —la regaña Rhoan cruzándose de brazos—. Es de mala educación.

Le gusta aparecer cada tres o cuatro días.

Es gracioso que diga que es malo espiar cuando me lo ha hecho en más de una ocasión. Cuando conocí a Caradoc, por ejemplo.

—Lo siento —dice jocosa acercándose a brincos.

No se arrepiente en absoluto y con seguridad se repetirá.

—Si quieres mirar debes avisarnos y sentarte en los bancos —le recuerda él dándole un abrazo como saludo para después dirigirse a mí—. Lo seguiremos practicando mañana, eso es todo por hoy.

Asiento y Mabli me estrecha soltando un quejido gracioso.

—¡Mis padres te mandan un abrazo! —exclama.

—Envía uno fuerte para ellos. —La estrujo. Sus risitas me revitalizan y también hacen sonreír a Rhoan.

Salimos del campo de entrenamiento.

—¿Quieres desayunar en mi casa? —me invita ella—. A mi mamá le encantaría.

Llevo tiempo sin verlos, es buena idea.

—Tendrá que ser en otra ocasión —interrumpe Rhoan—. Macsen ha pedido que Lobelia vaya a su despacho.

Parpadeo.

—¿El líder Macsen?

—Sí.

Asiente y el corazón se me acelera un poco. Solo hay una cosa por la que me puede estar llamando: mi descanso se acabó.

—¡El abuelito es el mejor! —exclama Mabli—. ¡Siempre me da unos abrazos así de grandes! —Expande los brazos a los lados.

—¿De verdad? —contesto alegre—. A mí también me abrazó una vez.

De allí en adelante conversamos un poco sobre él y Mabli coge mi mano con naturalidad. Poco después extiende la otra a Rhoan. Me ruborizo al instante. Al salir así del campo de entrenamiento, ¿cómo nos vemos con una niña parecida a él? ¿Es consciente de eso? En las dos semanas que han pasado desde que me negué a rendirme no he conseguido avance alguno, a mi pesar. Es cariñoso en todo momento e inclusive su sobreprotección ha empeorado, sin embargo no he tenido ni una victoria en el romance y sus evasiones sobre el tema se hacen más astutas con el tiempo. Allí es donde entra Mabli con ocurrencias mágicas como esta.

Cuando es tiempo de separarse de nosotros en el camino, Mabli nos da un abrazo a cada uno.

—Nos vemos otro día, Lobelia —se despide de mí para después mirar a Rhoan—. Hermano, iré a tu casa a jugar más tarde.

Me quedo pasmada.

—De acuerdo. —Rhoan se queda mirándome.

—¡Sonrisa! —le pide Mabli. Es divertido cómo cada vez que se despide le pide que sonría de oreja a oreja. Cuando Rhoan le regala

una acogedora sonrisa mostrando los dientes, ella luce satisfecha.

Vemos a la pequeña irse en silencio y evito el contacto visual, retomando mi andar con lentitud.

—No sabía que tuvieras una casa.

Un dolor en el corazón despierta mi irritación y me hace hablar en un tono seco sin querer. Me molesta descubrir esto ahora y por accidente, porque su hermanita lo soltó a duras penas. Si no fuera por eso, seguiría sin saberlo. ¿Fue un secreto intencional, o no me lo dijo porque no le dio importancia?

—No era relevante. —Camina a mi lado.

—¿Tú crees? —mi mal humor es evidente—. Ahora tengo curiosidad.

—Es la casa de un hombre soltero, Lobelia.

Mis latidos paran un instante, anonadada. Para esas cosas sí me ve como mujer, solo cuando le conviene, por ejemplo para ocultarme dónde vive y así yo no tenga dónde encontrarlo.

—¿Qué importa eso? Soy yo, ¿no es así? La hija de Garran. ¿No es por eso que eres mi maestro? —espeto.

Para empeorar mi humor, Rhoan se limita a resollar sin decir una palabra, una contradicción o lo que sea. Y con eso el silencio impera ininterrumpido durante largos minutos. Me sigue tan silencioso como el viento en calma y empiezo a hacer muecas arrepentida, preguntándome si fui irreverente. Siempre entramos en esta extraña tensión con facilidad por culpa de mi impaciencia.

—¿Por qué tienes una casa? ¿Suelen independizarse tan pronto aquí? —rompo el hielo.

—No, no es lo usual pero yo lo quise así y mis padres respetaron mi decisión. —Se encoge de hombros—. Además, me queda cerca de la Central.

Si queda cerca de la Central, queda cerca de mi casa. Modero mi emoción.

—¿Dónde vives? —Miro las calles—. Pasaremos por allí antes de ir con Macsen.

—¡Oh, no!, ¡olvidé dónde vivo! —responde con una dramática y divina mentira.

—*Olvidé dónde vivo* —parodio sonando igual a él en su versión tarado—. Eres tonto.

Doy pisotones hacia la Central y suelta una de esas risas que me hacen perdonarlo al instante.



Mis pies se plantan frente a los escalones que llevan a una enorme puerta con una talla de Emdor en medio que le brinda magnificencia, y esta es solo la entrada del exorbitante edificio. El lugar se extiende a lo largo de lo que serían unas diez casas. No había podido entrar antes ya que solo los cazadores o invitados tienen permitido ingresar.

El corazón me brinca ansioso. Rhoan abre la puerta y mis ojos se maravillan. Desde el primer piso se pueden ver los otros dos de arriba construidos en U, sostenidos por gruesos pilares. Hay personas caminando en su propio mundo, algunos con papeles en mano, otros listos para entrenar. Veo un montón de puertas en los niveles superiores que tienen vista al primero. Mi curiosidad sale a flote por saber qué hay en cada una. En el primer piso llama mi atención la que lleva a un área exterior, en la pared contraria a donde estamos. Hay muchos cazadores que entran y salen.

—Por allí está el campo de entrenamiento. —Rhoan señala el lugar.

—¿Y qué son todas esas puertas?

—Son las oficinas de cada equipo de cacería —responde.

—¿Cuántos equipos hay? —vuelvo a preguntar.

—Cien —contesta y alzo las cejas—. Somos más de trescientos cincuenta cazadores. Todavía faltan algunos equipos por completar ya que deberían ser cuatro por cada uno, para tener cada elemento.

—Vosotros sois tres —pienso en voz alta.

—Nos falta un Xyla.

Yo soy Xyla. Hago una mueca.

—Escuché que hay mujeres cazadoras.

—Sí, pero tú solo llevas un mes entrenando así que ni lo pienses —enfatiza con una voz autoritaria.

—Solo preguntaba —refunfuño mientras me acomodo el pelo—. ¿Y por qué faltan personas en los equipos? Ser cazador es algo popular, ¿no?

—Porque también es peligroso. Nuestro Xyla murió hace un par de años y todavía no hemos encontrado a nadie adecuado para reemplazarlo.

Separo los labios.

—Lo lamento.

—Así es la vida de un cazador —habla con gentileza—. No todos están preparados para lo que implica.

Hay un silencio amargo en el que empezamos a caminar hacia las escaleras de la derecha. Antes de subir veo unos peldaños que descienden hasta una solitaria y sencilla puerta de madera.

—¿Qué hay allí?

—El salón del silencio. —Comienza a subir—. Está en el subsuelo.

El nombre llama mi atención de inmediato.

—¿Para qué sirve? —Lo sigo.

—Para reuniones que no se pueden divulgar y que podrían causar pánico en el pueblo —no se preocupa en ocultarlo.

Vaya, ¿se han hecho reuniones así? Veo al vacío con asombro. Cuando llegamos a la segunda planta, ralentiza sus pasos.

—La quinta puerta es del equipo Drago. —La señala con la barbilla.

Me entra curiosidad por saber cómo es Rhoan en el trabajo. Solo un segundo observo dónde está y subimos a la tercera planta. Nos detenemos enfrente de la puerta más grande en medio de la U. Inhalo profundo mientras Rhoan toca.

—¡¿Quién es?!

La voz de Macsen me sobresalta.

—Soy Rhoan, he traído a Lobelia.

Se oye el chirrido de una madera.

—¡Pasad! —pide Macsen.

En el momento en que entramos, nos encontramos con el viejo aproximándose con los brazos abiertos.

—¡Lobelia Xyla, te veo feliz! —Me estruja en menos de un segundo.

—Hola, Macsen —lo saludo con una sonrisa.

—¡Y Rhoan Adair! —exclama soltándome para agitar el pelo de Rhoan. Él ni se inmuta y se lo ordena, acostumbrado a ello—. ¿Cómo estás, niño?

Mientras ellos hablan, rodeo la habitación con la mirada. Es iluminada y con un ambiente acogedor, hay un olor a roble que me recuerda al despacho de mi padre. Es reconfortante a pesar de encontrarse en el intimidante edificio de los cazadores de brujas.

Estoy tan enfocada curioseando que pego un brinco cuando Macsen me da una palmada en el hombro y me sonríe de oreja a oreja.

—Te estaba esperando con ansias —habla el viejo.

—Ah, ¿sí? —Arqueo una ceja.

—Hemos decidido cuál será tu responsabilidad. Es una muy importante —declara.

Los nervios se me suben a la garganta y pienso en todas las opciones. Quedarme con Medi, cocinar en alguna de las tabernas y restaurantes, coser, hacer mueblería ya que mi poder me lo permite. Cualquier cosa básica que me dará una rutina sólida para por fin comenzar mi vida aquí al cien por cien.

—¡Serás mi nueva asistenta! —Levanta sus pulgares con una sonrisa cegadora. Enmudezco con los ojos bien abiertos en medio de la confusión.

—Macsen, yo—

—Ah-ah, no me rechaces tan rápido —me interrumpe animado—. Vamos, dame una oportunidad, ¿sí?

Es demasiado repentino.

—Macsen, eres el líder de los cazadores de brujas y uno de los cuatro líderes del pueblo —enfatizo mientras él asiente a cada cosa —, y yo llevo un mes aquí como mucho.

Estaré fuera de lugar. ¿Una nueva como yo, asistenta de alguien con responsabilidades tan increíbles? Pensé que me asignarían con Medi, tras ver que nos llevamos bien.

—Solo necesitaré que me ayudes con el papeleo y algunos recados diarios —me persuade—. Con el tiempo, cuando encuentres

algo que te guste, puedes *abandonarme* y hacer lo que quieras.

Su broma del final consigue hacerme sonreír. Su voz es cariñosa y me hace confiar en que no me iría mal con él pero nunca había tenido un trabajo en mi vida. Hubiera sido mejor ser asistenta de un carpintero en vez de la de una de las personas más indispensables del pueblo.

—¿Por qué yo? —le pregunto.

—Rhoan me ha dicho que tienes un intelecto sin igual, además de haber recibido todo tipo de conocimientos en Benmore como estrategias de guerra, lo cual se agradecería en este lugar para ser específico —se explaya—. ¿Quién sabe?, tal vez puedas brillar en la Central de Cazadores, pequeña. Fue Rhoan quien te recomendó, ¿no es así, niño?

Lo miro sorprendida. No hay reacción sino una simple espera a que haga caso y acepte. ¿*Él* me recomendó para trabajar en la Central?

—¿Por qué? —le pregunto.

—Puede que no te conviertas en duquesa, pero sí podrías hacer buen uso de tus conocimientos aquí —expresa y me sonríe.

Inhalo sin dejar de mirarlo. Si Macsen necesita mis conocimientos de guerra quiere decir que no solo será un trabajo de recados. Esperaba pasar desapercibida y ser una feliz costurera con mi amiga, no obstante el nivel de utilidad que me brindará la posición es tentador.

—Dejadme pensarlo un momento. —Levanto una mano.

El despacho se envuelve en un silencio reflexivo. Muevo mi boca de un lado al otro mirando hacia el vacío. Mi hermano siempre ha dicho que tengo talento para la estrategia, sin duda podría intentarlo. Además, llevando tan poco tiempo en Emdor, en principio Macsen no pedirá mi opinión para cosas importantes, ¿no? También es un señor con el que me he sentido cómoda desde el primer momento. ¿No es mi mejor opción aceptar por ahora? Me gusta ayudar a Medi pero ella es tan rápida y habilidosa para crear piezas preciosas, que tal vez tenerme con ella solo le quitará el trabajo que tanto ama y le obstaculizaré. *Y si trabajo aquí, veré a Rhoan incluso más*. *Si lo veo en el trabajo, será natural, ¿verdad?*

—Bien, acepto el trabajo.

—¡Maravilloso! —Su alegría me pinta una sonrisa leve—. Ya verás cómo te gusta.

Asiento en silencio.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo —declara.

Ha sido fácil adivinar.

—En ese caso, me retiro a entrenar —se pronuncia Rhoan.

Ah, se va…

—Cuídate, niño —se despide Macsen con cariño.

Rhoan asiente y me mira.

—Nos vemos más tarde —se despide regalándome una suave sonrisa.

Cierra la puerta y Macsen junta las palmas.

—¡Empecemos! —No pierde el tiempo. Coge unos rollos de papel y me los entrega con una mirada afable—. ¿Puedes ayudarme a ordenar esto en el estante? Cada reporte de cacería tiene una etiqueta con el nombre del equipo y la fecha.

Solo ordenar, ¿eh? Era algo que hacía con frecuencia en el despacho de mi padre. Le doy la espalda y me concentro, solo por unos pocos segundos.

—¿Quieres té? —pregunta.

—¿No acabo de empezar? —Lo miro confundida, provocando en él una ruidosa carcajada.

—Claro, claro. Termina y yo haré el té, pequeña.

Qué astuto, no me dejó decir que no, pienso sonriente. El corazón se me ablanda solo de escucharlo llamarme *pequeña* igual que mi padre en Benmore.

Me siento con él en los sillones frente a su escritorio. Cuando noto que casi no cabe en la silla, se me cierne una sutil sonrisa.

—Lo sé, soy enorme. —Se encoge de hombros.

A pesar de su tamaño colosal, sus palabras se escuchan encantadoras.

—Mi padre el duque también es más grande de lo usual. Ambos me recordáis a un oso —comento.

La mirada se le va con una sonrisa.

—Cuando los padres de mi nieto fallecieron, lloraba siempre en mis brazos —cuenta con una voz nostálgica—. Decía algo parecido, que le gustaba porque era como un oso.

Me toma por sorpresa su historia ya que habla de Aron. Sé que es el nieto de Macsen pero no sabía que era huérfano.

—Lo lamento tanto —respondo con una triste voz—. Perder a un hijo debe ser una pesadilla.

Su sonrisa se expande.

—En realidad, no es mi nieto biológico pero conocía bien a sus padres y decidí criarlo yo mismo. No tuve la oportunidad de tener una familia por mi cuenta —confiesa muy tranquilo—. Con Medi y él siento que he cumplido parte de ese sueño.

Sus palabras me achican el corazón. Lo miro con pena y a los pocos segundos me inclino alcanzando su mano.

—Acabas de ganar una nueva nieta.

Le sonrío con dulzura. Me mira sorprendido por un segundo hasta que se coge el pecho con dolor.

—¡Ugh! ¡Mi corazón! —grita de la nada.

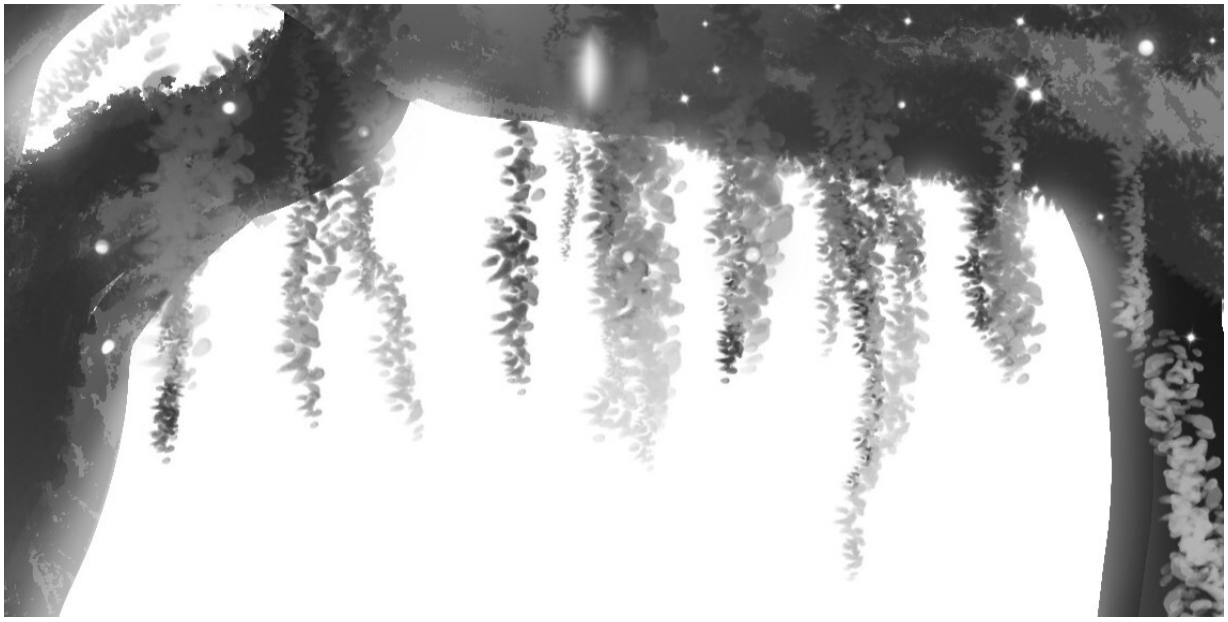
—¡¿Qué sucede?! —Me levanto de un salto aterrorizada.

—¡Derretiste mi corazón, pequeña! —exclama estallando en carcajadas.

Me quedo sin habla con sus risas de fondo. De un instante a otro, abro mi boca atónita.

—¡Casi me causas un infarto! —Le pego en su brazo gigante y poco después el rostro se me va distorsionando hasta formarse una sonrisa extraña—. ¡Ja, ja, ja, ja!

Termino por contagiarme de su risa hasta cogerme las costillas y llorar. Es el mejor comienzo que podríamos tener.



CAPÍTULO 26

La mañana transcurre en un parpadeo. Igual que Rhoan, tengo un par de horas de descanso para comer. Salgo del despacho lista para ir volando a la puerta de su equipo, cuando mi nariz se entierra contra el pecho de alguien tras dar un paso fuera.

—Por Emdor, Lobelia, ¿estás bien? —Coge mi mejilla aprisa y me revisa angustiado. No esperaba encontrarme con él tan rápido.

—Sí, no duele —miento con las mejillas coloradas. Su rostro está demasiado cerca y creo que soy la única consciente de ello.

—Vine a buscarte para comer. Aron y Celyn nos esperan en el comedor. —Me suelta dejando ir un resoplo.

¡Es lo que quería!

—Te sigo. —Se cierne una sonrisa de oreja a oreja en mis labios.

Sin más que decir, nos trasladamos a las escaleras.

—¿Qué tal tu mañana con Macsen? —indaga.

Se me escapa una sonrisa al instante.

—Fue divertido.

—¿Solo eso? —se ríe—. No todos los días te conviertes en la asistenta de Macsen Bedelia.

Mi sonrisa se alarga.

—Lo primero que hizo fue interrumpir mi trabajo para invitarme a beber té a los pocos minutos de que te fuiste. Después casi hace que se me detenga el corazón con una broma —le voy contando a medida que coincidimos con una aglomeración de gente hacia la misma dirección. Otros salen por la puerta grande para comer en los locales cercanos o en sus casas. Algunas son mujeres cazadoras. Entre ellas, un trío ve pasar a Rhoan. Callan sus cotilleos y me distraen de nuestra conversación. Conmigo sus miradas se vuelven despectivas, algo a lo que me he ido acostumbrando en el mes que llevo aquí. Medi no mentía cuando decía que me envidiarían. En el momento en que pasamos por su lado, una de ellas roza su hombro con el mío.

—Bruja —masculla en susurro y un escalofrío ataca mi nuca.

Al instante una cantidad descomunal de agua se desparrama sobre ella. Rhoan aprieta la mandíbula de la chica con intenciones de rompérsela. Todo el mundo se paraliza y el tiempo parece detenerse.

—Repite la mierda que acabas de escupir.

Hacía tiempo que no escuchaba su voz gélida.

—Y-Yo… —ella se ahoga en sus palabras y retiene las ganas de llorar, empapada de pies a cabeza.

A nuestro alrededor se forma un grupo de mirones.

—¿Ahora no puedes hablar? Vas a tener que repetirlo para que pueda congelar tu inmunda lengua en la última sílaba —gruñe—. Tú y el resto de las malditas mujeres de este pueblo me tenéis hasta la polla con vuestras ganas de ver de qué tamaño la tengo. —Mis ojos se abren como platos y algunos murmuran—. ¿Creéis que no he notado además el desprecio con el que miráis a Lobelia? ¡OS DEJARÉ CIEGAS, A VER SI CON ESO NOS DEJÁIS EN PAZ DE UNA PUTA VEZ!

La mujer tiembla aterrada. *Si no lo detengo la situación se agravará.* Me lanzo y cojo su rostro con ambas manos, obligándolo a mantener contacto visual conmigo.

—Rhoan, suéltala.

—No lo haré. En nuestro pueblo no hay peor insulto que ese, Lobelia. —La ira desborda en su mirada—. No dejaré que se salga con la suya después de faltarte el respeto así.

—Solo duele si le doy importancia, y esta mujer me es indiferente —le respondo con suavidad, acariciando su mejilla—. Tengo hambre y quiero ir a comer así que no pierdas con ella nuestro tiempo.

Soy lo más cariñosa que puedo para apaciguar su furia. Su mirada despiadada podría causarle escalofríos a cualquiera. Permanece en silencio con los ojos enfocados en mí, suavizándose poco a poco hasta que libera a la mujer con brusquedad haciéndola caer de espaldas. Su cara cambia al verme de nuevo.

—Ayúdame —me muestra su mano—, he tocado algo asqueroso.

La cazadora se desploma en llanto y se masajea la mandíbula a medida que sus amigas la consuelan. El corazón me estalla, aún asimilando lo que sucede. Solo después de asegurarme de restregar mi mano por la suya, suspira aliviado. Coge mi brazo con cuidado y nos lleva fuera de la Central. Está callado, la menospreciada fui yo pero ha sido él quien ha explotado. No esperaba esa reacción tan extrema. No es el momento pero, ya que no me ve, esbozo una sonrisa. No pensé que fuese alguien tan importante para él.

—Comamos en tu casa —lo escucho desanimado, no sé en qué piensa pero ha abandonado la idea de ir al comedor.

—Podríamos ir a la tuya —murmuro.

—Dije que no, Lobelia —contesta serio.

—¿Cuál es la diferencia entre tu casa y la mía?, si siempre estamos solos —expreso con frustración—. ¿O es que tienes algo que ocultar? ¿Es por eso?, ¿o porque ese es el límite de cercanía que me has impuesto?

Su forma de actuar me ha dado coraje y siento que es tiempo de exigir más. Mi pregunta es tan inesperada que me mira con los

labios entreabiertos. Se lo piensa y suelta un resoplo.

—¿Realmente tienes tantas ganas de ir?

Asiento con firmeza. Mantiene la mirada con detenimiento y de alguna manera me siento analizada.

—Solo esta vez. —Nos guía a otra calle.

¡Eso es! Me aseguraré de recordar cómo llegar.

Pasamos por un abastecimiento de comida que queda de camino y seguimos andando en un silencio perenne hasta llegar a una casa con un par de cestas en la entrada con dulces y cartas. Intuyo que han sido mujeres y me entran ganas de rechinar los dientes. Rhoan las coge, se las deja al vecino y rompe las cartas en pedazos. Arrugo mis labios para ocultar mi sonrisa.

De repente se escuchan voces y nos miramos a los ojos alertados. Rhoan abre la puerta lanzándonos dentro y cierra de golpe.

—¿Crees que nos vieron? —le pregunto nerviosa.

—No, están pasando de largo —exhala asomado por la ventana mientras nos calmamos.

Mis comisuras se elevan al respirar profundo. Todo está impregnado con su aroma. Mis ojos recorren la casa con una enorme curiosidad mientras nos quitamos los abrigos. El techo es bajo como el de la casa de sus padres pero me gusta, me da la sensación de estar en un escondite. Todo se ve pulcro. A la izquierda hay una mesa para seis personas y bajo la ventana una alacena.

Después un librero colmado y en la siguiente esquina unas escaleras de caracol. Hay una puerta abierta tras ellas en la que se ve la cocina. Después una cómoda con retratos de su familia. En la pared de la derecha hay una chimenea y frente a ella una mesa auxiliar. En medio un sofá gris claro con un sillón a un lado.

Doy pasos lentos hacia el mueble de los retratos para verlos todos. Paro frente a uno. Es él con las comisuras de sus labios un poco elevadas y sin barba cargando a una encantadora niña. Por su cabello color chocolate deduzco que es Mabli. Me quedo embelesada y, aunque mi vista está concentrada en el retrato, noto que Rhoan se acerca para mirarlo también a mi espalda. Los latidos en mi pecho se agitan.

—Tenía dieciocho —indica.

Incluso sin barba es perfecto. Me muerdo el labio.

—¿No te gusta sonreír para los retratos?

—Hasta hace poco no lo hacía mucho que digamos. El pintor me dibujó esa sonrisa porque mi madre se lo pidió.

Qué tierno. Dejo los retratos y camino hacia las escaleras pero Rhoan me coge por los hombros y me desvía a la cocina.

—Vamos a comer —me niega subir con una voz que me dice que no aceptará incluso si ruego.

Hacemos juntos la comida y gracias a las charlas de entremedio consigo hacer que regrese a la normalidad. Después de servir la mesa enciende la chimenea y nos sentamos a comer, aún sin poder

creer que estoy en su casa. ¿Alguna mujer que no sea de su familia ha pisado la misma madera que yo? Al presenciar su odio hacia las mujeres del pueblo, no hace falta preguntar. Seguro soy la primera en cruzar el marco de la puerta.

—No eres una bruja —susurra—. Eres mucho mejor Protectora que esa cazadora y eso que solo llevas un mes con nosotros.

Parece que su mente sigue enfrascada en el suceso.

—Gracias —le respondo gentil.

Lo percibo frustrado, come lento y me mira con frecuencia. Pensando en qué puedo hacer para hacerle entender que de verdad estoy bien, se le ocurre coger algunos trozos de mi comida. Lo observo pasmada cuando su tenedor se aproxima.

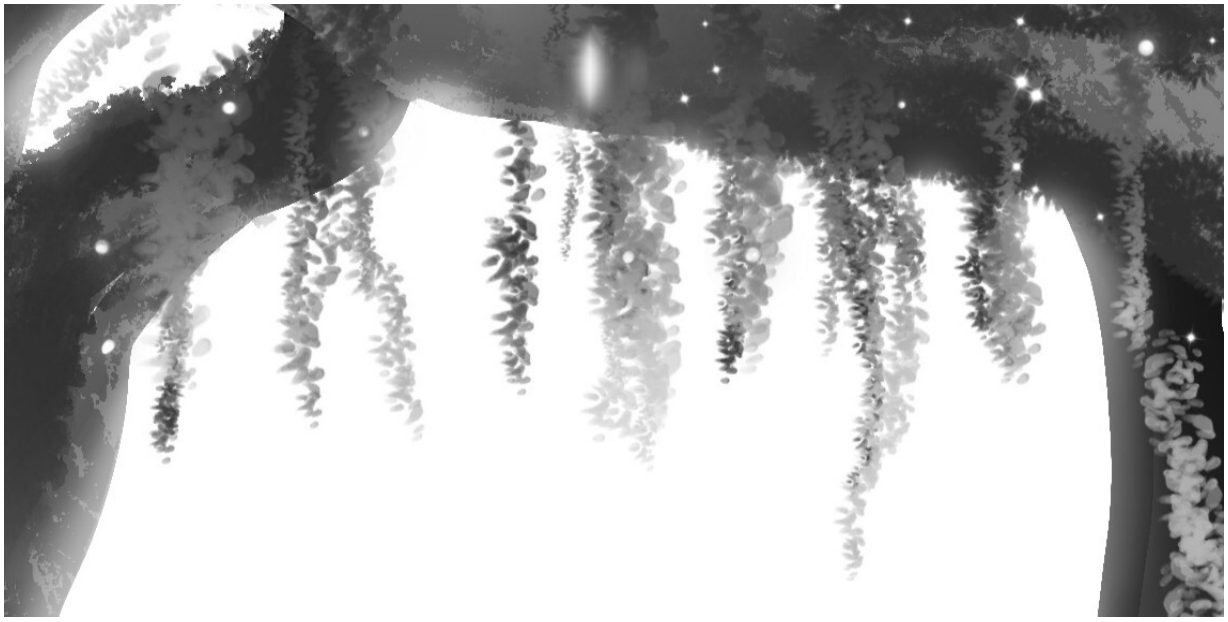
—Abre. —Se mantiene a la espera. No asimilo lo que pide—. Que abras la boca —insiste más serio.

Trago al borde de un infarto. Sus ojos grises me observan con persistencia y causan que el estómago se me revuelva. Con la mente en blanco, abro la boca y dejo que me dé de comer. El vientre me cosquillea pensando en el hecho de que el tenedor ya ha sido usado por él. Sin ser suficiente, limpia las esquinas de mi boca con su pulgar y lo lame. Me estremezco de pies a cabeza y el corazón me salta.

—¡Rhoan!

—Shh. Te sentará mal la comida —interrumpe con firmeza.

Sello mis labios y lo miro mientras él enfoca su vista en la comida, con la intención de dejarme colmada de preguntas sin respuesta. ¿En qué piensa? ¿Qué significado tiene esto? ¿Ha sido por exceso de confianza, por consolarme o por qué? Ya que no hablará, me veo obligada a permanecer en silencio también.



CAPÍTULO 27

—Mm, esto sí, esto no —murmura Macsen a medida que decide qué papeles debo llevar a las oficinas de los equipos como último recado del día. Los miro perdida en mis pensamientos, con el recuerdo en casa de Rhoan plantado en mi cabeza. Lo que hizo en la comida ha despertado un nuevo hilo de esperanza que me produce más ansias por verlo.

De repente leo unos papeles que me emocionan.

—¿Llevo esos también?

Son para el equipo Drago. Macsen me mira con sus ojos entrecerrados con tanta intensidad que me hace dudar si dije algo malo.

—Yo lo haré —dice—. Ya escuché lo que sucedió en el descanso y Rhoan necesita reflexionar.

—¿Qué tiene que ver con un recado? —Me frustro—. Rhoan solo me defendía.

—La cazadora que te insultó tendrá su castigo, pero Rhoan es un joven sensato y sabe que la violencia no es la opción. Menos entre cazadores que nos cuidamos las espaldas. Su jefe de equipo ya le debe haber dado un sermón.

Lo miro con tristeza mientras él guarda silencio peinándose la barba.

—Si hablas con él y te aseguras de que no se repita, te dejaré llevar el papel —decide y los ojos se me iluminan.

Asiento sin pensarlo.

—Lo haré, te lo prometo.

Me evalúa hasta que me lo entrega.

—Bien.

—¡Gracias!

Le sonrío satisfecha y cojo el resto de los papeles que debo llevar. Nos despedimos y salgo triunfante por las enormes puertas. Primero me encargo de los documentos de otros equipos. Macsen me ha dado las ubicaciones de sus puertas y así no tengo que dar muchas vueltas.

—Eres la hija de Garran —se queda pasmado un chico al abrir la puerta del equipo Arce.

Su cara enrojece.

—¿Lobelia Xyla? —preguntan dos mujeres y un hombre que se asoman. Retrocedo un paso sin saber qué hacer.

—¡Dejad que pase, joder!

La líder los echa para atrás con una ráfaga de aire. Después me sonríe con jovialidad. Es una mujer más o menos de la edad de Garran.

—Hola, soy la nueva asistenta de Macsen. —A ella le sonrío cortés—. Envía estos papeles.

Charlo un momento ya que me busca conversación comentándome que conocía a mis abuelos a medida que el equipo me persigue con ojos curiosos. Paso por otras tres oficinas en las que los cazadores no son tan jóvenes y son más tranquilos al conocerme. Algunos aparentan cuarenta años, por lo que son mayores que Garran. ¿Cuánto tiempo llevarán cazando brujas? Es admirable.

Entonces, la cuarta oficina.

—Lobelia Xyla —sonríe con sutileza.

Lo reconozco de inmediato por su bonita barba de leñador y la piel se me eriza al recordar lo que una vez me contó Rhoan. *Es al que le gustan las chicas jóvenes. ¿Cómo se llamaba?*

—Hola —soy cordial, con la guardia un poco alta.

—¿Estás bien?, escuché lo que ocurrió en el descanso.

Se le escucha preocupado. El hecho de que tenga cien años y le gusten de mi edad no significa que sea mala persona, ¿verdad?

—Sí, Macsen le dará un castigo a la cazadora.

Le regalo una media sonrisa.

—Bien merecido.

—¡Caradoc! ¿Quién es? —pregunta una cazadora dentro de la oficina—. Ah, eres la chica nueva.

¡Cierto! Se llama Caradoc Xyla.

—Megan, ella es Lobelia Xyla.

—Es un placer, soy Megan Aither.

—El placer es mío. Empecé a trabajar con Macsen hoy como su nueva asistenta.

—¿Te veremos a menudo por aquí? —pregunta Caradoc alzando una ceja.

—Eso parece. —Le entrego los documentos deprisa para huir al percibir interés en su voz—. Esto lo envía él.

—Muchas gracias.

—Yo los cojo. —La mujer me los quita en un abrir y cerrar de ojos. Mira a Caradoc con las comisuras levantadas y después me recorre de arriba a abajo con una cara distinta. *¿Todas las mujeres del pueblo me odian?* Esta vez a ella se le nota a leguas que le interesa Caradoc. Puedo ver que quiere que me largue, con los pies plantados a su lado hasta que la conversación se corte. *Relájate, Megan. No me gustan tan mayores.*

—Todavía me quedan algunos por entregar así que me iré. —Señalo el pasillo. Es una batalla que no me interesa ganar.

—Vale, cuídate —se despide Caradoc sin soltar el contacto visual. Es un hombre de miradas suaves.

Queda ir a la oficina del equipo Drago. Camino con una sonrisa de oreja a oreja pensando en bucle en el modo en que me alimentó. Por fin siento que he dado un enorme paso. *Quinta puerta de la segunda planta.* Tras soltar una bocanada de aire, toco la puerta. Al poco tiempo se abre y hago contacto visual con sus ojos grises. No esperaba que fuera él quien la abriera. Me mira un tanto sorprendido.

—Lobelia —pronuncia mi nombre, obligándome a soportar las ganas de suspirar.

—Hola, traigo un documento de parte de Macsen.

Echo un vistazo fugaz. La oficina está conformada por el escritorio del líder a la izquierda, un par de sillones enfrente y los otros cuatro escritorios a la derecha. Hay uno vacío para el miembro Xyla. En la pared derecha se ven estantes con muchos documentos. Paralelo a la puerta hay grandes ventanales que iluminan cada esquina. Una mesa redonda preside el centro de la habitación.

—Nuestro líder se acaba de ir. Puedes dármelo a mí.

Nuestros dedos se rozan cuando se lo extiendo. Me emociono hasta que retira el contacto en un parpadeo. Cuando nuestras

miradas se cruzan desvía la suya y algo se me clava en el corazón. Mi buen humor se esfuma.

—¿Quién es? ¡Ah, Lobelia! —Es Aron con una gran sonrisa—. ¿Ocurre algo? Te noto extraña —es perspicaz.

Rhoan retrocede.

—En absoluto, me gustó mi primer día de trabajo —ideo alargando las esquinas de mi boca con exageración.

—Hola, Lobelia —me saluda Celyn, tan sonriente como siempre —. Ya nos íbamos a casa, ¿vienes con nosotros o tienes más recados?

Miro a Rhoan que no dice nada.

—Este era el último así que os acompaño.

Esto no es nada. Si rompí el muro una vez, puedo volver a hacerlo.

Cogen sus cosas y salimos a las escaleras. Rhoan se mantiene detrás.

—¡Felicidades por trabajar con mi abuelo! —comenta Aron—. Es un viejo testarudo pero le agradaste mucho cuando te conoció.

—A mí también me agradó él.

No puedo dejar de mirar a Rhoan cada cinco segundos, luchando por encontrar el por qué de su drástico cambio de actitud.

—Oye, habrá buenos combates hoy. Celebremos tu nuevo trabajo —menciona tras salir de la Central—. ¿Quieres ir a verlos con nosotros?

—¿En dónde?

—En El Agujero —responde Celyn—. Iremos al anochecer.

Captan mi interés. Es ese lugar que llamó mi atención cuando fui por primera vez a la torre abandonada con Medi. ¿Debería aceptar esta vez?

—Yo no iré —avisa Rhoan.

El corazón se me encoge.

—¿Qué? ¡¿Cómo que no si siempre vas?! —exclama Aron atónito.

¿Es que cometí un error en su casa?, ¿dije algo incorrecto? ¿En qué estuvo pensando durante las horas después de que comimos? ¿Está arrepentido de acortar la distancia?

—Bueno, yo sí iré —Me enderezo.

A Aron y a Celyn se les pintan sonrisas en el rostro.

—¡Bien! ¡Ya era hora, señorita! —Aron se entusiasma—. Muéstrame ese mapa que siempre llevas contigo, te marcaré la ubicación.

—Sé dónde está, he caminado por allí varias veces con Medi.

—Por cierto, ¿cómo está? —pregunta Celyn.

—Cada día sonríe más bonito. Voy a pasar por su tienda ahora.

—¿Tú no tenías que recoger la chaqueta que te quemó Aron? —se pronuncia Rhoan de repente con su voz apagada.

—Esa pobre chaqueta —se ríe Aron.

—Es cierto. —Celyn alza las cejas de buen humor. Después me mira sonriente—. Parece que nos toca acompañarte.

Vuelvo la mirada a Rhoan. *En serio, ¿en qué está pensando este hombre?* Suspiro y opto por pensar en Medi, quien se sinceró conmigo, confesándome que le ha gustado Celyn desde que era una niña. Nunca la he visto frente a él. ¿Se vuelve tímida? ¿Tartamudea?

Conversamos los pocos minutos que tardamos en llegar y cuando abro la puerta está tan linda como siempre, con su cabello recogido sin esfuerzo detrás del mostrador.

—¡Hola! Perdón por venir tarde —la saludo feliz.

—Hola —primero me regala una sonrisa hasta que ve que no vengo sola. Las esquinas de su boca se tumban—. Vienes con el paquete completo.

—Ja, ja, el *paquete* —a Aron le hace gracia.

Los tres la saludan. Mis ojos pasan de Medi a Celyn una y otra vez con disimulo.

—Medi, la chaqueta del otro día… —habla Celyn en un tono muy dócil que llama mi atención, casi hasta mover mis orejas.

—Está lista —contesta impasible—. Te la traeré.

Qué mal. Es como un tronco inamovible aún con Celyn delante de ella. Mis expectativas se desmoronan. ¿De verdad le gusta?

—Te acompaño —le digo.

Ella acepta callada y la sigo al almacén dejando a Rhoan y a los otros dos. Al cerrar la puerta se apoya en la pared y se lleva la mano al pecho.

—¿Estás bien? —le susurro nerviosa.

—Sí, espera a que me calme.

Coge respiraciones profundas y largas dejándome incrédula. Segundos atrás actuó sin inmutarse pero se trataba de una fachada. Si no fuera por su estado actual, habría jurado que Celyn le es indiferente como todos los demás. Me hace preguntarme si conmigo habrá sido similar en el pasado, cuando fingía que no le interesaba ser mi amiga. Al tranquilizar su corazón, retoma a lo que vinimos.

—Macsen me avisó que empezarías a trabajar con él —busca tema de conversación para distraer la mente.

—Sí, por eso no pude venir antes, lo siento.

—No me moriré por no verte un día —comenta de vuelta a la Medi que conozco.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que extrañes a tu querida amiga?

—Una semana —contesta encontrando la chaqueta.

—Qué específica —logra hacerme reír y entonces señalo la chaqueta—. ¿No la olerás una última vez? A mí me encanta como huele Rhoan.

Golpea suave mi brazo.

—Llevo varios días con ella. Huele más a mí que a él.

Pero sí lo hizo. Esbozo una sonrisa. Salimos del almacén tras darle un momento para que se mentalice de que Celyn sigue en la tienda. Al igual que nosotras, parece que estaban cuchicheando sobre algo.

—Aquí tienes. —Medi le entrega la chaqueta.

—Gracias, se ve como nueva. —Él le sonríe de oreja a oreja—. ¿Cómo has estado?

—Normal. —Se cruza de brazos.

Es buena para mentir, me sorprende.

—¿Qué es *normal* para ti? —le pregunta Celyn en un tono feliz. Me recuerda a un perro que mueve su cola.

Mientras lucha por mantener una conversación con Medi, percibo que Aron me hace señas con los ojos. Ladeo la cabeza intentando comprender. Primero señala a Medi con el mentón y después lanza puños discretos al aire.

¿Quiere… que la golpee? Arqueo una ceja sin entender. Rhoan se acerca y me farfulla al oído.

—Que la invites hoy.

¡Ah!, ¡invitarla a El Agujero! Lanzaba puños por los combates. ¿Está loco? Por mucho que nos hayamos hecho amigas me dirá que no sin parpadear. Le hago señas de que lo haré en otra oportunidad y hace una mueca.

—Lobelia, ¿te irás con ellos? —pregunta Medi tras cortar la conversación con Celyn. Con eso insinúa que quiere que se vayan, es de los muchos métodos que aplicó conmigo en un inicio.

Rhoan sigue con esa cara seria a pesar de que se ha acercado para decirme lo que quería Aron.

—No, volveré a casa contigo —le respondo con un resoplo.

—Nos vemos en la noche, Lobelia. ¡Te encantará el lugar! —se despiden Aron y Celyn.

Rhoan permanece mirándome a los ojos.

—Te veo luego.

Asiento sin ganas de sonreír. Salen uno por uno de la tienda y noto algo que me impacta mientras Medi se da la vuelta hacia el mostrador. Solo por un breve instante, Celyn ha acercado la chaqueta a su nariz. ¿Fue mi imaginación?

—¿A dónde te han invitado?

Me siento a su lado.

—Dicen que hoy habrá combates buenos en El Agujero.

—Bien por ti, nunca has visto un combate de elementos.

Coge una prenda para coserla, libre de la tensión que le produce el hombre. Me parece que ahora formo parte de su zona de confort. Si es el caso, ¿debería intentarlo? Con ellos aquí se habría negado pero ahora me hace dudar.

—¿Si te invitara, irías? —me atrevo a decir.

Hace contacto visual, tan callada como una tumba.

—No —responde con la vista en la prenda—. Si voy contigo nadie querrá hablarte.

Al menos ya no dice que quiere estar sola.

—No todos me hablan para decir cosas bonitas —murmuro recordando a la mujer de esta mañana.

Mis palabras le hacen detenerse.

—¿Qué significa eso?

Me analiza. Mojo los labios, juego con los dedos y cojo aire. Le cuento lo que sucedió con la cazadora, con Rhoan y el hecho de que fui a su casa y tuvo un cambio abrupto de actitud. A medida que hablo, alza sus cejas y su rostro pasa por distintas expresiones.

—Así que te llamaron bruja y Rhoan es un idiota —resume y asiento—. ¿Quién te llamó así?

Se me escapa una sonrisa. Quizás una de las cosas que más me agradan de Medi es que su aire serio es similar al de Rhoan. Puedo inferir que pretende abusar de su posición como la loca del pueblo y discípula de Macsen Bedelia para traumatizar a la mujer.

—No sé su nombre y tampoco te lo diría si lo supiera. —Me cruzo de brazos—. Entonces, ¿irás conmigo o no?

Pone una mueca de molestia. Tarda en hablar, esperando a que me arrepienta y le divulgue la verdad, no obstante al poco tiempo se rinde. Ya empieza a conocerme y sabe que soy más terca que una mula.

—Esa mujer no representa al noventa y nueve por ciento de las personas de nuestra edad que quieren hablarte. Tienes talento con tu elemento, eres hermosa, carismática y te has ganado un lugar en el círculo cerrado de esos tres que hacen chillar a todas las mujeres del pueblo. Si quisieras podrías ser intocable. Yo solo te arrastraré al fango.

—Tú y el *paquete completo* sois suficientes —digo firme.

Mueve la boca a los lados y devuelve la mirada a la prenda en sus manos. *¿Lo está considerando?* Los latidos me saltan. Espero a que diga algo, cualquier cosa. Tras su incesante silencio deja ir un suspiro.

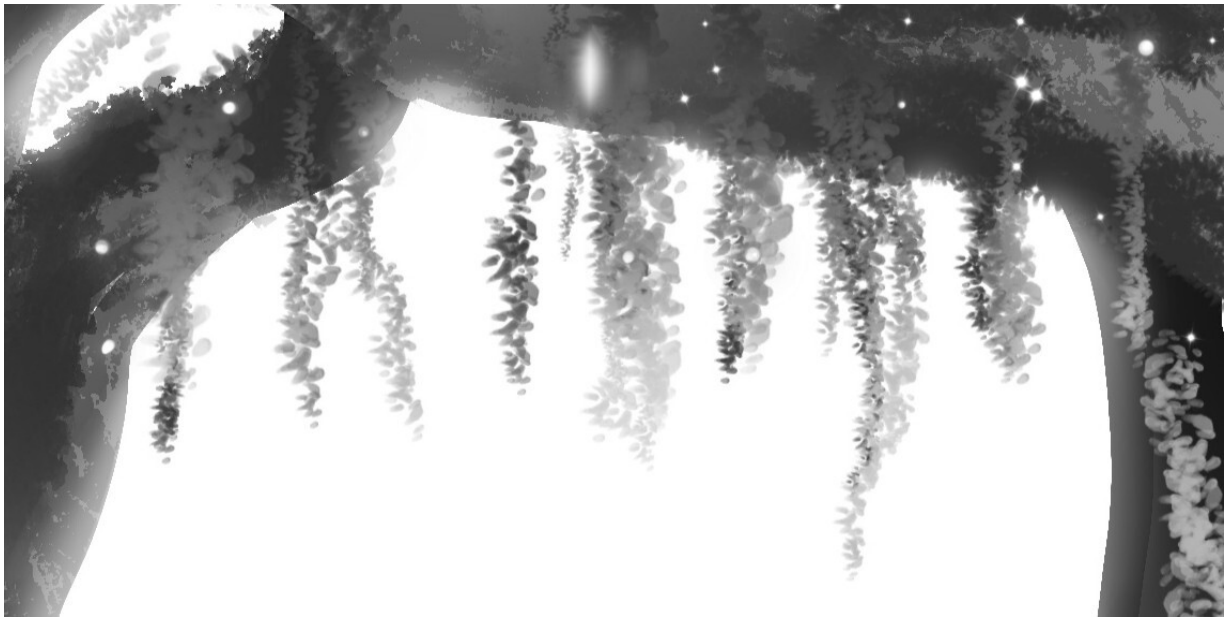
—Nunca he ido allí tampoco.

Una sonrisa deslumbrante se plasma en mi rostro.

—¡Sí! —Me echo para atrás y el taburete se inclina—. ¡Uy!

Medi me sujeta el brazo y me hace volver a mi sitio con agilidad.

—No mueras en mi tienda.



CAPÍTULO 28

—¿De verdad Medi también irá? —pregunta Garran incrédulo, con su espalda apoyada en el marco de la puerta.

—Sí, la convencí. He quedado con ella en la base de la montaña. ¿Cómo estoy?

—Deslumbrante —dice con cariño—. Siéntete orgullosa, estás cambiando a esa niña para bien.

Su respuesta me hace sonreír.

—Volveré tarde.

—Tienes permiso hasta la madrugada solo porque estarás con Medi. —Levanta un dedo—. Si se hace de día, te buscaré por todo el pueblo y pasarás vergüenza, Lobelia Xyla.

La emoción con la que pronuncia cada sílaba provoca que se me escape una risita. La idea de avergonzar a su hija le produce euforia y darle toques de queda aún más. Dudo que me quede por tanto tiempo pero me agrada la sensación de libertad.

—Y no estés a solas con ningún hombre —advierte por último.

Casi me sobresalto y me viene Rhoan a la mente. De todos modos no irá.

—Vale, nos vemos —me despido pasando a su lado. Se queda en su sitio, viéndome bajar a las escaleras.

—Hija —me llama desde arriba cuando llego a la puerta. Cuando me asomo me mira con dulzura—. Que te diviertas.

Exhalo y sonrío.

—Gracias.

Cuando la luna se alza en el cielo, las luciérnagas convierten el pueblo en un espectáculo del cual nunca me cansaré. Mi camino a la montaña se torna grato y, cuando llego al punto de encuentro, Medi ya me está esperando. Se ha puesto un lindo vestido rosa que le sienta genial pero el cabello está en su moño desordenado de siempre. Habrá sido a propósito, en un intento de permanecer en su caparazón a modo de no llamar la atención.

Por mi parte me he decidido por un vestido lila, ajustado en la parte superior hasta la cintura que cae formando unos suaves pliegues. Es cálido y no tengo la necesidad de usar muchas capas encima. Una trenza en cascada que solo recoge unos mechones

detrás me queda a la perfección al tener mi cabello ondulado natural.

—¿Por qué no pruebas a soltarlo? —sugiero—. Hoy hace frío, así también te proteges el cuello.

Lo hago por ella sin pedirle permiso.

—Para qué tanto. Tú también viniste sin bufanda —refunfuña a pesar de dejar que se lo arregle.

—Tengo un largo y espeso manto de cabello que me protege hasta los muslos así que no es lo mismo —contradigo y guarda silencio. Al verla con su lindo cabello suelto hasta los hombros, las esquinas de mis labios se levantan—. Hermosa.

Mueve la boca hacia un lado. Con su flequillo delgado partido en cortina se ve preciosa, hasta diría adorable por su baja estatura. Medi tiene un rostro hermoso y delicado que hace que su rudeza y seriedad hagan conflicto en su imagen. En mi opinión, ella es la mujer más hermosa del pueblo.

Tras ese último arreglo, entramos al sendero que nos guía hacia El Agujero. Según me dice, al sitio van personas de entre veinte y cincuenta años. Lo malo es que aún no he aprendido suficiente a diferenciar las edades en Emdor, pero sé que cincuenta se consideraría unos veintiocho en edad humana. A medida que nos acercamos nos vamos rodeando de personas que caminan en la misma dirección y nos observan asombrados.

—Última oportunidad para no estar con Mediloca —avisa.

—Cállate y camina.

Llegamos a la entrada de la cueva. Me arreglo una última vez, la reviso a ella y ambas respiramos hondo para entrar al famoso lugar. Es una piedra hueca y antigua con una amplia área de lucha a la izquierda. Solo lo había visto vacío y a la luz del día.

—Ese es El Pozo —señala Medi notando mi atención en esa zona.

Para quienes buscan el espectáculo hay un cúmulo de rocas que forman unas gradas que lo rodean, cubiertas de un musgo espeso para sentarse por largos ratos sin preocuparse por terminar doloridos. En el resto del lugar hay mesas cerca de una enorme barra a la derecha en la cual sirven tragos al menos unas diez personas. Las antorchas en apliques y los faroles que cuelgan de un extremo a otro logran convertirlo en un espacio mágico, haciéndote olvidar el frío invierno en el exterior. Los ojos me brillan cuando descubro en una esquina grandes cantidades de alcohol para beber durante toda la noche y regresar borracho hasta los talones a casa.

—¿Qué es? —le pregunto a Medi.

—Hidromiel.

Despierta mi alma fiestera dormida durante casi dos años. *Rodric me estaría mirando mal.* Se me escapa una sonrisa tenue por la emoción y me despierta la sed con ganas de saborear el dulzor de la bebida.

De pronto siento una mirada persistente que se clava hasta mis huesos. Mis ojos se desvían atraídos por la silueta en el lugar

concurrido y bullicioso y, cuando hacemos contacto visual, el corazón me late igual que el de un colibrí. *¿Rhoan? ¿No dijo que no vendría?* Está sentado en una de las piedras más altas de las gradas. No comprendo a ese hombre en absoluto. A su lado veo a Celyn y a Aron, quien se adelanta y agita sus brazos con una despampanante sonrisa para que vayamos.

—Celyn te está mirando —susurro a Medi.

—Está sorprendido, eso es todo.

—Es la hija de Garran Xyla —escucho a un hombre cerca y me paralizo, entrelazando mi brazo con el de Medi. Me viene el recuerdo de la mujer que me llamó bruja.

—La he visto en el pueblo pero siempre está con Rhoan —le responde el hombre a su lado—. Es preciosa.

—¿No se dan cuenta de que oigo todo lo que dicen?

—Están borrachos. Tranquila, no se acercarán si estás conmigo —asegura Medi.

Me entra una sensación de nervios cuando casi todos nos empiezan a escrutar con interés.

—Bueno, busquemos algo de beber y vamos con los demás.

Atravesamos la multitud jurando que nadie se nos acercará.

—¡Hola! Me llamo Seimon Aither. —Nos obstaculiza un chico con una encantadora sonrisa—. Eres Lobelia, la hija de Garran, ¿no? ¡Fue mi profesor cuando era niño!

Es alto, delgado y de rostro apuesto. Su cabello castaño claro es ondulado y voluminoso medio despeinado. Tiene ojos grandes de color azul intenso, con una mandíbula marcada, una barba de tres días y cejas espesas en forma de gancho.

—Y tú eres Medi Bedelia —la mira con interés—, nunca habíamos hablado.

—Hola —la expresión de Medi no cambia pero la noto confundida.

—Es un placer, Seimon. —Desvío su atención de ella. Dudo que esté preparada para socializar. Tras nuestra respuesta positiva, las personas aparecen una a una hasta aglomerarse una decena. Medi se ve anonadada hasta más no poder. Busco a Rhoan desde la distancia, solo está Aron.

—Hola, yo soy Prys Bedelia —otro hombre habla y asiento—. Es un placer, soy colega de Artur.

Uno de los médicos del pueblo.

—Una vez me curaste un corte en el brazo.

Recuerda Medi. Tras su respuesta deduzco que Prys sí le cae bien.

—Lo recuerdo, era una herida muy profunda —responde él con una sonrisa satisfecha—. Me alegra que estés bien.

Ella levanta un poco las comisuras. Fue buena idea invitarla, quizás no se había dado cuenta de que había personas en el pueblo que valía la pena conocer.

—Lobelia era ayudante del médico de su familia en Benmore —menciona ella.

—¿Sabes de medicina? —me pregunta Prys con sus ojos casi brillando.

—Sí, me gusta —contesto segura—. Me tocó coser heridas de los caballeros del ducado.

—Eso es increíble.

—Apuesto a que aquí debes haber curado cosas peores —río con suavidad—. Seguro que eres muy bueno.

—Ah —agita su cabello—, no es para tanto.

Incluso en la oscuridad se matiza su sonrojo. No era mi intención despertar su interés pero se ve que es un buen joven. Si lo pienso, Rhoan no ha hecho más que mantener la distancia. ¿He sido terca al enfocarme solo en él? ¿Debería conocer a otras personas? Desearía que él fuera el único para mí pero al ver su actitud conmigo quizás sea tiempo de empezar a soltarlo.

—Rhoan te enseña a combatir, ¿no? —pregunta una chica con timidez—. Me llamo Cothi Xyla.

—Dicen que te defendió de una cazadora —agrega Seimon con un humor un tanto apagado.

—Es difícil acercarse a él —menciona otro hombre que todavía no ha tenido oportunidad de decir su nombre.

¿Es tan popular que la conversación se desvía hacia él?

—Es un buen maestro —respondo.

Alguien toca mi hombro. Mi rostro se alza y mis ojos casi se desorbitan.

—Lobelia, Medi —es Rhoan junto a Celyn—, os estábamos esperando.

¿En qué momento se acercó? Los demás retroceden excepto Seimon que permanece firme.

—Estábamos hablando —saluda de mal humor mientras que Rhoan mantiene su fría expresión.

No se caen bien, deduzco al instante. Si es así, lo mejor es alejarse. No quiero que esta vez Macsen termine por castigar a Rhoan.

—Ya nos íbamos —explico nerviosa y me dirijo a Seimon—. Lo siento, hablamos en otra ocasión.

Doy un paso, el hombre coge mi muñeca y me aborda un escalofrío incómodo.

—Espera —suplica—, ¿por qué no te quedas y hablamos un poco más?

—¡Oye! —ruge Medi.

—¿Quién narices te crees para tocarla? Suéltala en este instante —lo amenaza Rhoan con una voz hostil mientras aprieta la mano de Seimon. El hombre me libera y las personas a nuestro alrededor bajan la voz. El pánico me invade. Es cierto que me ha desagradado que me toque un desconocido pero no quiero problemas.

—Discúlpate ahora mismo —habla Celyn con seriedad.

Seimon lo mira y resuella.

—Lo siento, Lobelia, no fue mi intención incomodarte —masculla.

Su disculpa no es sincera pero no tengo ni una pizca de ganas de responder y mucho menos de extender la molesta situación.

—Eso no es suficiente —gruñe Rhoan con un impulso asfixiante de molerlo a golpes.

Al borde de los nervios, recuerdo cómo conseguí erradicar su ira por la mañana e intento aplicar la misma estrategia. Me interpongo entre ambos y apoyo las manos en su pecho para alejarlo. Al sentir el toque, me mira y las cejas se le relajan.

—Rhoan, no vale la pena —le hablo en voz baja—. Por favor.

Guarda silencio.

—¿Qué coño hacéis? —aparece Aron, impaciente tras habernos estado guardando los asientos.

—Nada, vayamos a beber. —Cojo la mano de Rhoan para avanzar, cuando a mi espalda se oye un fuerte resoplo de Seimon. Rhoan permanece con sus pies enterrados en el suelo.

—¿Los rumores que escuché son ciertos? —rechista Seimon con irritación y aun así carga una sonrisa—. Dicen que te la has follado.

Mis mejillas arden hasta más no poder. Es la primera vez que escucho esa palabra pero por el tono adivino a qué se refiere.

—¡¿Quién te crees, cabrón?! —escupe Aron, de mecha corta igual que Rhoan.

—Sabemos que detestas a Rhoan, pero no tienes por qué involucrar a Lobelia en envidias infantiles —le advierte Celyn a Seimon con severidad y, por el modo en que se tensa, sé que sus palabras le han tocado la herida más que cualquier insulto.

—Ha sido así desde que el poder de Rhoan creció —cuchichea alguien.

A Seimon se le va marcando la furia en el rostro, por los borrachos que no se molestan en cerrar la boca.

—Será mejor que te largues, Seimon —lo amenaza Medi para culminar—. Ya sabemos cómo terminará esto si me terminas de cabrear, empezando por tu culo achicharrado.

Con sus palabras algunos retroceden, recordando el apodo de mi amiga. A diferencia de ellos, Seimon ríe frustrado.

—Ya sé lo que ocurre, ya que que seguís a Rhoan Adair como perros falderos —murmura señalando a Rhoan, a Aron y a Celyn—. Apuesto a que os la habéis follado entre los tres.

Mis ojos se desorbitan. Siento un movimiento a mi lado y descubro a Celyn que coge a Rhoan del antebrazo. Cuando alzo la mirada, su rostro enfurecido me eriza cada vello en el cuerpo.

—Rhoan, no —le susurro, aunque parece que ya no hay marcha atrás. En el instante en que Celyn lo suelte, sabemos a dónde irá.

—¿Qué coño has dicho? —gruñe Aron.

—Vamos, ninguno tenéis aetheris y no habéis hecho más que ser la sombra de Lobelia en el último mes —añade Seimon más leña al

fuego.

—¡Nos hicimos amigos porque la salvamos, imbécil! —exclama Aron.

Celyn le da un toque con madurez sin soltar a Rhoan y Aron gruñe.

—Seimon Aither, ¿eres consciente de lo que ocurrirá si Garran Xyla se entera de que estás difamando a la hija que acaba de encontrar? —alza la voz Celyn para que todos escuchen—. En primer lugar, ¿crees que nos atreveríamos a faltar el respeto a la querida hija del Xyla más fuerte del pueblo, quien nos puede dar una paliza a los tres al mismo tiempo?

Trago saliva tras descubrir el porqué de la popularidad de mi padre y la razón por la que muchos hinchan el pecho y casi presumen cuando dicen que fue su maestro. Seimon calla un momento, los que dudaban cambian la cara y un silencio mortífero se impone en la inmensa cueva. Solo entonces caigo en cuenta de que cada persona presente está muda y con su atención plena en la discusión.

—Es cierto, ¿qué estúpido lo haría? —farfulla alguien y las cartas se dan vuelta a nuestro favor. Celyn es de las personas más elocuentes que he conocido.

—Además, los líderes están velando por ella al ser un caso especial —susurra otro—. En especial Macsen Bedelia.

Pensando que por fin se acabó y Seimon se irá, se le cierne una sonrisa que me incomoda.

—Oye, Lobelia, sabes que no fue mi intención decir nada que te ofendiera. ¿Difamarte? Ni de coña lo haría, quiero llevarme muy bien contigo. ¿Quién no? —Su sonrisa se estira y me entran unas ganas espeluznantes de cubrirme el cuerpo—. ¿Por qué no dejas de lado a estos soberbios y nos vamos a otra taberna para empezar de cero? Tú y yo podríamos *divertirnos*.

Su sucia mirada me asquea en el momento en que se moja los labios. La conversación desaparece cuando un puñetazo despega al rostro de Seimon y la espalda de Rhoan se planta frente a mí igual que una montaña. La cara del hombre casi da la vuelta.

—¡Joder! —La sangre baña sus dientes al tiempo que se soba la mejilla—. ¡¿Qué mierda te pasa?!

—Bien merecido —lo apoya Medi al instante y Aron suelta un resoplo de risa. Por la expresión de Celyn deduzco que lo soltó adrede.

Seimon se abalanza sobre Rhoan pero las personas detrás de él lo cogen.

—¡Soltadme! ¡Alguien tiene que bajar del maldito pedestal a este cabrón! —está iracundo.

—¿Y pretendes hacerlo tú? —murmura Rhoan con una risa burlona al tiempo que lo mira de menos—. Vale, tengamos un duelo *amistoso* a ver si puedes.

Lo observa de un modo para nada amistoso. Trato de interrumpir cuando Medi me coge el brazo.

—Deja que lo haga o esto se hará interminable —susurra.

Me restriego las manos en la cara. No ha pasado ni un día en que Rhoan ha buscado pelea por mi culpa y ahora esto.

—¿Tú qué dices, Seimon? —le pregunta Celyn.

—Acepto el duelo —Seimon se deja llevar por la hostilidad con ganas de devolverle el golpe. Rhoan extiende su brazo hacia El Pozo.

—Después de ti. —Ladea la cabeza y alza sus cejas. Seimon rechina los dientes y camina. Solo entonces Rhoan mueve sus pies.

—¡Oye, Macsen advirtió que no causaras más peleas! —chillo en susurros siguiéndolo. Obviamente no me perderé ese combate. Soy en parte responsable y quiero estar en primera fila.

—¿Y dejar pasar las asquerosidades que insinuó? —Su molestia aumenta por mi regaño.

—¡Había maneras! ¡No teníamos que llegar a esto!

—Calla o terminaré matando a ese cabrón —suelta con un humor de perros.

Dejo ir un suspiro de frustración. En la entrada de El Pozo permanecemos en silencio. Está ciego en su enfado.

—¿Por qué? —murmuro y hace contacto visual—. ¿Por qué me defiendes a muerte? ¿Por qué haces todo esto por mí? ¿Después volverás a evitarme?

Se le nota en la mirada que lo he tomado por sorpresa. La desvía al poco tiempo e ignora con descaro mi pregunta mientras se quita el abrigo y me lo entrega.

—¡Rhoan! —le exijo una respuesta.

Se guarda las palabras y entra a El Pozo. No me queda de otra que gruñir, admirando su amplia espalda lista para pelear.

El silencio en el espacio hueco es perenne. Más de una mujer se lleva las manos al pecho cuando Rhoan se detiene en el centro y se recoge las mangas de la camisa, dejando ver sus perfectos antebrazos. Parecen querer arrancarse el corazón y regalárselo. Me hacen expandir las aletas de la nariz con irritación. Se posicionan uno enfrente del otro a una gran distancia sin perderse de vista. Se miran con odio.

—No te preocupes, Rhoan va a ganar. —Se acerca Aron con Celyn y Medi.

Noto el temblor en la pierna mientras abrazo con una fuerza descomunal el abrigo de Rhoan.

—No estoy preocupada.

Sueltan una risita y nos quedamos en silencio. Mi primera vez como espectadora de un combate de elementos y será de Rhoan. Por un segundo mira a Seimon con una expresión determinada y feroz. Su aire serio y sus ganas de destrozarlo le sirven como seducción para hacerme suspirar. Subo los brazos con discreción

para olfatear su abrigo. Pestañeo con lentitud, al roce de voltear los ojos por la satisfacción.

—¡Comenzad! —aclama la persona encargada.

En menos de un segundo Seimon corre hacia él y Rhoan inunda el suelo ralentizando su movimiento sin dar un paso. En un instante El Pozo se convierte en un charco gigante de lodo.

—Yo me levantaría y correría en el aire con mi poder —susurra Celyn.

—No todos tienen tu coordinación —le responde Aron.

En vez de tener una reacción hábil como dicen, Seimon le dirige una ráfaga a Rhoan para tumbarlo. Rhoan la esquiva como si nada, balanceándose hacia un lado. Crea una ola enorme hacia él mientras utiliza el agua en el suelo para patinar acercándose en un parpadeo. Me parece impresionante que pueda hacer tantas cosas a la vez. A mí todavía me cuesta crear un árbol y una roca al mismo tiempo.

Seimon parte la ola en dos con otra ráfaga de aire. Los dos se quedan frente a frente. Le lanza un puñetazo a Rhoan, sin embargo él se agacha y lo esquiva. En un instante Rhoan forma una L con su mano y lo golpea en la tráquea. Es tan veloz que abro los ojos impactada. Seimon suelta un quejido y todos hacemos la misma mueca de dolor. Se ve obligado a retroceder en el lapso en que se coge el cuello y tose. Intenta permanecer concentrado y crea alrededor de Rhoan un tornado para perderse de su vista y recuperarse. En respuesta, Rhoan forma un torbellino de agua de un

tamaño que me roba el aliento, llegando hasta el techo. Se apodera de cualquier intento de defensa de Seimon. Desde dentro aparece su silueta deslizándose hacia Seimon a una velocidad difícil de seguir. Tras recuperarse un poco, el hombre se prepara para recibirlo. El rostro de Rhoan es frío, calculador y sin una pizca de duda de que ganará. Cuando alcanza a Seimon le lanza un puñetazo a la cara. Él se cubre con ambos brazos y Rhoan pareciera haberlo planeado ya que se agacha y le suelta otro en el estómago impulsado con su poder. Se escucha el impacto.

—Joder, le removió los órganos —apuesta Aron.

Molido, Seimon se abraza a sí mismo en reflejo. Cuando se inclina hacia delante queda con la cabeza al nivel de Rhoan, quien extiende su mano cogiéndole la cara como lo haría con una pelota. Golpea con su pierna uno de los pies juntos de Seimon y le hace tropezar hacia atrás. Se produce un ruido sordo tras su terrible y humillante caída de espaldas pegando la cabeza al suelo. Seimon queda inconsciente y El Agujero entero se hunde en un silencio de admiración. *¿Sigue vivo?* Por lo que sé, los hijos de Emdor a diferencia de las brujas, curan sus heridas y enfermedades con mayor rapidez. Hay dos casos en los que hay que tener precaución: Las heridas causadas por otro hijo de Emdor y las causadas por una bruja. Seimon tardará en recuperarse.

Ha sido un duelo corto e hipnotizante.

—¡Oh mierda! —se escucha a alguien del público y al fin todos vitorean a Rhoan contagiados por la euforia.

—Duró más de lo que pensaba —murmura Celyn, acostumbrado a verlo pelear y con enemigos veinte veces más peligrosos.

—Así de cabreado habrá estado Rhoan. Alargó la humillación —responde Aron.

Unas personas entran a El Pozo y se acercan a Seimon para ayudarlo a despertar aunque están emocionados. No reacciona pero sí respira. Rhoan mira a los lados buscando algo, me encuentra entre el público agitado y aprieto su abrigo. Quiero pensar que me busca no solo por nuestra amistad o porque guardo su prenda sino por algo más. Hacemos contacto visual y las mariposas revolotean a un ritmo demencial en mi estómago. Solo por esta vez no le pediré explicaciones. Prefiero disfrutar del momento, del hecho de que ha protegido mi honor. Termina de aproximarse relajado después del combate hasta detenerse frente a mí.

—¿Aprendiste algo?

—A no seguir juntando los pies. —Hincho los labios y gracias a mi respuesta se le cierne una sonrisa.

—Muy bien, sabía que lo notarías —me elogia.

—Amigo, te luciste. —Aron le da una palmada en el brazo y desvía su atención de mí—. Ni siquiera usaste el hielo.

—Lo dejaste inconsciente, ¿era necesario? —Celyn se ríe.

Medi permanece en silencio, se ve satisfecha por la paliza que ha recibido Seimon.

—Suavicé la caída —responde Rhoan—, debe haberse desmayado del susto.

—Tu abrigo —le recuerdo y se lo extiendo, despidiéndome con la mirada de su fragante prenda.

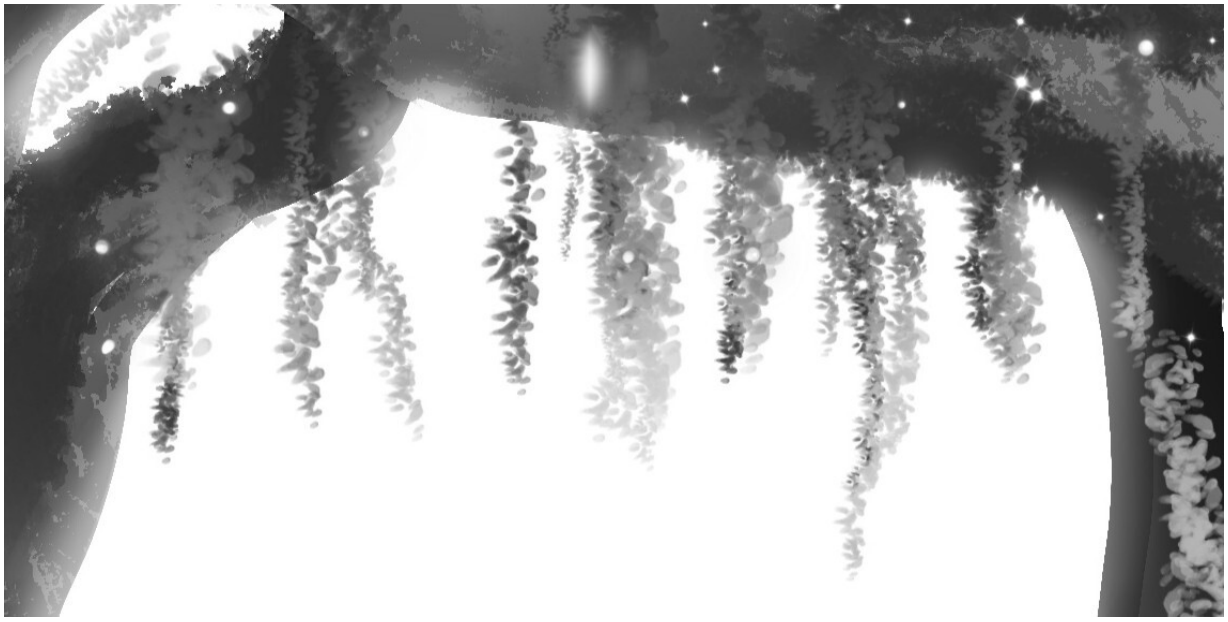
—Úsalo —ofrece—. Tengo calor y tú viniste poco abrigada.

Mi rostro hierve.

—Te lo devolveré después. —Muero por echarme aire a la cara—. ¿Ahora podemos sentarnos a beber?

Su olor me invade en el segundo en que me envuelvo con el abrigo y lucho por no pegar la nariz al cuello.

—Tan fiestera, ¡me encanta tu espíritu! —se anima Aron.



CAPÍTULO 29

Buscamos un lugar en las gradas después de haber conseguido alcohol. Nos sentamos preparados para mirar los próximos combates. Con Rhoan a mi derecha y Medi a mi izquierda me decido a olvidar el primer mal rato y empezar de cero.

—Estás hermosa, Medi —la halaga Celyn a su lado—. Hace mucho que no te veía con el cabello suelto.

Ella mira al frente.

—Gracias.

Puedo imaginármela al borde del colapso.

—Hagamos un brindis —sugiere Aron mientras levanta su jarra —. Por los nuevos amigos.

La expresión tímida de Medi me motiva a sonreír. Estoy segura de que el brindis de Aron es por ella.

—¡Por los nuevos amigos! —Chocamos nuestras jarras, salpicando un poco entre risas. Rhoan se asegura de que no nos caiga encima. Pruebo la hidromiel y de inmediato cierro los ojos con un suspiro. Es la mejor que he probado en mi vida.

—¡Miradlo!, ¡ahora está reaccionando! —exclama Aron incrédulo entre carcajadas. A la distancia avistamos a Seimon que por fin abre los ojos. Se ve en shock y derrotado.

—Te está mirando —me dice Celyn.

Resoplo cansada y dirijo la mirada al hombre con seriedad. Haya recibido una paliza o no, ha soltado puros improperios en lo poco que lo he conocido y espero que comprenda que no quiero saber de él. Observo a Rhoan por el rabillo del ojo y descubro otra vez su expresión mortal.

—No sigas —le pido—. Ya hubo suficiente conflicto por hoy.

—Suficiente habría sido cortarle la mano —responde entre dientes.

—En eso estoy de acuerdo. Si Rhoan no lo hubiera golpeado cuando lo hizo, le habría quemado el pelo —menciona Medi.

—Sin embargo, parece que el combate fue suficiente para llamar la atención —Aron alza las cejas señalando a un sitio con picardía.

Mi estómago se revuelve al seguir su mirada hacia un grupo de mujeres que observa a Rhoan de arriba a abajo cuchicheando muy

sonrientes. Cuando les dirige la mirada se alborotan. Mojo los labios en la bebida y aguanto los celos.

—Ah, ahora me están mirando a mí —tararea Aron.

—Porque saben que tú sí irás —contesta Celyn.

—Son ellas quienes me buscan. —Se encoge de hombros—. Pero esta vez me abstendré, tengo nuevas amigas. ¿No es así, Medi?

Ella voltea sus ojos mientras los demás sonreímos.

—¿Nunca has tenido nada formal? —le pregunto a Aron, aprovechando que ha salido el tema y nunca hemos hablado de eso.

—Me gusta vivir el momento.

—Es la primera vez que tiene un amigo mujeriego —menciona Medi—. En Blackriver la cuidaban como si fuese de cristal.

—¡Oye! —le doy un golpe suave, avergonzada.

—¡Una princesa debe ser inocente! O eso dicen —Aron levanta un dedo—. ¿Es verdad?

—No solo una princesa sino cualquier dama noble soltera —le corrijo con las mejillas sonrojadas.

—Qué bueno que aquí no somos *damas nobles* —comenta Medi.

En eso Celyn deja de sonreír.

—¿Por qué lo dices? —le pregunta—. ¿Cuánto sabes tú?

Ella lo mira en silencio.

—Solo lo digo por lo que he escuchado.

Celyn se limita a dar un trago a su bebida. Rhoan, Aron y yo permanecemos mudos, intentando que nuestra presencia sea

etérea. No obstante, tras el silencio de Celyn que podría malinterpretarse, Medi gruñe.

—¿Por qué no me crees?

No tenemos espacio en la conversación para detenerlos y, para ser honesta, ¿quiero hacerlo? La situación es interesante. Si no me equivoco, debe ser la primera vez que hablan tanto desde que Medi lo alejó de su vida.

—No he dicho nada.

Se defiende él pero Medi no está convencida.

—¿Qué podría saber más que por palabras? —explica ella—. ¿Quién querría estar con *Mediloca*?

Solo entonces Celyn la mira con otra cara y guarda silencio para después volver a centrarse en su bebida.

—No te conocen de verdad. No pronuncies ese estúpido apodo de nuevo —se limita a decir.

Su cara es triste y a la vez noto otro sentimiento oculto que resurge de sus ojos. Los ojos se me abren hacia otro lado para disimular la sorpresa al caer en cuenta, encontrándome con la mirada de Rhoan. Le susurro con la boca tapada.

—¿A Celyn le gusta Medi?

Traga saliva y se moja los labios. Me habla al oído.

—Está loco por ella.



Demonios, esta hidromiel es muy fuerte, descubro tras tres jarras enteras que me han llevado a sentir todo el cuerpo adormecido. Hacía años que el alcohol no me afectaba así. Debería irme a casa pero me niego a perder la compañía del hombre a mi derecha.

Pensando en eso, Medi se levanta de su sitio.

—Quiero ver las peleas de cerca. —Tiene una mirada decidida aunque su tambaleo es notorio al estar tan ebria como yo. Celyn deja su asiento.

—Yo también quiero. —La sigue como un cachorro adiestrado.

—Lobelia, ¿vienes? —me pregunta ella.

—Lo veré desde aquí.

No quiero arruinar su oportunidad.

Hace una mueca y se va con Celyn. Hago contacto visual con Rhoan y me mantengo pensativa. Su mente parece concentrada en algo y preferimos dejarnos llevar por el cómodo silencio. Admiro el ambiente ruidoso y la vista que tenemos. Aron desapareció, dijo que no lo haría pero se ha quedado con el grupo de mujeres que llevaba rato llamándolo con la mirada así que estoy sola con Rhoan.

—Tengo un secreto muy importante —susurro.

—Te escucho.

Sin duda me gana por mejor resistencia al alcohol.

—Estoy muy borracha.

—Eso no es un secreto, lo noté desde que empezaste a tener hipo hace como media hora.

Hincho mis labios. Nos distraemos cuando pasa cerca un hombre con una bandeja colmada de jarras. Rhoan lo llama y coge una, dejando la que tiene vacía.

—Yo también quiero —le pido.

—Es la última —advierte entregándomela.

No reclamo, sé que estoy bastante borracha y debería irme pronto.

—¡Hola!, me llamo Harley Xyla —me saluda el hombre con la bandeja.

—Es un placer, Harley, soy Lobelia. —Le sonrío. Estoy muy ebria para mantener la guardia alta.

—Te vi cuando llegaste, vaya entrada, ja, ja. ¿Es tu primera vez en El Agujero?

—Sí, me está encantando —respondo con entusiasmo.

—¡Eso es genial! Puedes venir cuando quieras, y si preguntas por mí en la barra te enseñaré algunos trucos para beber con tu magia—

—Tienes gente esperando —lo interrumpe Rhoan en un tono aburrido. Mira al hombre como si estuviese harto de escucharlo hablar.

—Ah, s-sí, debo emborrachar a la gente. ¡Te veo en otra ocasión, Lobelia!

Se esfuma y fulmino a Rhoan con la mirada.

—¿Por qué hiciste eso?

Bebe un sorbo sin una pizca de duda.

—Harley es un buen chico pero estás borracha, Lobelia. Mientras estés en este estado, soy tu guardián.

Guardo silencio y omito su respuesta. Prefiero mi fantasía en la que aseguro que lo ha ahuyentado por celos. Le gruño y clavo la barbilla en su hombro. Su rostro está muy cerca.

—¿Qué haces? —Me ve por el rabillo del ojo.

—Ya sabes, estoy borracha —me excuso—. La cabeza me pesa.

Bebe sin alejarme.

—Sí, por eso no debo dejar que nadie se te acerque —murmura, con seguridad refiriéndose a Harley.

—¿Nadie?, ¿o solo los hombres?

—Los hombres son más peligrosos para ti —aclara.

—¿Por qué? —sondeo sin separar el mentón de su hombro.

—Porque eres atractiva y ya viste cómo se lanzaron cuando diste un paso dentro de El Agujero. Estando ebria eres como un ciervo en una cueva de lobos —da su explicación convencido de que tiene razón y un latido me hace reaccionar, quedándome con una parte de su frase.

—¿Crees que soy… atractiva?

—No estoy ciego, Lobelia Xyla.

Mantengo el silencio, levantando las comisuras hasta formarse una sonrisa radiante. Solo entonces le dejo seguir divagando en lo que sea que está pensando, admirando su perfil. Los minutos pasan y permanezco en la misma posición, tan quieta como una estatua. Podría darle un beso en la mejilla culpando al alcohol, sin embargo es mejor controlarme porque un acto inocente como ese no será suficiente. ¿Qué me haría con ese cuerpo fornido y esos fuertes hombros y brazos? ¿En dónde empezaría a tocarme? ¿Qué tan suaves se sentirían sus labios sobre mi piel? Abro la boca con sutileza y parpadeo lento.

—Rhoan —expulso sin pensar. Se ha escuchado como mis jadeos en la bañera.

Su rostro se tensa.

—¿Qué? —pregunta sin poder girarse del todo. Si lo hace, su respiración caerá en mi boca. El movimiento de su mandíbula me motiva a separar la barbilla de su hombro y tocar su barba. Con eso logra girarse y verme a los ojos.

—Tu nombre es bonito, Rhoan. —Juego con la sensación en las yemas de los dedos—. Rhoan, Rhoan… ¿Quieres saber qué me gusta de ti?

Mis dedos se dirigen a su boca. No sé por qué me deja hacer lo que me da la gana. Puedo sentir su respiración en mi mano, me

inspira a parpadear con lentitud sin dejar de verlos. Con el corazón a mil, me inclino a su oído.

—Me gusta todo —susurro y retrocedo para volver a ver sus ojos con atrevimiento. Percibo por mi dedo en sus labios que su respiración se acelera con desquicio. Nos miramos a los ojos en un caluroso ambiente.

—¡Sí!, ¡así se hace! —alguien grita por el combate en desarrollo. Nos sobresaltamos y observamos a la multitud concentrada.

Nuestro silencio se tensa hasta que Rhoan se pone en pie y vacía su jarra.

—Te llevaré a casa.

—No quiero irme todavía.

—Nos vamos *ahora*, Lobelia.

—Dije que no —defiendo mi decisión mirándolo desafiante.

Coge mi brazo.

—No te pedía permiso.

—¡No! ¡Me quiero quedar! —gimoteo a medida que soy arrastrada por él. Para mi pesar nadie nos presta atención por la entretenida pelea. Los gritos de exaltación opacan mis quejas por tanto a Rhoan le es sencillo llevarme a la fuerza—. ¡No me he despedido de Medi!

Consigo que se detenga. Me observa malhumorado.

—Dices adiós y salimos de aquí —demanda para empeorar mi frustración.

Es fácil encontrarla por el cabello dorado de Celyn. Está enfocada en la pelea del ring mientras que él la observa *a ella*. Su aire cariñoso aligera mi rabia y me hace recapacitar un poco. Es cierto que estoy demasiado borracha, no quiero arriesgarme a hacer el ridículo con alguno de los usuales lloriqueos que soltaba con mi hermano en Blackriver. *Vale, me iré*, concluyo con un suspiro.

—Nosotros nos vamos —les avisa Rhoan.

—Ah, está bien —responde Medi con una linda sonrisa—. ¡Follad dur—

Celyn cubre su boca y ella suelta una carcajada entre su mano.

—Yo la cuidaré, no te preocupes —dice él.

Es la primera vez que la veo tan animada. Está en buenas manos. En la salida, aceptando la guía de Rhoan, por fin logramos sentir el aire gélido y la nieve bajo nuestros pies. Hace mucho frío.

—¿Tú estás bien? —le pregunto con un ligero tambaleo—. Está nevando, ¿no quieres tu abrigo?

—Nunca he sido de pasar frío.

Al ver su expresión segura dejo de insistir. Antes de caminar a casa el alcohol me hace entrelazar mi brazo al suyo, igual que lo haría una pareja.

—No me sueltes. —Le regalo una sonrisa divertida—. Si me caigo será tu culpa.

Parpadea lento y se conforma con resoplar. Incluso me parece ver un pellizco de sonrisa. Bajamos con cuidado la montaña, a

menudo me inclino a los lados pero vuelvo a mi sitio gracias al agarre de Rhoan. Cuando llegamos a las primeras calles, me empieza a contaminar la ansiedad. De verdad me está llevando a casa sin más, cuando lo que deseo en realidad es seguir estando con él. Sopeso mis opciones hasta que suelto su brazo y cambio de dirección.

—¿A dónde vas?

—Con Emdor —respondo traviesa—. ¡La noche apenas comienza!

—Lobelia Xyla, ven aquí. —Se cruza de brazos.

—Solo será un rato. —Le lanzo una mirada de cachorro triste.

—He dicho que no. —Me pone presión caminando en dirección a casa.

Me mantengo de pie, apretando los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas de las manos. La rabia se apodera de mí, quizás es esa parte de mi alma ahogada en la impotencia ya que este hombre no deja de evitar cualquier oportunidad que tengo para cortejarlo, expresarle mis sentimientos o estar a solas como ahora. Lo observo hasta que le doy la espalda y sigo andando hacia Emdor. Al poco tiempo escucho sus pasos detenerse sobre la nieve. Mi corazón corre y algo me dice que acelere el paso.

—Serás testaruda, mujer.

Corro, no obstante me alcanza en un parpadeo y cuando me doy cuenta estoy en el aire, con la cabeza a su espalda.

—¡Bájame! —exijo pero no responde, caminando con confianza. Empiezo a golpearlo—. ¡Que me bajes en este instante, *cabrón*!

—La vulgaridad no combina contigo, *princesa*. Te soltaré si me dejas llevarte a casa —contesta firme—. Debes hacerme caso.

—¡¿Por qué lo haría?!

—Porque soy tu guardián. —No se detiene.

—¡Nunca acepté algo así!

—No necesito tu permiso, soy tu maestro y debo hacerme responsable de ti cuando no estás con tu padre.

—¡¿Ahora dices eso?! ¡Para empezar, se suponía que no vendrías! —despotrico.

—Y menos mal que lo hice —sigue con astucia—, ahora hazme caso.

Pienso un momento.

—¿Solo me cuidas porque eres mi maestro? —murmuro.

—Y porque soy tu amigo.

—¿Nada más?

Me ignora. Otra vez con lo mismo, arrastrándome a la deriva. Me hundo en el silencio, observando el suelo y sus piernas moviéndose. Algo me posee, me inunda por dentro calentando las cuencas de los ojos hasta convertirlos en agua a un suspiro de desbordarse. Cientos de pensamientos negativos se mezclan con los efectos del alcohol. Mis lágrimas empiezan a caer, sorbo mi nariz y no me molesto en ocultar mis gemidos de tristeza. Rhoan se detiene en seco al darse

cuenta. Cuando me baja con cautela y me ve los ojos, lo noto confundido y anonadado.

—Lobelia… —su voz es suave.

Abro la boca, titubeante y con las palabras aguantadas entre espinas que desgarran mi garganta.

—Estoy harta —susurro.

—¿Harta de qué? —pregunta—, ¿de que te cargue así? ¿Quieres que te lleve a caballito?

Niego al borde de la irritación por la facilidad con la que concluye que el motivo de mis lágrimas es tan sencillo. Ojalá fuese así. Lo miro directo a los ojos, con el sufrimiento y la desilusión acumulada.

—*Tú* me tienes harta. —Mueve su cabeza perplejo, entonces estallo y le doy un empujón—. ¡Si me vas a rechazar, hazlo de una vez! ¡Deja de huir y solo dime que no te gusto y ya! ¡Basta de ilusionarme en vano!, ¡de que juegues con mi corazón como si fuese irrompible cuando no lo es, por Dios santo!

Se pasma sin palabras. Con eso el silencio perdura una eternidad, cargado de mis sentimientos agobiantes.

—Me haces daño, Rhoan —sollozo—. Me mantienes con la herida abierta sin dejar que me desangre o cicatrice.

Sus labios se mueven, formulando lo que quiere decir. En parte es por causa de la hidromiel, sin embargo solo ha sido un escalón menos que me ha llevado al colapso.

—¿Qué me falta para ganarme tu corazón?, ¿aunque sea un rincón temporal hasta que uno de los dos conozca a su aetheris? —expreso con el corazón en mano rogando por migajas—. ¿Cómo estás tan seguro de que no soy esa persona? Porque yo… no he parado de pensarte desde que te conocí, de sentir que eres el único para mí. ¿Sabes cuán doloroso es que sigas ignorando mis sentimientos? ¡Por favor, rompe mi corazón o quédatelo para siempre!, ¡solo haz algo! ¡He esperado por ti casi dos años!

Su respiración se vuelve un caos y da un paso cuando de la nada escuchamos un aleteo sobre nosotros. El susto hace que me despierte un poco de mi estado ebrio que no ha hecho más que causarme problemas. Es un halcón peregrino, son animales salvajes pero colaboran con los Protectores. Este es su territorio y ayudan al equipo Drago a enviar mensajes en Benmore. El que ha venido esta vez es Fionn, su pareja se llama Dara y es más grande. Rhoan extiende su brazo y deja que se pose en él. Tiene un mensaje atado. Me mira con seriedad.

—¿Qué sucede? —pregunto secando mis lágrimas.

—Es una cinta roja, significa que es urgente —contesta desatando el mensaje. Lo desenrolla, lo abre y a los pocos segundos de empezar a leer el rostro se le oscurece.

—¿Qué es? —me preocupo.

Cuando termina, lo dobla y acaricia a Fionn.

—Gracias —le dice antes de levantar el brazo para que se alce en vuelo. Antes de que termine de partir, Rhoan dobla el mensaje, lo guarda y retoma su intención de llevarme a casa—. Vamos, mañana no habrá entrenamiento.

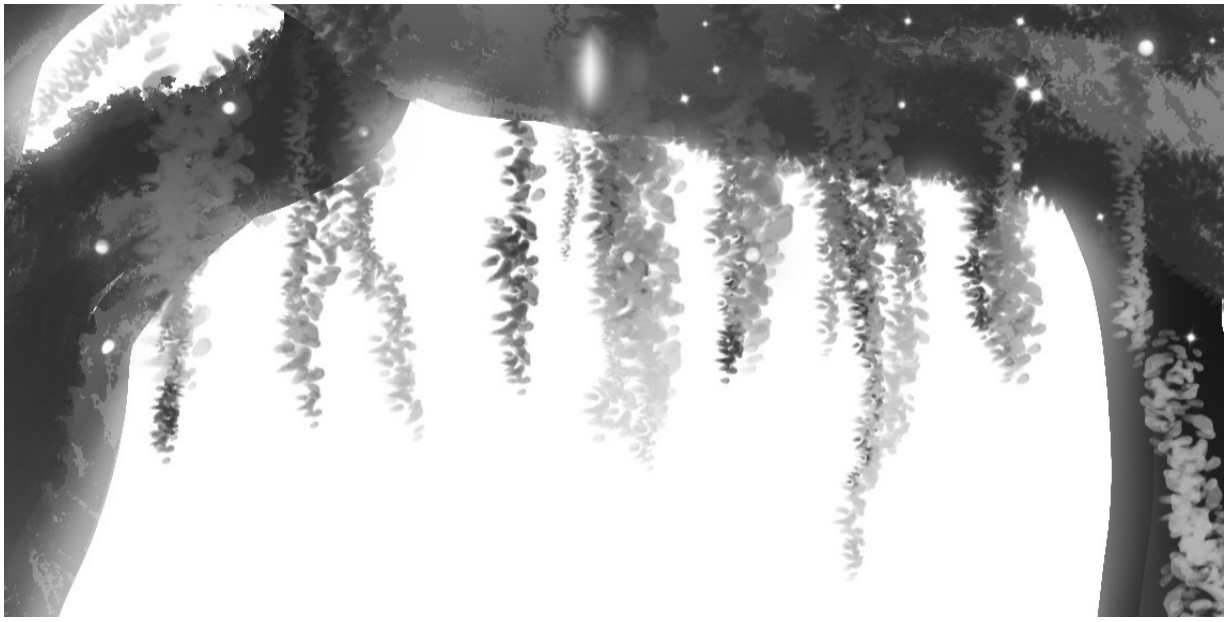
—¿Por qué? —murmuro.

Su mirada cambia, a un centímetro de pedirme disculpas por algo.

—Han encontrado un aquelarre en Blackriver otra vez, salimos mañana por la tarde. Debo prepararme.

La sangre se me va del rostro. Solo ha pasado un mes desde que me salvó y correrá peligro otra vez por unas brujas que merodean en mi amado antiguo hogar.

Abrumada por el miedo de que tanto él como mi familia estén en peligro, asiento y la conversación de antes se queda en el doloroso olvido.



CAPÍTULO 30

Despierto al amanecer por costumbre, con el ánimo por el suelo y el estrés por las nubes. ¿Qué iba a responder Rhoan? ¿Me iba a rechazar? ¿Debo agradecer que Fionn lo interrumpió? Llevo una eternidad con la mirada centrada en el techo. *Es temprano, debería volver a dormir*, concluyo cerrando los ojos.

Al filo de quedarme dormida, pego un brinco con el corazón a mil. *¡Demonios!* Estoy frustrada, ansiosa y con miedo de que suceda algo malo en esa misión. Si tan solo Rhoan me hubiese aceptado ayer, le habría dado una despedida larga y… apasionada. Trago saliva con las fantasías irrefrenables contaminando mi mente. Esas que me habría gustado hacer realidad ayer. Estaba ebria pero mi

cortejo era consciente. Esperaba que al menos algo de mí se quedara con él, aquello que me enseñaron como noble princesa a proteger como mi más preciado bien: mi pureza.

Muevo los ojos hacia la ventana, veo que ya ha salido el sol. *Ayer no lo hice, quizás por eso también estoy tensa*, intuyo mordiéndome el labio. Si no voy a seguir dormida, pues entonces es un buen momento.

Levanto los glúteos y hago crecer una capa de musgo densa que servirá de esponja. He aprendido de un mal modo que dentro de la bañera es distinto que fuera. Me acuesto otra vez y bajo una mano hacia *ese* lugar. Muevo los dedos con suavidad. En un principio sigo poseída por mi inquietud hasta que el contacto con esa zona de placer me fragmenta la respiración. Mis gemidos salen en silencio, me estremezco elevando la parte inferior repetidas veces con los labios temblorosos anhelando los suyos.

Siento que el cuerpo arde y mi mente divaga, tentada a meterme algo dentro. Nunca lo he hecho ya que temo quitarme la pureza yo misma sin querer. Una pureza que ya tiene nombre y deseo que él quiera reclamar. El pecho me quema y mis piernas sufren espasmos, levantando las caderas como si alguien las empujase desde abajo. Cierro los ojos a punto de conseguirlo.

—Rhoan… —gimo su nombre casi muda y escucho un toque en mi puerta—. ¡Ay! —Un sobresalto salvaje me separa del colchón y

me hace sentarme cubriéndome con el edredón. La puerta se abre un instante después.

—¡¿Estás bien?!

Mis ojos se expanden atónita.

—¿R-Rhoan?

Me voy a desmayar. Dejadme morir aquí.

Nos miramos el uno al otro, ambos agitados. Veo que traga sin palabras y reacciono. Cojo la almohada y la lanzo con la fuerza de un titán.

—¡Fuera! —chillo.

Cierra la puerta a tiempo y la almohada impacta contra ella. Agarro el cuello del camisón en un puño sin darme cuenta de que es la mano llena de fluidos. En mi impulso por cubrirme con las sábanas también las he manchado. *¡Mierda!* El corazón me golpea el pecho. *¡¿Qué hace aquí este hombre?! ¡¿Por qué tiene que venir en este preciso momento?!* Me apresuro a la palangana, colgando el jarro a una rama que va inclinándolo con mi poder para que el agua caiga a la jofaina.

—¿Todo bien arriba? —se oye a Garran dudoso desde las escaleras.

—Sí, sí —le contesta Rhoan, hace una pausa y me murmura al otro lado de la puerta—. Lo siento, escuché tu grito y me asusté.

—S-Solo me sorprendí un poco. ¿No dijiste que no habría entrenamiento? —respondo, limpiándome la entrepierna. La pobre

ha quedado con las ganas de que termine el trabajo.

—No lo habrá, vine para hablar con tu padre. Está preparando el desayuno así que baja cuando estés lista.

Me es imposible disminuir la velocidad de mis latidos a medida que me visto como si me preparara para huir. Solo le ruego a Emdor que Rhoan no me haya descubierto, aunque dudo que lo haya hecho ya que me cubrí antes de que abriese la puerta. Me cuesta unos segundos salir. Apoyo la frente sobre la madera y cierro los ojos para apaciguar mi corazón. Respiro hondo una última vez y salgo con una calma incuestionable. Me encuentro con él terminando de colocar los vasos en la mesa. Bajo las escaleras con una excelente actuación, esforzándome en borrar de mi mente lo que acaba de ocurrir, no obstante recuerdo lo que hablamos ayer y mi valentía se disuelve como un velo de arena esparcido en el suelo. Para el momento en que hacemos contacto visual ya es demasiado tarde.

—Buenos días —murmura con una mirada que me dice que está pensando en lo mismo que yo.

Desvío la mirada a la mesa.

—Buenos días, ¿y Garran? —pregunto.

—¡Ya voy!

Como predije, lo escucho en la cocina. Estará terminando de hacer algo.

—Gracias por ayudarle.

—Es un placer.

—Hija, buenos días, ¿dormiste bien? —Aparece Garran.

—Sí, muy bien.

Mentira, dormí terrible y poco.

Nos sentamos en la mesa. Nunca pensé que un desayuno así ocurriría algún día. Un par de recuerdos después y aquí estoy, con el hombre que una vez me advirtió que dejaría a mi familia, y mi padre que no sabía que yo existía.

—Los días que Rhoan no esté, seré yo quien te entrene en combate. Lo haremos así cada vez que salga de cacería —anuncia Garran—. Es lo más conveniente, sé el nivel en el que estás y soy tu maestro elemental, por ende combinaré ambas clases.

Por eso vino a hablar con él.

—Está bien.

—En lo posible enfoca las clases en la defensiva Xyla —le comenta Rhoan.

Cuando concluyen todo lo necesario para mi entrenamiento, se dedican a comer con tranquilidad.

—Bueno, ¿cómo os fue anoche? —pregunta Garran.

Ya imaginaba que preguntaría. La incomodidad absorbe el aire en el espacio entre Rhoan y yo, volviéndolo inhabitable.

—Descubrí que Celyn Aither se derrite por Medi —respondo mientras cojo un trozo de pan.

—Desde hace años —comenta Rhoan—. Con frecuencia le pide a Aron que queme sus chaquetas para tener una excusa para verla.

—Qué romántico, ¿por qué no me lo habías dicho? —me quejo.

Mi lucha por fingir que todo anda bien frente a Garran es un infierno. Si no fuera por su presencia ya habría ido a esconderme bajo las sábanas en las que me toqué. Aún no caigo en el hecho de que lo hice mientras él estaba al otro lado de la bendita puerta.

—Sabía que lo descubrirías —contesta.

—Celyn es un buen chico —opina Garran con una sonrisa—. Los padres de Medi se alegrarán si sale con él.

—¿Verdad? —apoyo feliz.

—El Agujero es un sitio fenomenal para los jóvenes como vosotros. ¿Te gustaron los combates? —indaga Garran.

En eso recuerdo algo y se me forma un atisbo de sonrisa en los labios. Señalo a Rhoan.

—Si hablamos de combates, Rhoan le dio una paliza a Seimon Aither porque cogió mi muñeca sin permiso.

—¿Que Seimon hizo qué? —El rostro de Garran se endurece.

—No me lo recuerdes —gruñe Rhoan.

—Hablaré con ese niño y con sus padres —responde Garran con severidad—. Siempre fue prepotente.

—Rhoan ya se encargó —menciono antes de que el tema se salga de las manos—. Agarró su cara y lo tumbó al suelo así: *¡pum!*

Sujeto el pan como si fuese la cara de Seimon e imito la escena.

—Quién diría que el bebé que me llamaba *Gada* sería así con mi hija —menciona Garran con las comisuras levantadas—. Muchas

gracias, Rhoan.

Imaginar a Rhoan de esa forma despierta mi ternura, a pesar de que nuestra situación me impide regalarle una sonrisa.

—No hay de qué —responde en un tono bajo.

Garran lo mira con sus ojos bañados de calidez.

—Si Lobelia hubiera nacido aquí, os habríais conocido desde pequeños —intenta que sus palabras no se oigan tristes.

De ser amiga de la infancia de Rhoan, habría estado enamorada de él desde niña. Con mi naturaleza diabólica en la niñez, lo habría convencido muchas veces de jugar a *la casita*.

—No me habrías dejado ser su amigo —murmura él—. Habrías dicho que yo era mala influencia.

—Oye, ¿quién te cuidó con cariño cada vez que tus padres lo necesitaban? —resalta Garran con sus ojos entrecerrados—. ¿Cómo dices algo así frente a mi hija? Me dejas como el malo.

—Recuerdo lo mucho que me regañabas cada vez —se queja Rhoan.

—Porque te portabas muy mal.

—Pero a veces dabas miedo, ponías esta cara. —Lo imita con sus ojos amenazantes—. Menos mal que a Mabli la cuidé yo, por eso no te teme.

—¿Sabes?, el hecho de que no sonrieras hacía que tus travesuras parecieran retorcidas —exclama Garran.

—¿Que no sonriera? —Ladeo la cabeza.

Se callan.

—Te conté que antes era un poco inexpresivo —me recuerda Rhoan.

—Pero, ¿desde niño?

Se miran entre ellos.

—Sí, pero… siempre fui muy curioso —argumenta.

—De curioso nada —rebate Garran—. Era un desastre. Una de las veces que lo cuidé se comió un tarro entero de galletas a escondidas y me despertó en plena madrugada con un camino de vómito desde tu dormitorio hasta el baño.

Rhoan se presiona el entrecejo.

—¿Por qué le cuentas eso? Estamos comiendo.

—¡Ja, ja, ja!

Mi risa les hace reír como si cuchichearan para sí. Gracias a este desayuno inesperado he descubierto lo cercanos que son. Al poco tiempo hago contacto visual con Rhoan y, en una comunicación no verbal, nuestras expresiones se atenúan. La tensión permanece como una llaga incurable en la garganta.

Al terminar de comer, Rhoan coge su abrigo y se prepara para ir a la Central. Su reunión empezará pronto.

—Rhoan, espera —lo llama Garran—. Gracias por cuidar siempre a mi Lobelia. —Le regala una sonrisa cariñosa—. Sabes cuánto te aprecio y ahora mis deudas contigo no hacen más que crecer. Nunca olvido el hecho de que mi niña está aquí con nosotros gracias a ti.

Sus palabras emotivas me toman por sorpresa y le doy un toque en la espalda. Me sonríe acariciándome la coronilla, pero cuando se asoma para mirar a Rhoan se pasma. Hago lo mismo y el corazón se me encoge al descubrir esos ojos grises llorosos y desolados con las cejas casi juntas. Sorbe por la nariz, se los seca con su poder y un instante antes de hablar me mira con una expresión que me descoloca.

—Ya te pones sentimental como Macsen —refunfuña al salir por la puerta en modo de escapatoria.

Lo vemos irse, Garran todavía en shock y yo pensativa por esa última mirada que me ha lanzado de… aflicción. Solo me viene un motivo a la cabeza que me rompe el corazón: ayer tenía pensado rechazar a la hija del hombre que le ha dedicado esas preciosas palabras.



Poco después del desayuno recibí un mensaje de Macsen diciéndome que no fuera aún al despacho y que pasara al inicio de la tarde para ayudarle a preparar el presupuesto de la cacería del equipo Drago. Es algo bueno que salgan hoy, supongo. Cuanto menos tiempo pase, menos posibilidades tendrán las brujas de conseguir víctimas. Aun así, no estoy tranquila ante el peligro inminente que enfrentará Rhoan. Además, mi deducción sobre esa

última expresión por su parte me tiene con el corazón al borde del colapso.

Para distraerme he preferido volver a mi zona de confort. Lo necesito con urgencia. La nostalgia me calma cuando me detengo frente a la puerta de la boutique de Medi y recuerdo esas mañanas en las que venía a molestarla despreocupada y sin inmutarme ante sus quejas. La abro tras un largo suspiro y me encuentro con un profundo silencio. Lo usual es tenerla a la vista al momento, mientras ordena algo o cose alguna prenda pequeña en el mostrador. Esta vez la puerta está abierta pero no hay nadie.

—¿Hola?

Escucho una bocanada de aire al otro lado del mostrador y se levanta.

—Hola, estaba guardando algo —me saluda un tanto agitada—. ¿Cómo estás?

Tras ver su apariencia, ladeo la cabeza.

—Bien…, *¿tú* estás bien? —Arqueo una ceja.

Su cabello luce el doble de despeinado de lo usual. Abre la boca como si quisiera decir algo, no obstante las palabras se aferran entre sus dientes y se cubre el rostro.

—Lobelia, ¿por qué tengo que ser tan loca?

Me deja descolocada.

—¿Qué tontería dices tan temprano?

Se escucha la campanita detrás de mí y me distraigo con la persona que entra. Se me acelera el pulso. Es Celyn, lo que significa que terminó la reunión de su equipo.

—¿Lobelia? —Me mira sorprendido—. No esperaba encontrarte aquí a esta hora, buenos días.

—Buenos días —lo miro amable—, Macsen me dio la mañana libre por vuestra reunión. ¿Ha terminado?

Indago con la mirada.

—Sí, se decidió que nuestra salida es hoy al atardecer, nos reuniremos de nuevo en un rato. Macsen dijo que si te veíamos te dijéramos que ya podías ir a su despacho.

—Entiendo —murmuro.

Nos envolvemos en un breve silencio en el que lo veo rascándose la nuca.

—¿Sabes dónde está Medi?

Frunzo el ceño. Ahora que me doy cuenta no ha saludado. Me petrifico en el instante en que la descubro ovillada detrás del mostrador, mirándome con la cara hundida en el pánico y negando con la cabeza para que no la delate. Aclaro mi garganta y devuelvo la mirada a Celyn con seguridad.

—Estoy cuidando la tienda por ella, tuvo que ir a su casa a buscar algo que olvidó.

Me escruta, es igual de observador que Rhoan. Mira hacia el mostrador y coge una extensa inhalación. Poco después se le nota

un atisbo de sonrisa cariñoso. Sabe que está allí, que le miento. Hacemos contacto visual y le pido con la mirada que me siga la corriente.

—¿Sabes cuánto tardará?

—Ni idea. —Le agradezco en el silencio.

—¿Puedes decirle que estuve aquí? Tengo que hablar con ella antes de irme, sí o sí.

—Lo haré.

Vuelve a mirar hacia el mostrador.

—Por cierto, dile que se le olvidó esto —me entrega una cinta casi tarareando—. Nos vemos.

Los ojos se me desorbitan con la cinta en la mano mientras que Celyn sale de la tienda cerrando la puerta al irse. Me giro al instante.

—Medi Bedelia.

Es de su vestido rosa de ayer. Ella se asoma como un topo detrás del mostrador. Ve la cinta en mi mano y vuelve a su cara impasible.

—Me lo follé —confiesa.

Parpadeo confundida.

—¿Tuviste s-sexo con Celyn?

Intento acostumbrarme a hablar del tema sin escrúpulos.

—No. *Me lo follé* —enfatiza—. Es distinto a hacerlo juntos.

—¿Cuál es la diferencia?

Su expresión se impregna de frustración y sus gestos se llenan de angustia.

—¡La diferencia es que lo arrastré a la torre, me monté encima de él y le arranqué el pantalón yo misma! —exclama y vuelve a esconderse tras el mostrador—. ¡Además, me fui antes de que despertara!

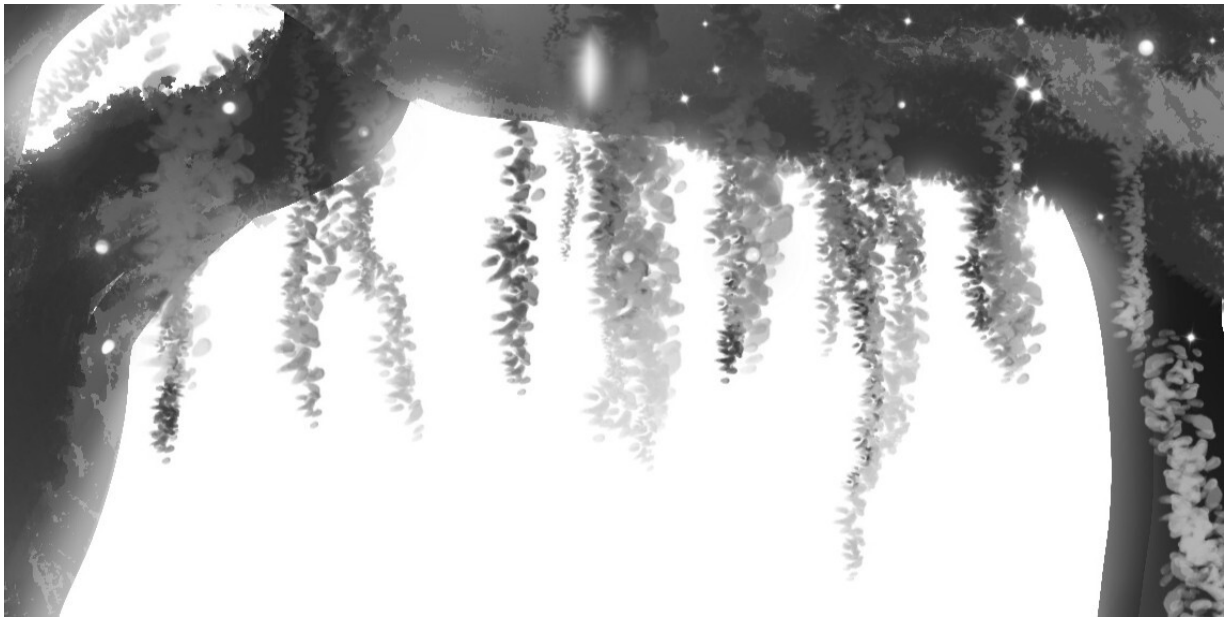
—¡Medi! —Me cubro la boca.

—¡No sé por qué hice eso!

Un silencio pesado se opaca con sus lamentos. Cojo una larga respiración, ya que al menos una de las dos debería mantener la compostura en esta situación.

—Empieza por el principio y dime qué sucedió.

Se muerde el labio, me mira con culpa y narra.



CAPÍTULO 31

Medi

Después de que se fueron todos vi un par de combates más. Celyn parecía determinado a quedarse a mi lado igual a un cachorro con su madre, o tal vez se podría decir que *yo* era el cachorro y él quería protegerme. Era un necio. Por otro lado quería seguir bebiendo ya que tenerlo tan cerca desataba mis nervios, por lo que para superarlos opté por el alcohol.

Fue un error.

—Estás muy cerca. —Intenté empujarlo ya que me preocupaba cometer un error.

—No me moveré, estás borracha —soltó con una linda ceja alzada y una media sonrisa.

¡¿Por qué le gusta tanto cuidarme?!

—I-Igual… ¡estás muy cerca! —exclamé.

—¿De verdad te molesta?, ¿o quieres alejarme porque sí? —preguntó sin dejarme qué decir.

—¿Y tú por qué te me pegas? —contradije con una expresión de molestia.

—Porque me gusta estar contigo. —Se encogió de hombros, soltando esa respuesta explosiva como si fuese natural. Los ojos se me abrieron de par en par enmudecida. Para huir de la situación no me quedaba de otra que ceder.

—Haz lo que quieras —mascullé a nada de ahogarme en la bebida. Celyn me la quitó y se la empezó a beber—. ¡¿Qué haces?!

Se la arranqué de la mano.

—Has bebido demasiado, lo has ocultado bien pero es la primera vez que bebes alcohol, ¿no es así?

—No lo es.

—¿Cuándo lo has hecho?

Respiré hondo y miré la jarra con los ojos tan tenues que iban a cerrarse.

—Amalia me enseñó a beber en secreto desde los quince porque no quería que se aprovecharan de mí, ¿contento? —El silencio lo

invadió. Aun así, no quería que mi prima fuese el motivo—. ¿Y por qué tienes que beber de mi jarra?

—Vamos, no me digas que crees en eso de los besos indirectos, ¿o sí?

El hervor en mis mejillas por el alcohol se intensificó por otras razones. Era como si me atacara con una cosa tras otra. *¿Acaso tiene burlas acumuladas con los años?*

—Ya no soy una niña, Celyn.

—Lo sé perfectamente —respondió sin dejarme saber si lo decía en broma o en serio.

—¡Oye, Celyn! —Se acercó un hombre mirándome raro—. ¿Es tu amiga?

Fue en ese momento que caí en la cuenta de que llevaba casi toda la noche con él. Me levanté lista para irme y negar cualquier vínculo, no obstante Celyn cogió mi mano y también se puso de pie. A pesar de que lo normal es que mantenga una sonrisa tenue y serena, su rostro se había tornado impasible.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó al hombre.

—Vamos, no lo pregunto de mala manera. Más bien, ¿por qué no me presentas?

Me miraba con un interés sucio.

—No quiero —respondió Celyn.

—No es necesario que se lo pidas a él, yo también tengo boca —interrumpí al desconocido con una mirada colmada de hastía—. No

quiero hablar contigo, no me interesas.

El hombre se mostró aturdido hasta que soltó una risa extraña. Estaba borracho.

—Dicen que Lobelia Xyla te ha hecho cambiar pero sigues siendo la odiosa Mediloca—

No terminó su frase y ya había empezado a asfixiarse. Miré a Celyn impactada. Su cara transmitía odio y de sus ojos parecían querer salir cuchillas.

—¿Qué sucede? —murmuró alguien.

—Otra pelea.

—¡Basta! ¡No te pedí que me defendieras! —Lo empujé pero eso no logró que renunciara a arrancarle el aliento al hombre, dejándolo respirar un segundo y asfixiándolo dos.

—No me detengas —masculló Celyn.

—¡Sé defenderme! ¡Soy la discípula de Macsen!

Es la razón principal por la cual hablan a mis espaldas sin atreverse a enfrentarme cara a cara y razón por la cual, cuando conocí a Lobelia y me miró con la frente en alto y soltó palabras desafiantes, no pude evitar sentirme normal.

—¡Estoy harto de que te llamen loca! —Agitó los brazos con frustración dejando de quitarle el aire al borracho—. ¡Perdiste a alguien importante! ¡Estabas sufriendo!

El hombre cayó de rodillas para recuperar el aliento. Los demás que escuchaban estaban mudos.

—Este sitio ya no es divertido. —Di media vuelta a la salida.

Sin decir nada Celyn me siguió, dejando El Agujero con una tensión explosiva que perduraría. Aguanté el decir algo hasta unos metros más allá.

—No quiero que me acompañes —me quejé—. Te he dicho mil veces que dejes de sentir lástima por mí.

Casi lo había olvidado por la adrenalina pero yo también estaba muy ebria.

—Jamás te he tenido lástima, Medi Bedelia —aclaró con gentileza —. Solo quiero cuidarte.

Lo miré callada con el corazón presionando desde dentro, invadida por un fugaz recuerdo de los días más oscuros de mi vida. No era la primera vez que Celyn me decía algo así y, como aquella vez, tampoco dejaría variar el resultado.

—No lo hagas, nunca te lo pedí. —Le di la espalda caminando en diagonal—. Me obligas a tratarte mal y eso me cansa.

—Si te agota, ¿por qué no dejas de hacerlo? —sugirió con una voz bañada en cariño, esbozando una cálida sonrisa.

Me agitó sin poder seguir reclamándole. Sus ojos cristalinos y sinceros me tenían aún más ebria y daban la sensación de que podía ver a través de mis mentiras.

—¿Por qué eres así conmigo? —le pregunté con tristeza.

—¿A qué te refieres?

—Pasas por mi tienda cada dos días con excusas estúpidas pero sé que no eres torpe, Celyn. Sé que es imposible que Aron te queme las chaquetas con esa frecuencia absurda. Si fuese así, ya estarías muerto como cazador en el equipo Drago —expreso frustrada—. Así que, si no es por lástima, ¿por qué?

Permaneció callado y sorprendido. Cuando abrió la boca y tragó con una mirada erizante, los latidos se me desbocaron.

—No, mejor no me lo digas —lo callé.

Hubo otro silencio incómodo. Lo miré por el rabillo del ojo y se notaba que aún quería responder. Tal vez fue el mismo alcohol que me motivaba a decir cosas que no debía, que también me inspiró a hacer cosas que no haría.

—Bien, tienes una oportunidad —avisé con seriedad—. ¿Quieres que te lleve a un lugar secreto?

—¿Un lugar… secreto? —Parpadeó.

—Esa era tu oportunidad —Me di la vuelta hacia el pueblo.

—¡Espera! Iré. Quiero ir —pidió aprisa.

Me crucé de brazos, clavándole la mirada. Solo me bastó un segundo para *fingir* que lo estaba pensando.

—Está bien, en realidad tenías dos oportunidades.

Nuestros pasos nos llevaron de subida a la montaña. La torre está oculta gracias a las cuevas cercanas y los árboles altos que esconden su silueta. Al llegar, Celyn la miró impresionado.

—No tenía ni idea de que esto estuviera aquí.

—Solo lo conocíamos Amalia y yo —conté a medida que subía las escaleras de la torre—. Vengo aquí con Lobelia con frecuencia.

Como de costumbre, me senté al borde en la segunda planta. Celyn hizo lo mismo.

—Es un buen lugar. —Admiró el horizonte, cogió una bocanada de aire y continuó—. ¿Puedo empezar a venir también?

—Tienes libre albedrío, esta torre no me pertenece.

Guardó silencio.

—¿Contigo?

El corazón me saltó. Separé los labios y fue gracias a la ebriedad que escogí una opción inesperada.

—Tal vez.

No era una aprobación completa pero tampoco me daba por rechazarlo. Aun así los nervios no me permitieron asomarme para ver su expresión. Solo escuché un resoplo feliz y con eso me sentí satisfecha. Había un buen ambiente y quería aprovechar mi rato de valentía.

—Lo que dijiste antes frente a todos… Gracias. —Peiné mi flequillo—. Más de uno se sentiría avergonzado de sí mismo.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Significa que somos amigos?

Su pregunta me hizo mirarlo con otros ojos, más seria y pensativa.

—Tienes muchos amigos, no necesitas a alguien como yo.

—Pero quiero ser *tu* amigo —enfatizó.

Otra vez buscaba una cercanía en sus palabras que, por mucho que insistiera en *amistad*, sabía que no lo era. De todas las personas en el pueblo, a Celyn es a quien más evito por eso. Porque sé lo que quiere y yo también busco lo mismo pero no lo merezco. Él es luz y yo un monstruo que quedará cegado y pagará por codiciarlo. Necesita a una mujer brillante y extrovertida igual que él. Sin embargo, si era solo por una noche en la que el alcohol había invadido mis venas, ¿no estaba bien acercarme un poco más?

El ambiente silencioso que se formó con nuestras miradas fijas el uno en el otro me llevó a tomar otra decisión inesperada. No sé qué se apoderó de mí.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad quieres ser mi amigo?

—Completamente —respondió sorprendido.

Tras un segundo callada, decidí dejar el caparazón y seguir su consejo: abandonar el agotamiento y ceder.

—Para ser mi amigo hay algo muy importante que debes hacer —anuncié.

Pestañeó y asintió con la cabeza.

—Haré cualquier cosa —su respuesta fue inmediata.

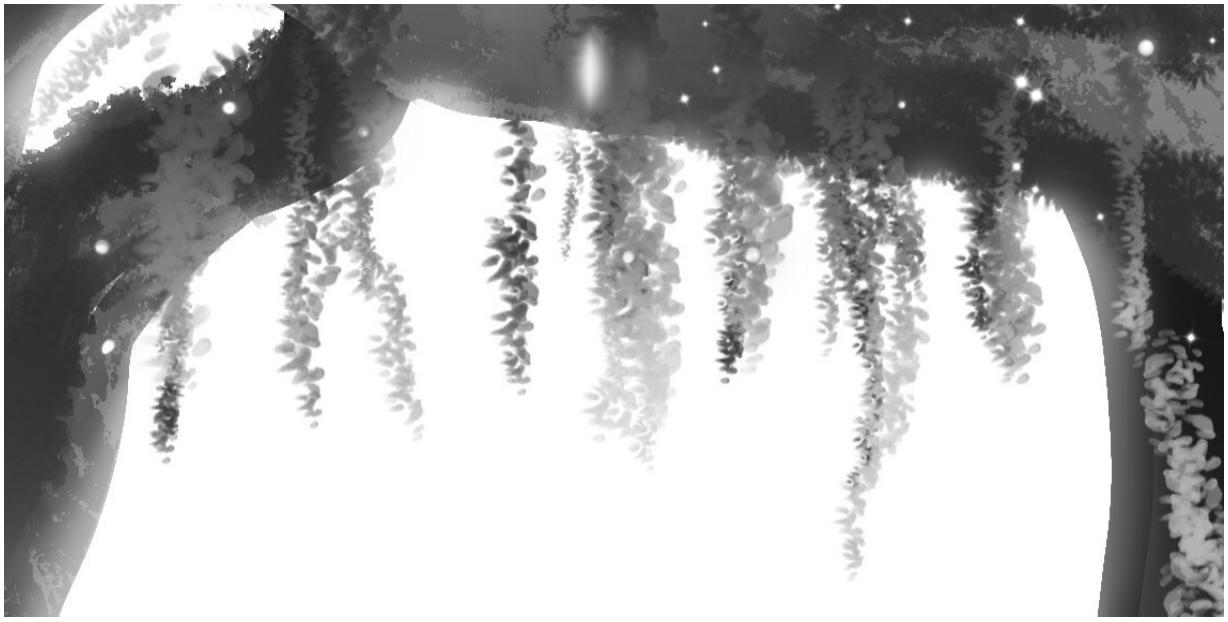
A veces encontraba que Celyn podía ser muy inocente para su edad.

—¿Cualquier cosa? —susurré.

Tragó y su mirada cambió. Había entendido.

—Sí, cualquier cosa.

Hubo un breve silencio hasta que lo cogí por el cuello de su abrigo y dejé que mis labios chocasen con los suyos en un arrebato. Como si hubiera sido planeado, Celyn cogió mi cintura y me siguió la corriente. Me monté a horcajadas y se acostó sin una pizca de resistencia, dejando que le arrancara la ropa como si fuese el último día de mi vida, y estar a su lado hubiera sido mi deseo final.



CAPÍTULO 32

Escucho su anécdota maravillada e inmersa. Cuando termina le sonrío traviesa.

—A mí no me pediste eso para ser tu amiga, ¿tengo que hacerlo? —bromeo.

—Cállate. —La vergüenza le hace cubrirse el rostro.

—Ven aquí, debo terminar el *ritual.* —Hincho los labios con exageración, con la divertida intención de darle un beso en la mejilla. Me pone las manos en los hombros para mantener distancia.

—No te atrevas —me advierte entre risas.

Al menos con eso creo que se ha relajado un poco. Tras el momento gracioso, volvemos a la normalidad.

—Entonces sí eres consciente de lo que siente Celyn —comento.

Oscilo entre alegría y alivio de poder decírselo como conclusión de su romántico relato. Abre la boca quizás al borde de negarlo, pero la cierra al segundo y su silencio me sirve de respuesta, evitando mi mirada.

—¿Cuál es el problema? —Busco hacer contacto visual de nuevo —. Él te quiere, tú lo quieres, ¿Qué más necesitas?

Me mira con tristeza.

—No lo sé.

Separo mis labios para después sonreír con dulzura.

—¿Al menos te sentiste bien ayer?

—Fue inolvidable —confiesa con un suspiro.

—Tienes que hablar con él, Medi. Debes enfrentar esto —le aconsejo.

Tarda en responder, con la mirada perdiéndose en inseguridad.

—Estuvo treinta años esperando a que su aetheris apareciera y le robé su primera vez —su desánimo se siente a flor de piel. Ella ya me ha contado que hay personas que se reservan.

—¿No es genial?, significa que cree que tú eres su aetheris.

—No, puede que se haya sentido atraído por mí pero lo que hice ayer fue engatusarlo —lamenta—. Tengo la certeza de que se ha arrepentido y viene a reclamar. ¿Por qué sería yo? ¡Soy la oveja negra del pueblo!

—¿Estaba ebrio? —escudriño.

—La ebria era yo.

—¿Te pidió que te detuvieras?

—No.

—¿Te dijo que no quería?

—No.

—¿Se quedó… satisfecho? —pregunto más bajo alzando mis cejas.

Me mira callada.

—Tal vez.

Hago una mueca divertida.

—Más que odiarte, creo que quiere dar otro paso contigo. Además, también fue tu primera vez, ¿estás bien?

Mueve la boca tan inexpresiva que empiezo a ver las expresiones escondidas.

—Me duelen las caderas. Mucho.

Su respuesta hace volar mi mente hacia situaciones que no debería y el sonrojo me pigmenta las orejas. Nos envuelve un silencio raro. Inhalo y suelto aire con rapidez. La obligo a levantarse, peinándola en lo posible.

—Macsen me está buscando, debo irme —recuerdo—. Sin embargo, recuerda que huir no solucionará nada, Medi. ¿Te despedirás? Se va de cacería esta tarde.

Sus ojos se nublan en amargura.

—No me gustan las despedidas.

Un segundo es suficiente para que me duela el corazón. Con certeza lo dice por su prima.

—Bueno, piensa en ello y pasaré por aquí antes de que sea la hora.

Asiente con una sumisión que le acabo de conocer y me despido de ella. Salgo de la boutique y suelto un suspiro. A todo esto, olvidé contarle lo que sucedió con Rhoan.

—Lobelia —me llama una voz.

Me giro y palidezco. Es Celyn, recostado en la pared de la tienda.

—¿Medi ya volvió? —Levanta las comisuras, lo que me motiva a hacer una mueca—. Te acompaño a la Central.

Accedo, aliviada de que no insista en entrar de nuevo.

—Deja que baje la guardia un poco —le aconsejo—. Está en negación.

Mantiene la vista al frente.

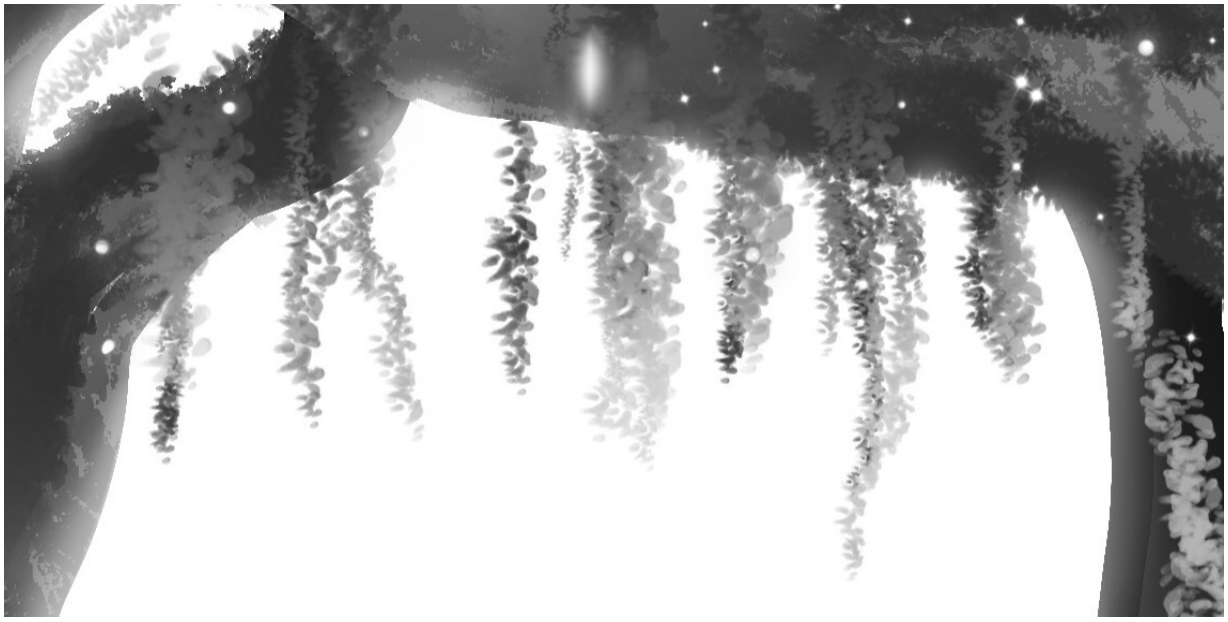
—Siempre sentí un cariño fuerte e instintivo por ella, pero desde hace unos años empecé a verla como mujer y me enamoré —confiesa ganándose mi atención—. Ella todavía era muy joven así que mantuve la distancia pero nunca pude alejarme del todo. Es curioso cómo funciona la naturaleza de los aetheris.

¡Sí la considera su aetheris!

—¿Por qué no ha ocurrido nada entre vosotros en todos estos años? —pregunto aprovechando la oportunidad.

En sus ojos parece apagarse un poco el brillo.

—Por suerte aún queda algo de tiempo. —Mira la posición del sol. Por un segundo me sonríe con moderación, para después permitir que su mente divague en los recuerdos.



CAPÍTULO 33

Celyn

Tenía diecinueve años en el otoño que vi por primera vez a Medi Bedelia. Amalia y yo caminábamos por la plaza principal del pueblo después de haber salido de nuestras clases elementales avanzadas. Hablábamos sobre su tema favorito.

—Me gusta Drystan.

Sobre amor.

—Es agradable —comenté.

—¿Verdad? Me encanta su sonrisa. ¿Te imaginas que fuera mi aetheris? Aunque me pondría nerviosa cada vez que tuviese que

hablar con la líder.

Era el bisnieto de Catryn Xyla.

Amalia era muy soñadora y disociaba con frecuencia. Cuando la llamabas, no había escuchado ni pío de lo que decías y tenías que repetirlo. Debido a eso no le agradaba a muchas personas, llegué a escuchar opiniones de que no escuchaba porque *no le interesabas* pero yo tenía claro que su distracción era natural y a veces me peleaba con hipócritas gracias a eso. A mí me agradaba porque era sincera y algo ingenua, cosa que yo nunca fui. Llevaba un par de meses que prefería pasar mi tiempo con ella que con el resto.

—Agradece que no es el bisnieto de Olwina, ella sí que da miedo.

—¡Ja, ja, ja! —De repente miró a otro lado—. Ah, ¡oye, gusanita!

¿Gusanita? Dirigí la vista al mismo lugar. Una niña de cabello largo y lacio nos miraba atacada. Iba a atravesarla con la mirada y yo sería un daño colateral.

—¡Shhh! ¡Cállate! —gimoteó acercándose.

—¿Por qué la llamas así? —le pregunté en voz baja antes de que llegase a nosotros, intentando esconder la sonrisa divertida.

—Porque es pequeñita y cabe en todas partes. —Se encogió de hombros.

—¡JA, JA! —Lo aclaró con tanto orgullo que no logré aguantar mi carcajada.

—Shh. —Me dio un toque con el codo.

—¿Qué quieres? —Se detuvo enfrente.

Vaya si era pequeña. ¿Qué edad tenía? Parecía tener diez años. Su actitud malhumorada llamaba mi atención. Me miró y me enderecé. Retornó la vista a Amalia.

—Celyn, ella es mi prima, Medi Bedelia. —La señaló y luego a mí —. Medi, él es Celyn Aither.

—Hola, es un placer. —Le sonreí.

Movió la boca hacia un lado.

—Hola. —Miró al suelo con las mejillas sonrosadas.

Su reacción era tierna.

—¿Quieres cenar en mi casa? Me iba con Celyn. Hablaré con mis tíos de camino.

—Vale.

Ahora está callada. Lo común es hacerte una idea de la personalidad de alguien desde los primeros cinco minutos, pero ella ya estaba mostrando otra actitud y no sabía en cuál confiar. De cualquier modo todas eran interesantes.

En el trayecto llamaba mi atención que tenía el cabello largo hasta la cintura. Es común que las mujeres Bedelia lo tengan corto, en especial a su edad para no quemarse por error durante los años de aprendizaje. En el caso de los hombres lo normal es que se afeiten la barba en la adultez. Solo Macsen Bedelia se da el lujo de mantener la barba larga ya que su nivel de control elemental es perfecto. Me hacía pensar que Medi era como Macsen o usaba su poder con escasa frecuencia.

—¿Cómo te fue en clase? —le preguntó Amalia.

—Una niña me agarró el pelo.

Amalia paró un momento con la indignación plasmada en la cara de sopetón.

—Así que quemé las puntas del suyo —terminó Medi, regalándole una media sonrisa—. Lo hizo porque me tiene envidia.

Permanecí atónito por su respuesta. Si te cogían del pelo ¿estaba bien responder con el doble de agresividad? Me parecía que había que decirle algo pero no me correspondía dar mi opinión. Pensé que quizás Amalia lo haría pero se le pintó una radiante e inesperada sonrisa malévola.

—¡Já! ¡Eso es! —Chocaron las palmas y seguimos andando—. Debe estar llorando.

—¡Lo hizo! ¡Ja, ja! Se lo quemé hasta el cuello. Era bonito, lo tenía por debajo de los hombros.

Por Emdor, eso está mal. Aun así, de nuevo la respuesta de Amalia fue positiva. Cuando llegamos a su casa saludé a sus padres a quienes ya conocía. Éramos amigos desde hacía un par de meses y nos llevábamos tan bien que ya nos considerábamos mejores amigos. Fuimos al jardín trasero donde había unos columpios. Medi se sentó en uno y Amalia en el otro, no paraban de parlotear mientras que yo las observaba entretenido.

—Sois como hermanas —opiné y me miraron al mismo tiempo.

—¡Es cierto! Nos complementamos, ¿no, gusanita? —Se inclinó para cogerla sin separarse de su columpio y le dio como cinco besos en la cara. Medi solo puso morritos.

—¡Te he dicho que no me llames así! —chilló.

—Tiene doce años. Es linda, ¿a que sí? —preguntó Amalia y omitió la queja, sin intenciones de separarse de ella.

Me reí, sorprendido porque yo podía jurar que tenía diez. Era diminuta. *Como un gusanito*, pensé aún entretenido por el apodo.

—Sí, es muy linda —contesté.

Medi enrojeció.

—¿Lo ves, Medi? Tienes que conseguir a alguien como Celyn. Menos que eso no lo acepto.

Alcé una ceja.

—¡¿Qué tontería dices?! —Se liberó de sus brazos y corrió dentro de la casa con sus tíos, dejándonos entre risas por su ternura.

Para la cena, mi asiento estaba enfrente del suyo y podía sentir su mirada con frecuencia. ¿Era curiosa o le había gustado? Esperaba que no se enamorara de mí. No me emocionaba la idea de romperle el corazón inocente a la prima de una buena amiga. Estaba en edad de empezar a descubrir lo que era el amor. Verla tan pequeña buscando mirarme cada vez que yo giraba el rostro hacia el plato me hacía querer sonreír, porque no era que careciera de discreción sino que yo era muy atento a mi entorno. Mantenía su expresión calmada

y seria, en exceso para su edad. *Qué tierna.* Escondí la sonrisa entre bocados.

Creía que serían pocas las veces que la vería pero no podría haberme equivocado más. Los años siguieron su curso y la madurez le iba sentando a la perfección. Un día a mis veintidós años la vi a la distancia, estaba sentada en una de las cientos de fuentes que había en el pueblo. Leía un libro con el objetivo de ignorar al resto del mundo. No lograba ver la cubierta pero se notaba que se trataba de uno que los de su edad no entenderían. Cada vez me encontraba con ella con más frecuencia. Amalia parecía haberla maldecido con ser bajita. A los dieciséis años era de las de más baja estatura entre las mujeres de su edad.

Está sola. Dudé si acercarme o no, en esos tiempos Medi me hacía cuestionar mi actitud hacia ella. Todavía no estaba seguro de cómo solucionarlo.

—Celyn —alguien me llamó.

Era Rhoan.

—Hola, ¿qué tal todo? —lo saludé con la mirada en Medi.

—Bien.

Llevaba el rostro inexpresivo de siempre. No lo había visto sonreír ni una vez. Era una persona admirable que cuidaba a su hermanita como si fuese una pluma y con frecuencia se llevaba a sí mismo al límite cuando entrenaba con su bisabuela. Lo sabía por los incidentes que con los años se hacían más frecuentes. Oía el drama

cuando mis padres se juntaban con los suyos y a veces me lo encontraba por el pueblo con alguna que otra venda que escondía una quemadura o un corte. Todo porque unos años atrás, cuando desarrolló su habilidad para controlar las temperaturas del agua, había despertado al día siguiente con la decisión de que quería ser un cazador.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó de la nada, señalando a Medi con el mentón.

—¿Eh?

—Medi Bedelia —nombró—, la estás mirando como un baboso.

—¡Shh! —lo callé y palidecí. ¿Me acababa de llamar baboso? ¿Así se veía mi cara cuando miraba a Medi?—. ¿Para qué me buscabas?

Cuando lo escuché resoplando por la nariz, deduje que reía en su interior.

—Mi madre hará una cena en dos días ya que me aceptaron como aprendiz de cazador —anunció—. Díselo a tus padres para que vayáis juntos.

Sonreí.

—¿De verdad? ¡Eso es asombroso!, ¡felicidades, Rhoan! —Le di una palmada en el hombro—. ¡Estuviste mucho tiempo esforzándote para esto!

—Gracias.

—¿En qué equipo quieres estar cuando termines el entrenamiento? Aunque falta un año para eso.

Me entraba la curiosidad a pesar de que mis ojos no lograban apartarse de Medi. La brisa movía su cabello y su ondeo me tenía hipnotizado. Sus dedos, que recogían los mechones que se le atravesaban, me hacían sentir controlado como una marioneta. En el momento en que volví a oír el resoplo de Rhoan, desperté de mi ensimismamiento.

—En el tuyo, el equipo Drago.

Me hizo verlo de nuevo.

—Pero es el más peligroso.

Mi pregunta hizo que mirara al vacío, parecía pensar en algo.

—En Benmore, hay algo —murmuró para sí mismo sin ganas de que le entendiera—. Así que tendré que pelear con Rowin cuando termine la fase de aprendiz.

El miembro Adair de mi equipo. Cuando un cazador quiere tomar el puesto de otro del mismo elemento, hacen un duelo de cinco días. Cada día hay un combate supervisado por el líder de los cazadores, el jefe de equipo y los miembros. Tras el combate del quinto día se toma una decisión.

Alcé una ceja y levanté las comisuras.

—Eso no le gustará —me acerqué para hablarle en voz baja—, aunque preferiría que le ganases. Rowin es un poco pesado.

—Su puesto me pertenece —respondió confiado—. En fin, le diré a mi madre que iréis.

Noté a unos chicos que admiraban a Medi mientras hablaban entre ellos. La voz de Rhoan se transfirió al fondo. Uno comenzó a aproximarse a ella con valentía, animado por sus amigos, y mis pies se movieron solos.

—Lo siento, hablamos después.

Lo dejé atrás sin esperar respuesta. El chico llegó antes que yo, vi que le decía algo y ella empezaba a mostrar una mirada más tímida. Se estaba arreglando el flequillo. Con eso me recorrió un frío en la nuca y troté porque era un gesto que solo hacía conmigo.

—Te he visto varias veces y me preguntaba si querrías—

—Medi.

Llegué e interrumpí al chico. Ella giró con rapidez alejándose un paso del joven. Apreté la mandíbula porque ese sencillo movimiento me daba a entender que se sentía culpable.

Mierda.

—¿Celyn? —se notaba confundida—. ¿No estás trabajando?

El chico permaneció callado y frustrado al haber quedado en segundo plano. Le lancé una mirada que decía que le iba a dar la hostia de su vida si no desaparecía y se escabulló en silencio con el rabo entre las piernas, de vuelta con sus amigos. Me estaba haciendo renombre como cazador y en casos así era útil.

—Salí temprano, te acompaño a casa.

—Bueno.

Se arregló el flequillo esta vez por mí, siguiéndome sin decir nada. Durante un rato solo se escuchaban nuestros pasos y los ruidos ambientales del pueblo.

—Iba a ver a tu prima hoy, escuché que llegó de su misión.

Su cabeza giró tan fuerte que su cabello bailó.

—¡¿Llegó?! —Su sonrisa era tan radiante que me dejó pasmado —. ¡¿Por qué no me lo dijiste antes?!

Se adelantó.

—¡Cálmate! Seguro está en la Central ahora. Recuerda que al llegar tenemos reuniones.

Quería estar más tiempo con ella.

—Ah, cierto. —Ralentizó su andar y volvió al silencio. Me daban ganas de suspirar con un alivio incomprensible—. No me gusta que se haya convertido en cazadora. Tampoco tú, ambos sois idiotas.

Mis latidos se tornaron irregulares y maldije a mi corazón por ello. No debía ser.

—No sabía que te preocupabas tanto por mí. —Esbocé una sonrisa con mi respuesta traicionando mi conciencia.

—Me preocupo por quienes se preocupan por Amalia —respondió con un trabalenguas que me pareció encantador—. ¿Y? ¿Tendrás una misión pronto?

Mientras que Amalia estaba en el equipo Secoya, yo estaba en el equipo Drago. De momento no tenía ninguna misión, no había pistas

y las brujas en el territorio de Benmore era unas jodidas cucarachas expertas. Cuanto más cerca de Emdor, más fuertes y astutas eran.

—Es posible que en estos días tenga que irme —mentí a niveles exorbitantes y sin remordimientos, interesado en su reacción. *¿Qué estoy haciendo?* Rasqué mi nuca empezando a sentir el arrepentimiento hasta que la tristeza bañó su expresión.

—¿De verdad?

Su voz apenas salía como si se hubiera olvidado de que su prima acababa de llegar. Un latido fuerte me motivó a tocarme el pecho y comprendí todo en el instante en que la vi hacer un sutil puchero. Miré al frente nervioso. Lo sabía, me había dado cuenta solo que, ¿una joven siete años menor que yo? Estaba loco. Además, era la prima pequeña de mi mejor amiga. Bueno, eso no era un inconveniente. Al contrario, Amalia haría una celebración, pero sentía una especie de muro invisible que no debía atravesar.

—¿Cuándo será?

—Todavía no se sabe. —Evité su mirada.

—Me avisas para despedirte.

Celyn, sé decente, por Emdor, me regañé. No debía hacerlo, lo sabía y aun así me picaba la lengua por el impulso.

—¿Con la despedida del cazador? —solté en un fingido tono animado para que creyera que lo decía en broma. En realidad la idea me evocaba mariposas en el estómago.

Cuando la miré por el rabillo del ojo, caí aún más en el abismo de la verdad. Sus mejillas mostraron un precioso color cereza junto a una cara que me hacía saber que estaba en pánico. Con certeza se estaba imaginando a sí misma dándome la despedida, el beso en la frente del que solo tienen derecho los familiares y la persona amada.

—¡¿Q-Qué dices?! —chilló acelerando el paso.

Por un breve instante miré su espalda. La quería, no como hermana o amiga sino como mujer. Mientras su cabello se balanceaba de un lado al otro en un movimiento hipnotizante, la admiré hasta que se detuvo.

—¿Vienes o no? —gruñó.

Asentí y la seguí en silencio. Con mis pies moviéndose a su lado preferí controlar la situación en mi interior. No me atrevía a acercarme con intenciones románticas a una niña que apenas descubría lo que era tener a chicos interesados en ella. Sabía que siete años de diferencia no eran nada comparado a parejas en Emdor que se llevan cuarenta o más pero Medi no era adulta. *Solo tiene dieciséis,* me repetía en bucle. Quizás era un capricho ya que había confianza entre nosotros y ella era una chica linda. Con el tiempo, tal vez el sentimiento se iría.



Mi embelesamiento por Medi creció irrefrenable, hasta que el pensar en negar mi amor por ella se había vuelto una blasfemia para mi alma.

Dos años más tarde, cuando por fin se convirtió en una mujer adulta, estaba listo para hablar con Amalia. Tenía que pedirle su permiso, después de todo era quien me la había presentado de forma inocente y las cosas habían avanzado hacia esta dirección sin ella tener idea. Estaba emocionado, atento a cuando llegase de su misión. La cabrona de verdad iba a ponerse a celebrar, estaba seguro.

—¡Un incendio! —escuché los gritos al salir del trabajo.

Miré al cielo y vi humo al oeste del pueblo por donde está la entrada. Todos los que estaban a mi alrededor corrieron para ayudar. *¿Un incendio de la nada?* Había muchos Bedelia que podían apagar el fuego en un segundo, pero, ¿se había extendido hasta ese punto? Pasó por mi cabeza la idea de que una bruja había descubierto la ubicación del pueblo y un terror me recorrió la espalda. Pensé en mis padres, en mis amigos, pero sobre todo mi corazón llamaba a una persona. *¿Dónde está Medi?* Seguro me la encontraría extinguiendo el fuego ya que era de las mejores con su elemento. Esperaba que no fuese una bruja porque no quería que viera lo repulsivas que podían ser cuando asesinaban y me aterrorizaba el pensar que se expusiera al peligro.

Cuando llegué al centro de la situación quedé petrificado. Un torbellino de fuego violento y frenético consumía todo lo que tocaba, y en el centro…

—¡Medi Bedelia, detén esto ahora mismo! —gritó Iver Adair, intentando pasar a través de las llamas con su poder. Las movía con el agua pero era como si fuesen una bestia que advertía que no se atreviera a dar un paso.

—¡NOOOOO! ¡AMALIA!

La piel se me puso de gallina y los ojos se me nublaron.

—¡Medi, por favor! —sollozaba su madre en voz alta.

Se estaba acorralando a sí misma en el fuego, era peligroso para ella. Los Bedelia tienen resistencia al fuego por un corto tiempo y cuanto más poder es mejor. A ella veces la veía jugando a pasar la mano por las llamas, dejándolas por un par de minutos, tarareando como si nada. Sin embargo, si los Bedelia se exponen demasiado pueden morir quemados. Es una de las muertes más trágicas en el pueblo.

—¡Niña, te vas a matar si sigues así! —gritó Olwina Aither al lado de Iver Adair y Catrin Xyla.

Los Bedelia y Adair que estaban presentes luchaban por extinguir el fuego con todas sus fuerzas, los Xyla esparcían tierra para asfixiar las llamas pero se extendía tan rápido que era caso perdido. Era más la potencia de Medi que lo que ellos llegaban a apagar.

Llamaba a su prima afónica y sin inmutarse de lo que la rodeaba. No podía quedarme quieto, tenía que salvarla. Atravesando el fuego con fuertes ráfagas de aire que lo desviaban, me acerqué como pude. Tal como Iver Adair, era impenetrable.

—¡Medi! —la llamé desesperado.

Con su rostro empapado en lágrimas, giró la cabeza e hicimos contacto visual. Mi corazón soltó un latido que estaba seguro que estaría en sincronía con el suyo. Por un segundo se quedó quieta hasta que volvió a arrugar la mirada.

—¡No vengas! ¡Vete de aquí!

Nunca he sido de los que obedecen así que iba a tener que quemarme por ella si era necesario. Seguí luchando atravesando el fuego. Algunas llamas tocaban mi ropa y me distraían para extinguirlas. Por suerte, como ella no quería hacerme daño, había debilitado el fuego por donde yo pasaba. Gracias a eso la alcancé y estreché en mis brazos.

—¡Suéltame! ¡No quiero! —Forcejeó.

Para no cocinarnos mantuve un círculo de aire a nuestro alrededor.

—Medi, tú no eres esto. Vamos, respira, estoy aquí.

—¡Amalia ha muerto! ¡Ya no está! —gritó en fragmentos. Después, volvió a forcejear—. ¡No quiero verte! ¡Un día también morirás y yo…!

Estaba sudando, me mareaba el calor excesivo y la falta de oxígeno. Cuando iba a responder, el fuego se extinguió en un abrir y cerrar de ojos. Ambos en silencio miramos al personaje imponente que caminaba hacia nosotros. Había llegado Macsen Bedelia, con la severidad marcada en su rostro.

—Es suficiente, Medi Bedelia. Si continúas, el fuego alcanzará al Gran Roble y el mundo perecerá.

Las cenizas cayeron en el silencio, convirtiéndose en una lluvia oscura marcada por una desolación que nos tomaría días limpiar.

—¡Hay que reparar los edificios dañados! —lideró Catrin Xyla.

—¡Reunid a los heridos!

Mientras, ella observó a Macsen con una mirada muerta.

—¡Medi! —Se acercaron sus padres—. ¡Por Emdor, mi niña!

La examinaron en cada rincón para asegurarse de que no estuviese herida. Habían perdido a su única sobrina y casi perdían a su hija en el proceso.

—Medi… —la llamé.

El brillo escaseaba en sus ojos. Sin responder, observó el resto. Los edificios estaban negros y algunos destrozados por las llamas. Había personas heridas por el fuego que los había alcanzado y la observaban con desazón, igual que miraba un hijo de Emdor a una bruja. Giró su rostro hacia otro lado y nuestras miradas no se volvieron a cruzar.

—Hablemos junto a Emdor. Lo necesita. —La señaló Macsen con el mentón y ellos asintieron y lo siguieron.

Me quedé atrás sin más opción que apretar los puños. Quería coger su mano y volverla a tener en mis brazos. Solo fue por unos segundos, los más peligrosos que había experimentado porque estaba dispuesto a incinerarme con y por ella, pero tenía que admitir que habían sido los mejores de mi vida.

Los del pueblo retrocedían y la miraban con miedo y rencor a medida que atravesaba la multitud. Entre todos los Bedelia solo Macsen había conseguido controlarla y se sabe que su poder es bestial. Eso solo significaba una cosa: ella también era una bestia, pero una descarriada que nos pondría en peligro a todos.

Cuando ya no se les veía al cruzar en una de las calles, empezaron los murmullos.

—Se volvió loca.

—¡No es así! —reaccioné indignado con el primero que lo dijo.

—¿Por qué la defiendes? —habló alguien adolorido—. ¡Mira lo que hizo! ¡Esa niña es un peligro!

Se había quemado el antebrazo. Había varios con quemaduras graves y dolores agudos, las cenizas nos habían impregnado a todos. Menos mal que nadie había muerto. Tuve que aguantar, sintiéndome impotente.



Había caras conocidas en el cementerio de la colina, muchos eran amigos de la familia. Cuando terminaron de meter su ataúd en el agujero, lo rellenaron y Emdor hizo su magia. El musgo se extendió, lo cubrió y semejó un cálido abrazo de Dios. No era la primera vez que lo veía, ya lo había vivido con el entierro de los padres de Aron. Eso no quitaba que se sintiera igual de conmovedor. *Te veré en la reencarnación*, solté desde el corazón, secando mis ojos con amargura. Tenía buenas noticias para ella que ya no llegarían. No podía ni atreverme a pensar en decir nada. Medi tardaría un inmenso tiempo en sanar.

Derramé lágrimas por Amalia y por Medi. Nadie sonreía ese día. Ella lloraba sin esperanza de consuelo alguno, con sus rodillas enterradas en el suelo. Tocaba el musgo sobre la tumba a medida que le rogaba a Emdor que le devolviera a Amalia. Todos permanecimos rodeando la tumba, esperando al saber lo que seguía.

Se vio un movimiento gentil en la tierra. El nacimiento de una nueva mariposa morpho azul. Agitó la suciedad en sus alas y se alzó en vuelo. Todos lloramos con sentimiento. Las mariposas sirven como puente entre nuestras vidas del presente y las pasadas, por tanto no había duda de que era el último adiós.

—¡Amalia…! —Medi extendió la mano, quería alcanzarla, sin embargo la mariposa a duras penas tocó su dedo y se elevó en dirección al Gran Roble. Sus llantos trascendieron a una pesadilla. Tuve que limitarme a aguantar las ganas de abrazarla y consolarla.

Con el pasar de los días hubo ocasiones en las que quería acercarme para darle el pésame pero ella me evitaba. No había visto ni un atisbo de su sombra así que me vi obligado a ir a su casa por la desesperación, determinado a hablarle. Necesitaba que me escuchara, y si me lo pedía me quedaría con ella el tiempo que necesitase.

—Lo siento, Celyn, me temo que no podrás verla. —Su madre estaba demacrada. Ya conocía a sus padres, de las veces que había coincidido con ellos en casa de Amalia, además de que Medi pasaba gran parte de su tiempo con nosotros—. Lleva días sin querer salir de su habitación, le he dejado comida y agua frente a la puerta pero no ha bebido ni un sorbo.

Sollozó y sus palabras no hicieron más que causarme ansiedad.

—¿Puedo entrar? Quisiera intentar hablar con ella, aunque sea un momento. Os lo suplico.

Lo sopesó y por fin asintió permitiéndome pasar. Caminé veloz a la puerta de su habitación, su madre nos dio privacidad. Toqué un par de veces y apoyé la frente en la madera.

—Medi. —No se escuchaba nada—. Siento tanto por lo que estás pasando, no puedo imaginarme lo fatal que te sientes. Sé que tú y

Lia erais como uña y carne.

Siguió en silencio.

—Ella… Ella siempre hablaba de ti, de cómo le gustaba verte reír hasta cogerte el estómago y cómo le parecía tan tierno que fueras pequeña.

Seguí hablando con el corazón en la mano, rogando que mis palabras la alcanzaran.

—Por favor, no te hagas esto. Amalia odiaría verte así. —Los ojos se me nublaron—. A mí me duele verte así.

Escuché sus sollozos al otro lado y el corazón me dio un brinco. Estaba pegada al otro lado de la puerta, justo frente a mí. Me agaché al nivel en que escuchaba su voz débil y cerré los ojos.

—Medi, no me iré, te cuidaré, estaré para ti todo el tiempo que me necesites, hasta que tu corazón esté mejor.

Quería abrir la puerta pero no podía obligarla.

—No te necesito —declaró con una voz quebrada en mil pedazos. El corazón se me partió con sus tajantes palabras.

—Aun así… —titubeé—, quiero acompañarte.

Porque te amo, joder. Te amo tanto.

Poco después oí un chirrido de la madera de dentro que me tomó por sorpresa. Me levanté aprisa con los latidos frenéticos y retumbantes. En el momento en que abrió la puerta el corazón se me cayó al suelo y se desparramó con crueldad, roto en mil pedazos.

Sus ojeras eran impactantes y sus ojos se veían al rojo vivo. Otra lágrima más y con solo rozarle la piel iba a sangrar. Había mechones de pelo esparcidos por el suelo de la habitación y objetos tirados y resquebrajados en cada rincón. Se había cortado el pelo ella misma hasta las orejas quedándole algunos por cortar, era evidente que lo había hecho en un arrebato. Amalia siempre se lo arreglaba, a veces la envidiaba por eso. Su mirada era una que jamás le había visto, se podía ver en ella una ira visceral hacia el mundo.

—No necesito tu lástima —pronunció—. Si viniste para eso no quiero verte nunca más.

Negué con la cabeza en apuro.

—No es por—

—¡Quiero que te largues! —las palabras salieron como dagas entre dientes—. ¡Dije que no quiero tu lástima! ¡Tampoco necesito que me cuides! ¡Eras el amigo de Amalia!, ¡no mío! ¡Yo ya no existo para ti!

—¡Pero Medi!

—¡LARGO! —Me tiró la puerta en la cara.

Me quedé helado y hecho pedazos. Por lo impactado que estaba, carecía de voluntad para arreglarme el corazón. En silencio escuché su llanto y algunos golpes que me preocuparon. Me vi obligado a apoyar la mano en la madera, con un nudo en la garganta y las lágrimas inundándome el rostro, luchando por no romper la puerta.

Sentí un toque en el hombro que me hizo pegar un brinco. Era su padre, con una mirada de profundo pesar. Detrás estaba su madre encorvada y destrozada. Era el momento de irme.

Resignado, caminé a rastras hacia la salida.

—Cuídate, cariño. Muchas gracias por todo. —Me dieron un abrazo y se despidieron como si fuese la última vez que me verían. De ahí en adelante tendrían que ser valientes para recuperar a su hija. Una vez que cerraron la puerta, caminé lejos y con falta de aire. El dolor era desbordante, me ahogaba y me sumergía en profundidades de devastación. Estaba enamorado de ella pero el camino para alcanzarla estaba lleno de espinas y sería largo, casi inalcanzable.

Necesitaba auxilio. Solo sabía de una persona que había ayudado a otro a sanar una pérdida tan enorme. Alguien con talento para robarle una sonrisa a cualquiera. Tras llorar en casa, escondido por un largo rato en la oscura soledad, fui al lugar que creí era el correcto.

Abrí la puerta de su despacho.

—¿Celyn? —Macsen se despegó de su silla—. ¿Qué sucede? Estás horrible.

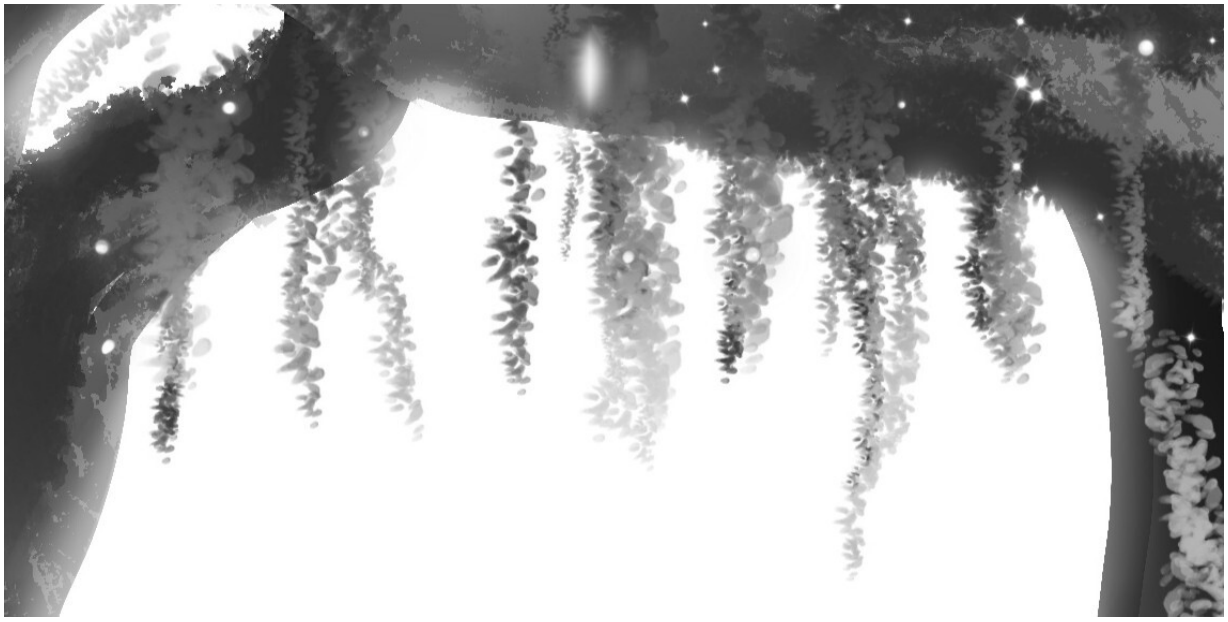
Me desplomé y me arrodillé en el suelo.

—Ayuda a Medi, por favor. Haré lo que sea.

Las lágrimas mojaban gota a gota la madera del suelo. Lo lamería para limpiarlo si me lo pedía pero necesitaba que ayudase a

la mujer que amaba. Escuché sus pasos hasta que su mano reposó sobre mi hombro. Alcé el rostro, herido, vulnerable, encontrándome con su sonrisa suave decorada por su gruesa barba.

—No te preocupes, este viejo ya tiene un plan.



CAPÍTULO 34

—Después de un año decidió abrir su boutique y centrarse en el trabajo —culmina Celyn—. Muchas veces intenté acercarme pero ella cortaba la conversación diciéndome que dejara de tenerle lástima.

Hemos tenido que sentarnos en un banco en el camino para terminar la historia.

—Medi me habló de la muerte de su prima y cómo fue su proceso de luto pero no te mencionó nunca —murmuro con pena en cada sílaba.

Se recuesta en el respaldo del banco con la mirada en las nubes.

—Puedo imaginarlo ya que se aseguró de que no existiera un *ella y yo*. Fue Macsen quien le ayudó a bajar la guardia hasta que

llegaste tú y reabriste su corazón —asegura, inspirándome a levantar las comisuras—. Desde el fondo de mi alma te lo agradeceré siempre, Lobelia.

Nos dejamos llenar por un silencio agradable, me da un toque con el codo y continúa:

—Y en agradecimiento por escuchar mi historia, te daré información importante sobre Rhoan —anuncia en voz baja.

Los latidos se me disparan. Separa los labios y me mira directo a los ojos.

—Para los que lo sabemos, mantener el silencio ahora supone una tortura y nos duele mucho —expresa y mi rostro se atenúa aflojando la mandíbula.

—¿A qué te refieres?

Casi puedo leer sus pensamientos preguntándose si está bien seguir.

—He estado con Aron en casa de Rhoan muchas veces y cuando Aron se emborracha hasta quedarse dormido, Rhoan me pide que le ayude a llevarlo a la habitación de invitados. En ocasiones Aron insiste en dormir en la habitación de Rhoan porque la cama es más grande —murmura muy bajo, sin yo poder captar a dónde quiere llegar con esos detalles—. Lobelia, cuando nos vayamos, ve a su casa y entra en su habitación. Es la primera puerta al subir las escaleras.

Desorbito mis ojos.

—¿Estás loco? ¡¿Sugieres que me cuele en su casa?!

—Confía en mí y hazlo mañana en tu descanso de la tarde. Cuando estés allí lo entenderás. —La certeza se refleja en sus ojos —. Sé cuidadosa y no dejes ni una huella, recuerda que Rhoan es un cazador meticuloso.

Mantengo la mirada con la suya y creo ver un atisbo de emoción por el posible resultado que traerá el que siga su intrépido consejo. Se pone en pie y estira los brazos dejando ir un quejido. Puedo ver que está satisfecho con lo que me ha dicho sin un atisbo de arrepentimiento.

—¿Vamos?

Lo observo un momento, resoplo y asiento. Me separo del banco cuando de la nada pienso en algo, con la oportunidad de hablar a solas con uno de los tres miembros del equipo Drago.

—Celyn —lo llamo dudosa y se detiene—. Rhoan es muy fuerte, ¿no es cierto?

Por el modo en que se le cierne una sonrisa cálida en el rostro, me muerdo el labio con cara tímida, porque ha quedado claro que mi preocupación es evidente.

—Casi invencible.

Inhalo hasta levantar los hombros y suelto una bocanada de aire que se lleva mi energía. Mi ansiedad no se esfumará así de fácil pero la confianza que Celyn me da me hace saber que Rhoan sabe lo que hace y no estará solo. Es el equipo de cazadores más fuerte.



Tengo la cabeza dando vueltas. El qué encontraré en casa de Rhoan me pone de los nervios y recuerdo que me impidió subir las escaleras cuando me llevó. ¿Qué oculta? Creía ser una persona con gran creatividad, no obstante esto me sobrepasa y no tengo ni la más remota idea de qué será.

Tengo unas ganas enormes de verlo, sin embargo gracias a Emdor no hemos coincidido en todo el día. Sé que me rechazará por su expresión de esta mañana con Garran y no sé si estoy preparada para hablar con él. Aun así, tenemos que encontrarnos pronto ya que Macsen me pidió que lo acompañase a despedirse. Lo hace con todos los equipos y me viene de maravilla como excusa para no tener que hablarle pero poder verlo partir con mis propios ojos.

Antes de eso me encamino a la boutique de Medi. *Necesito convencerla de que se despida*. Ahora que conozco ambas perspectivas no puedo dejar de pensar en que es una tontería que sigan sin estar juntos. Abro la puerta y no se ve ni un alma.

—Medi, soy yo —anuncio.

Se levanta al otro lado del mostrador. Igual que la última vez, estaba escondida como un animalito. Le faltan ánimos hasta para saludar y por su rostro derrotado y mirada baja me temo lo peor.

—¿Me acompañarás a despedirlos? —pregunto con suavidad.

Sus ojos se apagan aún más.

—No creo que pueda, lo siento.

La observo con cariño y elimino la distancia, abrazándola y llenándola de buenos deseos.

—Está bien, no tienes que disculparte por eso. —Retrocedo para peinar las hebras sueltas de su moño—. No obstante, es importante que hables con Celyn después de la cacería, ¿de acuerdo? Macsen me dijo que regresarán en tres días. No puedes dejar que el problema se enfríe, Medi. No es justo para nadie.

Me frustra no poder hacer más tras saber lo que me contó Celyn. Gracias a eso no puedo evitar darle mi apoyo en vez de a mi amiga que no hace más que huir. Debo morderme la lengua y tragarme las palabras. No puedo entrometerme más que esto.

Cuando empiezo a resignarme a ser espectadora, oigo un sollozo.

—¿Qué sucede? —susurro con cariño.

—Sé que es injusto para él, sé que soy una cabrona pero el miedo me paraliza —confiesa—. Estoy aterrada de entregarle todo de mí, acostumbrarme a esa sonrisa y a esos ojos que me miran como un maldito idiota enamorado y que al final me lo arrebate el destino como hizo con Amalia… Si descubro lo que es tenerlo, ya no podré vivir sin él.

No dudo en estrecharla en mis brazos otra vez, con más fuerza.

—Si lo pierdo como a Amalia estaré perdida, Lobelia —su voz es un desastre—. Y odio el hecho de que hoy también se irá. ¡Odio que sea un cazador!

—Ay, Medi. —Suelto en un suspiro lleno de pesar.

Su manera de actuar siempre tuvo sentido. No era solo por mal carácter, testarudez o por preocupación a que su mala fama en el pueblo afectara de forma negativa a Celyn.

Los minutos se vuelven eternos hasta que termina por secar sus lágrimas una última vez.

—Debes irte, tienes que despedirte de Rhoan —me recuerda provocándome un resoplo.

—¿Quieres que le entregue un mensaje por ti—

Soy interrumpida cuando se escucha la puerta abriéndose. Nos miramos a la cara y en un parpadeo Medi se ovilla en el suelo. Entra Celyn con la impaciencia asomada en el rostro.

—Hola. —Lo saludo desde el mostrador.

Él levanta las comisuras.

—¿Otra vez cuidando la tienda?

Voy a responder cuando oigo una respiración fuerte que viene de Medi.

—Deberías estar en la entrada del pueblo. —Se endereza.

¡Bien! Me enorgullece. La sorpresa de Celyn aumenta al descubrir sus ojos rojos. Poco después relaja la expresión, debe haberse dado cuenta de que es por él.

—Hola, Medi.

Observo el mágico cruce de miradas encontrándolo digno de una dramática obra de romance, hasta que Celyn hace contacto visual conmigo y reacciono.

—Ah, y-yo… quedé en verme con Macsen ahora, así que te veo después.

Me voy a la salida con la torpeza visible en cada paso, alzando las cejas a Medi para animarla. Parece al filo del desmayo, a pesar de tener el rostro impasible de siempre. Abro la puerta pasando al lado de Celyn y en el momento en que salgo al exterior mi mirada se encuentra con una que detiene mi corazón.

—Rhoan…

Desprevenido como yo, solo alcanza a tragar.

—¡Hola, Lobelia! —saluda Aron.

Gracias a él despierto de mi impacto momentáneo y cojo a Rhoan de la mano.

—Venid conmigo.

Rodeo la tienda.

—Ooh, ¿quieres espiar? —adivina Aron—. No deberíamos, pero te apoyo.

Rhoan sigue mudo. Llevo mi dedo índice a la boca para que guarden silencio y abro la puerta trasera a paso de caracol. He practicado con esmero el control de mi poder y he aprendido con Garran a cubrir mis pasos con musgo, cosa que otros Xyla no

pueden hacer. Hago un camino para acercarnos hasta la puerta que va al frente sin hacer ruido y nos escondemos a los lados.

—Mis intenciones de acompañarte a casa anoche no influyen en el hecho de que sucedió lo que tenía que suceder —afirma Celyn.

—Claro que influye. Si no hubieses insistido, nada de esto habría pasado.

—Pero pasó, ¿por qué no quieres hacerle frente?

Ella se silencia por un breve momento.

—Celyn, no soy yo —dice con una voz más dócil—. Y lamento mucho lo que hice—

—Yo no lamento nada —interrumpe Celyn.

Ella calla hasta que resopla. Casi puedo ver su rostro abatido.

—Celyn, no estoy en condiciones de estar con alguien como tú.

—¿Qué significa eso? —responde él con un nudo de impotencia. Unos segundos después cambia el tono a uno suave—. Me dijiste que con eso podía ser tu amigo, ¿no? Seamos amigos.

—Estaba borracha.

Me muerdo el labio con rabia y ganas de mostrarme y gritarle que espabile.

—Hemos llegado hasta aquí —expresa Celyn con el dolor tatuado a sangre en cada sílaba—. Por favor no me alejes otra vez.

Sus súplicas me hacen recordar la historia que me contó por la mañana, su sufrimiento a flor de piel a medida que revivía esos

tiempos difíciles. Noto que Aron y Rhoan también están serios. La falta de respuesta de Medi se siente mortal.

—Solo déjame estar cerca, es lo único que te pido —añade él.

Hay un largo silencio en el que con certeza Medi lo está pensando, hasta que la escucho suspirar.

—Sobre ser amigos… lo pensaré —cede a medias—. Pero si tu aetheris aparece de repente, haremos como si fuésemos extraños.

Pongo los ojos en blanco. *¡Qué negación tan grande!*

—Está bien —responde él. Está seguro de que es Medi y nosotros también.

Al sentirnos satisfechos con lo que escuchamos, salimos por donde vinimos.

—Me pregunto quién será tu aetheris, Aron —suelto en broma, provocándole una carcajada gigante.

—He pasado por muchos *encuentros* y todavía no aparece nadie. Seré como mi abuelo, guapo y soltero para siempre.

No parece preocupado por ello.

—¿Crees que Macsen es *guapo*? —le pregunta Rhoan en un tono burlón.

—¿Qué tiene de malo? —lo defiendo—. A mí sí me parece que tiene buen porte.

—¡Já! —me apoya Aron.

Rhoan me mira y solo entonces me doy el lujo de retomar mis nervios. Mis ojos terminan por plantarse al suelo.

—Deberíamos ir a la entrada, mi abuelo debe estar esperándonos con Jac —menciona Aron—. Celyn sabrá que estamos allí cuando salga.

Doy gracias porque está aquí, o no sé con qué cara enfrentaría a Rhoan.



A pesar de que el pueblo solo queda a unas horas, ellos permanecerán en Blackriver tres días para vigilar a las brujas y evaluar cuál de las estrategias que han planeado es la mejor. Por lógica, cazar un aquelarre es más complicado que una sola bruja. Cabe añadir el hecho de que los humanos no deben descubrirlos.

El viejo Macsen conversa sobre los preparativos con Jac Adair, el jefe del equipo. Permanezco a su lado ya que no vine en modo despedida sino como asistenta.

Jac es un hombre de cabello grisáceo peinado hacia atrás, muy respetado entre los cazadores. Ojos azul cielo, una nariz alargada y cejas pobladas como arbustos. Su mirada es impasible aunque permanece con las comisuras con gentileza hacia arriba. Casi doscientos años estuvo luchando como cazador, hasta que el jefe del equipo Drago se retiró y le ofreció su lugar. Una gran cicatriz rinde memoria a sus años de combate. Se muestra desde su sien izquierda y recorre su mejilla hasta terminar en la clavícula. Arruga su piel con

ligereza y sobresale en un tono rosáceo. Es un hombre gentil y sociable.

—¡Lobelia! —me llama Aron sentado en un banco con Celyn a un lado más desanimado de lo habitual, y Rhoan al otro con sus ojos siguiéndome similar a un halcón. En el instante en que hacemos contacto visual desvío la mirada y siento un revoltijo en el estómago.

—Ve con ellos, pequeña. —Macsen me da una palmada suave en el hombro—. Sé que quieres despedirte.

¡No! Es decir, sí, pero no estoy lista para acercarme.

—No es necesario, puedo quedarme aquí —contesto con una sonrisa forzada.

—¿Cómo puede ser más entretenido pasar el rato con dos viejos? Ve, niña, que llevan un rato llamándote —añade Jac.

—Tiene razón —lo apoya Macsen.

Sé que si insisto sospecharán. Resignada, le doy un toque en el brazo.

—Entonces iré.

Camino enfocada en Aron y Celyn, en una lucha a muerte por borrar a Rhoan de la vista para no mostrar ansiedad. Sus pensamientos deben estar en la cacería mientras que los míos lo llaman a él.

—¿No nos escuchabas? ¡Llevo un rato llamándote! —se queja Aron.

—Perdón, estaba concentrada en lo que hablaban —invento una excusa y miro a Celyn, ignorando a Rhoan que me mira casi sin pestañear—. ¿Estás bien? ¿Cómo salió todo con Medi?

Él resopla.

—Tengo tres días para pensar en cómo convencerla de que soy su aetheris —responde.

Me hace sonreír.

—Sé que puedes. Si estáis predestinados, el amor siempre encuentra la forma de romper las barreras.

Me arrepiento solo un poco de mis palabras al caer en la cuenta de que Rhoan también me escucha.

—Gracias, tienes toda la razón —contesta Celyn más animado.

Hay un silencio en el que Aron se ve en la lucha de idear un nuevo tema de conversación. Es inteligente, sé que percibe que hay algo raro. En el asfixiante aire se oye que Rhoan libera un resoplo fuerte.

—Ven conmigo un segundo. —Se levanta y el corazón se me para en seco. Alzo el rostro amedrentada, lo veo alejarse a un callejón y el miedo de que me rechace antes de estar con la mente preparada me paraliza.

—Vamos —me anima Aron en un susurro. Lo descubro tanto a él como a Celyn con medias sonrisas para brindarme coraje.

Trago saliva y voy tras sus pasos. Cuando me detengo frente a él en el callejón, el silencio se vuelve difícil de sostener.

—No descuides tu entrenamiento mientras no estoy —me pide—. Te vendrá bien aprender de Garran, es el mejor de tu elemento.

—De acuerdo.

¿Me ha traído aquí solo para decirme eso? Sigo sin poder mantener el contacto visual. Sin embargo, no quiero que se vaya de este modo. No quería este resultado, no debí emborracharme ayer hasta erradicar de manera fatal mi impecable compostura. ¡Todo iba bien! Bueno, él me evadía pero no había esta tensión y podía mirarlo a los ojos. Quiero volver a cuando reíamos juntos, a cuando nos tratábamos como si nos conociéramos desde siempre.

Termino por entender que no podré soportar su rechazo, me partirá el alma en dos así que solo puedo seguir un camino. Cojo una bocanada de aire discreta y alzo la mirada. Cada segundo es una posibilidad para él de decirme que no me quiere.

—No debí presionarte anoche —suelto y enseguida relaja la mandíbula—. Entiendo que hay límites que has marcado con claridad y fue error mío intentar cruzarlos. Espero que olvides todo lo que dije. Finjamos que no sucedió y volvamos a nuestra amistad de siempre, ¿vale? Me acostumbraré y cuando conozca a mi aetheris te olvidaré. Te lo prometo.

Los ojos se me nublan con el dolor que me causan mis propias palabras. No quiero olvidar ese momento en el cual me armé de valor pero necesito hacerlo para recuperar nuestra cercanía. Alejarme de él no es una opción.

En su rostro se muestra una inesperada tristeza, casi tan visible como la mirada afligida que logré avistar frente a Garran. Titubea en silencio y al poco tiempo sella sus labios para asentir mientras contiene su dolor. Sudo frío. Con esa reacción confirmo que pensaba rechazarme. Al menos significa que mi disculpa ha funcionado. Lo único que necesito es que no me diga que no lo busque más. A punto de proponerle volver con los demás, se me ocurre algo.

—Dame un momento —le pido.

Abro las manos tan concentrada que olvido el entorno. Entre mis dedos se forma la figura de un lobo utilizando madera de ébano. Lo cubro en mis manos y cierro los ojos para rezar. Al cabo de unos segundos se lo entrego.

—Es un amuleto, te protegerá —murmuro con timidez. Un dolor punzante me escuece el alma con un déjà vu de cuando le entregué el pañuelo a Lucian. Ahora entiendo por qué Medi no quiso despedirse. *Rhoan regresará. Es fuerte, lo he visto. Es imparable*, me convenzo.

Sus labios permanecen entreabiertos, cautivado admirando los detalles. Poco después me dedica una sonrisa dulce.

—Gracias —su voz es afligida. Dejo ir un resoplo con las comisuras alzadas unos milímetros.

—¡Rhoan!

Se oye la voz de Aron. Es la hora. Los ojos se me cristalizan y un nudo en la garganta me corta el aire. Rhoan guarda el amuleto,

salimos del callejón y vamos a paso de tortuga a la entrada. El corazón me late despiadado, los labios me tiemblan. Nos encontramos con ellos antes de ir con Macsen y Jac. Por un segundo en el que Rhoan está más lejos, Celyn se me acerca y susurra en un parpadeo.

—Ve mañana.

Mi corazón se acelera un instante.

—Lo pensaré —le susurro.

Llegamos a la altura de Macsen y empieza la despedida final.

—Ven aquí —Macsen abraza fuerte a Aron, cerrando sus ojos con sentimiento.

—Viejo, te he dicho que no me abraces así en público —refunfuña Aron sin alejarse.

—Llámame abuelo. *Abuelo* —lo corrige Macsen—. ¿Por qué no sigues el ejemplo de Lobelia y Medi? ¡Las dos me llaman abuelo y fue a ti a quien crié!

—Es porque tienes un don para encantar a las mujeres —dice Aron entre risas.

Sonrío leve dándole la razón.

—Bueno, como sea —responde Macsen habiéndole gustado su respuesta y le da un beso en la frente—. Que Emdor te proteja, Aron Bedelia.

—Y que su luz nos mantenga unidos —completa Aron con una sonrisa.

Es la conocida despedida del cazador: con una bendición del Gran Roble. Presenciar la de Aron y Macsen hace que le eche más leña al fuego. *Calma, solo son tres días*, me digo, esforzándome en que no se note mi estrés.

—Que Emdor os proteja a los tres —habla Jac a su equipo—. Cuidaos los unos a los otros y no os separéis en ningún momento. Siempre juntos, siempre en equipo.

Cada detalle me va acuchillando como recordatorio de que Rhoan estará en peligro y estará lejos de mí.

Macsen agita su cabello como hace de modo habitual.

—Cuídate, niño.

Él asiente. A los pocos segundos Rhoan y yo nos miramos. Deben irse, sé lo peligroso que es una bruja, lo he vivido en carne y hueso. Muero por darle la despedida del cazador pero me dirá que no. Prefiero mantener la distancia como le prometí. Aun así, no puedo evitar levantar las cejas afligida. Al borde de decirle un sencillo *adiós*, Rhoan da un paso y sus brazos se cierran a mi alrededor. Me muerdo el labio inferior tan fuerte que percibo un sabor metálico y su cariño provoca que las lágrimas salgan sin más.

—Te veo en tres días —promete.

—Ten cuidado, por favor —susurro delatando el nudo en la garganta.

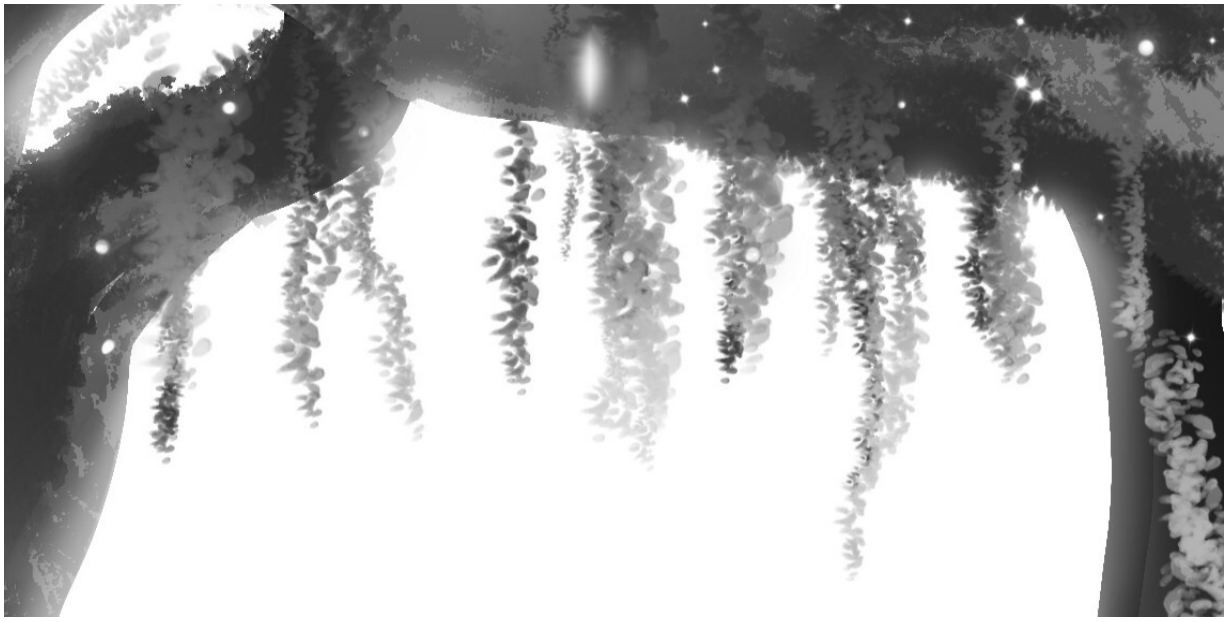
Siento su cuerpo hincharse en mi mejilla a medida que coge una extensa y profunda inhalación. Al soltar aire, me deja ir y me dedica

una media sonrisa. Al fin empiezan a caminar.

—Nos vemos —se despiden Celyn y Aron.

—No bajéis la guardia, por favor.

Asienten. Me quedo al lado de Macsen y casi como si me leyera la mente o pudiera adivinar mis emociones, me da un abrazo de lado. Cuando Rhoan ya no mira atrás, sollozo en voz baja con el corazón a un latido de colapsar.



CAPÍTULO 35

Suspiro, dejando que el alma se me salga en el aliento. Desde ayer en todo lo que pienso es en Rhoan. Miro al vacío un momento y siento los ojos humedecerse un poco. Parpadeo, me doy unas bofetadas ligeras para reaccionar y hago camino al despacho de Macsen. *Solo tres días. Hoy, mañana y volverá como si nada*, me convenzo.

—¡Lobelia! —me saluda de lejos Arwel, un herrero que conocí cuando solía pasear en mi llegada al pueblo. Lleva mirada de enamorado mientras trabaja en un cuchillo de cocina. Al principio me acerqué por el calor de la forja que me ayudaba a pasar los días más fríos, sin embargo me di cuenta de su interés y traté de pasar

desapercibida para él. Por fortuna, justo en ese tiempo empecé a trabajar con Macsen. Rasco mi mejilla y saludo con la mano. Unos metros más allá alguien se acerca.

—Hola, Lobelia, ¿cómo estás? —otro chico.

—Hola, bien, ¿y tú?

¿Cómo se llamaba? La cabeza me echa humo intentando recordar. Después de hablar un par de minutos, lo veo titubeante.

—Lobelia, perdón si es repentino, pero, ¿te gustaría ir a comer algo esta noche? —pregunta nervioso y me toma por sorpresa.

—En realidad, no estoy interesada en salir con nadie. Lo siento —lo rechazo con una expresión de disculpa. No es mentira del todo ya que no estoy interesada en salir con nadie que no sea Rhoan.

—Ah, entiendo. Perdón por haber robado tu tiempo —responde el joven muy respetuoso hasta casi darme lástima.

—No te preocupes.

Se despide abatido. A punto de llegar al trabajo, aparece otro más que conversa durante el corto trayecto que me falta. A este no sé cómo decirle que deje de hablar, con la puerta de la Central detrás de mí convirtiéndose en mi salvación. ¡Quiero trabajar! Necesito desconcentrarme del impulso frenético de ir a Blackriver a perseguir a Rhoan. Para eso me serviría un buen cotilleo y té con Macsen.

De repente la puerta se abre y aparece Caradoc. Le pido auxilio con la mirada. *Por Emdor que si no me ayudas te odiaré*, es lo que

dice mi cara.

Se arregla la barba.

—Lobelia, te estaba buscando, es sobre un documento.

¡Gracias!

—Lo siento, me tengo que ir. —Le hago una mueca de disculpa al otro hombre mientras señalo a Caradoc.

—¡Ah! Sí, perdona —está muerto de nervios—. Antes de que te vayas, me preguntaba si…, ¿te apetecía dar un paseo conmigo hoy por la noche?

Parpadeo descolocada. ¿Qué sucede con estos hombres?, es como si estuviesen apresurados.

—Lo siento, pero por ahora no quiero salir con nadie. —Le regalo una sonrisa gentil con la respuesta repetitiva.

¡Lárgate!

—¿Es por Rhoan Adair?

Me paralizo. En un principio no consigo entender cómo una cosa tiene relación con la otra hasta que caigo en la cuenta. No puede ser, ¿o sí? Sé que desde que llegué al pueblo ha habido rumores sobre Rhoan y yo. Aquella vez que se lo dijo a Caradoc investigué un poco y decían que había sido el destino y que yo lo había hecho cambiar, aunque nunca supe en qué sentido. ¿Se me están acercando porque no está y pretenden conquistarme antes de que llegue? Es la primera vez que me deja sola en Emdor y eso hace que

crean tener oportunidad. Su cobardía me provoca rabia y ganas de darles una lección.

—De hecho, sí. Me gusta mucho, lo siento. No tengo cabeza para pensar en alguien más mientras no está.

No es exageración. *Gustar* suena pequeño comparado a los sentimientos que me mantienen en una angustia incesante desde que lo vi atravesando la salida del pueblo. Si fuese por mí, haría peregrinaje de aquí a Blackriver de rodillas y con las manos alzadas al cielo suplicándole que me dé una oportunidad, pero eso solo lo alejaría para siempre.

El hombre entristecido asiente.

—Comprendo. —Por fin se va.

Entro a la Central con Caradoc, suspirando exhausta.

—¿Te gusta mucho Rhoan? —pregunta.

Me quedo mirándolo y algo me hace pensar que con él puedo sincerarme.

—Sí, pero es un amor no correspondido —confieso con tristeza.

Parpadea ensimismado en sus pensamientos por un instante. Parece que va a responder algo con una cara de confundido, sin embargo relaja la mirada enseguida.

—En ese caso, ¿no hay espacio para una cita? —pregunta—. Sé que acabas de rechazar a ese chico pero conocer a otras personas podría ayudarte a aclarar la mente, si sabes a lo que me refiero.

Lo sé, pero hay algo que él pasa por alto.

—Sería buena idea, solo si me interesaran mucho mayores que yo. —Le lanzo una media sonrisa a medida que nos aproximamos a las escaleras, en señal de que lo he descubierto. No puede engañarme.

Su cabeza retrocede.

—¿Eso qué significa?

Resoplo. No quería mencionarlo pero de todos modos así le cortaré la ilusión antes que duela.

—Caradoc, ¿no tienes como cien años?

Se detiene de golpe, me mira tan mudo como una piedra y entonces estalla en una carcajada magistral. Me cruzo de brazos y empiezo a molestarme. Me pregunto qué es lo que le hace gracia.

—Lobelia, ¿quién te dijo semejante mentira? —pregunta entre risas.

Me pasmo y paro en seco.

—¿Mentira?

Moja su boca, ladea la cabeza y sonríe.

—¿Tu único motivo para rechazarme es que piensas que tengo cien años? —su voz es divertida, diría que encantadora si no estuviese cegada por Rhoan.

—¿No los tienes?

Niega.

—Tengo veintisiete, puedes preguntárselo a Macsen o a cualquiera. ¿Quién te dijo que tenía cien?

El corazón me va a mil.

—B-Bueno… —balbuceo.

No sé por dónde empezar a enterrar el rostro esperando a que me trague la tierra. ¿Por qué Rhoan me mintió? Si le digo la verdad a Caradoc, podría meterlo en una situación incómoda.

—¿Fue Rhoan? —inquiere.

No me da ni un segundo para ocultar la sorpresa en mi rostro. Ante mi reacción, coge aire y mueve la mandíbula de un lado al otro.

—Admito que ha sido sagaz —comenta impasible—. ¿Debo sentirme halagado de que Rhoan Adair me considere una amenaza?

—Por favor, no le digas nada. —Me aproximo con un rostro culpable—. Acababa de llegar y seguro que me mintió para que me concentrara en adaptarme.

Tarda un segundo en responder. No parece satisfecho con mi petición pero al menos consigo desviar una pizca de su molestia.

—¿No crees que fue por celos?

Trago saliva considerándolo hasta que recuerdo su sonrisa de disculpa de ayer y el dolor regresa. Lo observo triste.

—Ojalá, pero Rhoan no siente eso por mí —mi voz es amarga—. Entonces, ¿puedes dejarlo pasar?, ¿por favor? Él solo intentaba cuidarme.

Lo piensa en un breve silencio, con sus ojos fijos en los míos como si tuviese algo más por añadir, como si quisiera refutar e insistir en que Rhoan es un hombre celoso del cual debería alejarme,

sin embargo no tiene idea de que he soñado con eso desde que fui consciente de mis sentimientos. Nadie más que yo quiere que Rhoan me reclame como suya pero mis ilusiones no han sido más que eso: ilusiones. No puedo seguir en ese ciclo infinito.

—Vale, lo omitiré —decide y continúa con suavidad—. ¿Al menos podrías considerar tener una cita conmigo? Algo sencillo, una tarta recién hecha y chocolate caliente en una pastelería que conozco. Viene bien para el frío, ¿no crees? —Su oferta me hace hinchar los labios—. Sin presión, solo piénsalo y cuando estés lista me dices. Respetaré tu decisión.

Su manera calmada de ser me influencia.

—Caradoc, se nota que eres un hombre agradable y sé que terminaría esa cita con una sonrisa, pero no mentí cuando le decía al otro chico que no quiero salir —le expreso—. Aunque Rhoan me quiera o no, en este momento no me queda espacio en el corazón para nadie.

—¿A pesar de que te mintió?

Atenúa la sonrisa.

—Sí, y aunque lo volviera a hacer. Sé que suena patético, pero yo… simplemente lo quiero. —Me encojo de hombros, al borde de pedirle perdón por haber despertado su interés al ser una mujer aferrada a un hombre que no la ama.

Inhala sin cortar el contacto visual hasta que sonríe con sutileza.

—Está bien, como dije, respeto tu decisión. Pero si decides mandarlo al traste me puedes buscar, ¿vale?

Le regalo una sonrisa.

—Vale.

Con eso dicho nos despedimos y se adelanta para ir con su equipo. Mis pasos son lentos, pensando en bucle en el hecho de que Rhoan me ha mentido. ¿Cuántas veces lo habrá hecho? ¿Es este uno de los secretos a los que Celyn se refería? ¿Debería hacerle caso y entrar en su casa sin remordimientos? Si decido hacerlo, hoy es la única oportunidad. Si matan con rapidez a las brujas puede que regresen antes, y hoy es un día muerto en ese sentido ya que por el momento deben estar vigilándolas. Tengo de aquí a la hora de comer para decidir qué hacer.

Llego al despacho de Macsen y apenas cierro la puerta suelto una bocanada de aire. Me doy la vuelta, lo veo y noto que me mira raro.

—Buenos días, abuelo.

Me acerco para darle un toque en el brazo como me es de costumbre.

—Buen día, pequeña, ¿todo bien?

Alza una ceja mientras me evalúa.

—Sí. —Resoplo, pidiéndole con la mirada que no pregunte—. ¿En qué te ayudo hoy?

—¿Puedes ordenar estos papeles? —Me los entrega—. Te iré dando otros a medida que termino.

—Sí, por supuesto.

Me siento en la silla frente a él y me dedico a clasificar los documentos. Hay un largo silencio en el que siento que me mira con frecuencia. No parece querer decir nada y aun así me da la impresión de que está más perceptivo de lo normal conmigo. Al rato y cuando consigo ensimismarme en los papeles, me vuelve a mirar.

—Pequeña, me encuentro en una disyuntiva. Un grupo de cazadores está a punto de salir al reino de Elidyr pero se han encontrado dos aquelarres en distintas localidades. ¿Tú qué harías? No quiero alargar su estadía en el reino y ponerlos en doble riesgo pero tampoco quiero mandar a otro equipo que podría tener una cacería en cualquier momento en su territorio.

No ha tardado ni dos días en hacerme una pregunta que no se le haría a una asistenta. Pero está bien, desde el principio me dio a entender que mi trabajo no consistiría solo en ordenar papeles. Hará buen uso de mí y yo ejercitaré la mente gracias a eso.

—Tenemos dos opciones: ofrece una recompensa mayor por una estadía más larga, o haz una distribución inteligente. Puedes escoger a cuatro cazadores de cada elemento que pertenezcan a equipos que estén completos en regiones de nivel similar. Con ellos puedes formar un equipo auxiliar y no dejar ningún territorio indefenso.

Su silencio es largo hasta que sonríe orgulloso.

—Esa es una excelente idea, hablaré con los jefes —indica.

Estoy segura de que ya se le había ocurrido pero le gusta involucrarme en sus decisiones y ponerme a prueba.

Nos concentramos de nuevo.

—Tengo curiosidad, ¿tu padre ya sabe que te gusta Rhoan?

Me hace detener los movimientos. Alzo la mirada con pesar.

—¿Por qué se lo debería contar?, es un amor no correspondido —hablo desganada pero él se muestra muy sonriente, a un suspiro de reír—. ¿Qué?

—Nada, pequeña. No es nada.

—Mentiroso, sé que quieres decir algo.

—Dije que nada —insiste.

—Abuelo —respondo quejumbrosa.

Me observa con intensidad y al cabo de un momento resopla. Su mirada se va a los documentos, intentando aligerar el peso de lo que está por soltar.

—Pequeña, ¿sabes desde cuándo Rhoan empezó a curarse de su inexpresividad severa?

Su pregunta hace que me enderece.

—¿De qué hablas?

Se pasma.

—¿No lo sabes?

—Explícate —contesto con rapidez.

Guarda silencio, deja todo lo que hace y se levanta.

—Prepararé un té.

Permanezco callada a medida que calienta el agua y me voy a los sillones. Cuando está listo me sirve y se sienta enfrente. Me mantengo a la espera.

—Lobelia, desde los cuatro años Rhoan ha sufrido de inexpresividad severa —comienza y siento un ardor en el pecho—. Una noche de invierno despertó de una fiebre para no mostrar emoción alguna. Dejó de llorar, de reír, de hacer berrinches como lo haría un niño normal. Conozco a Rhoan desde el día en que nació, lo sostuve con tan solo horas de vida, lo mecí en mis brazos y siempre me causó una pena desgarradora el verlo así ya que solía tener una sonrisa contagiosa.

No sé cómo reaccionar a esto y los ojos se me humedecen.

—Pero, ¿por qué? —pregunto bajo.

—Es un misterio, nunca quiso decir nada. —Gira su taza—. Cuando intentaban sacar a relucir el tema, solo entonces estallaba en llanto y no hablaba con nadie durante horas, a veces un día entero.

Por desgracia mi mente es creativa y consigo imaginarme la penosa escena en mi cabeza.

—¿Qué pasó cuando creció? ¿Tampoco quiso hablar?

—Fue peor ya que levantó un muro en torno al tema.

Expresa una gran tristeza y para mi sorpresa se le escapa una pesada lágrima que se pierde en su espesa barba.

—Le tienes mucho cariño —murmuro.

—Él también es como un nieto para mí. —Seca su mejilla—. Soy amigo de su bisabuela Elis.

Le muestro una sonrisa débil y veo mi taza, pensativa y dolida. El Rhoan que yo conozco es uno que su familia y sus seres queridos habían añorado.

—Lobelia, el momento en que Rhoan empezó a curarse… fue cuando se plantó frente a mí solicitando una reunión de emergencia con los líderes, mostrándome un mechón de tu pelo mientras anunciaba tu existencia.

Mi corazón se detiene de golpe. Un escalofrío se mueve por todo mi cuerpo y lo paraliza.

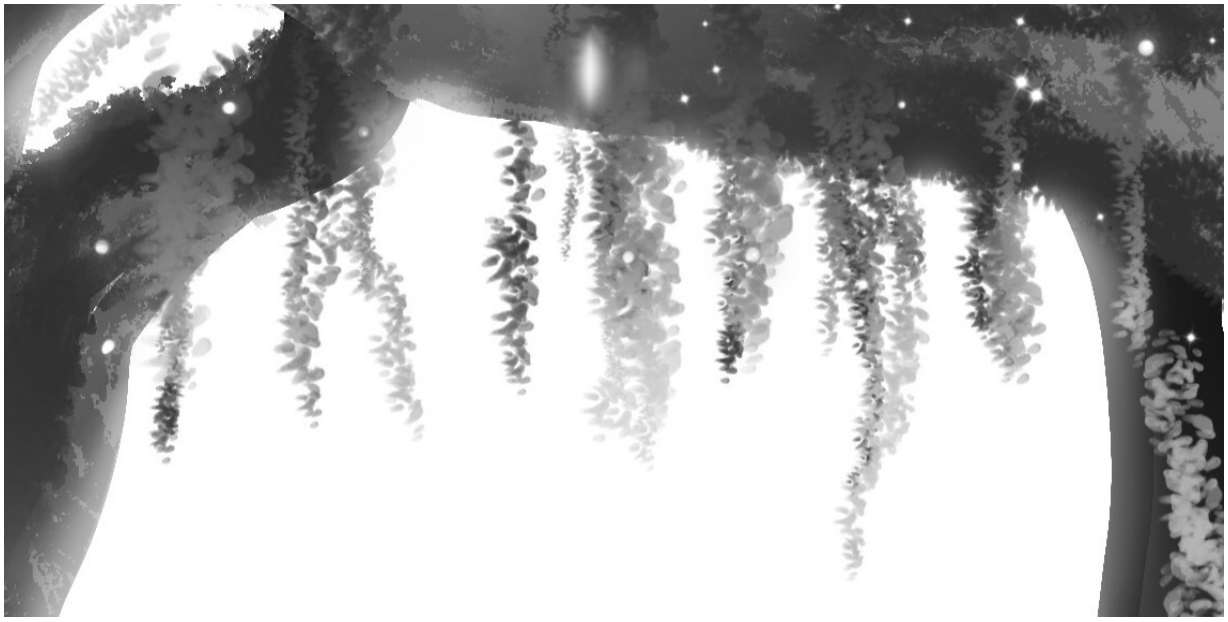
—¿Qué?… ¿Por qué? —balbuceo.

No tiene sentido. Aún cuando quiero decir que es casualidad, las palabras no me salen.

—Lo siento, ya he dicho demasiado —contesta.

Me deja con el corazón en la boca y un mortal nudo en la garganta. La mañana apenas ha comenzado y, más que respuestas, solo acumulo preguntas.

El par de veces que Rhoan mencionó su inexpresividad lo hacía como si fuese algo normal, incluso irrelevante comparado a lo que veía en Medi, no obstante se trataba de otra mentira más.



CAPÍTULO 36

Recorro la casa con la mirada de arriba a abajo. Mantengo el rostro serio. Planeo visitar a Medi pero lo haré después de esto. No puedo retrasarlo más. Aunque llegué a dudar sobre venir, las palabras de Macsen me han servido como último empujón. *¿Qué escondes, Rhoan?* Libero un suspiro cansado.

Hay un par de cartas en la entrada de mujeres aprovechando que no está. Las cojo, las rompo en trozos diminutos y hago un agujero profundo al otro lado del camino. Las entierro a un nivel al que nadie podrá llegar con una expresión impasible.

Me aseguro de que no haya nadie y poso mi mano en la cerradura. Los filamentos de piedra se introducen y amoldan a la

forma de la llave. Hago el giro y se escucha el desbloqueo. *Bien*. Me asomo una última vez revisando que no haya transeúntes y entro en un parpadeo. En cuanto me veo envuelta en el silencio, dejo escapar un suspiro que disipa parte de mis nervios.

No puedo perder tiempo en la nostalgia que siento y las ganas de verlo. Amortiguo mis pasos con musgo y voy directa a las escaleras.

En la segunda planta hay tres puertas a la izquierda y dos a la derecha. La casa parecía pequeña desde abajo pero es más grande de lo que pensé. Sé cuál es su dormitorio ya que Celyn me lo dijo. *Lo dejó cerrado*, pienso al ver la puerta a mi derecha. Hincho los labios y husmeo. La primera a la izquierda es un dormitorio sencillo. En la siguiente hay un escritorio lleno de papeles y varios mapas, es evidente que es su estudio. Al salir me encuentro con el baño así que continúo al final donde hay otro dormitorio sencillo.

Doy pasos hacia la habitación que me falta mientras el estómago se me revuelve. En el momento en que toco el pomo, cojo aire y me abordan los latidos frenéticos. *Más vale que valga la pena, Celyn Aither.* Abro la puerta.

Cierro los ojos antes de recorrerla con la mirada. Es el lugar donde más se concentra su aroma. Una vez reúno una cantidad moderada de aire, observo sin dejar ni un detalle de lado. En un principio algunas cosas me extrañan. Hay un tocador femenino y armarios innecesarios. En la pared paralela a la puerta hay una

ventana grande similar a la mía. Bajo ella yace una cajonera. Me ilumina la luz que entra del exterior, he venido a buena hora. En la pared siguiente que mira a la cama hay un armario alto en un extremo junto a un espejo de pie, después el tocador y le sigue otro armario. A la derecha hay una silla bonita con una mesa de esquina. Es una habitación preparada para un matrimonio.

Plantada en el centro de la habitación, con los pies hundidos en el musgo que voy creando, dejo ir un fuerte resoplo.

—No hay nada, Celyn —gruño.

Por su tono misterioso creí que encontraría algo importante. No me queda de otra que examinar al milímetro. Empiezo por la mesita de noche que tengo más cerca, la cajonera en la que tampoco encuentro nada importante a pesar de levantar las cosas con cuidado y revisar hasta el fondo y después voy al primer armario. El aroma de Rhoan entra por mis fosas nasales, inspirándome a llenar mis pulmones. Por un segundo me quedo admirando cada prenda. Mi necesidad de volver a verlo y escuchar su voz crece con fervor. Solo un breve instante más y cierro las puertas asegurándome de que todo esté como lo vi. Me deslizo al tocador que también está vacío. Solo me queda hurgar en el segundo armario. Lo abro resignada a que no encontraré nada y tendré que irme y me quedo helada.

Se desatan temblores en mis labios, los estremecimientos me abordan con la intención de debilitarme las rodillas y los ojos se me

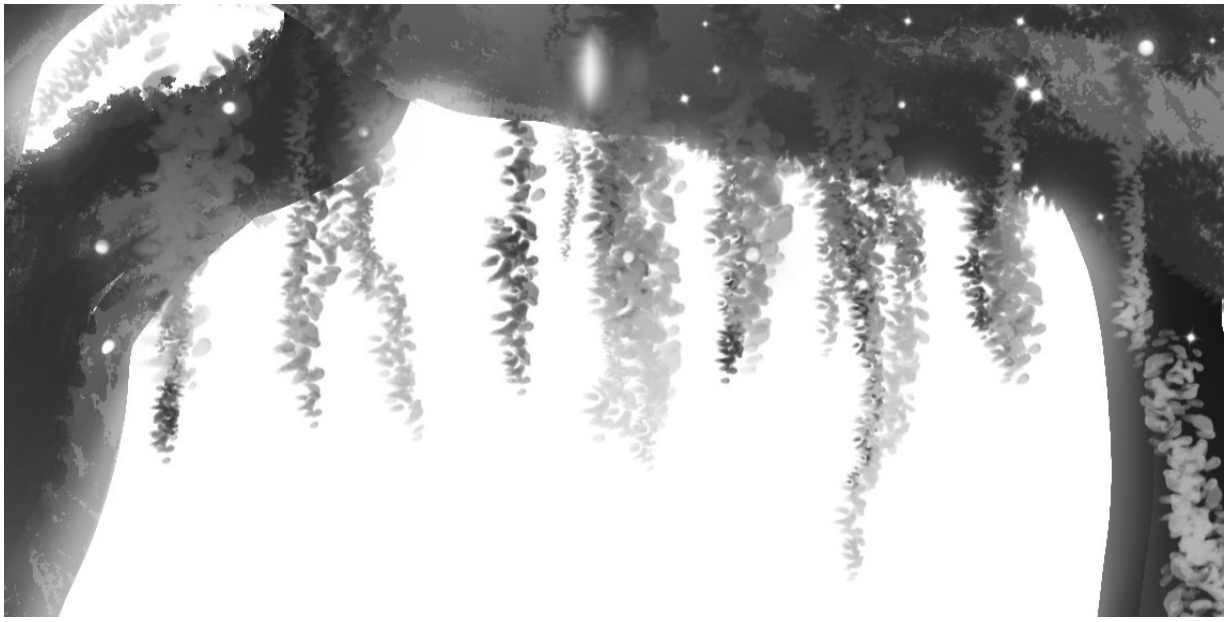
enfocan en un objeto doblado con sutileza en la superficie de la madera. Levanto el pequeño trozo de tela, observándolo sin palabras. Lo reconozco de aquella noche que hicimos la apuesta. La pareja, con certeza, sigue intacta en Blackriver.

Es mi cinta.

El nudo en la garganta me impide respirar bien y me ahogo en millones de preguntas a un suspiro del colapso. ¿Por qué está mi cinta en un armario vacío… en su dormitorio? ¿Por qué se la quedó? Macsen no la mencionó. ¿Nunca la entregó? ¿No era para confirmar mi existencia? No, con el mechón de cabello era suficiente, entonces, ¿por qué me la quitó en un principio?

¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?

Me duele la cabeza.



CAPÍTULO 37

—Pequeña, has estado seria desde que volviste del descanso, ¿ha pasado algo? —pregunta Macsen cuando voy a regresar a casa.

Quiero contárselo, pero tendría que confesarle que allané la casa de Rhoan y me sermoneará. La jornada de la tarde ha sido un suplicio por mi desánimo y no estoy preparada para que me regañen.

—Estoy bien, solo que se me hizo raro no comer con Rhoan —al menos le digo una verdad.

Peina el largo de su barba sin apartar la mirada de mí. Al segundo fuerzo una sonrisa suave y le doy un toque en el brazo como siempre hago.

—No te preocupes, estoy bien. Nos vemos mañana.

Me despido y salgo al pasillo. Veo pequeños grupos que salen de sus oficinas y se dirigen hacia la misma dirección. Están en su propio mundo, conversando entre amigos, reuniéndose y hablando sobre ir a alguna taberna o a El Agujero mientras que yo no consigo dejar ir lo que me preocupa. Bajo las escaleras y cuando llego a la primera planta camino mezclándome entre la multitud, esperando pasar desapercibida.

—¡Hola! Me llamo Binner Adair —Un cazador se me acerca y casi ruedo mis ojos.

¡Puta mierda! Es la primera vez que suelto un insulto tan vulgar. Olvidé que me estaban molestando desde esta mañana porque a la hora de la comida corrí a la casa de Rhoan. Por desgracia no sé cómo ser cruel con los demás. Noto que hay otros con el ojo sobre mí.

—¡Pequeña! —me llama la voz de la salvación.

Abro los ojos y me doy la vuelta.

—¡Macsen! ¿Qué sucede?, ¿necesitas algo más? —me aproximo al viejo que termina de bajar las escaleras.

—Te acompañaré a casa —anuncia y todos retroceden en un parpadeo.

—Me encantaría.

Entrelazo mi brazo con el suyo y salimos por la puerta atravesando los grupos como reyes. Cuando nos alejamos de la

Central, Macsen estalla en risas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me quejo golpeando con suavidad su brazo, aunque sé el motivo.

—Te estaban acechando como buitres, fue muy gracioso —contesta jocoso para después suspirar sonriente—. Me recuerda a los viejos tiempos. A Elis, la bisabuela de Rhoan, le hacían lo mismo.

Pongo morritos.

—Todo es porque él no está.

—Lo sé, temen su temperamento y por eso se han mantenido a raya desde tu llegada.

Eso me hace pensar en todas las cosas que ha hecho por mí. Se convirtió en mi maestro cuando se sabía que no aceptaba a nadie, fue intermediario para que conociera a mi padre, le dio una paliza a Seimon Aither… Creía que todo era por Garran pero desde que vi la cinta no he hecho más que cuestionar cada una de sus acciones. ¿Estoy exagerando? ¿Y si solo se le olvidó y ya? No, si fuese el caso, lo habría recordado al menos una vez al ver el armario en su habitación. Un armario vacío.

—Mañana tenemos que preparar el presupuesto del equipo Abedul —menciona Macsen.

—Vale.

Vuelvo a guardar silencio hasta que él suspira.

—Solo espero que mi nieto esté bien.

—¿Por qué no habría de estarlo? —reclamo—. No hagas que me preocupe más de lo que ya estoy, por favor.

—Sí, sí —contesta con una risita.

Estaba tan distraída con lo que encontré que había olvidado mi angustia. ¿Rhoan estará a salvo? En su equipo falta un Xyla y están en el territorio más peligroso. Si tan solo tuviesen a todos los miembros me sentiría más tranquila. Necesito que ese hombre regrese, no importa si descubre que entré a su casa sin permiso, yo solo… tengo muchas preguntas que hacerle y a su vez quiero recordar lo que es estar en sus brazos.

Mantenemos una charla relajada hasta que al llegar a la entrada me encuentro con una visita inesperada.

—¿Mabli?

—¡Lobelia! —Se lanza sobre mí con una emoción desbordante, para después abrazar a Macsen con una cara jubilosa—. ¡Hola, abuelito!

—¡Criatura! ¿Cómo te fue en la escuela? —La estrecha en sus brazos con amor.

—¡Genial!, ¡vine a ver a Lobelia! —Coge mi mano y me mira con una sonrisa espectacular—. Pensé que extrañarías a mi hermano así que vine a reemplazarlo. ¡Cuando lo necesites puedes mirar mis ojos grises!, ¡son igualitos a los suyos!

Los abre como si fuese a sacárselos para enseñármelos con gran ánimo. Me remueve el corazón su dulce forma de actuar. Aun así,

sus palabras me hacen ser consciente de que he sido mala ocultando mis sentimientos. ¿Cómo lo supo esta niña? *Bueno… ya no importa demasiado.*

—Es cierto —acaricio su cabello y lo abro en dos—, son igual de brillantes.

—¡Muy inteligente, Mabli! A Lobelia le hacía falta una dosis de tu ternura. ¿Bera sabe que estás aquí?

—Sí, mamá dijo que te diera un abrazo y eso hice —suelta entre risitas—. Vendrá a buscarme más tarde.

Macsen nos da un toque sutil en la cabeza.

—En ese caso, ya que está todo en orden me iré, pequeñas.

—Nos vemos mañana, abuelo —me despido de mejor humor.

—¡Adiós, abuelito!

Lo vemos irse y me dirijo a Mabli. Ha venido en el momento más oportuno, necesito distraer la mente con algo o terminaré mal de la cabeza.

—Tengo una idea, ¿qué te parece si hacemos galletas y nos las comemos con Garran?

Su rostro irradia alegría y pega un salto.

—¡Sí! —acepta al segundo mientras entramos a la casa.

—Nos vamos a divertir mucho —le aseguro.

Apenas se quita su abrigo me sigue a saltos a la cocina, iluminando cada rincón con su presencia. Nunca me había considerado una persona maternal hasta que conocí a Mabli Adair y

empezó a ir con frecuencia a mis entrenamientos. Ahora cada vez que la veo abro los brazos por instinto, con la preciosa vista de ella corriendo hacia mí con una sonrisa atiborrada de felicidad.

Es una niña alta así que no necesita un taburete para ayudarme en la isla central. Es la primera vez que cocino con alguien que no es Garran o Rhoan. Empezamos a mezclar los ingredientes hasta obtener una masa lista para aplanar. He hecho estas galletas tantas veces con Garran que ya me las sé al pie de la letra. Ella intenta manipular la masa con el rodillo pero se cansa fácil por lo que me ocupo yo. Me observa en silencio, creo que tiene ganas de decir algo.

—Lobelia, ¿cuánto extrañas a mi hermano?

Detengo el movimiento, mirando la masa en silencio. Con sus ojos sobre mí de fondo, mi cabeza regresa al vacío. Cuánto extraño a Rhoan, ¿eh? Esa es una pregunta difícil de responder. No porque me cueste decidir sino porque me duele pensarlo. Siento la molestia crecer por los secretos que he descubierto y los que me faltan por descubrir, pero él está al acecho de unas monstruosidades arriesgando su vida. Estoy tan enfadada que me hierve la sangre, sé que no lo recibiré con una sonrisa pero aun así estoy desesperada por verlo. Tengo la necesidad de pestañear con rapidez varias veces por las lágrimas que se agolpan. Al mirar a Mabli, noto sus ojos curiosos y serios a la vez. Me pregunto qué pasa por su cabeza en este momento.

—No te imaginas cuánto —confieso.

Con mi respuesta se queda quieta, me mira como si pasaran mil cosas que decir por su cabeza e intentase escoger entre ellas. Para mi sorpresa, coge mi rostro en sus pequeñas manos.

—Lobelia, todo estará bien —susurra con una mirada cariñosa e inocente. Pareciera que supiera lo confundida que estoy en este momento. Al final sonríe de oreja a oreja—. A partir de ahora llámame Bli, así me llaman mamá y papá.

—Gracias, Bli —suelto entrecortado sin querer.

Le satisface mi reacción. Cuando metemos las galletas en el horno se escucha la puerta. Mabli sonríe antes de correr a saludar.

—¡Sorpresa! —Se para frente a Garran.

—¡Mabli! ¿Cómo estás?

—¡Estoy haciendo galletas con Lobelia! —responde ella con un brinco.

—Eso es fantástico —la emociona.

—Hola —me acerco y lo abrazo—, ¿qué tal tu día?

—Fue tranquilo, ¿y el tuyo? —Me mira cariñoso.

Le doy un vistazo a Mabli y sonrío.

—Ha terminado muy bien. —Peino su cabello con suavidad, para entonces dirigirme a ella—. ¿Por qué no escoges un libro? Te lo leeré cuando las galletas estén listas.

Sus cejas se levantan.

—¡Vale!

En menos de un segundo corre a la estantería y camina alrededor para leer todos los títulos.

Escucho un suspiro a mi derecha. Al girar el rostro noto que Garran la observa con una extraña mirada, como si quisiera que el tiempo retrocediera. En un mes aún no lo he llamado *papá* o *padre* y, al verlo así, el remordimiento me rasga el corazón. Suspiro y sonrío, imaginándome en qué piensa. Le doy una caricia suave en la espalda.

—Aquí estoy.

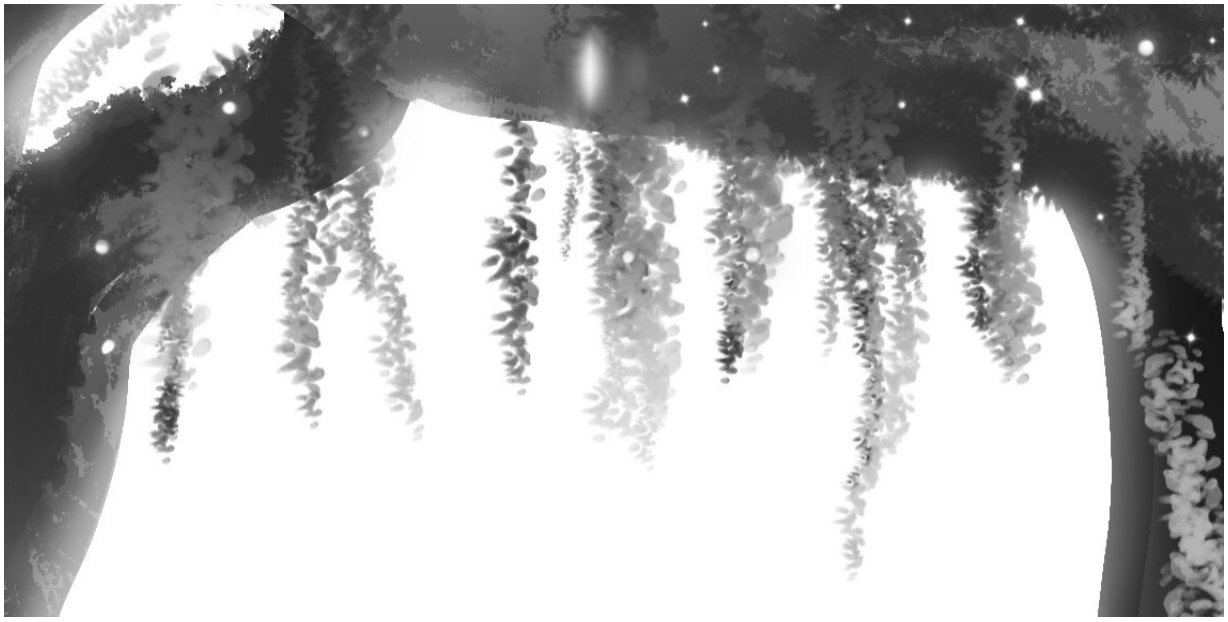
Eso le hace reaccionar.

—Lo sé. —Esboza una sonrisa melancólica—. Es solo que me pregunto si habrías sido así de niña si hubieras crecido conmigo. Hurgando entre los libros con curiosidad, correteando por la casa.

Suspira a medida que habla señalando a Mabli con el mentón. El corazón se me encoge al escucharlo. Solo basta un momento para abrazarlo con fuerza.

—Nos quedan muchos años para recuperar lo que no vivimos. —Cierro los ojos.

Papá, pienso con la intención de que salga de mi boca, sin embargo lamento no ser capaz. Si lo hiciera no sería con íntegra sinceridad. Mi corazón siente que es muy pronto.



CAPÍTULO 38

Comer con Medi no me ha servido de mucho para aliviar el peso que llevo en el corazón. Ella está desanimada, yo también y nuestras escasas ganas de hablar han convertido la hora del descanso de la tarde en un silencio fúnebre que ha terminado con mi andar apesadumbrado de vuelta a la Central. Con ella ensimismada en sus propios problemas, ¿cómo podría agregarle los míos? Aún no ha surgido la ocasión para contarle lo que ocurrió con Rhoan esa noche en El Agujero o lo que descubrí en su casa. *Por cierto, regresa hoy*, recalco y con eso mi corazón salta abrupto. En unas horas nos volveremos a ver cara a cara y haré que me suelte todos los secretos. Resistirá, pero yo más.

—¡Lobelia! —aparece Seimon con una sonrisa.

De inmediato levanto la guardia, preguntándome qué quiere. ¿Rhoan no le dio una paliza hace un par de días? ¿No le da vergüenza aparecerse frente a mí? Puedo ver que tiene moretones en todos lados. Yo querría esconderme hasta que sanaran, por mi orgullo. Ha venido en el peor momento de todos. Prefiero evadirlo.

—Estás preciosa hoy, como siempre.

Suspiro exasperada. Como estos días no he tenido entrenamiento con Rhoan, he ido al trabajo con vestido. No escucharía esto de Seimon si estuviera usando mi atuendo de combate.

—Seimon, no estoy de humor —le advierto de una vez.

—Vamos, no seas así —contesta con una risilla—. Quería disculparme por lo que sucedió en El Agujero, me gustaría compensártelo.

Pienso en Rhoan cuando se pone a mi derecha siguiéndome el ritmo.

—¿Disculparte?, ¿con esa poca sinceridad? —Le lanzo una mirada con frialdad sin detenerme—. ¿Y con qué piensas compensarme por tus faltas de respeto?

En sus ojos puedo ver que lo toma como una oportunidad.

—Pues, se me ocurrió que podría llevarte a…

—No —niego apenas escucho su tontería—. Si es compensarme con una salida, me niego.

—¿Por qué?

Ladea la cabeza sin eliminar la sonrisa de su rostro. Mi rechazo parece divertirle. Necesito hacer que este tipo toque tierra, pero desde una caída de treinta metros o más.

—No necesito darte una razón. No me gustas.

Mi irritación supera mi raciocinio en este momento. Su sonrisa se desvanece por un segundo.

—Aun así, no me voy a rendir —declara con terquedad y vuelve a sonreír.

Otra vez intenta coger mi mano. Alzo mi brazo a toda velocidad y la palma de mi mano se plasma en su rostro. La bofetada es tan fuerte que lo obliga a girar la cabeza. Queda un rasguño sangrante en su pómulo que más tarde se hinchará. Primero se queda un segundo impactado, para después mirarme con ira. A nada de hacerme algo se escucha la tierra bajo él junto con un leve sismo. Queda paralizado, ya estoy al borde de salirme de mis cabales.

—Ah-ah. —Niego con el dedo sin parar el temblor bajo sus pies, y lo miro más serena y oscura—. Esa vez no me dio tiempo de responderte porque Rhoan lo hizo por mí, pero no creas que soy alguien a quien puedes tocar porque te da la gana, Seimon Aither. Si te atreves a faltarme el respeto otra vez, una montaña atravesará tu entrepierna y la hará trizas. Dale gracias a mi padre que me ha enseñado algunos trucos, y a mi otro padre el duque que me enseñó a no permitir que me pisoteen.

Me observa callado y baja los brazos. Para mi sorpresa, levanta las comisuras.

—Resulta que tienes un lado feroz muy encantador.

Rechino los dientes, cuando es empujado al suelo por un latigazo. Se escucha su grito por la sorpresa, mientras que yo parpadeo con la mía. Ha sido una raíz gruesa. Miro a mi alrededor y veo la cabellera casi negra de Caradoc.

Parece muy enfadado.

—Lobelia, ¿estás bien?

Me pregunta acercándose con sus manos en mis brazos.

—Sí, gracias. —Asiento mientras Seimon se soba el coxis.

Entonces se planta con un mirada severa sobre él.

—Oye, ¿no la vas a dejar en paz? Si no entiendes lo que es un *no* es porque te falla algo en la cabeza —Caradoc lo observa de brazos cruzados—. Ya escuché lo que hiciste en El Agujero, agradece que solo te he empujado en vez de romperte los dientes.

Seimon gruñe sin contestar.

—Olvídalo, vamos a la Central —le ofrezco para calmarlo.

Lo piensa hasta que resopla y accede. Observo a Seimon una última vez.

—La próxima vez te dejo sin huevos.

Me emociono ya que es la primera vez que digo algo tan vulgar. Medi estará orgullosa de mí cuando se lo cuente.

Permanece quieto en el suelo al tiempo que nos alejamos. Al cabo de unos segundos, después de que ha desaparecido de mi vista, me restriego las manos en el rostro y suspiro con el agotamiento visible a kilómetros. Primero el descubrimiento de Rhoan, el tema con su inexpresividad y ahora este idiota ha decidido que la paliza que le dieron no ha sido suficiente.

—No se rendirá todavía —señala Caradoc—. No dudes en decirme si te vuelve a molestar.

Le sonrío tenue.

—Gracias, pero Rhoan es un buen maestro y mi padre también, sé cómo plantarle cara.

A duras penas eleva sus comisuras. *Lo siento, Caradoc*.

—¿Cómo te va con tu equipo? —pregunto para distraerme del estrés.

—Estaba pensando en cambiar a una zona más peligrosa —comenta—. Me gusta cazar en Druviel pero quiero exigirme más.

—Tiene sentido, ¿en qué equipo estás pensando?

Tarda un segundo en responder.

—El equipo Drago —contesta y le lanzo una mirada—. ¿Qué?

—Nada, solo que yo también estaba pensando en ser cazadora, aunque no aún.

Sonríe.

—Espero que no estés considerando el equipo Drago.

—Para nada —hablo con un sarcasmo evidente, esbozando una sonrisa moderada.

Caradoc en su modo amistoso es divertido.

—En ese caso tendríamos que tener un duelo cuando termines tu año de aprendiz.

Mi sonrisa se extiende.

—Escuché que puedes acortarlo a medio año si eres sobresaliente.

Fue lo que hicieron Rhoan y Aron. En respuesta, él alza una ceja.

—¿Es una advertencia? —pregunta.

Suelto una risita.

—No he decidido nada —levanto el dedo índice—, pero si lo hago no llores cuando te gane.

—No te preocupes, guardaré el pañuelo para ti —contesta sonriente.

¿Insinúa que seré yo la que llorará?

—Eres competitivo —opino.

—Tú también.

Hablar con Caradoc después de ese momento desagradable con Seimon es como un respiro, sin embargo noto que sus ánimos se van apagando en el silencio.

—Bueno, todavía no es seguro que entre en el equipo Drago.

—¿Porqué? —Ladeo la cabeza.

Me observa en silencio.

—Quizás no sea conveniente para mí.

Mis labios se entreabren, recordando la mentira de Rhoan que me deja sin saber qué responder. Iba a decir algo cuando oímos unas voces alteradas que nos distraen.

—¡¿Lo has visto?!

—¡Había mucha sangre! —cuchichea una de ellas.

—¿Qué sucede? —preguntamos a las personas que pasan murmurando.

Se ven entre ellas con la preocupación que sobresale de sus rostros.

—Los cazadores del equipo Drago acaban de llegar hace unos minutos —dice una estremeciéndome—. Hay uno que está herido de gravedad, lo llevaron al consultorio de Artur.

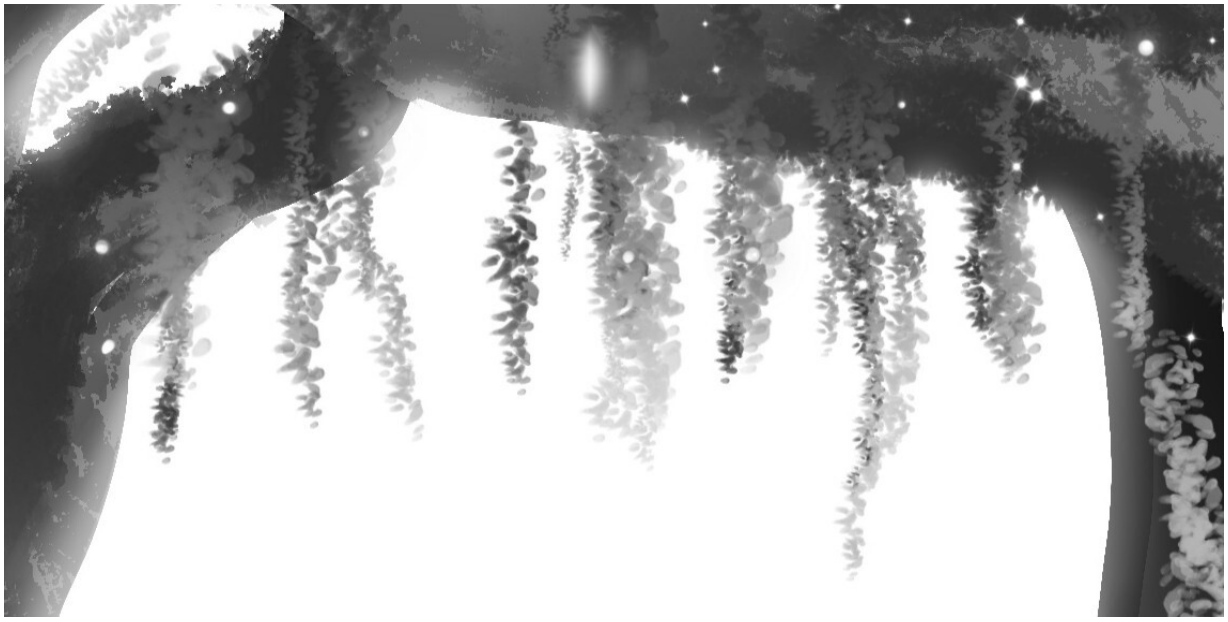
Palidezco, mi estómago se descompensa. Me recorre un escalofrío mortal, el sonido al exhalar se hace más fuerte, separándome del presente a un nivel aturdidor.

—Lobelia…

Escucho a Caradoc pero mi mirada no se despega del vacío. Veo el camino, perdida en el terror que me hiela la piel, erizándola y llegando a mis pies como un manto tenebroso.

—¡Lobelia!

Dejo a Caradoc atrás.



CAPÍTULO 39

No es él, aseguro mientras corro a la mayor velocidad que me es posible, tropezando con los brazos de la gente que en este instante oscuro son solo sombras para mis ojos. Siento las lágrimas en el rostro y los ojos me arden como si alguien les estuviese pegando fuego. Estoy a punto de caer en más de una ocasión, choco con las paredes de piedra de las casas en las intersecciones al no poder bajar la velocidad pero nada me detiene. El mundo se silencia y me obligo a escuchar mi ruidosa respiración agitada. Me atormenta al oído tras vivir el mayor terror que he sentido. No tengo expresión, la boca permanece abierta entre temblores. *Rhoan*, lo anhelo a medida

que el camino se me hace eterno. ¿Por qué no puedo correr más rápido?

Miro hacia arriba y tengo una idea. Con una enorme roca me elevo al techo. Cojo mi vestido como puedo y sin pensarlo salto entre las casas impulsándome con grandes raíces que salen del suelo a gran velocidad. Unas se extienden a donde quiero llegar mientras las otras me llevan hacia delante formando puentes entre los techos. Mi pánico me impide pensar con claridad, mi poder se desborda y las raíces se desarrollan más de lo que busco. Algunas personas en el suelo gritan del susto cuando brotan a sus lados, sin embargo en lo único que pienso es en él.

Cuando alcanzo la última casa veo personas amontonadas murmurando fuera del consultorio. Se cubren sus bocas como si hubieran visto una escena horrenda, entonces veo las gotas de sangre en el suelo. Es un camino largo. Siento el cuerpo gélido, el nudo en la garganta me ahorca, no obstante no puedo desmayarme todavía. Extiendo una última vez una enorme roca para bajar del techo.

—¡Por Emdor! —Tomo por sorpresa a algunas personas.

—L-Lobelia.

Una voz me hace girar, es Medi. Si ya suele estar despeinada, ahora es un desastre. Jadea tratando de recuperar el aliento, ha corrido igual que yo. Nos miramos con nuestro pánico fundiéndose en uno y, al mismo tiempo, atravesamos la multitud hacia el

consultorio. Por fortuna las personas no están obstaculizando y conseguimos abrir la puerta de sopetón al poco tiempo.

Nada se puede comparar con mi penumbra en este momento. Si Rhoan muere, no sé qué será de mí. No me lo había planteado tanto como en este preciso instante en el que no tengo idea de con qué me voy a encontrar.

Escuchamos las voces agitadas en la habitación.

—¡Niño, ten cuidado! —se oye a Jac gritando.

Medi coge mi mano, está helada como yo. Apenas nos asomamos, mis ojos buscan.

—¿Lobelia, Medi? —Nos ve Aron, sorprendido—. Es mejor que no veáis esto.

Una herida inmensa y profunda en el muslo.

—¿Lobelia…?

Me estremezco al escuchar la voz que tanto anhelé mientras hacemos contacto visual. Mis ojos se terminan de convertir en cascadas. Permanece de pie a un lado de Celyn, quien está bañado en sangre con un torniquete en su pierna pálida, empezando a verse un poco azul. Mientras tanto, el chico a su lado intenta adivinar qué tiene que hacer. Al menos mantienen su pierna elevada. Jac y Macsen están a un lado, atentos a que el joven aprendiz no cometa un error.

—¡Celyn! —grita Medi y corre a su lado.

Celyn se ve perplejo en su debilidad. Ella olvida su resistencia del pasado y coge su mano, buscando con desesperación lo más preciado para ella.

No sé cómo luzco yo en este momento, pero la expresión de Rhoan es de impacto. Me acerco a él temblorosa, dudando de si estoy soñando con que está de pie como si nada y cojo su mano. Mis mejillas bañadas en lágrimas se sienten frías y las cejas levantadas muestran mi caótico estado emocional.

—R-Rhoan… Rhoan… —Lo reviso en un segundo, veo que tiene sangre en todos lados. Mi cabeza no da para pronunciar otra cosa más que su nombre.

Por un momento sigue sin palabras tras ver mi inestabilidad. Levanta las manos y coge mi rostro.

—Estoy bien, respira —me dice con suavidad—, no estoy herido. Ni un rasguño.

Asiento con la cabeza, vulnerable, soltando un leve sonido con el que a duras penas retengo el llanto. La sangre es de Celyn.

—¡No te atrevas a morir! —le grita Medi al hombre entre lágrimas.

Me hace reaccionar. Cierro los ojos un instante y cojo varias respiraciones. *Rhoan está bien, ha vuelto en una sola pieza. Mi amigo Celyn no.* Los abro y dejo a Rhoan de lado para acercarme.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto al aprendiz.

—I-Idam.

Es un chico de cabello negro ondulado y esponjoso. Su piel es morena oscura y sus ojos como avellanas. Es alto pero le falta musculatura. Sus cejas son poco pobladas y, entre ellas, luce una nariz fina y una boca con el labio inferior más carnoso.

—Idam, ¿dónde están los médicos? —Sigo mientras veo la herida.

—Una mujer se puso de parto y hubo un accidente en el campo de entrenamiento de los cazadores —contesta tembloroso—. Tanto Artur como Prys tuvieron que irse con urgencia y no sé qué hacer, ¡esto no lo he aprendido todavía!

Sé que las emergencias son poco frecuentes en el pueblo. Ir al próximo consultorio tardaría demasiado, por no mencionar que está el riesgo de moverlo. Si no ha llegado otro médico es porque están todos ocupados en este inoportuno momento. Es obra del destino: o que Celyn muera, o… que yo impida que ocurra. *No queda otra.*

—Yo me encargaré, conozco el procedimiento —anuncio.

Medi me mira conmovida.

—¿Estás segura? —pregunta Jac.

—Dejadla, ha trabajado con médicos antes —me apoya Rhoan.

—¿Cuánto—

—¡JODER! ¡Mejor que ella haga algo a esperar como imbéciles! —le ruge Medi exaltada. En el instante Jac alza las manos rindiéndose y deja de hablar. Todos retroceden para que yo pueda empezar.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunto examinando el corte. Es grande, con la carne dividida en dos, levantada e inflamada.

—Cerca de hora y media —responde Aron.

Hay una zona donde se concentra la sangre y se puede ver hasta el hueso. No consigo ver la vena por la cantidad de sangre que hay acumulada formando un cuenco. Aunque los hijos de Emdor nos curamos con rapidez, la herida la ha hecho una bruja. Sanará más lento de lo normal, por lo que estamos en tiempo de riesgo. Por suerte, el torniquete se hizo a la perfección o ya estaría muerto. Si llegaron en hora y media tienen que haber venido sin coger aire. El trayecto en el bosque es de entre dos y tres horas.

No estoy acostumbrada a ver heridas tan graves como esta pero sé tratarlas porque el señor Nicolas me lo explicó en incontables ocasiones y me hizo practicar miles de veces cuando no había pacientes en su consultorio. Además, lo he leído en los libros de Nagary, el reino más avanzado en medicina en Opania, nuestro continente. Se nota que el corte ha sido hecho con piedra. Una bruja de tierra. En mis días como asistenta de Nicolas suturé heridas de los caballeros en sus entrenamientos pero nunca una vena. De hecho, que Celyn siga vivo es un milagro. El lado positivo es que me he mentalizado muchas veces para estas situaciones.

Agarro sus brazos y piernas con raíces, en especial la parte de su herida para que no pueda moverse ni un centímetro.

—Rhoan, lávame las manos —pido—. También necesito que limpies la herida, aprovecha para sacar cualquier resto de piedra que veas con sumo cuidado.

—Sí.

Acude aprisa.

—Lobelia, ¿puedes salvarlo? —pronuncia Medi con los nervios a flor de piel. No para de llorar.

—Pondré mi alma en ello —prometo.

La seriedad de mis palabras la hacen asentir agradecida.

—¿En qué te ayudamos? —pregunta el resto.

—Necesitaré una aguja y el hilo más delgado que tengáis. Si es de seda mejor.

—¡Yo lo traigo!

Corre Idam. Rhoan se arrodilla para ver mejor y, sin pedírselo, Aron abre la palma de su mano formando una leve llama que lo ilumina. No existe nada más purificador que el agua de un Adair. Con sus manos a una corta distancia, manipula el agua para cubrir la herida y va sacando hasta los restos más diminutos de piedra, sin necesidad de ponerle un dedo encima. Sin embargo, a Celyn le duele como el infierno y grita hasta que su voz se resquebraja. Como acto reflejo, Medi envuelve su rostro con sus manos.

—Mírame, concéntrate en mí.

Él tiembla con sus ojos expandidos y hace caso. Creo una vara y se la acerco, lo entiende al segundo y abre la boca. Continúa

llenando la habitación con sus gritos interrumpidos, apretando los dientes en la vara. Medi llora a su lado y vive su sufrimiento. Con la herida limpia consigo ver dónde está el punto más grave. Por suerte la vena es visible pero, si aflojan un poco el torniquete, Celyn se desangrará. No obstante, necesita que la sangre circule o perderá la pierna. Debo sellar la vena ahora.

—Creo que ya está —avisa Rhoan poniéndose de pie.

Presto atención a la herida.

—Esto es lo que tenemos —aparece Idam con todo—. Lo siento, creo que Prys se llevó las agujas más pequeñas…

El hilo está bien, pero es cierto que la aguja es demasiado grande para una vena. Todos me miran, esperando a ver qué haré. Cojo una bocanada de aire, necesito una aguja de metal. No me arriesgo a que la madera, al tener que hacerla tan delgada, se rompa en pleno proceso. La piedra podría dejar rastros, por ende tampoco me sirve. Una última opción pasa por mi cabeza. Dudo hasta que escucho una voz, un eco desde mi interior dulce y susurrante que me estremece.

—*Hazlo, Xyla*.

La imagen del lobo de mi sueño, Emdor, pasa por mi mente. Una corazonada. *De acuerdo, lo intentaré.* Me concentro y alzo las manos frente a mí. Sé que lo que intentaré hacer es una locura, pero en la vida se me han presentado situaciones insólitas con frecuencia y ya no me molesto en profundizar en ellas. Haré realidad lo imposible.

Al principio solo hay silencio, tensión, miedo de que no funcione, hasta que veo un diminuto hilo que despierta mi esperanza y la fe en mí misma. El metal se desarrolla y da forma a una aguja brillante y delgada, la más delgada que he podido hacer con un ojal perfecto para el hilo de seda.

—Lobelia…

Murmura Rhoan con asombro.

—Eso es metal —susurra Aron atónito.

Noto las miradas impresionadas de todos al tiempo que inserto el hilo en la aguja sin tiempo para pensar.

—Idam, ve preparando los vendajes —pido—. También miel.

El chico se mueve veloz.

—Celyn, tengo que coser tu vena —advierto—. Va a doler más que cualquier herida que has tenido en la vida, así que asegúrate de morder *muy* fuerte.

No puedo mentirle. Mira la aguja con miedo, se nota en sus ojos que ya se imagina el dolor. Sin embargo, asiente otra vez.

—Respira profundo —le pido.

—Espera —me detiene Rhoan. Me observa callado por un instante hasta que traga y mira a Medi—. Entrégale tu anillo, le ayudará con el dolor.

Mis labios se separan.

—¿Q-Qué? —Medi titubea—, ¡¿estás loco?! ¡Eso le causará más daño!

—Usar el anillo de otro solo duele si no es tu aetheris —argumenta Aron, apoyando a Rhoan.

Mis movimientos se detienen en seco como si me hubiesen echado un balde de agua fría desde arriba. Hago contacto visual con Rhoan con una expresión severa. En respuesta él me mira serio y sabe en qué pienso con exactitud. Al poco tiempo corta el contacto visual. *Conque así era.* Todo este tiempo la respuesta a mis miedos estaba en su anillo… que una vez usé.

—¡Es imposible! ¡No soy yo! —insiste ella.

—Lo sabes, Medi —añade Rhoan—. Si le das tu anillo estabilizará su cuerpo y alma.

Mi mirada se va al vacío, recordando lo placentero que fue utilizar el anillo de Rhoan. Claro…, porque era el anillo del hombre con quien comparto mi alma. ¿Cómo es que nunca pasó por mi mente?

Medi guarda silencio. Cuando cruza miradas con Celyn, él asiente, seguro de que va a funcionar.

—Medi, no hay tiempo —le recuerdo, obligada a dejar de lado mi conflicto con Rhoan.

Sus gestos se vuelven nerviosos y gruñe con fuerza.

—¡Bien! —exclama.

Hace un intercambio. En el momento en que su anillo entra en el dedo de Celyn, se amolda a su tamaño y muestra las brillantes y pacíficas runas que reconozco. Al instante Celyn suspira de alivio,

parece funcionar y a ella se le escapa un sollozo. Se coloca el de él y con eso el hombre cierra sus ojos y consigue un poco más de consuelo. Veo en la expresión de Medi que también ha sentido lo mismo con el anillo de Celyn.

—¿Satisfecho, idiota? —le llora.

Él la mira con amor y desde ese momento no suelta su mano.

—Bien, continuaré —murmuro.

Acerco la aguja. En el instante en que el metal toca su herida, Celyn grita entre la mordida desesperado, llorando de dolor. Intenta apartarse pero no lo logra debido a las raíces. Poco después deja de moverse.

—¡Celyn! —aulla Medi.

—Tranquila, solo se desmayó —avisa Rhoan.

Se percibe su respiración por su pecho elevándose. Aprovechando que está inconsciente, procedo imparable y decidida a hacerlo perfecto. Los nervios se desbordan de la habitación, Jac y Macsen están mudos observando todo, Idam permanece en silencio cortando las vendas, Aron y Rhoan se mantienen detrás de mí y Medi lucha por no llorar para evitar distraerme. Los minutos se convierten en una eternidad insufrible en la que no puedo darme el lujo de cometer ni un minúsculo error. Lo he practicado miles de veces incluso con animales muertos pero no es igual que tener la carne viva y la sangre con ganas de escapar. En el momento en que termino los últimos nudos, la herida deja de sangrar. Me aseguro

cuatro veces de que no haya ningún lugar en el que los hilos cedan. Por fortuna, soy buena cosiendo y tengo excelente pulso. Hago un nudo extra fuerte justo en la ruptura de la vena, como me enseñó el señor Nicolas. De nuevo, como si lo hubiese podido hacer desde siempre, creo otra pieza de metal más para cortar el hilo. Siguen callados. Sintiéndome segura, es el momento. Suelto una bocanada de aire y voy aflojando el torniquete a paso de tortuga. La hemorragia se ha detenido.

—¡Ugh! —Celyn despierta al sentir un dolor intenso cuando regresa la circulación.

—Shh, aquí estoy. —Medi coge su rostro—. Estarás bien, ya no estás sangrando.

De inmediato se calma pero es turno de coser la pierna. Esta vez, sin dudar y sin pedírselo a nadie formo una aguja mejor que la que me ha facilitado Idam, más delgada pero resistente para atravesar la piel.

—Celyn, ya falta poco —lo consuelo.

Sus quejas son incesantes a medida que prosigo con la pierna que se me hace más fácil. Con la pieza metálica de antes corto los últimos hilos y resoplo.

—Ahora el vendaje —anuncio—. Idam, la miel.

—Aquí tienes.

Retiro la vara de la boca de Celyn.

—¿Puedes mover los dedos? —le pido. Al segundo se ve el movimiento en su pie y sonrío alegre por él—. Bien, no perderás la pierna.

Medi estalla en un llanto de alivio. Tras la desaparición del peligro y el caos, Celyn la mira con amor y acaricia su mano.

—¿Todavía quieres… pensarlo?

Su pregunta es un tanto divertida, aunque estuvo a punto de morir. Ella arruga las cejas hacia arriba.

—¿Tú qué crees, tonto? —Lo besa entre lágrimas.

Sonrío feliz por la nueva pareja, hasta que en silencio Rhoan limpia mi ropa y mis manos. Solo entonces puedo volver a mirarlo a los ojos. Me cruzo con los suyos, tensos y a la espera del qué diré cuando esto acabe. Una vez limpia sigo con lo mío. Aplico con cuidado la miel sobre la herida y realizo el vendaje. Celyn se calma y siente alivio instantáneo.

He terminado.

—¡Lobelia, eso ha sido increíble! —exclama Aron, dándome una palmada en el hombro entre risas en las que libera los inmensos nervios con los que venía.

Sonrío con moderación en respuesta, empezando a sentir orgullo por lo que he hecho. Celyn está dolorido pero al menos ya no morirá, quedará con una cicatriz y una buena historia para contar. Ahora su único deber es recuperarse para volver a caminar y retomar su vida normal.

—Lobelia, te debo mi vida… —agradece en su dolor, sintiéndose la admiración en su voz. Su rostro se ve de mejor color al igual que su pierna.

—¿Eres tan buena persona que lo olvidaste? —contesto gentil—. Fuisteis vosotros quienes salvasteis mi vida y la de mi familia primero. Solo estoy pagando mi deuda.

Él sonríe.

—Espero no necesitar que me pagues de esta forma —cuchichea Aron.

—Yo también lo espero, Aron Bedelia —le advierte Macsen, provocando que Aron haga una mueca y todos rían. Aun así, no consigo expresar mi alegría del todo.

Seco el sudor de mi frente con la manga de mi camisa y exhalo en profundidad. Estoy exhausta. Medi continúa acariciando el rostro de Celyn, inmersa en su mirada. Por fin expresa su amor sin dudar y ahora nadie los podrá separar. Al cabo de un segundo, escuchamos la puerta abrirse de golpe.

—¡Prepara los vendajes, Idam! —Prys Bedelia hace una entrada escandalosa. Parece haber venido desesperado.

—No grites, niño. Ya está solucionado, solo prescribe el tratamiento —dice Jac, quien me mira con una sonrisa llena de orgullo. Prys observa el vendaje en la pierna de Celyn y mira a Idam sorprendido.

—N-No fui yo. —Me señala.

El hombre me dedica una sonrisa.

—Lobelia, muchas gracias.

—Fue un placer.

—Lobelia, querida —me llama Jac aproximándose—. ¿Has pensado en convertirte en aprendiz de cazador?

El corazón me salta un latido.

—Es muy pronto, Jac —aconseja Macsen. Después me mira—. Sin embargo, mañana tendrás una reunión conmigo y los otros líderes. Lo vi con mis propios ojos pero ellos también lo necesitarán.

—¿Por qué? —pregunto.

—Acabas de hacer historia, pequeña —indica, señalando las agujas y la pieza afilada.

Me miran en un ambiente raro.

—Hizo esas cosas de la nada, ¡creó metal! —escucho que Idam le susurra a Prys, observándome con admiración.

—¿Es así? —murmura él, con ojos encantados.

Rhoan suelta un gruñido que solo yo percibo. Hacemos contacto visual y mi rostro se vuelve rígido. En su mirada hay algo distinto, siento que si le pregunto si está así por celos, por fin dirá que sí, pero en todo en lo que puedo pensar es en que tengo cosas pendientes con él que me mantienen en un estado de amargura constante. Lo peor es que todas las preguntas que tenía en la cabeza por la mañana, dejaron de tener peso en el instante en que mencionó los anillos. La rabia es incontenible, no sé cómo

gestionarla en este momento. Con Celyn a salvo, todo viene como una montaña que me aplasta sin dejarme respirar.

—Guardad discreción por el momento, ¿de acuerdo? —pide Macsen—. No queremos que Lobelia se sienta abrumada.

Todos asienten. Necesito salir de aquí antes de arruinar el ambiente feliz. Medi y Celyn merecen celebrar su unión sin tener mi cara larga de fondo.

—Necesito ir a casa, estoy agotada. —Me pongo de pie sin energía.

—Cógete un par de días, pequeña. Te enviaré a alguien para la reunión —dice Macsen.

—Gracias, abuelo —contesto con suavidad.

Empiezo a caminar.

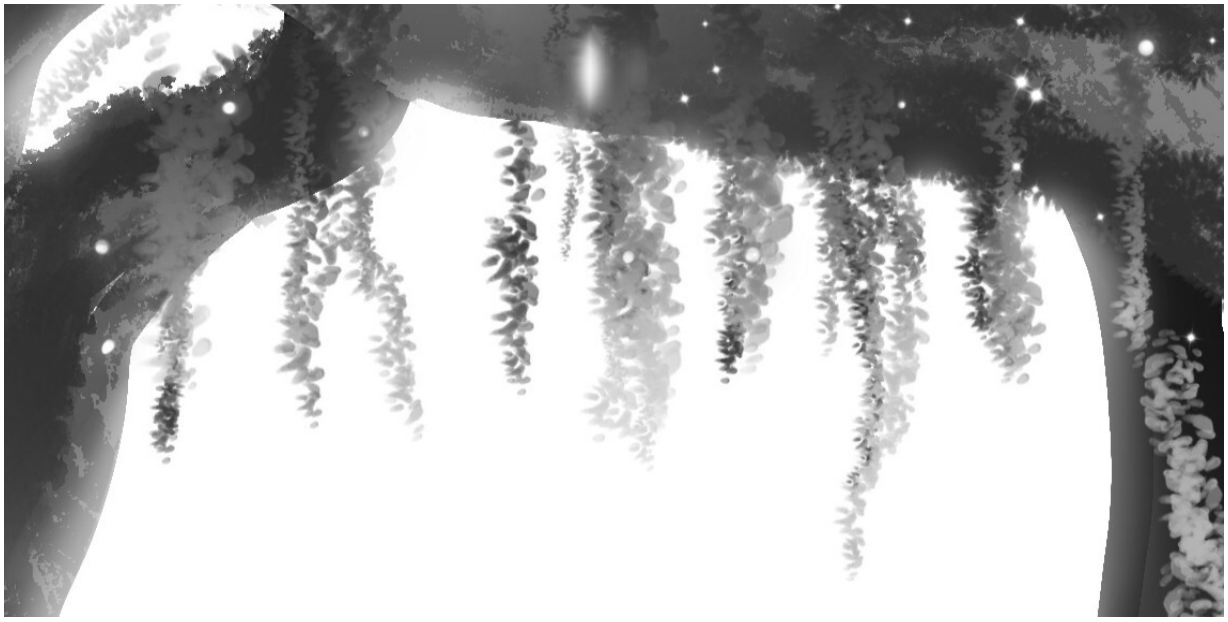
—¡Lobelia! —me llama Medi. Me doy la vuelta y la encuentro con una sonrisa conmovedora que me encoge el corazón—. Gracias…

Celyn también me mira emotivo a su lado. Les sonrío con cariño y asiento, retomando mi salida.

—Te acompaño —se pronuncia Rhoan y mis latidos estallan. Mi única respuesta es el silencio.

De camino a la puerta, dos personas más tropiezan para entrar al consultorio con sus rostros azules del susto. Son los padres de Celyn. Para su suerte han llegado cuando ya está estable, y solo les queda la noticia de que se ha revelado su aetheris.

Igual que el mío.



CAPÍTULO 40

Atravesamos la multitud en un silencio brutal. Sé a dónde voy y Rhoan no pregunta, se conforma con seguirme. Cuando cruzamos en una calle en la cual no hay ni un alma, corro hacia un callejón con el estómago revuelto.

—¿Qué sucede? —pregunta él siguiéndome con preocupación.

Lo sentía desde hacía un rato, tal vez habrá sido por un bajón del ataque de pánico, el estrés, la mentira más grande de todas que acabo de descubrir o la adrenalina que desaparece. Me inclino hacia delante y cojo mi cabello como puedo para vomitar, asqueada con la acidez que irrita mi garganta. Escucho sus pasos detrás de mí. *¡No! ¡No quiero que veas esto!* Agito el brazo pidiéndole que se mantenga

lejos. Sin embargo, él se pone detrás y se asegura de recoger mi cabello con cuidado para que pueda vomitar tranquila. Lo oigo suspirar. No se puede imaginar que entré en pánico y corrí como nunca antes lo había hecho, pensando que lo iba a perder.

—Estoy orgulloso de ti, salvaste una vida hoy —expresa con una voz dulce mientras acaricia mi espalda para calmar mi malestar.

Expulso mi existencia por la boca. Cuando termino, nos alejo y hago un cuenco con las manos. Lo llena en silencio, con la mirada seria al entender que no quiero hablar. Lo fulmino con la mirada para que se voltee pero no tiene la intención de hacerlo. *Terco.* Opto por quejarme mientras me enjuago y escupo a la tierra con su mirada sobre mí. Por último me agacho y creo una planta de menta para coger algunas hojas y masticarlas. Me niego a hablar hasta que mi boca huela bien.

—Vamos —murmuro.

En silencio, sigue mis pasos sin preguntar. No hasta que empieza a darse cuenta.

—Lobelia—

—Cállate.

Escucho su inhalación con ganas de responder, sin embargo decide no hacerlo. Es una decisión inteligente. Cuando su casa está a la vista, el corazón me empieza a latir hasta el desenfreno. Sé más o menos lo que quiero decir, así como sé lo que quiero escuchar de él: la cruda verdad. Cuando hace el amago de usar la llave en la

puerta, alzo la mano para que se detenga y lo miro impasible. La acerco, hago lo mismo que hice ayer y consigo abrirla sin forzarla. Vuelvo a mirarlo y puedo ver el pánico en su rostro. Empieza a entender lo que ocurrió mientras no estaba. Doy el primer paso dentro de la casa y un segundo después de cerrar, oigo su respiración hecha un caos.

—¿Quién te lo ha—

—He dicho que te calles. —Camino deprisa a las escaleras.

—¡Lobelia Xyla! —Cuando intenta coger mi mano, lo preveo y amarro las suyas. Corro sin mirar atrás—. ¡Maldición!

Sus pisadas se oyen torpes y angustiosas detrás de mí cuando entro a la habitación. Sin más, abro las puertas del armario y cojo la cinta. A pesar de que no planeaba enfrentarme a él con tal brusquedad, me dejó sin opción en el momento en que se reveló el uso de los anillos. Doy media vuelta y lo encuentro a un metro de mí con las manos ya libres. Su vista se va a la cinta, tensa la mandíbula y traga para después alzar la mirada con firmeza. A mi rostro lo cubre un velo espeso y casi tangible de severidad, agotamiento y decepción. Su silencio dice más que mil palabras. Por fin, puedo hacer la pregunta.

—¿Por qué está esto en un armario vacío en tu habitación?

Le lanzo la cinta y pierde la compostura para cogerla antes de que caiga al suelo, igual a quien se desesperaría por su más valioso tesoro. Esa corta reacción provoca que tense los músculos hasta

presionar mis costillas. Se toma su tiempo para responder, doblándola con delicadeza y ordenando sus ideas. Pasa por mi lado a paso lento hacia el armario y la deja donde estaba. Es allí cuando me mira y sus ojos me observan con una fijación que me eriza la piel y me hace sentir como una presa. Nunca me había mirado así, o al menos sin que me diese cuenta.

—Solo al tener algo de tu pertenencia podía asegurarme de que no había sido un sueño. Y tanto el armario como el tocador los conseguí para ti poco después de traerte. Son mi recordatorio del futuro.

Siento los ojos al filo de ser hundidos en un océano de lágrimas. Intento contenerlas en lo posible.

—¿Y lo de convertirte en mi maestro?

—Debía ser yo, era la excusa perfecta para verte todos los días y así no perder la cordura —expresa sin duda alguna en su voz profunda—. También convencí a Macsen para que te escogiera como su asistenta y así tener más oportunidades para verte.

Con eso los labios se me tuercen.

—Pero no dijiste nada de mi compromiso con Lucian.

—Era un humano, sabía que se marchaba a la guerra y era evidente lo intocable que eras para él —asegura sin titubear—. A su regreso sería otra historia, planeaba alejarte de él antes de que se atreviera a ponerte un dedo encima. Estaba pendiente de su llegada, iba cada semana a verte desde la distancia gracias a que pedí ser

quien se encargase de tu seguridad cuando hablé con los líderes. Viajaba horas de ida y vuelta hasta que me encontré contigo de rodillas frente a su tumba. Desde entonces se me hizo fácil encontrarte durante el día frente al trigal. Te veía desde el bosque, anhelando el momento en que pudiera traerte conmigo.

Su voz es débil recordando esos tiempos. Mi corazón no sabe qué hacer, si tener un infarto o salirse del pecho con sus violentos latidos.

—¿No te importó el hombre con el que me iba a comprometer pero sí me mentiste sobre la edad de Caradoc?

Su rostro se oscurece.

—¿Has hablado con él? —masculla.

—Soy yo quien hace preguntas —le recuerdo—. Responde la que te acabo de hacer.

Traga y deja ir un gruñido bajo que despierta las mariposas en mi estómago.

—La mentira que te dije de Caradoc es solo una diminuta muestra del tamaño de un grano de arena, de lo que soy capaz de hacer para defender lo que me pertenece por ley de vida —contesta de mal humor y sin remordimientos—. Tenías razón, todos la tenían, soy un maldito celoso. Con solo verte desviar tu mirada de la mía me hierve la sangre. Desde que te traje, cuando algún hombre ha intentado acercarse, solo una advertencia ha bastado para hacerle retroceder, porque saben que si se atreven a codiciarte los reventaré

a golpes —masculla—. Ahora que sabes la verdad ya no tiene sentido ocultarlo.

El estómago se me inunda de mariposas, no consigo abarcar todo lo que siento. Son demasiadas mentiras, y este es solo el comienzo de la infinidad de preguntas que necesito hacerle. Podría requerir todo el día.

—El anillo… —susurro al borde del desmayo.

Guarda silencio un instante.

—Sí, somos aetheris —pronuncia al fin— Nos hemos pertenecido el uno al otro desde que estabas en el vientre de tu madre.

Me convierto en estatua apenas parpadeando. Mis mejillas, el suelo, las telas de mi ropa se convierten en recipiente de mis lágrimas descontroladas.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde mucho antes de conocerte —confiesa tragando saliva, suavizando la mirada—. Tenía catorce años ese día de verano de mil quinientos quince, cuando vi el primer destello de tu existencia en sueños mientras que, al mismo tiempo, tú sufrías tu primera asfixia.

—¿Qué?… —Mis labios pierden el control y tiemblan sin parar.

—De ahí en adelante, esos sueños fueron lo único que me ayudó a soportar el vacío desgarrador que sentí cuando tenía cuatro años, un veintidós de Nevidia de mil quinientos cinco.

Me cubro la boca impactada mientras sufro espasmos en mi llanto al escuchar una de las más grandes verdades de todas.

—Tu inexpresividad…

Guarda silencio.

—¿Quién te lo dijo?

—Macsen.

Resopla.

—Empezó la noche del solsticio de invierno, en el instante en que naciste lejos de mí. —Deja caer las lágrimas mientras mantiene el rostro amargo e impasible, determinado a liberar el enorme peso de lo que lleva acumulado largos años—. Tengo un recuerdo claro pero corto. Jugaba frente a la chimenea cuando sentí que me arrancaban una parte de mí, una parte que me haría falta toda la vida. Lloré tanto que estuve con fiebre toda la noche. Sentía dolor pero no era físico. Me dolía el alma y durante muchos años no comprendía por qué, hasta que te vi en mis sueños y entendí que lo que me faltaba era mi otra mitad que se encontraba fuera de los límites.

Me da un momento de pausa para llorar con el corazón destrozado. Lloro por mí, por él, por el *nosotros*. La voz que empezaba a encontrar similar a la de Rhoan sí era él. Quiero consolarlo pero el dolor visceral me hunde en un abismo profundo sin un atisbo de luz. Él escogió el sufrimiento adrede en vez de decirme la verdad. En vez de aclarar las cosas, coger mi mano, decirme que me amaba y erradicar mis miedos e inseguridades.

—Entonces, ¿siempre lo has sabido? Mientras yo luchaba por intentar comprender y asimilar la intensidad de mis sentimientos por

ti al borde de la desesperación, ¿tú ya lo sabías y estabas cargando con todo esto?

Su agitación es visible en el movimiento de su respiración.

—Sí.

—¿Quién más sabe de esto? ¡Tu familia vio el anillo en mi dedo, Rhoan! —recuerdo atacada. Él permanece rígido.

—Mis padres, mi hermana, Aron, Celyn y Macsen.

Lo miro incrédula, al reflexionar y comprender que desde mi llegada he estado rodeada de personas que han sabido la verdad y aun así han callado, incluida una pequeña niña de diez años.

Recuerdo la preocupación de Mabli ante la ausencia de Rhoan, la atención especial de Macsen preguntándome cada tanto si estaba bien y la certeza con la que Celyn y todos los demás aseguraban que era importante para él.

—¿Y cuándo planeabas decírmelo *a mí*? —Lo miro incrédula.

Su silencio me sirve de respuesta al tiempo que traga saliva. El aire se vuelve sofocante, hasta que mi mano impacta contra su mejilla. Con el rostro girado y aún después de todas las verdades, no muestra arrepentimiento. Entonces golpeo su pecho, sus ojos vuelven a mí. Golpeo de nuevo, otra y otra sin parar hasta que el estallido de emociones se apodera de mi cuerpo, haciéndome gritar, llorar, soltar los puños hasta el cansancio.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué no me lo dijiste?! ¡Estaba en mi derecho de saberlo! ¡¿Por qué me mentiste?! ¡Me engañaste! ¡Me hiciste

creer que no me querías! —expulso desde mis entrañas, con el sufrimiento acumulado que reverbera en cada respiro, en cada puño apuntado a su torso. Él los recibe y endurece el cuerpo con la intención de soportar todo lo que me debe, hasta que me coge las muñecas y me impide seguir. Su rostro sigue serio y sin vacilar—. ¡Me rompiste el corazón, me desilusionaste y me confundiste con tu juego emocional hasta más no poder! ¡Eres un cabrón!, ¡hasta las bestias tendrían más compasión—

Me roba el aliento en un primer beso desenfrenado y me envuelve en sus brazos hasta que sus puños arrugan mi ropa. Saboreo en sus labios la eternidad en la que ha deseado los míos. Primero estoy sin reacción por el impacto y al segundo siguiente apoyo las manos en su pecho, dejando ir un suspiro entre lágrimas. Descubro a lo que sabe un beso: a nada y a todo a la vez.

Tras mi respuesta libera mis muñecas. Alzo los brazos y rodeo su cuello. Adhiero mi cuerpo al suyo hasta que mi espalda termina contra la pared. No pienso en nada, mi mente se deja llevar para sumergirse en el presente que se siente como un sueño del cual me aterroriza despertar, así que me aseguro de ser cada vez más brusca y cojo su pelo para soltar el moño que lleva detrás. Busco que el momento se implante para siempre en el rincón más impenetrable de mi alma.

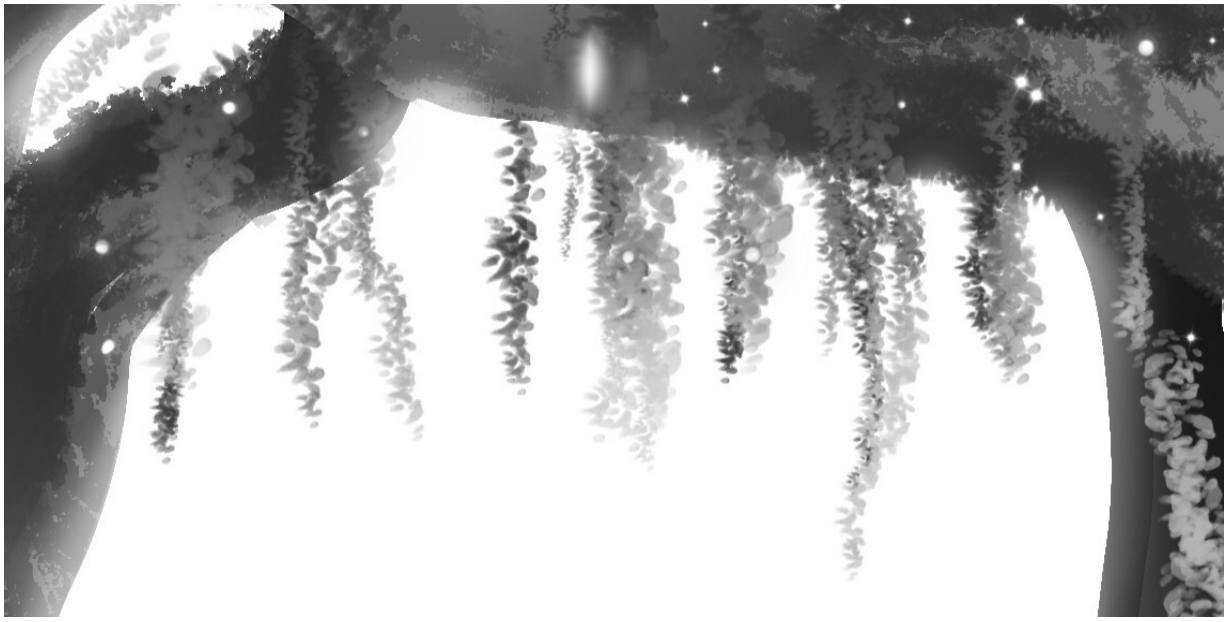
—¿Sabes lo jodidamente desquiciado que he estado por ti? —gruñe en el corto espacio que se forma en nuestros labios.

—Demuéstramelo, enséñame lo que sientes —susurro con poco tiempo entre besos para recuperar el aliento vaporoso y jadeante. Deja ir un gruñido con mis palabras, dejando claro su deseo de devorarme hasta el último rincón.

De repente mueve mis hombros, me guía a la cama haciéndome caminar de espaldas, provocando que las mariposas en mi estómago se exalten. Los nervios despiertan, las ganas persisten. Su mano busca la mía sin ver, siento que me saca el anillo para después ponerme el suyo, por cómo percibo el tamaño amoldándose a mi dedo. Apenas hace contacto, elevo las comisuras de mis labios con el reconocible cosquilleo y la profunda sensación de calidez. Sin embargo, al cabo de un segundo algo nuevo lo acompaña. Me sobresalto, detengo mis movimientos y me veo abordada por miles de escalofríos que mueven cada fibra de mi ser. La sensación aplaca cualquier carencia. Deja de besarme reaccionando igual de sorprendido que yo. Abro los ojos pasmada, notando cómo mi anillo destella en su dedo, mostrando las mismas runas. Puedo sentirlo con claridad, el modo en que recarga la mitad faltante de mi alma con la suya. Como si él fuese lo que más necesito, más que comer, más que dormir o cualquier mundanidad. Necesito a Rhoan para vivir.

Lo miro enmudecida. Él me dedica una suave y enternecida sonrisa. Portando el anillo del otro, nuestra conexión es tan profunda que no hay necesidad de palabras ni de confesiones. Los sentimientos de nuestras almas hablan por sí mismos, se comunican

y son una sola. Gracias a eso despertamos del arrebato para ser más conscientes del presente, del hecho de que en este preciso instante somos invisibles ante el mundo y el mundo para el otro.



CAPÍTULO 41

En silencio, su mano me acaricia la mejilla, asegurándose de que lo mire a los ojos. Adhiere su frente a la mía de nuevo y cerramos los ojos.

—Te amo, Lobelia. Te he amado en esta y en cada vida a la que mi alma ha trascendido. En todas ellas, quizás miles, te he pertenecido.

Los ojos se me inundan de una alegría arrebatadora. Asume que somos aetheris antiguos con una certeza ciega, y algo me hace creerlo con la misma seguridad. Inhalo profundo con el corazón lleno.

—Y yo a ti, te amo, Rhoan —hablo con los sentimientos en la mano—. No dejé de pensarte desde el día en que te vi, te convertiste en el dueño de mis anhelos hasta arrebatarme la cordura. No comprendía por qué tenía tanta sed de ti, pero ahora que sé el por qué, quiero ahogarme en tu existencia.

Coge una larga inhalación y deja ir un suspiro. Me da un beso más y levanta la cabeza.

—No pienso forzarte a nada que no quieras.

Un fuerte latido me retumba.

—Lo quiero. Con desesperación.

Traga saliva y sus ojos se deslizan a mi cuerpo. Desata mis nervios y aun así me quedo a la espera.

—Los años que he fantaseado con este momento no han sido pocos.

El rubor me hierve en el rostro. Mojo los labios, mantengo la mirada en la suya que desciende y susurro.

—¿Qué pasa ahora en tus fantasías?

Levanta la mirada en un parpadeo lento que transforma su expresión. Las aletas de su nariz moviéndose me hacen saber que mis palabras han liberado algo en su interior. Roza nuestras manos y con suavidad comienza a besar cada uno de mis dedos. Sus labios se trasladan poco a poco a mi muñeca, después a mi antebrazo hasta que me envuelve en un beso lento y seguro. Nuestras respiraciones se fusionan con pasión. Paso las manos por debajo de

su camisa para acariciar sus abdominales marcados. Siento sus espasmos en el roce de mis dedos.

Se quita la camisa. *Dios mío.* Las corrientes de agua de sus tatuajes abarcan la mitad de sus pectorales y se curvan llegando a las costillas. Las sombras se dibujan en el relieve de sus abdominales marcados y sus brazos fornidos son recorridos por venas que se marcan ante la tensión de la necesidad de mí. Me muerdo el labio inferior y mi respiración corre imparable.

—¿Es la primera vez que ves el cuerpo de un hombre?

Deduce por mis nervios.

—Fui instruida con que debía ser pura en cuerpo y mente para el matrimonio —respondo, acariciando su torso.

—Puedes decir que lo cumpliste con creces, pues este es el cuerpo que verás por el resto de tu vida.

Lo observo tímida.

—Ayúdame con el vestido —mi voz se percibe temblorosa.

Me doy la vuelta, recojo mi pelo hacia delante y él desata con cuidado las cintas en la espalda. Apoya su frente en mi cabeza mientras lo hace, su temblor contenido y su respiración vibrante me transmiten lo importante que es este momento para él ya que también es su primera vez.

Paso los brazos por las mangas, cojo el escote para que siga cubriéndome por delante y me giro. Desato con una mano titubeante la cuerda de su pantalón. Al aflojarse, coge el borde para

que no caiga. Recorre mis hombros desnudos con la mirada. Cuando termino, retrocedo y nos miramos una última vez, con nuestros corazones palpitando a gran velocidad. Estamos en el lugar perfecto y en el momento perfecto. Ninguno de los dos duda, por lo tanto al mismo tiempo dejamos caer las últimas prendas quedando desnudos. Los ojos le parpadean con lentitud, sin perder ningún detalle de mi silueta. Por el movimiento en su abdomen noto su respiración agitada. Mi mirada desciende hasta lo que me ha sido prohibido hasta ahora. Me intimida su tamaño comparado a donde sé que debe entrar. Permanece firme con una punta rosada que sobresale. Me dejo llevar por el impulso y doy un paso. Suspira en el momento en que lo rozo y libera sutiles gemidos al sentir el movimiento de mis dedos recorriéndolo a lo largo para familiarizarme.

—Lobelia… —se le escapa con una voz ronca y provocativa.

Coge mi mejilla con una mano y me atrapa en un dulce beso tembloroso que me distrae. Al cabo de un segundo me sujeta por la cintura y me guía para tumbarme en la cama con cuidado. Queda a horcajadas sobre mí, apoyando los brazos a los lados con sus piernas acorralando mis caderas. Sonríe entre besos.

—Estás desnuda en mi cama —menciona con una voz dulce y el pulso acelerado como si no pudiera creerlo.

—Y tú estás desnudo sobre mí.

Ríe con suavidad. Es en ese momento que levanta una de sus manos y roza mi vientre bajo para convertir mi cuerpo en un caos de miedo, ansias e impaciencia. En el momento en que sus dedos hacen contacto con mi centro, expando los ojos y retuerzo las piernas. La siente, juega con los pliegues abriéndolos con cuidado hasta que encuentra el lugar que siempre me debilita de placer, esa misteriosa prominencia arriba del todo. Cierro los ojos, clavando las uñas en sus bíceps. Es tan placentero lo que me hace que arqueo la espalda para apretarme contra él. Roza los dedos alrededor del agujero.

—Estás tan mojada —la satisfacción desborda en su voz—. ¿Qué sientes?

—Siento que ardo…

Araño su espalda y gruñe como un animal a medida que me devora con besos sensuales. Por fin mis fantasías en la bañera se cumplen y mi imaginación no se compara a las maravillas de la realidad.

—Quiero probarte —exhala extasiado.

¿Probarme? Sus labios se deslizan a mi mejilla y me recorren el cuerpo. Espasmos de satisfacción me poseen entre cortas respiraciones. Veo que baja hasta mis senos, los acaricia y lame los pezones. Se me escapa un gemido fuerte y la sensación me empuja la espalda hacia arriba. Deja un camino de besos hasta el ombligo con su barba haciéndome cosquillas.

Llega al lugar más sensible de todos y se asegura de abrir bien mis piernas.

—E-Espera, ¿qué haces?

En el instante en que me pongo tímida, me regala una mirada lujuriosa. Solo basta que succione un poco para verme abrumada por un erótico escalofrío que me deja impactada.

—Ay, Dios… —Estiro los brazos a los lados para agarrar con fuerza las sábanas. Con los movimientos de su lengua, mis ojos ruedan al techo mientras abro la boca y no paro de gemir buscando calmar el placer desenfrenado. Mi parte íntima hierve a punto de derretirse. Incluso después de haberme tocado cada día, nunca imaginé que existiera el placer que Rhoan me hace alcanzar.

Cojo su cabello y exijo más. Elevo las caderas en movimientos inconscientes. Rhoan suspira sin dejar de lamer con fascinación. Después dejo ir unos últimos gemidos y presiono los ojos hasta que duelen.

—¡E-Espera! —El chorro sale desprevenido a su cara y entro en pánico. Rhoan succiona. Me cubro el rostro al instante, muerta de vergüenza—. L-Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? —Levanta la cabeza, lame sus labios y se limpia la zona de la barba con su magia.

—Te ha salpicado. —Retiro levemente un dedo para verlo.

Me da pánico decir a qué se parece la situación, sin embargo él me observa sonriente y mi reacción le es adorable.

—No es lo que crees —aclara—, acabas de tener un orgasmo.

¿Orgasmo? Trago y destapo mi rostro por un término que desconocía.

—¿Eso es bueno?

—Es una maravilla.

Se asegura de secar el líquido en la cama para que estemos cómodos y se dedica a besarme, motivándome a envolver mis brazos alrededor de su cuello. Su aroma y la gentileza con la que sus labios me consumen es embriagador.

En ese momento siento su miembro rozando mi entrada. Me sobresalto y mi respiración se vuelve caótica al ser consciente de lo que va a suceder. Me mira con amor y acaricia mi mejilla con el pulgar.

—Lo haré despacio —habla con miel en su voz.

—¿Y-Yo qué tengo que hacer?

Aunque también es la primera vez de Rhoan, parece saber mucho más que yo. Con mi pregunta de principiante, una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Bésame… y relájate.

Respiro hondo y asiento, preparándome mentalmente. Con cariño une nuestros labios, inspirándome a concentrarme en el movimiento suave y lento de su lengua. Al mismo tiempo empieza a introducirse con delicadeza. La sensación es curiosa y satisfactoria mientras se hunde, sale y entra otra vez. Exhala entre lentos besos

que me mantienen en un relajado estado de trance. Sigue así hasta que retrocede sutilmente y, cuando vuelve a moverse hacia adelante con seguridad, le muerdo el labio al sentir un pellizco.

El aire se siente denso en el corto silencio. Cuando el dolor momentáneo pasa, abro los ojos. Se levanta unos centímetros y nos miramos con alivio. Una lágrima se me escapa. Con un toque lleno de amor la recoge.

—¿Te duele?

Respiro serena y niego.

—Es felicidad, Rhoan. No sé qué hacer con tanta felicidad —fragmento con una sonrisa colmada de alegría mientras otra lágrima cae. Soy suya por fin.

Permanece con los labios separados un momento, y noto que su pecho se hincha. Envuelve mi cabeza y se impulsa lento y suave hacia delante. Hace calor, mis gemidos se sincronizan con el impacto de sus caderas contra mi pelvis. La sensación es única y no se compara a nada que haya experimentado antes. Me hace querer permanecer con los ojos cerrados para concentrarme en la sensación de nuestra conexión física, en el roce y el sonido húmedo en cada choque.

Al rato percibo que gruñe extraño, me motiva a abrir los ojos para descubrir que hay algo raro en su expresión. Se da cuenta.

—Me aterra hacerte daño.

Lo miro con las cejas levantadas. Cojo su rostro y lo beso hasta morder su labio inferior.

—No me duele en absoluto, hazlo más fuerte.

Las aletas de su nariz se tensan. Con mi respuesta, acelera al instante. Gimo sin control en voz alta tras cada embestida. Soy ruidosa pero Rhoan parece maravillarse por ello. Se adhiere a mi cuerpo dándome besos en la mejilla. No deja de rugir por lo bien que se siente dentro de mí. Poco después se pone de rodillas y eleva mis piernas. Apoya mis talones sobre sus hombros y cuando vuelve a moverse fuerte me retuerzo por sorpresa.

—¡Sí! —Clavo las uñas en sus muslos.

Esta postura hace que lo sienta más profundo. Mis gemidos lo vuelven loco y continúa en esa posición embistiéndome con fervor. Lleva su dedo a ese punto de placer que me encanta y lo mueve en círculos. Chillo al sentir que expulso todo de mí otra vez. El líquido salpica a todas partes con sus embestidas. Ya después de la primera vez no me da vergüenza. Rhoan vuelve a apoyarse con los antebrazos en la cama, sin detenerse ni por un segundo.

—Te amo… Te amo… —susurra una y otra vez. Cada vez que lo dice siento el corazón quemándose, derritiéndose para reacomodarse hasta recuperar su forma original, olvidando todas las veces que fue herido por la incertidumbre de si Rhoan me quería o no. Enredamos nuestras lenguas, él sigue impactando su cuerpo contra el mío. No existe manera de describir la tensión. No puedo

pensar ni hablar por lo delicioso que es sentir a Rhoan dentro de mí, por cada centímetro de roce, por lo mágico que es percibir que él también está desbordado de placer con tan solo mirarlo.

Al cabo de unos minutos frunce el ceño y se clava una última vez. Su movimiento se va ralentizando hasta que se detiene del todo y estoy segura de que ha dejado su semilla en mí. Juntamos nuestras frentes una vez más, jadeando en una simultaneidad mágica hasta que volvemos a respirar con regularidad. Poco después sale de mí y se deja caer a mi lado. La paz que siento con el sencillo hecho de verlo de este modo conmigo es imposible de poner en palabras. Desnudos en su cama, con la cabeza sobre su brazo y el poder expresar sin límites nuestro amor. Juego con su barba suavemente sin soltar la mirada. Me observa con sus ojos celestiales, con nuestros cuerpos juntos bajo las sábanas. Acaricia mi pelo con amor y lo peina en un silencio gratificante.

Retengo en mi memoria hasta el más mínimo detalle, hasta que levanta su mano para mostrarme las runas en nuestros anillos.



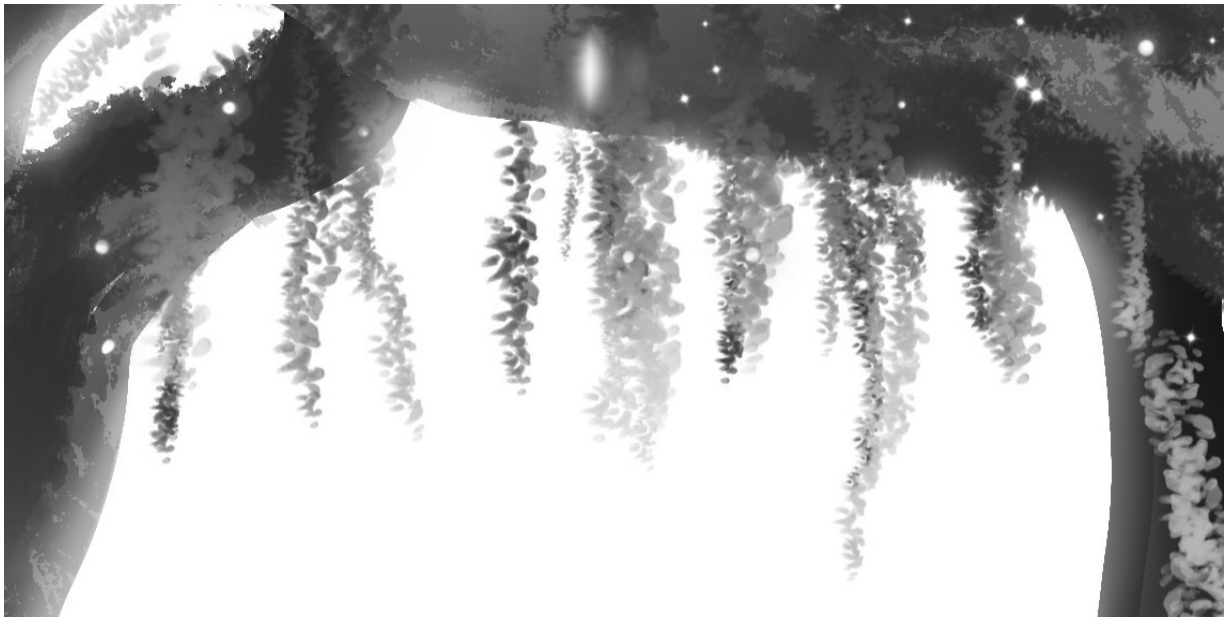
—Estos escritos que ves aquí son cuatro declaraciones —me señala—. La primera a la derecha significa *me uno a mi otra mitad*. La que sigue *el amor de mi vida está a mi lado*. La primera a la izquierda *mi alma está completa*, y la última *frente a mí está mi aetheris*.

Me cuesta hablar por unos segundos, recordando momentos del pasado. Hay cosas que sigo sin comprender.

—No quiero ocultarte nada, no deseo que haya más secretos pero te advierto que algunas cosas serán difíciles de creer.

Lo miro con certeza.

—Si me dices que el cielo es verde, lo será. Dímelo todo, por favor.



CAPÍTULO 42

Rhoan

Hace once años.

No recuerdo la última vez que sonreí. Con los años aprendí a levantar las comisuras en un intento fingido de mostrar alguna expresión al menos ante mi familia, sin embargo era fácil para ellos saber que se trataba de máscaras para satisfacerlos más que un acto natural. Decidí dejar de hacerlo ya que sus expresiones eran peores que cuando no fingía. Parecían sufrir conmigo. Mi bisabuela era la única que intentaba encontrar lo positivo de mi situación ya que decía que tenía la mirada de un cazador. Me servía de consuelo

ya que ni yo mismo entendía qué me había sucedido. Solo recordaba ese momento en que sentí que algo arrancaba una importante parte de mi alma, llevándosela lejos de mí. Nunca fui capaz de explicarlo y con solo pensar en ello me dolía el corazón.

—¡Más rápido! —exclamó mi bisabuela.

Era una tarde de entrenamiento. Corrí esquivando sus ataques, habían transcurrido dos años desde que me convertí en su discípulo y aún me costaba superar su arremetida de llamaradas. Sabía que lo hacía más lento de lo usual considerando mi edad. No obstante, ese día de verano hacía un calor infernal y no quería decirle a mi bisabuela que empezaba a sentirme mareado. No quería que pensara que tenía de discípulo a un debilucho. En una de esas, al ver que iba a alcanzarme, sudé frío y perdí fuerza.

—¡Mierda! —masculló mientras desviaba el fuego, aun así rozó mi brazo y apreté los dientes. Logré terminar el movimiento sin caer mal y me quedé en el suelo. Corrió hacia mí, se agachó y examinó la herida con el rostro pálido—. Ewan me va a matar.

Estaba por ponerse de pie otra vez para buscar el botiquín con los nervios en la boca, sin embargo la detuve.

—Está bien, cálmate, yo lo enfrío. Fue mi culpa, no esquivé bien.

—No, yo lo siento. Eres tan maduro que a veces olvido que todavía eres un niño —habló con amargura, viéndome aplicar una capa de agua sobre la quemadura.

El poder de mi bisabuela estaba empeorando mi sensación de debilidad, el cuerpo me hervía.

—Hace mucho calor… —susurré.

El mareo era constante, el ardor en la herida atravesaba mi piel como punzadas de hierro caliente y comencé a sentir otra vez que el suelo se movía. *Demasiado calor*, me quejé para mis adentros. Algo helado me hizo reaccionar al instante. Giré la mirada a la herida y noté una capa de hielo adhiriéndose a la quemadura. No comprendía qué sucedía.

—Por Emdor… —soltó mi bisabuela y vi negro—. ¡Rhoan!

Me desmayé.



Separé los párpados, noté el cielo azul sobre mí y moví mis ojos. Me rodeaba un cúmulo espeso de árboles, alrededor de un espacio en el que el sol destellaba sobre la hierba.

—*Aquí estoy.*

Escuché una voz, igual a un eco en mis pensamientos. Era pacífica y me hablaba con amor. Encontré a mi izquierda una presencia que me descolocó. Un lobo blanco que irradiaba tanta luz que purificaba todo a su paso. Las mariposas volaban sobre él, sus ojos transparentes me llamaban y con cada paso brotaba vida y flores bajo sus pies.

Habían pasado siglos desde la última vez que se sabía que un Protector había tenido visiones de Dios y, por supuesto, jamás se me había ocurrido que yo podría ser el próximo. Parecía demasiado real para ser un simple sueño. Más que una primera vez, era como si se tratase de un reencuentro.

—*Hola, Adair.*

Parpadeé.

—¿Adair?

—*Han pasado milenios desde que te di tu nombre*.

Sus palabras eran tan impactantes que por un momento me quedé en blanco.

—¿Soy… *ese* Adair?

—*Una vez lo fuiste.* —Asintió y mi piel se erizó entera. Mi corazón estalló.

—¿Por qué me dices esto?

—*Porque solo al conocer la verdad, podrás entenderte a ti mismo* —contestó, para después resollar con pesar—. *Me entristece haber retrasado su despertar pero era la única forma de protegerla de Lo Oscuro. Me aflige el daño que te he hecho al sellar su poder, hijo mío. Entenderé si decides darme la espada.*

—¿De quién hablas? ¿Proteger a quién?

Guardó silencio unos segundos antes de darme una respuesta.

—*A Xyla.*

Se me detuvo el corazón por un instante y tuve una epifanía que acumuló las lágrimas en mis ojos. Hacía años que no soltaba ni una.

—¿Todo esto se debe a mi aetheris? Mi apatía, mi odio, mi rabia contra el mundo… —mascullé, dejándome llevar por emociones contenidas—. ¿Dónde está?

—*Con los humanos.*

Palidezco.

—¿Por qué?

—*Eso es lo que te corresponde descubrir*. *Aún no está lista, pero deberás encontrarla con tu propia fuerza.*

La frustración me nubló.

—¡Solo soy un niño! —grité, por primera vez desde mis cuatro años—. ¡¿Qué esperas que haga con catorce años?! ¡Si está fuera del pueblo, pasarán años hasta que pueda salir! ¡¿No puedes al menos darme una pista?!

Sus ojos cristalinos me observaron con gentileza. Al cabo de unos segundos, una imagen se reveló en mi cabeza y el corazón me saltó un latido. Vi unas manos pequeñas, no las reconocía pero deducía que eran las de una niña más pequeña que yo. Su piel delicada era pálida, tocaba con curiosidad el pomo de una espada con el escudo… de los Benmore. Alguien la llamó por un precioso nombre y separó la mano del metal.

Se llamaba Lobelia en esta vida.

—Está en Benmore —pensé en voz alta, con los latidos convertidos en un huracán. ¿Era la espada de un caballero? ¿De un hombre del territorio? ¿Le pertenecía o solo la tocaba por haber tenido la oportunidad? La visión desapareció y me volví a encontrar con sus ojos.

—*Te permitiré conocerla a través de sus recuerdos. A cambio, una vez que esté a tu lado, deberás prepararla para el futuro* —declaró, dejando una última advertencia—. *Lo que os espera no es un camino fácil, y es ella quien más se adentrará en la oscuridad.*

Tragué saliva, tratando de entender el significado de todo lo que me decía. Sin embargo, era seguro que se refería a un peligro inminente.

—¿Dices que debo entrenarla? ¿Cuándo estará en peligro? ¿No puedo protegerla yo?

Resopló, tornando la mirada en una cálida.

—*Por ahora, celebra tu nuevo despertar.*



Hace año y medio.

—Hermano, ¿cuándo me enseñarás a pelear? —me preguntó Mabli mientras me veía empacar mis cosas, sentada al borde de la

cama sin dejar de mover sus pies. Le gustaba visitarme antes de ir a una misión.

—La bisabuela me enseñó a partir de los doce y así lo haré contigo —contesté—. Aunque, ¿de verdad prefieres que te enseñe yo antes que la bisabuela?

Tras mi pregunta, hizo uno de sus bonitos pucheros.

—Quiero a Bubu, pero te quiero más a ti —confesó—. ¡Es un secreto, así que no se lo digas!

—No lo haré —le prometí.

Aún cuando seguía sin mostrar mis emociones, con ella y mi familia sentía mi corazón suavizarse y tranquilizarse, al menos un poco. Mabli nació conociéndome así y para ella era la normalidad. No era como si no sintiera en absoluto sino que no era capaz de expresar nada ya que en mi corazón yacía un dolor penetrante de algo que tuve y aún no había recuperado. No sabía dónde estaba Lobelia. Una mujer que Emdor me había permitido observar en sueños y ver crecer. Parecía ser brillante, traviesa y astuta. Era mi salvación, mi objeto de adoración. De sus rasgos físicos solo conocía sus ojos verdes y seguros, su sonrisa cegadora y su voz madura aunque cariñosa que me hacía desear que las noches fuesen eternas. Cuando despertaba, los días eran una tortura en la que no lograba parar de pensar en sus labios carnosos. Mi corazón le había pertenecido desde siempre y sin ella el vacío devoraba el resto.

Me convertí en cazador para encontrarla. Entrené más de lo que mi cuerpo podía soportar y le supliqué a mi bisabuela que no tuviese piedad, con el objetivo de ganarme un lugar en el equipo Drago. Lo conseguí pero, cuando preguntaba por ella en los pueblos, había más de una mujer con ese nombre. Decían que se había hecho popular desde hacía años y, por desgracia, tampoco tenía suficiente tiempo en las misiones para dedicarme de lleno a buscarla.

Mabli levantó el rostro y se quedó observándome.

—Hermano, tú me quieres, ¿verdad? —preguntó como si nada, provocándome un dolor agudo en el corazón. *Es mi culpa.* Si tan solo pudiera mostrarle un atisbo de lo que sentía, ella no tendría este tipo de dudas. Tragué y me arrodillé para quedar a su nivel. Necesitaba asegurarme de que me escuchase con atención.

—Por supuesto que te quiero, Mabli Adair. —Le di un toque en la nariz—. Eres tan linda que lamento que tengas un hermano como yo.

Esbozó una sonrisa, bajó de la cama y me rodeó con sus brazos sin lograr abarcarme del todo.

—No digas eso, eres el mejor hermano del mundo.

—Tú también eres la mejor —murmuro.

—Regresa sano y salvo, ¿vale? —dijo, apretando mis mejillas—. ¡Mamá y papá harán algo rico de comer cuando regreses!

—Vale —respondí, deseando poder sonreír para ella. Sabía que esa era su parte favorita de cuando me iba a una misión. Sin

embargo, el nudo en la garganta que me atormentaba desde los cuatro años no me lo permitía. Dolor, sufrimiento, pena, vacío, eran cosas con las que estaba familiarizado. Un recuerdo permanente del veintidós de Nevidia de mil quinientos cinco. Nunca olvidé aquella sensación, cómo mi alma entraba en un estado de penumbra. Por ahora, Lobelia estaba fuera de mi alcance.

Después de guardar mis cosas, fui con Mabli a casa de mis padres para despedirme de ellos. Después de recibir la bendición del cazador caminé a la salida del pueblo para encontrarme con los demás. Apenas era mediodía.

—Hola, Rhoan. —Me obstaculizó una mujer con algo en la mano, un amuleto. Su escote lucía más bajo de donde debía estar y apestaba a perfume.

Qué molestia.

—Piérdete —pronuncié impasible.

—Es que yo quería—

Aceleré el paso y formé un muro de hielo. Dejé de escucharla a mi espalda.

Al principio era más suave con ellas al rechazarlas, no obstante no dio resultados y más bien se aprovecharon de ello. Me cogían del brazo y fingían que se caían para chocar conmigo. Odiaba que me tocaran y que creyeran que solo por ser hombre eso me hacía feliz. No pensaban respetar nunca mi espacio personal. La última vez que sucedió, la mujer bajó su mano y rozó mi abdomen. Sentí tanto asco

que me vi obligado a superar mi apatía para mandarlas a la mierda. Me tenían harto, solo quería que Lobelia apareciera.

—Lobelia… —la llamé tragando saliva, recordando el color verde y vivo de sus ojos. Quería que me escuchara.

—¡Ah, Rhoan!

Oí a alguien que me hizo sobresaltar. Justo la persona que más nervioso me ponía en todo el pueblo.

—Hola, Garran.

Sus ojos eran iguales. No era necesario buscar demasiado el por qué, ya que la bruja Eudora había desaparecido y Lobelia parecía ser de la edad que tendría una hija de los dos. Algo me decía que este hombre era mi futuro suegro, mientras que él no tenía ni la más remota idea de que estaba en la búsqueda de su descendiente.

—¿Vas de misión? Últimamente casi no te veo, ¿te has olvidado de tu tío? ¿Se te olvida quién te dio tu primera hidromiel?

Tío, sí, eso sería hasta que encontrara a su hija.

—Estos días han sido caóticos, ha empezado una guerra entre Dourith y Sivgard, y las brujas están desatadas —resoplé caminando con él a mi lado—. Hemos tenido que ayudar a otros equipos, no damos abasto. En Benmore no lo saben todavía.

—Guerra, ¿eh? —murmuró con el amargor presente en la boca —. El ser humano no sabe que es el escenario perfecto para Lo Oscuro.

La guerra se convertía en un mar de sangre y desgracias, el cual las brujas usaban como camuflaje para asesinar. No había tiempo más difícil para cazarlas que cuando los reinos entraban en disputa.

—En efecto —contesté pensativo.

Solo deseaba no haberme equivocado durante casi diez años, y que Lobelia de verdad se encontrase en Benmore, el territorio más lejano del conflicto. Si no, si la guerra contaminaba el reino de Dourith y la alcanzaba, yo…

—Oye, suena a que necesitas un par de tragos —mencionó distrayéndome de mis pensamientos pesimistas—. Cuando regreses vamos a beber con tus padres, ¿de acuerdo? —Me dio una palmada en el hombro y asentí—. Te dejo ir, ten una buena cacería, hijo. Cuídate.

—Gracias.

Se fue al lado contrario y me quedé mirando su espalda. Me preguntaba cuál sería su reacción cuando la encontrase, cuando viera que era igual a él. Era un hombre testarudo y malhumorado, me preocupaba que repudiara a Lobelia por ser la hija de la mujer que lo había abandonado. Si eso sucedía, la colmaría de amor extra para que nada le faltara. No iba a permitir que nadie le hiciera daño, ni siquiera su propio padre.

Seguí mi camino hacia la entrada del pueblo. A pocos metros vi al grupo reunido.

—¡Aquí está el galán! —exclamó Aron, con toda la intención de irritarme.

—¿Rompiste algún corazón en el camino? —preguntó Celyn—. Pareces de mal humor.

—Odio a las mujeres

—Eso es un sí, pobrecitas —murmuró Aron.

—¿Estáis preparados? —Se asomó Jac, nuestro jefe de equipo.

—Tened cuidado, niños —Macsen estaba a su lado—. Son tres, y la de tierra es la más fuerte.

—Nos las arreglaremos —le contesté.

Macsen sonrió.

—Ven aquí. —Estrechó a Aron, y le dio un beso en la frente—. Que Emdor te proteja, Aron Bedelia.

—Y que su luz nos mantenga unidos —terminó Aron, dándole un toque en el hombro—. Nos vemos en unos días, viejo.

—*Abuelo* —lo corrigió con un coscorrón sorpresa—. ¡Soy tu abuelo, niño desagradecido!

—Ay —se quejó Aron—. ¡Que sí!

Después de su típica discusión, Macsen y yo hicimos contacto visual.

Como siempre, despeinó mi cabello.

—Que Emdor te proteja, niño.

Con eso nos despedimos e iniciamos nuestro camino hacia Blackriver. Era la típica misión de tres días. Esta vez, nada había

cambiado. Cuando llegamos al pueblo humano, todo fluyó con su habitual naturalidad. La reunión con el vigilante, el segundo día en el que nos mezclamos entre los humanos para observar y planificar la estrategia, y el tercer día la cacería. Macsen había dicho la verdad, la bruja de tierra era la que más pelea había dado, no obstante nuestro equipo era casi impenetrable. Creo que se debía a la inusual confianza que existía entre nosotros, gracias a que nos conocíamos desde la infancia.

Ese día, con la cacería lista y las brujas incineradas con la magia de Aron, preparamos nuestras cosas, comimos y nos encaminamos de regreso a Emdor. Por supuesto, no sin hundirme en la asfixiante frustración de que, de nuevo, no había encontrado a Lobelia.

Lobelia, ¿dónde narices estás? Gruñí en mi interior, llamándola. Le pedí a Emdor que me permitiera encontrarla pronto. Veía el bosque frente a nosotros con un nudo en la garganta y odio hacia mí mismo. Me sentía incompetente.

—¿No podemos… quedarnos un día más? —murmuré, a punto de cruzar el puente de piedra.

—¿Qué? ¡Quedé en combatir en El Agujero esta noche! —respondió Aron—. Puedes quedarte si quieres, pero yo tengo que regresar. Le prometí a cierta chica que le dedicaría la victoria. Te imaginarás el premio.

Puse los ojos en blanco.

—Yo también prefiero regresar, no quiero preocupar a Medi —expresó Celyn con una sonrisa al pensar que estaba por volver a verla.

A veces sentía envidia de él. Aún cuando estaba en una situación complicada, podía ver casi todos los días a la mujer que amaba. *En cambio, yo sigo en este maldito bucle…*

—¡Vosotros tres deteneos!

Se oyó una voz masculina detrás de nosotros, a buena distancia.

—Mierda —murmuró Aron, sin detener nuestros pasos.

—¡Soy un caballero de Benmore y os ordeno que paréis en este instante!

Nos miramos entre nosotros y, sin decir nada, nos entendimos. Era mejor parar para evitar problemas. A solo medio metro del puente nos quedamos de pie y dimos media vuelta. Era un joven rubio con armadura ligera bajando la colina del trigal junto al río. Se acercó mientras que detrás de él se apreciaba otra silueta que caminaba mucho más lento. Me paralicé cuando algo sacudió mi alma.

Cabello ondulado y largo castaño cenizo, tez blanca y labios carnosos que había soñado sentir junto a los míos. La había encontrado, a mi Lobelia.

—Bueno…, es preciosa —susurró Aron boquiabierto. Aún con su naturaleza sinvergüenza, la belleza de Lobelia le había impedido

reaccionar como siempre lo hacía. Era una mujer que inspiraba ser admirada, no profanada.

—¿No os recuerda a alguien? —murmuró Celyn en un tono de asombro. Lo había captado al instante.

Se oyó a Aron pensativo, al tiempo que mis ojos no se despegaban de ella, de su concentración plena en no caer en la bajada, para entonces fusionar el verdor de su mirada con el bosque, observándolo con curiosidad.

El caballero rubio nos alcanzó y, aun así, no conseguía dejar de contemplarla. Los recuerdos de su existencia en mis sueños y en mi corazón se convirtieron en una persona tangible acercándose a mí y, en el silencio, no pude evitar suavizar la mirada, sentir la humedad en mis ojos y aguantar para no derramar frente a ella todas las emociones que liberaba desde mi centro con su presencia. Me sentía desbocado. Por Emdor, cómo deseaba arrodillarme a su merced en ese instante.

—Inclinaos, estáis frente a una dama de la realeza —habló el hombre.

No me quedaba más remedio que escuchar, maldije los segundos en los que tuve que desviar la mirada al suelo. Aun así, disfruté escuchando sus últimos pasos elegantes sobre la tierra. Eran tan cercanos y reales, que los latidos de mi corazón estaban desenfrenados. Peleé contra la adrenalina para no levantarme y estrecharla en mis brazos en ese mismo instante.

—Levantaos —pronunció y su voz despertó el temblor en mis labios. Era la voz que oía en mis sueños. Puse mi cara de siempre y me enderecé.

Me encontré con sus ojos verde manzana y casi suspiraba. El color era más brillante en la realidad. Mi nivel de atención obsesivo en sus movimientos me hizo notar su reacción al cruzar miradas. Joder. Iba a desmayarme. Había reaccionado por mí, se había petrificado. Sin duda era ella, mi aetheris, mi todo. Cuando vi sus mejillas más rosadas, tragué saliva y apreté los dientes. Quería besarla en ese maldito instante.

—¡Ese cabello y ojos! —murmuró Aron incrédulo. Inferí que se había dado cuenta de que era la viva copia de Garran Xyla.

—Shh —lo calló Celyn.

Aunque los escuchaba, los ojos de Lobelia estaban atados a los míos. Necesitaba decirle que la amaba. Necesitaba besar sus pies, regalarle mi primera sonrisa en veintiún años. *Contrólate, joder,* me regañé.

—No se os ha dado permiso para hablar —dijo el rubio y, solo cuando el silencio regresó, ella separó sus encantadores labios.

—¿Nos conocemos? —murmuró.

Maldición, quería llorar, reír, gritar, quería hacer todo y, a pesar de ser así, no conseguía decidirme en mi próximo movimiento. Tal vez debía llevármela sin más.

—Tienes mi permiso de hablar, ¿o es que… no puedes?

Su rostro empezó a mostrar lástima y me entraron los nervios. Aron me dio un codazo leve.

—Oye, idiota —susurró.

Sentí las miradas de Aron y Celyn empezando a darse cuenta de mi actitud inusual, mientras mi cabeza estaba en otro lado. *Sí, nos conocemos, nos hemos amado en tantas vidas que con pedírmelo una vez te juraré mi lealtad eterna. Eres mi aetheris, mi Xyla, y yo soy tu Adair,* le respondí para mis adentros.

—No nos conocemos, su alteza. Si fuese el caso, lo recordaría —pronuncié bajo—. No me atrevería a olvidar un rostro noble como el suyo.

No me atrevería a olvidar esos ojos verde manzana y esos labios que había anhelado durante casi diez años. La había encontrado, pero, ¿ahora qué tenía que hacer? No esperaba que fuese así de repentino. Me había pillado desprevenido.

—Me alivia encontrarme con hombres decentes en estos tiempos donde la educación parece desvanecerse —respondió e hizo contacto visual conmigo hasta que sus ojos se movieron con timidez. Desataba mis ganas de coger su rostro y decirle que no se atreviera a mirar hacia otro lugar que no fuera yo—. Decidme vuestros nombres.

Era mi oportunidad de recuperar la dirección de su mirada. Intenté hablarle pero, de nuevo, los nervios me hicieron dudar. No quería equivocarme. Al percibir mi actitud, Celyn carraspeó y nos

presentó. Se lo agradecí en el fondo. Ahora ella sabía mi nombre, y esperaba que no lo olvidase jamás, era el nombre de su futuro esposo.

Gracias a Emdor volvimos a hacer contacto visual. Su pecho se movía más agitado, haciéndome desear saber en qué pensaba. Si no hablaba ahora, me iba a arrepentir. Necesitaba escucharlo de su propia boca, la confirmación.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Ella no despegaba su mirada de mí.

—Estás dirigiéndote a una princesa, habla con más respeto —dijo el rubio a su lado. Lo miré al filo de mostrar mi primera expresión: severidad. Pensando en ello, ¿quién era? ¿Por qué estaba con ella? Tenía cara de crío, de no haber sido herido en batalla ni una vez en su vida. ¿Qué eran? ¿Por qué estaba a su lado mientras yo llevaba una década buscándola?

Ella alzó su mano, me distrajo de él y me miró con orgullo y solemnidad.

—Mi nombre es Lobelia Benmore, hija menor del duque de estas tierras, familia guardiana del bosque al que pretenden aventurarse.

Parpadeé con lentitud y moví mis labios con su nombre oculto en mi lengua, luchando por el impulso de plasmar una sonrisa atiborrada de júbilo en mi rostro. Sabía que era ella, mi Lobelia. Era una princesa, estaba con los Benmore y por eso no la encontraba. Al ser una hija de la nobleza, habría vivido en el castillo con discreción.

Debí ser más minucioso, no consideré que estaría tan cerca, tras una enorme muralla entre nosotros. Sin embargo, nada de eso importaba ahora. La había encontrado y ya no la soltaría.



La llegada de la guerra a Benmore fue como un choque del destino, justo en el día en que la había conocido. Nos tomó por sorpresa, en especial a ella. Deseaba consolarla, quería acercarme cuando estaba en ese curioso laberinto en el castillo, no obstante apareció ese molesto caballero para confirmar mis sospechas: el hombre estaba enamorado de ella desde hacía años, pero, no más que los casi diez en los que *yo* me había aferrado a su existencia como un alma sedienta en medio de un desierto. El problema era que ella no lo sabía, tenía que ocultarle mis sentimientos porque solo le causarían confusión. Por el momento, necesitaba llevarla conmigo a Emdor.

Atravesé la puerta de la casa de Macsen y el viejo pegó un brinco desde el sillón en su sala. Casi rompió el libro que llevaba en la mano. Era de madruga.

—¡Por Emdor, niño! —exclamó separándose de su asiento—. ¿Qué—

Golpeé la madera de la mesa junto a su sillón y dejé el mechón de pelo de Lobelia.

—Solicito una reunión de emergencia con los líderes —anuncié—. Hay una Protectora viviendo entre humanos.

Su rostro cambió.

—¿Qué dices?

—Que Garran Xyla tiene una hija —pronunció Aron tras entrar a la casa detrás de mí con Celyn.

El silencio se tornó severo y se escuchó solo el crepitar del fuego en la chimenea.

—Y es mi aetheris —dejé que mi voz se entrecortara un poco—. Yo solo… lo sé.

Hacía solo unas horas la había tenido tan cerca que aún podía sentir su aroma en mi nariz, todo para reunir una prueba de su existencia y… conseguir un premio para mí por haberla encontrado: una bonita cinta que contenía su olor. Era poco probable que decidiera vivir conmigo de inmediato, primero querría conocerme, por lo tanto necesitaba algo para conformarme por un tiempo. Solo para tranquilizarla acepté una apuesta absurda de no regresar, de no buscarla, pero no estaba dispuesto a cumplirla. Era impensable dejar a mi aetheris allí cuando podía estar a mi lado. Esa misma noche iba a hacer que Lobelia abandonara a los humanos.

La mirada de Macsen se transformó en impacto por mi expresión llorosa, en súplicas para que me creyera, para que me diera permiso de buscar en ese instante a mi mujer.

—¿Cómo estáis tan seguros? —Giró un poco la cabeza.

—La encontraron en el bosque hace diecinueve años, protegida por una manada de lobos. El duque fue guiado a ella por las bestias y la crió como su hija —le expliqué aprisa, estaba ansioso—. Está con los Benmore, respira con dificultad.

—Diecinueve años…

Murmuró pensando en voz alta, al caer en la cuenta de que el tiempo coincidía. Un momento después cogió el mechón de cabello y examinó el color. Era el mismo que el de Garran. Caminó hacia la chimenea, se hundió en su silencio dándonos la espalda y resopló restregándose una mano en la cara.

—¿Cómo pudo ocurrir? —susurró y creyó nuestra palabra—. Pobre Garran…

No hubo más que silencio.

—Iré por ella —avisé.

—¡Oye!, oye, espera un momento, niño.

Me detuvo y gruñí.

—Es mi aetheris —enfaticé.

—Lo sé, pero no sabemos si esa niña puede respirar en nuestro territorio —señaló y me paralicé—. Como dices, aunque respira con dificultad, *lo hace*. ¿Estás dispuesto a arriesgar su vida al traerla? Sabes que una vez que sufren la asfixia, no pueden recuperarse. ¿Qué opina ella? ¿Vendrá voluntariamente?

Mi respiración se entrecortó, estaba pasando algo por alto. Tras recordar nuestra conversación, mi corazón se partió en dos. ¿Qué

opinaba Lobelia? Pues, no quería venir conmigo. Tenía su vida, su amada familia y un hogar cálido que no estaba dispuesta a abandonar, a pesar de sus problemas de salud.

—Ella estaba confundida, pero… —no sabía qué decir, al darme cuenta de lo que pretendía hacer por desesperación. Mis labios se abrieron y Macsen me miró con tristeza.

¿Estaba forzando mis deseos en ella? ¿Me odiaría si la traía en contra de su voluntad? Sería imposible para mí soportar un mero suspiro de odio salir de sus labios. Cuando llegué a esa conclusión, el miedo me abordó e inundó mis ojos. Tanto Macsen como Aron y Celyn observaron atónitos mis lágrimas.

—Está justo allí… —sollocé con el alma en mis manos.

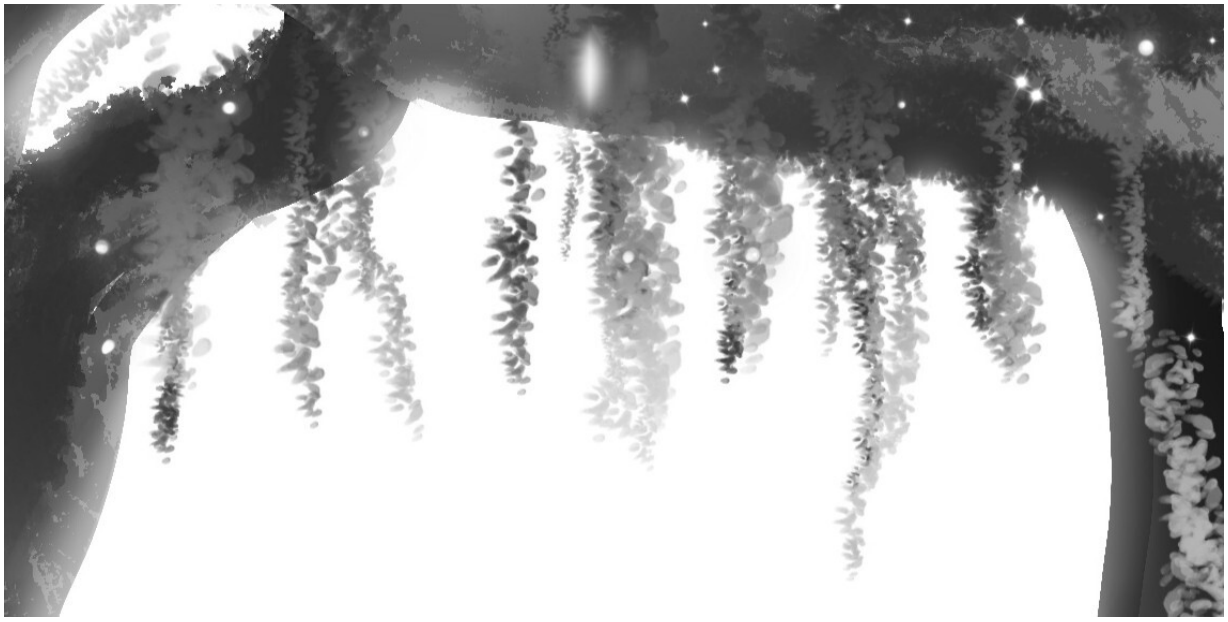
El silencio desolado se prolongó, con ellos aún asimilando la explosión de emociones repentina. Sabía que eso era lo que más les descolocaba. Poco después, tras el impacto, Macsen relajó los hombros y suspiró.

—El Gran Roble sabe por qué hace las cosas, niño. —Se aproximó y acarició mi coronilla—. Si de verdad es una hija de Emdor, si de verdad es tu aetheris, confía en que el destino os unirá. Por ahora la has encontrado, ¿no es una buena señal? Ahora podremos protegerla.

Los miré desconsolado, Celyn y Aron parecían estar de acuerdo con él. Negué con la cabeza repetidas veces y retrocedí.

—Vamos, Rhoan… —Aron intentaba calmarme.

Los ignoré y me fui a casa sin despedirme. En el momento en que cerré la puerta, me ahogué en el silencio hasta que la soledad se convirtió en cólera. Tiré todo lo que encontré, la mesa, los libros, mi poder se descontroló y congeló la sala entera. Di puñetazos a la pared cubierta de hielo, gritando hasta que mis nudillos sangraron. Cuando ya no sabía qué más hacer porque el dolor en mi alma no se iba, seguí asfixiándome en mi frustración y me eché a llorar, hecho un ovillo en el suelo, más solo que nunca. Lobelia aún estaba fuera de mi alcance.



CAPÍTULO 43

Rhoan

Hace un mes.

—*Rhoan* —escuché su voz en mi cabeza, llamándome como si fuese su único consuelo en el mundo. Me mordía el labio cada vez que lo hacía.

Debí llevármela en cuanto pude.

Existen Aetheris tan antiguos que una vez que se conocen y sienten el vínculo, no pueden separarse por demasiado tiempo. Como Lobelia aún no había alcanzado su despertar, estaba seguro de que solo me echaba de menos, pero para mí era necesario verla

o empezaría a perder los estribos. Los líderes me ordenaron vigilarla desde la distancia, por ende me vi obligado a desaparecer de su vida y decidió aceptar un futuro compromiso que ni siquiera la convencía. Aun así terminó con sus lágrimas derramadas frente a la tumba de ese hombre. Mi instinto por desear su felicidad me impidió celebrar que el obstáculo había caído por sí solo, e incluso llegué a sentir lástima por el humano. Era fácil enamorarse de ella. Tuve que conformarme con admirarla desde la distancia en sus meses de dolor en los que parecía estar a la espera de que la muerte tocara a su puerta. Odiaba el hecho de que eso era, en efecto, lo que le ocurría.

Lobelia creía que iba a morir.

—Sigues aquí —escuché detrás de mí un movimiento cuidadoso. Era Celyn—. Veo tu mal humor a kilómetros.

—Igual que ella —contesté con una mirada dolorida oculta en los árboles—. Actúa como si no tuviese nada en el mundo, a pesar de que mañana es su cumpleaños y yo…

Le entregaría el mundo si me lo pidiera, terminé en mis pensamientos. Oí su resoplo, deteniéndose a mi lado.

—No me acostumbro a verte expresivo y, me alegra que hayas encontrado a tu aetheris, pero tampoco me agrada que no has hecho más que lamentarte desde que la conociste —expresa.

Tragué saliva, con mis ojos plantados en ella, de pie y en silencio al borde de la colina en el trigal. Su pelo ondeando al viento me hacía envidiar el aire, tras conocer el aroma que disfrutaba

proveniente de su silueta. Esa noche que fui a verla y robé esa cinta que me ayudó a soportar el año de suplicio sin poder tenerla, había percibido una exquisita esencia a primavera. No se trataba de artificio alguno como perfumes o baños en aceites, era *ella*, su existencia era especial, rebosaba a naturaleza y yo sabía por qué, pero no debía decírselo. No mientras no comprendiese lo que significaba ser Xyla, la primera alma en existir.

—¿Es la hora? —murmuré desanimado.

—Sí, debemos repasar el plan una última vez.

Tres brujas acechaban su pueblo y ella no lo sabía, tampoco lo necesitaba, porque yo me encargaría de que el mundo fuese seguro para ella hasta que llegase el momento de traerla a mi lado.

Sin embargo, las cosas cambiaron de un momento a otro.

—¿Qué hacen? —susurró Celyn.

Era la noche siguiente. Seguíamos a las mujeres para acorralarlas, hasta que las vimos caminar aprisa hacia la entrada del bosque, ese que toda bruja *precisamente* evitaba. Era aún más extraño el hecho de que parecían estar esperando algo. Decidimos mantenernos ocultos y observar hasta que unos minutos después aparecieron unas personas a caballo cruzando el puente de piedra. En el momento en que vi de quiénes se trataba, el tiempo se detuvo y mis ojos se cristalizaron en lágrimas acumuladas.

—¿Esa no es Lobelia? —preguntó Aron, mientras veíamos cómo bajaban de sus caballos al inicio del bosque.

Sangre, solo veía la sangre en su vestido y su tez pálida como la de un cuerpo sin vida. Mi corazón se desgarró desde dentro. Di un paso y Celyn me detuvo con su mano en mi pecho.

—No lo hagas —me aconsejó—. Nos delatarás y los pondrás a ellos en peligro.

—Es cierto, no sabemos cómo reaccionarán las brujas —lo apoyó Aron—. Están más cerca de Lobelia que nosotros.

Apreté los puños y tuve que contener mis ganas de correr hacia ella. La revisé desde la distancia pero no veía heridas. Cuando vi las manchas en su mentón, deduje que había vomitado la sangre.

La situación se volvía problemática. Por norma, no debíamos ser descubiertos por humanos. Su familia peligraba si no hacíamos algo. ¿Por qué estaban llevando a Lobelia al bosque? ¿Qué le sucedía? Sentía algo distinto en ella, como si su presencia fuese más intensa para mí.

—Algo no me cuadra —susurré.

—A mí tampoco —contestó Celyn.

Los duques se adentraron en el bosque y las brujas los siguieron. Nos miramos entre nosotros.

—Mismo plan, distinto lugar —decidimos.

Seguimos a Lobelia y a su familia, dispersándonos alrededor. Caminaban enfocados en ella sobre el caballo, su aflicción era casi tangible. Por el año que había pasado observándola, sabía cuánto la querían.

—Te sentirás mejor a medida que nos acerquemos a los límites, bebé —pude escuchar que le decía su madre.

Mis latidos se desenfrenaron. ¿Llevarla a los límites?, ¿para qué?, ¿cómo habían llegado a esa decisión? Fue en ese momento que una corazonada me causó un latido agresivo. ¿Era posible? ¿Por eso percibía algo en su presencia? Mis ojos se humedecieron, mi rostro se bañó en expectativa y una lágrima se derramó. Aun así, mojé mis labios y sequé mi rostro. Debía guardar silencio en mi posición y, lo más importante, debía concentrarme en la misión. Si cometía el más mínimo error, ella iba a morir y no sabía qué sería de mí.

Los humanos comenzaron a mirarse entre ellos y sus expresiones cambiaron. La duquesa cogió las riendas del caballo y el duque y su hijo se acercaron.

—Salid ahora —ordenó el duque—. Nos habéis estado siguiendo.

Eso va dirigido a las brujas. No eran humanos comunes pero eso los ponía aún más en peligro. Ellas salieron de sus escondites y nosotros aprovechamos para reunirnos poco a poco al tener más libertad de movimiento. Mientras, los duques conversaban con ellas.

—Nos dijeron que podíamos conseguir buena leña en este bosque, pero… —inventaba una de ellas.

Miré a Lobelia, me preguntaba cuál sería su reacción. Los hijos de Emdor podemos reconocer a las brujas, solo nosotros somos capaces de ver la contaminación en sus ojos, mientras que los humanos ven colores comunes. Me agité aún más por su expresión

desesperada, me daba a entender que también percibía su naturaleza oscura. Pero, ¿no le había ocurrido antes? ¿En veintiún años no se había cruzado con ninguna bruja? No, si tenía razón, en ese preciso instante Lobelia estaba teniendo su despertar.

No puede ni moverse… Quería llorar, pero Celyn y Aron llegaron a mi lado.

—Hay que atacar ahora —les susurré.

—No, esperemos a ver qué hacen. Esto no lo habíamos visto nunca —sugirió Celyn.

—Tiene razón —lo apoyó Aron—. Si atacamos, no sabremos cuáles son sus planes.

—Sus planes son matar a Lobelia —respondí.

—¿Cómo lo sabes?

La señalé, sin poder esconder mi frustración.

—Está teniendo su despertar, joder. Puedo sentirlo. ¡Morirá si no la llevamos ahora mismo al pueblo! —exclamé en susurros.

Aron abrió sus ojos y Celyn enmudeció.

—¡Mejor aún!, ¡matemos a estos tres y juguemos con ella un rato! —nos interrumpió el griterío de una de las brujas y callamos.

La familia ducal se detuvo frente al caballo, intentando formar un escudo para que no tocaran a Lobelia. No los conocía y ya les debía el mundo.

—¿Quiénes sois y para qué queréis a mi hermana? —las interrogó su hermano.

—¿Nosotras? ¡Somos brujas! —confesó una de ellas sin dudar, nos miramos entre nosotros. De la nada unas rocas los golpearon, y la tierra los atrapó de rodillas en el suelo.

—Deteneos…

Escuché decir a Lobelia con su débil voz, y sus lágrimas se convirtieron en una condena para mi corazón.

—Cálmate —me susurró Aron, apoyando una mano en mi hombro—. Vamos a sacarla de ahí.

Lo miré con una expresión vulnerable y en silencio asentí con la cabeza.

Los duques le susurraban que escapara y Lobelia, leal a su familia, se veía incapaz. Con debilidad apoyó una mano en su pecho y frunció el ceño. Me agité por la ansiedad, había que hacer algo de inmediato, pero si actuábamos de forma precipitada su familia iba a morir y Lobelia nunca lo superaría.

—Niña, ¿por qué no bajas de allí? —las brujas comenzaron a dirigirse a ella.

Odiaba no poder hacer nada.

—¡Ni siquiera puede bajarse! ¡Está al borde de la muerte! —rió una de las tres—. La ayudaré.

Elevaron a Lobelia del caballo con brusquedad y la llevaron frente a ellas. La tenían colgada como una muñeca sin fuerza. ¡No podía ni siquiera mantenerse de pie! Me desesperé. *No… ¡No!*

Estaba a punto de levantarme pero Celyn me paró y negó con la cabeza.

—¡Soltadla! ¡Soltad a mi hija, monstruos! —gritó la duquesa atrapada en la tierra.

Solo le bastaba un movimiento a la bruja de tierra para aplastarlos a los tres, sin embargo el caballo galopó hacia ellas y nadie lo pudo detener. Pateó a una de las mujeres. *Al fin.* Era nuestra oportunidad de comenzar a movernos.

—¡Animal estúpido! —exclamó una de las brujas, empujando al caballo con una ola que lo llevaría directo a golpearse contra un árbol. Levanté mis manos, tomé control del agua sin que se diera cuenta y el caballo logró salir ileso. Cayó a nuestro lado.

—Quédate ahí —le susurró Celyn. El caballo movió las orejas y permaneció acostado.

Al poco tiempo, una de ellas atravesó el pecho de la que había quedado inconsciente por la patada, y siguieron parloteando estupideces. *Fue una buena decisión esperar*, pensé, cuando de repente un quejido de Lobelia me alertó. No nos llegaba la vista desde donde estábamos, pero podíamos ver el reflejo de la luz en los rostros de las brujas. Estábamos tan impactados como ellas al observar algo que sabíamos que solo se veía en recién nacidos.

—Un despertar tardío —soltó Aron. Era la única respuesta lógica a la situación.

Las brujas empezaron a volverse eufóricas, anunciaban entre gritos blasfemos la identidad de Lobelia con la intención de llamarla mentirosa, de que no pertenecía a los humanos, pero eso solo provocó que se mostrase el lamento en su familia al no poder protegerla. Se podía ver que los Benmore mantenían su lealtad en el Gran Roble. Y en el momento en que una de ellas se atrevió a probar su sangre, la furia me bañó entero.

—¡Su corazón nos dará mucho poder! —exclamó una de las mujeres.

De repente escuché su voz y me petrifiqué.

—*Rhoan…* —me llamaba. Ante el fin de su mundo, ella me estaba llamando. Mi mente estuvo en blanco un segundo hasta que algo me poseyó y me levanté.

—Nuevo plan, me llevo a Lobelia al pueblo y vosotros reventáis a esas dos —les anuncié a Aron y a Celyn, bramé bajo al final—. ¡Quiero que sufran!

—De acuerdo —aceptaron sin dudar ya que sabían cuál era mi prioridad.

Salí de entre los árboles y la primera en verme fue la duquesa con una confusión que no le cabía en el rostro.

—Si tocáis a esa mujer os mataré de la manera más dolorosa y cruel posible —anuncié mi presencia y señalé a la bruja de agua—. Tú ya no tienes opción, ya que te atreviste a probar su sangre.

Todo pasó en un parpadeo, con la escena transformándose en un mar de caos y fuego, gracias a que Celyn y Aron se encargaron de cumplir mi petición a la perfección. Después tocó la despedida de su familia, dejando a mi equipo para llevármela al pueblo. Se sentía como un sueño y no lograba asimilar que por fin sucedía. Su vida cambiaría a partir de ahora. No obstante, por más que yo estuviera rebosante de felicidad, ella sollozaba sin parar en mis brazos. Su sufrimiento por tener que separarse de su familia junto con el dolor físico seguro era demasiado. No podía ni atreverme a imaginar por lo que estaba pasando.

Por fortuna, de algún modo conseguí calmarla hasta que llegamos a los límites. Apenas cruzamos al área respirable, me alivié de ver que se sentía mejor. Estaba tan desesperado por confirmarlo con mis propios ojos, que me quité mi anillo aprisa y se lo enseñé.

—¿Por qué no probamos si con esto te sientes aún mejor? —Le ofrecí—. Este anillo me ayuda a respirar fuera del bosque, además de tener muchas otras funciones mágicas, pero ahora que estamos dentro de los límites no lo necesito y te conectará con él. ¿Quieres intentarlo?

Lo observó con curiosidad, lo cogió en su debilidad y accedió. Las ansias me devoraban desde mis entrañas. Le di las indicaciones pero se detuvo.

—¿Estás seguro de que está bien?

¡Por Emdor!

—Solo hazlo.

Estaba a punto de gruñir.

Me miró dudosa un segundo más, hasta que decidió hacerme caso. En el instante en que el anillo hizo contacto con su dedo, me entraron unas ganas viscerales de llorar de felicidad. Todas mis penas se desvanecieron tras un soplido de su alma tocando la mía, y un cosquilleo recorrió mi cuerpo al mismo tiempo que las runas de unión brillaban en la madera. Me había quedado sin palabras.

—Tenías razón, el dolor ahora es mucho más soportable —expresó.

Mojé mis labios y, por fin, le regalé mi primera sonrisa en veintiún años. Débil, llorosa y colmada de un amor que no sabía controlar.

—Me alegra que funcione.

Sí, el dolor se había ido.

Al poco tiempo se quedó dormida, era imposible no mirarla cada dos segundos en el camino a casa. Tenía un milagro en mis brazos, uno que había anhelado desde mis catorce años, o mejor dicho, desde los cuatro.

Cuando me detuve frente a la entrada del pueblo llegó el momento de tomar una decisión muy importante. *La llevaré con Emdor*, fue lo primero que pensé. Cuando despertara, podía convencerla de hacer el ritual de matrimonio sin que ella supiera de

qué se trataba. No conocía nada de nuestra cultura, por lo tanto sería sencillo. *Puedo decirle que es para que se sienta mejor.*

—¿Te molestarás conmigo cuando lo descubras, Lobelia? —le susurré.

Iba a casarse conmigo sin saberlo. ¿Funcionaría aunque ella no tuviese un anillo? Servían como canalizadores pero las runas podían aparecer en su piel.

La observé mientras dormía en mis brazos y, tras admirar la paz con la que llenaba sus pulmones aliviados, lo reconsideré. *Primero querrá conocerme.* Por mucho que estuviéramos destinados a unirnos, debía darle espacio, al menos por un tiempo. Eso me llevaba a la segunda opción: llevarla a mi casa sin que nadie lo supiera. Si le pedía que se quedara para recuperarse, iba a parecerle normal, ¿no? Podía pedirles a Celyn y a Aron que mantuvieran el secreto, eso me daría tiempo de estar a solas con ella al menos unos días para convencerla de casarse conmigo. De cualquier modo, necesitaba llegar al matrimonio. No quería esperar ni un segundo más.

Mientras, repasé mi conversación con ella… y recordé a Garran. Me mantuve callado y pensativo mirando al vacío.

—Maldita sea —suspiré.

Me arrepentiré de esto, presentí, pero era la decisión correcta.

Se me escapó una sonrisa viéndola dormir, moviéndola un poco para probar cómo de profundo era su sueño. Toqué su frente y

frunció la boca pero no despertó. Mi mano se movió sola hacia sus labios, manteniéndose allí unos segundos hasta que no aguanté más. La subí un poco más a mi nivel, besé su frente con gentileza e inhalé su aroma. Me aseguré de cubrir entre sus prendas el anillo brillando y caminé al pueblo.

Era temprano por la noche y había muchas personas en las calles.

—¿Quién es esa mujer?, está llena de sangre —escuché a alguien murmurando.

—¿Por qué Rhoan la lleva en brazos? —se preguntó una de las que me molestaban. Apreté a Lobelia contra mí y observé a la mujer con recelo.

Se quedaban en shock al ver las runas brillantes en su pecho y la sangre que cubría su vestido. Era la primera hija de Emdor en tener un despertar tardío. Los escuchaba cuchichear pero no se acercaban porque sabían que no les daría una respuesta amable.

De repente alguien decente apareció cerca, estaba cerrando su tienda.

—Medi —la llamé y me le detuve enfrente.

Ella se giró y me miró con su cara malhumorada de siempre, hasta que notó a Lobelia y su expresión cambió a sorpresa.

—Está hecha un desastre —No preguntó ni quién era, mirando a mi alrededor—. ¿Dónde están Celyn y Aron?

Solo preguntaba por Celyn.

—La hemos rescatado, ellos volverán pronto —indiqué—. Pero necesito que me hagas un favor, te lo pagaré después.

Exhaló ruidosa y se cruzó de brazos.

—¿El qué?

—Necesito que busques a Garran y le digas que vaya a casa de mis padres —le pedí—. No la menciones a ella, solo dile que es urgente.

Siguió mirando a Lobelia.

—Tiene su cabello —adivinó con rapidez—. Vale, lo haré, él siempre ha sido bueno conmigo.

—Gracias.

Continué a casa de mis padres. Lobelia respiraba con tranquilidad. Parecía que ya no tenía malestar. Como aceleré el paso ya que no hacían más que mirarla llegué en un parpadeo. Abrí la puerta sin tocar y escuché los pasos agitados.

—¡Hermano! —me llamó Mabli desde la segunda planta. Sin embargo se paralizó al ver a Lobelia—. ¿Quién es?…

—Hijo, llegas pronto —apareció mi madre feliz detrás de ella. Puso la misma expresión al ver a Lobelia y se cubrió la boca.

—¿Rhoan? —mi padre estaba en la sala de estar, me veía confundido.

—Necesito ayuda —les pedí.

—¿Está herida? —preguntó Mabli, escondiéndose detrás de mi madre debido a la sangre.

—Solo está dormida, cariño —la tranquilizó mi madre—. Ven, tráela a tu antigua habitación.

Asentí y subí las escaleras con mi padre detrás de mí.

—Por Emdor, ese cabello —murmuró mi padre.

—Su nombre es Lobelia, la rescatamos en el bosque —expliqué —. Después os contaré la historia completa.

Supongo que ya no era necesario ocultar que llevábamos año y medio sabiendo de su existencia. Al subir al segundo piso, Mabli fue valiente y se acercó. Al mirarla con más detenimiento, sonrió.

—¡Es como el tío Garran! —exclamó en voz baja—. Sus cejas son iguales, y su cabello y…

Mencionaba cada detalle centrada en Lobelia. Ya no le importaba la sangre.

—Sus ojos son iguales también —agregué caminando por el pasillo—. Verde manzana.

—Nadie más en el pueblo tiene esas características —comentó mi padre en susurros.

—Le pedí a Medi que lo trajera.

Se hundieron en un silencio tenso. Sabían qué significaba.

Todos hablábamos en voz baja para no despertarla. Mabli se adelantó y abrió la puerta de mi viejo dormitorio. Me acerqué a la cama y la acosté con cuidado. *Ahora a esperar.* Suspiré aliviado.

—No creo que despierte hoy —advertí peinando su cabello—. Estaba grave cuando la encontramos.

—Eso parece —dijo mi padre mirando las runas en su cuerpo—. Habrá que pedirle a Artur que la revise.

—Y también hay que avisar a los líderes —comentó mi madre.

—Ya estaban al tanto, pero les diré que ha llegado después de que venga Garran —respondí, sentándome al borde de la cama.

—¿Por qué su vestido está manchado de sangre? Pobrecita —soltó mi madre con tristeza. Levantó su mano para acariciarla y el anillo en su dedo llamó la atención al segundo, debido al brillo inextinguible que emanaba.

—¿De quién es ese anillo? —preguntó mi padre.

Peiné mi barba. Al mismo tiempo miraron mi mano y vieron mi dedo vacío. Los ojos de Mabli parecían salirse de sus cuencas.

—¡¿Tu futura esposa?! —chilló eufórica.

—Shh, hija, vas a despertarla —la calmó mi madre, aún cuando en su rostro también se veía el impacto.

Fue entonces cuando los miré con cariño.

—Supongo que sí —contesté a Mabli con una sonrisa.

Mabli cambió su expresión y mis padres se encogieron al borde del colapso. Caminó hacia mí y cogió mi rostro con gentileza.

—¿Esa es una sonrisa de verdad? —preguntó.

Mi piel se erizó tras su pregunta, mis ojos se humedecieron.

—Sí, Mabli —volví a sonreír, con una lágrima que recorrió mi mejilla y mojó su mano—, con todo mi corazón.

Mi voz estaba quebrada. En los últimos meses había estado empezando a mostrar mejoría pero hoy, con Lobelia a mi lado y el anillo en su mano, todo se había ido. La miseria, el vacío, la ansiedad, el odio a mí mismo. Era un hombre distinto.

El rostro de Mabli se arrugó y sollozó. Mis padres se apresuraron hacia nosotros. Me puse de pie y nos quedamos los cuatro en un silencio esperanzador, unidos en un abrazo.

—Hijo mío… —lloraba mi madre.

Cuando nos separamos miré a Lobelia. Ella no tenía ni idea de cuánto había cambiado mi vida desde que la conocí.

—Es gracias a ella —sollocé—. Siento que lo he recuperado todo.

Sonrieron y secaron sus lágrimas. Segundos después, mi madre asintió decidida.

—Dejemos que descanse. Hijo, limpia la sangre para que esté más cómoda.

—A eso iba —me recompongo.

—¡Yo te ayudo! —dijo Mabli.

Limpiamos a Lobelia en un parpadeo y mi madre la llevó a la habitación de Mabli para que yo pudiera dormir en la mía. Si no lo hacíamos así me iba a costar no tumbarme a su lado. Dejamos que siguiera descansando, Mabli no quería despegarse de ella así que la dejamos y bajé con mis padres. Nos sentamos en los sillones del salón mientras mi madre me preparaba algo de comer y un té. Me dio una palmada en el hombro.

—Estoy tan feliz por ti, hijo. —Me sonrió con cariño, hasta que de la nada se rió—. Aunque ya veremos qué opina Garran.

Respiré hondo.

—Mierda.

Estaba tan concentrado en Lobelia que no lo había pensado.

—¡Ja, ja! Sí, mierda —respondió mi padre.

Nos sentamos en el sofá a la espera y me quedé contemplando la chimenea encendida. Solo una cosa pasaba por mi cabeza: Lobelia. No importaba cuántos obstáculos hubiera en nuestro camino, jamás me apartaría de su lado porque era mi Xyla. La primera alma en existir y mi amor eterno.

Pasaron algunos minutos en los que aproveché para contarles la verdad, que sabía de Lobelia desde antes y parte del hecho de que me había enamorado de ella. Nunca había sido tan sincero con ellos, el amor me inspiraba a dejar ir todo el peso que había estado cargando desde hacía tiempo. Ellos lloraron mientras adivinaban por sí mismos el motivo de mi inexpresividad severa y por qué me había recuperado en el último tiempo. El alivio abrasador les hizo tener que parar un momento antes de poder continuar. Sin embargo, poco después se escuchó que alguien golpeaba en la puerta. El corazón se me detuvo, mis padres me miraron y nos pusimos de pie. Tenía miedo de la reacción de Garran, no quería que rechazara a Lobelia. A su vez, sentía preocupación por la idea de arrepentirme de no haberla llevado con Emdor para casarnos, porque si no la rechazaba,

tendría que compartir mi tiempo con ella. Empezaba a sentirme egoísta.

Cuando mi madre abrió la puerta, Garran estaba acelerado y aún recuperaba el aliento. Había corrido. Me examinó de pies a cabeza y suspiró con las manos sobre las rodillas.

—Joder, ¡qué susto me habéis dado! ¡Pensé que le había sucedido algo a Rhoan! —se quejó al borde del llanto, y por un momento sentí una punzada en el corazón. En ese momento la culpa comenzó a hacer presencia.

Para contarle la verdad tuvimos que sentarlo.

—Garran, no sé cómo decirte esto con delicadeza —habló mi madre por mí.

No pasó mucho tiempo hasta que sus ojos verdes brillaron y las lágrimas se desparramaron en su rostro, a una intensidad que me descolocó y terminó por convertir mi corazón en un nudo de confusión. No sabía qué hacer.

—¿Dices que tengo familia? —lloraba con el alma rota—. ¿Una hija?

Algo dentro de mí se quebró.

Antes de llevarla con ella, miré a mi madre y le hice señas para mostrarle mi dedo vacío. Ella me entendió, subió primero y noté que se lo había quitado cuando dejé de sentir mi conexión con Lobelia. La amargura bañó mi rostro. Cuando bajó, se me acercó y me entregó el anillo a escondidas. Al cabo de unos minutos subimos con

Garran. El hombre caminaba lento, hiperventilaba invadido por el pánico. Abrimos la puerta de la habitación y solo bastó un vistazo para que soltara de nuevo un llanto desolador. Se detuvo al borde de la cama y hundió las rodillas en el suelo. Mis padres y yo lloramos en silencio, al tiempo que Mabli lo abrazó desde la espalda para consolarlo.

—No, no es justo… —se ahogó en el sufrimiento.

Éramos parecidos, él y yo. Solitarios, anhelando algo que habíamos perdido, entregando nuestros corazones por amor. Estaba listo para declarar que Lobelia me pertenecía, pero ver a Garran en ese estado me destrozó. No podía hacerle eso a un hombre que se había aferrado a mí y a mi familia, en un intento de llenar la ausencia de la suya.

Di un paso atrás, mis padres me vieron y negué con el rostro hecho un desastre. Sabían en qué estaba pensando, podía verlo en sus miradas apenadas. Me dejaron ir y salí de la casa. Corrí hasta que mis pies me llevaron con el Gran Roble y solo entonces me desplomé, enterrando mis manos en el musgo.

—¡¿Por qué me haces esto?! —me rompí.

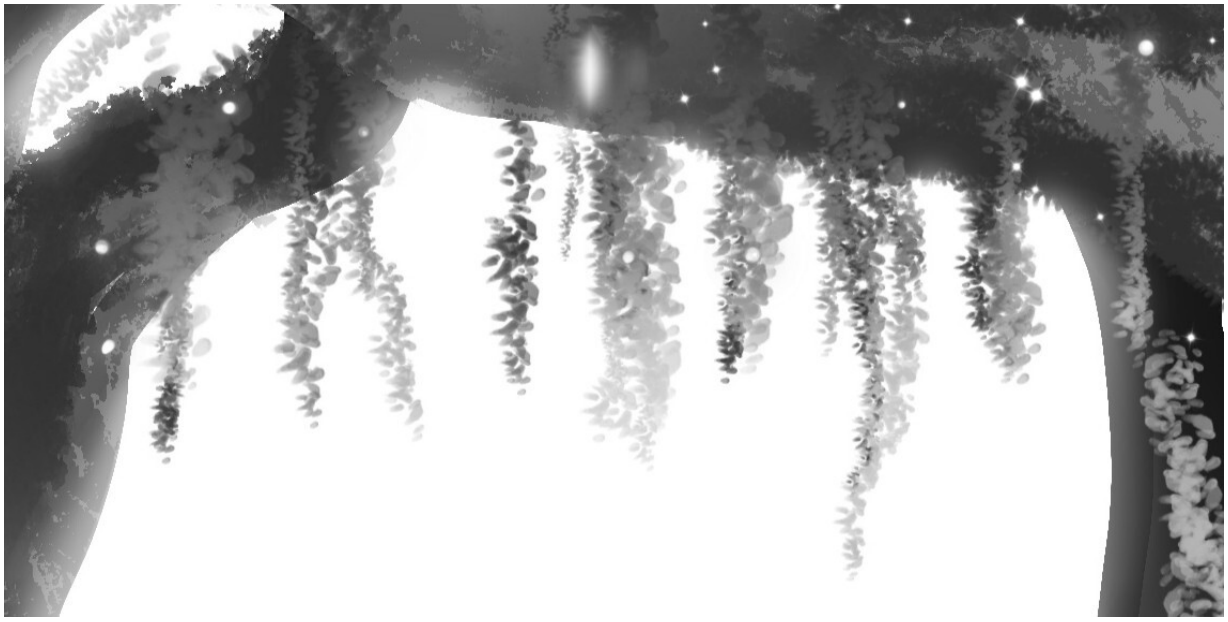
Pensaba que ya lo tenía todo, sin embargo mi afecto por Garran me estaba haciendo retroceder al vacío. Él necesitaba tiempo. Descubrir que su hija había encontrado a su aetheris antes de siquiera conocerla solo le rompería el corazón, porque él era muy consciente de lo que implicaba esa unión. Había perdido a su padre

por no soportar vivir sin su mujer, había perdido a la mujer que amaba y, sin saberlo, también había perdido los primeros veintiún años de su hija. El amor, en todas sus formas, le había arrebatado todo. Si el aetheris de su hija aparecía tan pronto, no lo soportaría.

De repente el musgo creció y cubrió mi mano izquierda, y una mariposa se posó encima. Con las lágrimas incesantes enfriando mis mejillas, lo escuché.

—*Estoy contigo.*

Mis ojos se desbordaron. Esa noche lloré hasta el agotamiento frente al Gran Roble, y cuando me sentí listo para esconder mi sufrimiento, regresé a casa de mis padres con una decisión tomada. Planeaba decirle todo a Lobelia una vez despertara, ella merecía respuestas. Quería decirle que la amaba, explicarle con calma lo que éramos y la antigüedad de nuestra unión, pero ya nada de eso sería posible. Le concedería a Garran el tiempo que mi alma fuese capaz de soportar, aunque significara romper mi corazón en el proceso.



CAPÍTULO 44

El cuerpo no me responde, sentados en la cama en un silencio sofocante de dolor. Me es imposible frenar mis lágrimas. Me duele el corazón hasta el punto en que me cuesta respirar. Él me observa en silencio mientras absorbe con amor cada gota que se me desborda. No sé qué decir, no le llego ni a los talones a mi Adair, al hombre que me buscó casi una década, al que me llenó el camino de flores sin yo saberlo. Uno que protegió no solo mi corazón sino el de mi pobre padre sin yo ser consciente del daño que le causaría.

—Lo siento —me dice, como si su relato no fuese suficiente—. No creí que mi decisión te haría tanto daño. Pensé que como tu despertar había sido tardío también lo serían tus instintos hacia tu

aetheris. Sabía que me querías pero subestimé la intensidad, por eso creí que tenía más tiempo y, aun así…, te imploro que guardemos nuestro amor en secreto por ahora. Sé que estás conociendo a tu padre y aún no lo ves como él quisiera, pero te pido tiempo para que él mismo entienda que no está solo.

Bajo la mirada sollozando y apretando las sábanas en mis manos. No lo consideré cuando pensaba en querer estar con Rhoan y ahora me arrepiento. Si me alejo, ciega por un amor incontrolable, no sé cuánto mal le causaré a Garran. No pienso hacerle daño después de sus años en soledad cuando podría haberme criado con amor. Yo podría haber sido su sol y él el mío. Es como dice Rhoan, me duele admitir que todavía no veo a Garran del mismo modo en que veo a mis padres los duques, pero con el tiempo sucederá y me arrepentiré si tomo la decisión equivocada ahora.

Asiento, cojo sus manos y las beso en devoción.

—Estoy de acuerdo —apoyo mi frente en sus nudillos—, lo haremos como dices.

Lo oigo exhalar aliviado.

—Gracias —susurra entrecortado.

Continúo encogida y sin conseguir comprender cómo este hombre ha sido capaz de soportar cada día que pasó hasta hoy. Estaba viviendo en un infierno y yo no hacía más que sentir resentimiento por evadirme. Por supuesto, le era imposible rechazarme y su único escape era la omisión, sofocando su amor por

mí, por su Xyla. Algo me hacía sentir familiarizada con ella y Adair. Cada vez que leía sobre ellos sentía que había olvidado algo y ahora sé por qué. A Rhoan, nuestra unión trascendental lo tenía con un pie atado al fondo de un abismo que no soy capaz de imaginar. Al conocer lo que hay de trasfondo en nuestras almas, muchas cosas tienen sentido. Mi búsqueda constante, mi delirio cuando no lo volví a ver, mi necesidad de sentirlo siempre a mi lado y de tener contacto físico con él.

—¿Qué hago, Rhoan? —fragmento—. Llevo casi dos años sintiendo que la vida me pesa cuando no estás a mi lado. Ahora que sé lo que somos y la longevidad de nuestra unión, me abruma el miedo a que lo de Celyn vuelva a suceder, pero que la próxima vez te toque a ti. No sabes el terror que sentí, corrí por los tejados como una desquiciada, perdí el control, pude… pude haberle hecho daño a alguien, si es que no lo hice y no me he enterado.

Se mantiene en silencio un momento y oigo su resoplo.

—Ven aquí.

Me estrecha con fuerza y nos acuesta, permitiéndome soltar el nudo en la garganta en sus brazos.

—Lobelia, mi muerte no será a manos de una bruja —susurra con cariño.

Mis labios se entreabren.

—¿Y cómo piensas morir?

Retrocede y me regala una sonrisa con su mirada relajada, colmada de un amor que por fin puede liberar.

—Dentro de trescientos años o más, después de haberme casado y tenido hijos, nietos y bisnietos, moriré feliz y satisfecho por la vida que tuve, dormido junto a mi amada.

El corazón me late con furor. Mis lágrimas se detienen y nos miramos en un silencio sanador en el que nacen sueños y anhelos del futuro.

—Eso suena como una buena muerte —expreso en un intento de sonrisa.

—¿No tienes curiosidad por quién podría ser mi amada? —pregunta bromista.

Hincho mis labios, él aprovecha de secar mis lágrimas.

—Supongo que la mujer que pretendías engañar para que se casara contigo —recalco de la historia que me contó. No pienso olvidar esa parte.

Deja ir una risita.

—Recuerdo que era mi aetheris, ¿no es así? Y tampoco se veía reacia a ello.

Me quedo mirándolo hasta que escondo el rostro en su pecho con timidez. Mi reacción le hace reír y al cabo de unos segundos vuelve a hablar.

—Sabes, hay un momento en común, en nuestras cientos de vidas, que me habría gustado recordar.

—¿Cuál?

Deja ir un suspiro.

—El momento en que te vi por primera vez en cada una de ellas, durante los millones de años que he tenido la bendición de estar a tu lado. Haría cualquier cosa por poder recordar todas las primeras veces que te vi.

Sus dulces palabras se mezclan con caricias en mi piel, mi visión se vuelve borrosa. Hoy mis ojos no han tenido tregua. Lo beso con suavidad y acaricio su barba.

—No sabía que fueses capaz de decir encantos como ese —susurro—. Espero con ansias conocer este alter ego.

En sus labios aparece una sonrisa.

—Solo hablo con el corazón.

Desearía que el tiempo se detuviese en este instante.

—Tu corazón es precioso, más precioso que cualquier cosa en este mundo.

—¿Más precioso que Emdor? —Alza una ceja.

Frunzo los labios.

—¿Seré castigada por él si la respuesta no es de su agrado?

Suelta una carcajada.

—Sé que lo entenderá, nos conoce más que nosotros mismos.

La felicidad me mantiene en un permanente estado de plenitud, sin embargo la tensión liberada, el haber hecho el amor y mi llanto

constante me tienen al borde del colapso. Sin querer, se me escapa un bostezo.

—Cierra los ojos un rato —sugiere al descubrirme—. Quiero disfrutar que por fin te tengo en mis brazos.

Sin respuesta verbal, asiento con un murmullo y cierro los ojos. Besa mi frente una y otra vez, despacio y colmado de felicidad.

—Te amo, mi Xyla —susurra casi imperceptible.



Despierto a su lado con mi pierna enredada con la suya. Es tan mágico que temo que sigo soñando, no obstante el dolor en el cuerpo me confirma que no. *¿Qué hora es?* Abro los ojos en la oscuridad de la habitación. Giro el rostro y termino de despertar cuando veo el sol acostado entre las montañas.

—Rhoan —lo despierto agitada.

—¿Mm? —Me coge en sus brazos, sus caricias erizan mi piel.

—Me tengo que ir —susurro, algo tentada a quedarme. Si sigue toqueteándome así estoy dispuesta a correr el riesgo.

Con mis palabras abre los ojos, se da cuenta de la hora y tiene la misma reacción que yo.

—¡Oh, mierda! —suelta.

El agotamiento nos ha pasado factura y si no llego a casa pronto Garran se preocupará. Aprisa nos limpia con su poder, me pongo el

vestido y me ayuda a atar las cintas. Busca ropa limpia para él. Cojo mis cosas en un santiamén y salimos con precaución. Tras ver que no hay nadie, corremos las primeras calles alejándonos de su casa. La adrenalina en las venas nos hace sonreírnos el uno al otro. Una vez en zona segura, caminamos con tranquilidad y recuperamos el aliento para evitar sospechas.

Nuestro trote hace que lleguemos a la esquina de mi casa al poco tiempo. Nos detenemos uno frente al otro antes de estar a la vista de las ventanas donde Garran se podría asomar, controlando el júbilo por nuestro amor correspondido.

—¿Ahora qué vendrá? —le pregunto.

Se me queda mirando con cariño.

—Otro día, pero mil veces mejor.

En su rostro se dibuja una sonrisa que me contagia. Miro a los lados y muevo los dedos creando un muro que se mezcla con los de las casas y, sin pensarlo demasiado, me acerco y lo beso de puntillas con una inocencia que dura poco, solo hasta el momento en que coge mi cintura y escucho su largo suspiro risueño. Su lengua se curva en la mía un par de veces y mi vientre reacciona, siento el hervor regresando a mi entrepierna. Me arrincona, peino su cabello, lo entrelazo a mis dedos y sonrío entre besos, sin un centímetro de distancia.

—Olvidé confesarte algo —susurro.

—¿El qué?

—Ese día que entraste en mi habitación me asusté porque me estaba tocando pensando en ti —suelto y se detiene—. Estaba a punto de llegar cuando tocaste la puerta.

Su respiración es tan ruidosa como la de un caballo.

—Por eso oí que me llamabas.

—Si me oíste esa vez, debo agregar que no ha sido la única. —Me muerdo el labio—. Lo he hecho casi todos los días desde esa mañana que me enseñaste lo que eran los aetheris.

Aleja el rostro y sus ojos grises se clavan en mí con ganas de convertirme de nuevo en su presa.

—¿Cuando te bañabas? —pregunta y asiento—. Esa vez casi me quemé con el sartén.

—Lo siento. —Alargo la sonrisa.

Un silencio cargado de tensión nos aborda hasta que me suspende en el aire y apoya mi espalda a la pared.

—Llegaré tarde —suelto en el jadeo y lo abrazo por los hombros.

—Entonces más vale que nos demos prisa. —Sube la falda de mi vestido—. Tendrás que pedirle a Medi ropa interior nueva.

La rompe en un parpadeo. Siento los latidos de mi corazón en todo el cuerpo. Lo envuelvo con las piernas por la cintura. El roce de su miembro hace que mi mente se ponga en blanco. Lo incrusta sin dudar y chillo en voz baja. Mueve sus caderas con movimientos fuertes y persistentes que hacen que mi espalda se presione contra la pared. Nuestras lenguas se enredan en el aire espeso de nuestra

excitación. Se hinca fuerte. Suelto un gemido en voz alta sin querer y me calla con un beso. Cojo su pelo y le muerdo los labios, lucho por no volver a gritar porque el placer que me recorre el cuerpo es abrumador.

—Más…

Sin despegar su boca de la mía, acelera su movimiento y me embiste con salvajismo. Si sangro juro que voy a sonreír. Muerdo su hombro y aprieto la pelvis con fuerza tras el satisfactorio rebote rítmico de mi cuerpo con el suyo. Escucho sus gemidos de éxtasis. Gimo para mis adentros y aprieto los labios. Con una mano le araño la espalda mientras que con la otra me aferro a su cabello. Hace que mi cuerpo salte suspendido en el aire. La fuerza con la que me sujeta con seguridad y sin debilitarse es magnífica.

—¡Vas a… hacer que… te rompa! —advierte con un rugido bajo, sincronizado a sus embestidas profundas. Mis colmillos se clavan en su cuello para no gritar cuando termina por impulsarse en mí, con unas últimas dos embestidas que me hacen liberar la tensión, alcanzando ese *orgasmo* del que me habló. Poco después se detiene llenándome con su semilla.

Estamos unos segundos en silencio simultáneo a nuestros jadeos mientras permanecemos en esa posición con su miembro dentro de mí. Mi cabeza no funciona, en su rostro hay una sonrisa relajada que me contagia. Sin decir nada, nos reímos.

—Esto será un problema.



Abro la puerta liberando una bocanada de aire cautelosa. Está bien, Rhoan me dejó impecable antes de despedirnos y no es tan tarde, puedo decir que estaba hablando con él sin que suene sospechoso.

De inmediato me encuentro a Garran en la entrada de la cocina. Mi alegría y la adrenalina de minutos atrás se atenúa al recordar la historia que me contó Rhoan y el sufrimiento de mi padre. *Qué desconsiderada fui.* Vuelvo a la realidad y cierro la puerta.

—Hola, hija.

—Hola… —Lo abrazo con los ojos cerrados.

Todo estará bien. Agradezco haber descubierto la verdad a tiempo. Si hubiese seguido por el camino que iba, Garran habría notado mis sentimientos por Rhoan y quién sabe cuál habría sido la consecuencia. Solo hay que tener un poco de paciencia, Rhoan y yo seremos prudentes para así darle el tiempo que su corazón necesite. Ahora que estamos juntos, aunque sea a escondidas, la carga es mil veces más llevadera. Podremos con esto.

Al separarme de él noto algo que me inquieta.

—¿Qué hiciste hoy? —Bebe del vaso que tiene en la mano. Me mira con una expresión inusual, más serio de lo habitual.

—Trabajé por la mañana pero ya habrás escuchado lo que ocurrió con Celyn. —Actúo con normalidad—. Macsen me mandó a casa temprano.

Está actuando raro. Su silencio es intenso y esa mirada con los ojos un poco entrecerrados me alertan.

—Hija, ¿hay algo que quieras decirme?

Me quedo helada. Me veo obligada a mantener mi mirada en la suya con los nervios a flor de piel.

—¿Como qué?

—No intentes negarlo. —Se cruza de brazos.

Busco algún modo de aguantar las ganas de desmayarme, ya sea mordiéndome el labio por dentro con fuerza o cualquier otra forma para mantenerme de pie con serenidad.

¿Me vieron entrando con Rhoan a su casa? O tal vez, ¿ya se habla de cómo me subí a los tejados y lo relacionó con su llegada? *¿Cómo pude ser tan indiscreta?*, lamento. Al instante me arrepiento de mis acciones irracionales. Acabo de prometer a Rhoan que fingiremos que no hay nada entre nosotros y en pocas horas la he liado. ¿Cómo se lo diré? Dios mío, ¿le he roto el corazón a Garran? *No, por favor, no. ¡Emdor, ayúdame!*

—Solo sucedió.

Gira el rostro unos centímetros.

—¿*Solo sucedió*? —repite insatisfecho.

Los ojos se me nublan.

—¡No podía hacer nada! ¡Mis instintos actuaron por sí solos! ¡Tú sabes que no se puede controlar! —intento explicar.

Pasa de estar muy serio a mostrar una sonrisa impregnada de emoción.

—¡Por supuesto que sería por instinto! ¡Eres una genio! —exclama atiborrado de alegría, dejándome descolocada—. ¡Hija, eres asombrosa! ¡Me llenas de orgullo!

Me estrecha en sus brazos con gran amor. Frunzo el ceño más confundida que un pez de río en el océano.

—¿Estás orgulloso? —parpadeo.

Me suelta y asiente con cariño.

—¿Quién no lo estaría, Lobelia? Todo el pueblo está hablando de cómo salvaste la vida de Celyn —indica—. ¿Puedes mostrarme tu nuevo elemento?

Coge mis manos y las junta entusiasmado. Mis nervios pasan de mil a cero en un instante. *Cierto, mi poder*, recuerdo. Pasaron tantas cosas que olvidé que ahora puedo manipular el metal. Por fortuna no se trata de mi relación y casi meto la pata al confesar yo misma sin darme cuenta. No obstante, sigo confundida por algo.

—¿Cómo te enteraste? Fuimos muy discretos.

—Me lo contó Seren, y a ella se lo contó Calamir, que fue al consultorio por una medicina para su hija porque tiene fiebre —responde—. Idam hablaba de ello maravillado.

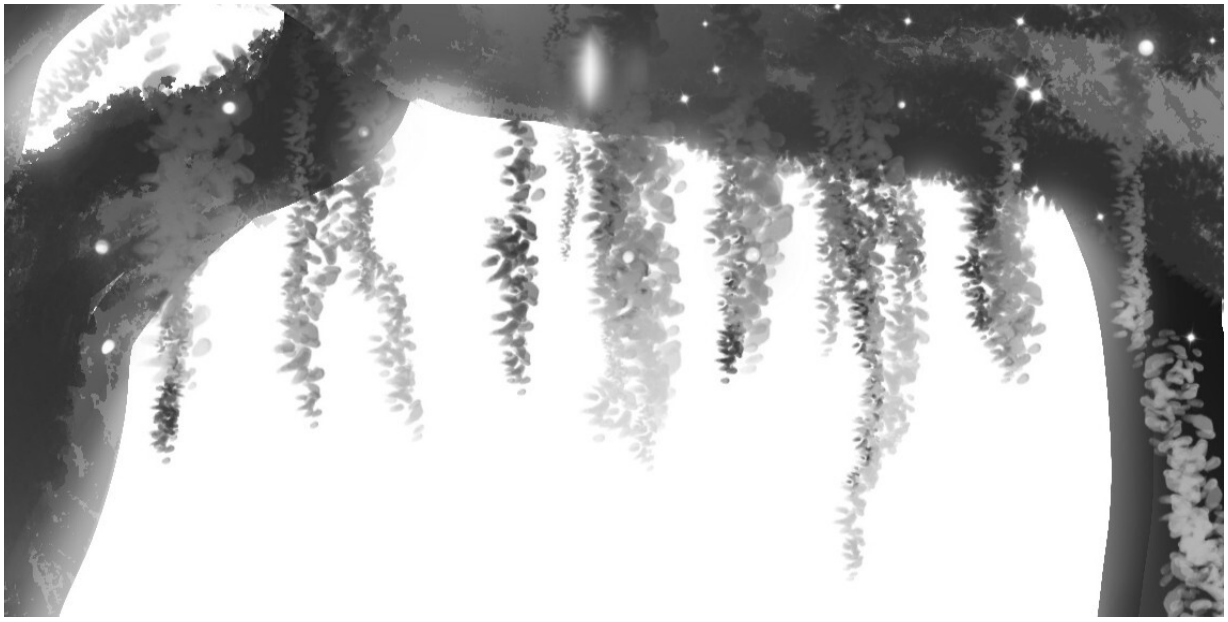
—A ese niño tendré que regañarle —gruño.

—No cambies de tema y muéstramelo.

Pienso un segundo. *Bueno, al menos no sabe nada de lo de Rhoan,* me consuelo dejando ir un suspiro. Abro las manos y libero mi poder. Tras conocer la historia de Rhoan, me pregunto por qué no me he desmayado, a pesar de que mi cansancio no tiene límite. Quizás porque él tenía catorce años cuando le sucedió. Las hebras de metal se funden formando un tenedor. Es lo primero que se me ocurre porque tengo hambre. El rostro de Garran irradia asombro y maravilla.

—Es increíble —piensa en voz alta mientras coge el tenedor—. Mi hija es increíble.

Sonrío con timidez, conmovida por el orgullo que muestra. Dice *mi hija* una y otra vez, recordándoselo a sí mismo para aferrarse al hecho de que no está soñando, que de verdad estoy a su lado. Quizás no ahora, pero tengo fe de que pronto le corresponderé y podré llamarlo *papá* desde el corazón.



CAPÍTULO 45

Existen varios consultorios médicos ubicados en el pueblo de manera estratégica para las treinta mil personas que lo habitamos. Gracias a nuestra naturaleza curativa rápida, son pocos quienes enferman o necesitan cuidados. Los médicos están para atender las urgencias y asistir a las embarazadas y ancianos. También… para *prevenir* embarazos, lo cual es popular y común en Emdor ya que vivimos trescientos años. Fue Rhoan quien lo mencionó esta mañana durante nuestro entrenamiento. No imaginé que existiría algo así. En el reino, concebir se ve como un acto dejado al destino. Sin embargo, si queremos ocultar nuestra relación debemos tomar precauciones.

El consultorio más cercano a mi casa es justo en el que se desató el caos ayer, donde se encuentran Artur Adair, un señor de la edad de Macsen con más de doscientos años de experiencia en medicina, Prys Bedelia, su joven colega, e Idam, el aprendiz de boca floja.

Debemos resolver esto aprisa para ir a la reunión a la que he sido convocada con los líderes. Esta mañana recibí un mensaje de Macsen confirmando la hora para encontrarnos donde está Emdor. Rhoan también fue llamado, al ser el primer hijo de Emdor en desarrollar una nueva rama de su elemento.

—Déjame entrar contigo, por favor —me pide frente al consultorio—. Ayer Prys Bedelia te miraba como si se hubiera enamorado.

—Estás exagerando —contesto avanzando para entrar—. Y hablaré con Artur, no con Prys.

—Por favor. —Coge mi brazo para detenerme.

—¡No! Sabrán que fuiste tú.

—Esa es la idea.

Tendré que acostumbrar mi pobre corazón a sus celos. Estoy al borde de un infarto.

—¿Y si llega a oídos de Garran? —argumento.

—Son médicos, Lobelia —refuta—. Saben quién folla y quién no.

—¡Shh! —lo callo, mirando a los lados por las personas en la calle. Nos observan pero solo con asombro por la noticia de mi

poder—. ¡De acuerdo!, pero ni una palabra. Y si está Idam, nos vamos. Sabes que difundió lo de mi poder.

—Con él hablaré después.

—No, yo lo haré. ¿Te quedarás callado o no? —Lo amenazo con la mirada.

Sella sus labios levantando las comisuras satisfecho. Con eso listo, entramos al consultorio.

Para mi sorpresa, nos encontramos con Prys Bedelia acomodando instrumentos y vendajes en el estante detrás del recibidor. Su rostro se ilumina cuando se da cuenta de que soy yo, hasta que ve la gran presencia de Rhoan a mi espalda.

—Buenos días —nos saluda con una sonrisa incómoda.

—Buen día, Prys —soy cordial y Rhoan asiente como su saludo—. ¿Está Arthur?

—Fue a visitar a una anciana con Idam.

—Ah…, ¿sí? —alargo la pregunta y muevo la mandíbula con un disimulado resoplo.

No puede ser. Miro a Rhoan por el rabillo del ojo y descubro su mirada indiscreta de *te lo dije* que me hace querer gruñir. Hubiera preferido hablar con Arthur que me recuerda al señor Nicolas. Ahora tengo que morderme la lengua.

—¿En qué puedo ayudaros? —pregunta Prys, dándonos la espalda un segundo para acomodar los vendajes y tijeras.

Bien, es ahora o nunca. Aprovecho que no nos mira y cojo una bocanada de aire antes de hablar. Aun así, me siento tan cobarde como un pequeño ratón en un nido de halcones.

—Necesito medicina para después de… haber tenido…

—Sexo —completa Rhoan.

Me cubro el rostro. *¡Este mentiroso!* Se escucha un ruido sordo que me asusta cuando se le caen las cosas a Prys.

—¡¿Estás bien?! —Voy a ayudarlo, esperando que no se haya cortado con las tijeras.

—Sí, lo siento —se disculpa con una voz extraña—. Gracias por ayudarme.

¡Acordamos que no hablaría! Fulmino a Rhoan con la mirada pero su concentración en Prys es bestial, con una sonrisa tenue y algo oscura mientras también lo ayuda. Al haber recogido todo, le entrega el último vendaje.

—¿Puedes darnos el anticonceptivo? —le pide—. También necesita uno *frecuente*.

Aguanto la respiración.

—S-Se los daré de inmediato —responde Prys, buscando las hierbas—. Pasad.

Mientras va delante de nosotros, intento pellizcar a Rhoan pero me esquiva con una sonrisa divertida. Su yo del pasado y el de ahora parecen tan distintos como el agua y el aceite. Entramos a la

primera habitación y nos sentamos en unos sillones que hay en medio.

—Está bien con que me escribas la receta de la medicina frecuente —indico—, puedo hacerla en casa.

—Escuché que eres la trigésima primera en controlar las plantas. Y pensar que también desarrollarías una nueva etapa del elemento tierra, manipulando el metal. Hasta ahora era impensable.

Suspira.

—Significa que mi camino de aprendizaje es largo. —Me rasco la mejilla.

Hierve el agua con su poder y le añade las hierbas medicinales que necesito con deprisa.

—Esperemos cinco minutos a que se fusione con el agua. —Deja la taza con las hierbas en la mesita frente a nosotros.

Cinco interminables minutos. Mientras tanto, termina de guardar en una bolsa los otros medicamentos.

—Debes tomar esto todos los días a la misma hora —me lo entrega junto con la receta escrita—. Empieza mañana.

—Vale.

Aprieto los labios y observo a Rhoan, que lleva una evidente sonrisa de disfrute. Le está encantando presumir y no sé si debería decir lo que estoy pensando, pero es que… ¡duele! ¡Mis pobres caderas!, ¡mi entrepierna! He aguantado desde esta mañana,

esperaba que nos atendiera Arthur pero todo ha salido a favor de Rhoan.

De acuerdo, hagámoslo. Por mi bienestar. Siento que me arrepentiré de esto.

—También…, ¿p-puedes darme un analgésico? —termino de decir con una timidez que hace temblar mi voz—. El más fuerte que tengas.

Aclaro la garganta en un intento de arreglarlo pero lo empeoro. *Qué vergüenza.* Es evidente que ha sido mi primera vez. En ese momento, Rhoan se inclina hacia atrás en su asiento, con una sonrisa triunfal y cegadora que puede verse a kilómetros. El problema es que empiezo a notar mis ganas de sonreír como una loca. El pensar que quiere marcar territorio revuelve las mariposas de mi estómago a su voluntad.

—Sí, claro…

Se da la vuelta para buscar el medicamento. A solo un paso tropieza con uno de los sillones.

—¿Estás bien, Prys? —pregunta Rhoan en un tono burlón.

Le pego en el brazo.

—S-Sí. —Busca el analgésico y regresa al cabo de unos segundos —. Este ya lo tenemos preparado, así que bébelo de una vez.

Me entrega el vaso con la bebida y sus ojos se desvían al té.

—Ah, parece que ya está listo.

Me entrega la taza.

¡Al fin! Me lo bebo de un sorbo. Me levanto y cojo a Rhoan por el brazo, con intenciones de huir.

—Muchas gracias por todo.

—No hace falta pedirte que guardes silencio, ¿verdad? —advierte Rhoan.

—¡Rhoan!

—Seré como una tumba —murmura Prys con una voz apagada —. Adiós.

Convencidos, al fin salimos de allí.

—¡Quedamos en que te quedarías callado! —exclamo dando pisotones.

—Lo siento, se veía tan feliz de verte que no pude evitarlo.

Su disculpa no contiene ni una pizca de sinceridad. Le clavo la mirada con molestia una última vez hasta que exhalo. El daño ya está hecho y no puedo reclamarle por sus celos ya que me encantan.

—Olvídalo, vamos a la reunión.

En el camino pasamos por calles concurridas. No transcurre demasiado tiempo antes de escuchar a la gente murmurar. Me observan sorprendidos. Confío en que se acostumbrarán con la misma rapidez con la que se acostumbraron cuando llegué la primera vez. De todas formas se iba a saber, así que no regañaré demasiado a Idam.

—¡Lobelia! —me saluda una chica.

Parpadeo y agito mi mano.

—¿La conoces?

—No, no tengo ni idea.

Recorremos nuestro alrededor con la mirada.

—Por Emdor, todos te están mirando —me susurra—. Lobelia, tienes que ser firme con Idam.

—Lo seré —digo entre dientes.

—¡Hola, Lobelia! —me llama un hombre.

Rhoan gruñe.

—Ven, vamos por otro camino.

Se desvía y lo sigo aprisa. En la nueva ruta pasamos por los extremos que llevan al bosque. Tardaremos un poco más pero no hay nadie que nos moleste.

—Bueno, al menos es relajante —opino.

—Podríamos dar un paseo cuando termine la reunión, si te apetece.

—Sí, me encantaría.

Le sonrío amorosa y hago contacto visual con su mirada dulce. Como no vemos a nadie, dejamos que nuestros dedos se rocen y enganchen entre ellos un poco. Disfrutamos el silencio, los sonidos de la naturaleza, las aves y el ruido que producen las ramas de los árboles a nuestra izquierda con el viento, hasta que me paralizo y mi sonrisa se desvanece mirando en una dirección. Mis dedos unidos a los de Rhoan le hacen detenerse.

—¿Qué ocurre? —Me sigue la mirada y descubre lo que veo, enmudecido como yo. Es un lobo blanco similar al que vi en mi despertar, como el que también describió Rhoan de sus visiones—. ¿Emdor?

—No, es un lobo común —contesto sin desconectar mis ojos de los del animal. Nos observa con firmeza, sabemos que es una bestia pero se dice que son uno de los puentes con Emdor. Suelen vivir tranquilos en su hábitat, en las profundidades del bosque, por lo que solo aparecen cuando es necesario. Significa que no podemos subestimar lo que estamos presenciando.

Nos miramos por unos segundos y llegamos a una decisión unánime. Damos el primer paso al mismo tiempo y el lobo inicia su camino de guía.

Pasando por los primeros árboles, entrelazamos nuestras manos con confianza. Las ramas se mueven con gentileza a medida que andamos sobre la nieve y permiten la entrada de algunos rayos de sol. Pensamos que van a ser solo unos minutos, sin embargo el tiempo transcurre, sigue y sigue hasta que, al reconocer la dirección, nos ponemos en alerta. Nos guía hacia Blackriver, o por lo menos a los límites cercanos, pero ya no hay marcha atrás. El lobo solitario avanza hacia una dirección, y tras una hora de camino doy un paso atrás.

—¡Oh, por Dios!

Palidezco y los ojos se me expanden del susto.

—Mierda. —Rhoan me voltea hacia él tan rápido como puede—. No mires.

Ya no puedo borrar lo que he visto. Frente a nosotros yace el cadáver de un hombre, impregnado en sangre y con el tórax abierto de par en par. El espacio en donde debería estar su corazón está vacío. Es un hijo de Emdor.

—¿Quién es? —Lo miro asustada.

Sus ojos permanecen severos, plantados en el hombre.

—Einren, nuestro vigilante.

Siento la angustia cayéndome encima como un velo desde el aire. Los vigilantes se encargan de investigar las zonas con sospecha de brujas para confirmar la presencia de alguna. Una vez hecho eso, se comunican a través de aves que traen la información y así el equipo de cazadores puede acudir al lugar para reunirse con el vigilante y acabar con la bruja. La tarea más importante de un vigilante es permanecer oculto para evitar el conflicto, debido a que está solo.

—¿P-Por qué está aquí? ¿Qué demonios ocurrió esta mañana?

Intento girarme para volver a verlo un poco más preparada, pero Rhoan me detiene.

—Dije que no mires. Quédate aquí —habla con severidad y se separa de mí. Escucho sus pasos acercándose al cuerpo—. Cuando llegamos a Blackriver, no había señales de Einren. Asumimos lo peor y tuvimos que guiarnos por las descripciones que nos había enviado

en las cartas para localizar a las brujas. Los vigilantes son muy específicos e incluso envían retratos por si ocurre algo como esto. Una de las tres brujas era más fuerte de lo que nos dijo él y alardeó de haberse comido su corazón. Cuando ya casi la teníamos, consiguió herir a Celyn y escapó.

—Lo lamento…

—Su familia estará devastada pero no hay nada que podamos hacer. No sabemos cómo lo habrán descubierto —contesta a mi espalda.

Hay un silencio severo.

—¿Crees que sigue en Blackriver?

—Ya conocemos su apariencia, se habrá trasladado a otro territorio, aunque no sin dejarnos un regalo.

Intento hacer caso y seguir con la mirada hacia los árboles, pero el silencio despierta mi miedo y me hace buscar a Rhoan. Termino por girarme a la velocidad de una tortuga, y lo veo agachado frente al cadáver mientras coge algo de su mano fría. Me descubre y se pone de pie.

—¡Qué te dije, Lobelia Xyla! —Esconde lo que encontró.

Lo miro a los ojos a medida que se acerca dejando al cadáver de fondo. Intento fingir que no existe.

—¿Qué escondes? —sospecho.

Aprieta la mandíbula.

—No es nada.

—El lobo nos trajo a *ambos* y dijiste que no habría más secretos así que enséñamelo.

Su mirada lucha contra la mía en un silencio mortal, sin embargo al poco tiempo acepta y suaviza la mirada, colmado de amargura. Saca un papel arrugado, voy a cogerlo pero me lo impide.

—No lo toques, está sucio.

La sangre en las esquinas me eriza la nuca. Acepto y dejo que lo abra por mí. Al cabo de un segundo, el corazón se me detiene.



Los ojos se me pierden en la nada, mis pensamientos se nublan y levanto el pecho en cada respiración entrecortada. Sé a quién se refiere. A quién buscan.

A mí.

Hay secretos que no deben ser revelados, porque pueden despertar verdades que no todos están preparados para enfrentar.

Nos vemos en la próxima entrega de Los Hijos de Emdor:

Carmesí

¿Amaste el libro?
¿Necesitas gritarlo al mundo?

Escríbeme tus comentarios en mis redes sociales:

AutoraVirginiaMoncada
